



Seix Barral

Lize Spit

El deshielo



Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Las 9:00
4 de julio de 2002
Las cuatro sombras
Las 9:30
6 de julio de 2002
Los tres mosqueteros
Las 10:00
8 de julio de 2002
Windows 95
Las 10:15
11 de julio de 2002
La almeja
Las 10:30
12 de julio de 2002
Elisa
Las 11:00
15 de julio de 2002
Los vendedores de aire
Las 11:15
17 de julio de 2002
Conciencia
Las 12:30
18 de julio de 2002
Acampada
Las 12:45
19 de julio de 2002
El efecto 2000
Las 13.00
21 de julio de 2002
Golondrina
Las 13:45
22 de julio de 2002
Cabeza grasienta
Las 14:00
24 de julio de 2002
Encarta 97
Las 14:15

31 de julio de 2002

La confirmación

Las 15:00

1 de agosto de 2002

El concurso de asociaciones

Las 16:30

2 de agosto de 2002

El restaurante de dos sillas

Las 17:00

5 de agosto de 2002

En barbecho

Las 17:45

7 de agosto de 2002

Roer una pata

Las 18:30

10 de agosto de 2002

El pozo negro

Las 19:00

10 de agosto de 2002 (2)

Pinzas para espaguetis

Las 19:30

10 de agosto de 2002 (3)

Daños

Las 20:00

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

En 1988 nacieron tres niños en la pequeña ciudad de Bovenmeer: Laurens, Pim y Eva. Durante la infancia, y debido a la difícil situación familiar que vivía, la niña se volcó en su amistad con sus compañeros. Al llegar a la adolescencia, y azuzados por una incipiente curiosidad sexual, los chicos iniciaron un escabroso juego que tendría graves consecuencias para ellos. Transcurridos trece años de ese último verano juntos en que todo se desbocó, Eva regresa a Bovenmeer dispuesta a ajustar cuentas con el pasado.

El deshielo es un extraordinario e inquietante debut, situado entre el *thriller*, la comedia negra y la novela de aprendizaje. El despiadado retrato de Lize Spit sobre la crueldad adolescente y el impacto y la desazón que provoca, deja en el lector una sensación de temor y fatalidad que se resuelve de manera sobrecogedora.

Para Tilde, Jornt y Saar

LAS 9.00

La invitación llegó hace tres semanas en un sobre exageradamente franqueado. El peso de los sellos, que a su vez debió de aumentar los portes, me llenó de esperanza al principio: aún hay cosas que se necesitan para existir.

Encontré el sobre encima del resto del correo, una docena de cartas y folletos apilados en dos montoncitos idénticos delante de mi puerta. Aquello llevaba la firma de mi vecino: una pila por cada favor que tendría que devolverle. Debajo del sobre excesivamente franqueado había un folleto de una vidente francófona y un catálogo de una tienda de juguetes dirigido a los vecinos del piso de arriba: el correo que tiende a alterar a los niños suele ir a parar a mi buzón. También había facturas y cuatro hojas de publicidad de un supermercado barato, todos con el consabido pavo poco relleno, bizcocho de moca y vino a buen precio. Y yo, por supuesto, seguía sin tener ningún plan para Nochevieja.

Recogí el conato de barricada, entré en mi piso y, correo en mano, efectué la ronda habitual, abriendo cada puerta sin saber qué era peor: si encontrarme alguna vez con un intruso o siempre con aquellas habitaciones vacías.

Después de colgar el abrigo y los guantes me puse a preparar la cena. Pelé una patata y le quité los grillos que le habían salido. Llené el hervidor de agua y lo encendí; puse una olla al fuego a máxima potencia para que el hervidor supiera que tenía que espabilarse.

Mientras esperaba, examiné la carta.

Reconocí la letra con la que habían escrito mi nombre y mi dirección con un bolígrafo negro, aunque de entrada no logré identificarla. Levanté la solapa del sobre con la punta del cuchillo. Apareció una tarjeta blanca, la foto de un bebé y un nombre. Sin ver siquiera la imagen, el nombre o la fecha, supe que era una foto de Jan y que no se trataba de un anuncio de nacimiento. Este 30 de diciembre Jan habría cumplido treinta años.

Volví a mirar la dirección, el nombre de la calle. Los trazos estaban escritos con tanta fuerza que parecían hundirse en el papel. Era la letra de Pim, claro. Durante años me senté a su lado en clase y le observé mientras hacía sus exámenes. Nunca entendí por qué apretaba tanto al escribir, tampoco de esa forma acertaba las respuestas.

Así que Pim había buscado mi dirección y la había copiado sin equivocarse, letra a letra. La invitación propiamente dicha estaba impresa. En el interior había una carta.

«Queridos...» Los puntos suspensivos dejaban espacio para mi nombre escrito a mano.

«Como sabéis, Jan cumpliría treinta años este mes. Y vamos a inaugurar nuestra central lechera casi automatizada. Ya es hora de que nos reunamos de nuevo para tomar juntos un aperitivo.»

Me descalcé para percibir la suavidad del parqué en la planta de los pies. La fiesta póstuma de Jan era en realidad un truco publicitario, un intento de congregar a la mayor cantidad de gente posible para la inauguración de una nueva empresa.

No seguí leyendo. Tiré a la basura la tarjeta con el resto del correo y las mondaduras de la patata. Abrí el grifo, metí las muñecas bajo el chorro frío y luego me eché agua en la cara.

La olla de hierro fundido vacía crujía suplicando que le echara un poco de agua, y aunque la del hervidor ya estaba caliente, apagué el gas. Había perdido el apetito.

Antes incluso de secarme las mejillas con el paño de cocina, supe que no podría dejarlo estar.

Saqué la tarjeta de la basura.

La foto de Jan se había ensuciado con las mondaduras de patata. Su boca se había convertido en un borrón negro y sus labios se habían corrido hasta la frente. Con el paño intenté devolver la sonrisa de Jan a su sitio.

«A las 15.00 se abren las puertas de la vaquería. A las 15.15 habrá una pequeña demostración del robot de ordeño seguida de una fiesta. P. D. Venid bien abrigados. En lugar de flores, traed una foto o un buen recuerdo de mi hermano. También podéis enviarlo por correo electrónico a info@vaqueria.com o publicarlo en la página de Facebook de Jan. En el dorso está la descripción de la ruta.»

En la parte posterior de la tarjeta, debajo de un sencillo mapa de carreteras, había una cita empalagosa. La leí unas cuantas veces en voz alta, como querría Pim. Eran frases demasiado forzadas.

Ya son más de las nueve, acabo de pasar por Vilvoorde. El reloj de mi coche parpadea cada pocos segundos y adelanta varios minutos respecto a la hora que indica mi móvil. Quizá se deba al frío. Mientras conduzco por la autopista, el rostro inexpresivo de Jan reposa junto a mí en el asiento de al lado.

No he cogido la tarjeta para mirar la foto. Tampoco me hace falta volver a consultar la hora exacta ni la descripción de la ruta.

Lo único que necesito es la gruesa capa de sellos. Esos sellos demuestran que Pim quería asegurarse de que me llegara la invitación. Por supuesto, sé que no va dirigida a la persona que soy ahora, sino a la que era cuando todavía nos hablábamos, la Eva de antes del verano de 2002. Por eso, hoy hago justo lo que habría hecho entonces: acudir a la cita a mi pesar.

4 DE JULIO DE 2002

La voz del locutor llega desde el jardín. Es jueves, hora punta. Hay tantas retenciones en la carretera que acabaría antes enumerando los puntos donde la circulación es fluida. Advierte que se acercan unos días de mucho calor. Después del parte meteorológico ponen el *Asereje* de Las Ketchup. Los sonidos quedan sofocados por el aleteo de unos pájaros que remontan el vuelo.

Quizá se deba a que por fin he dormido bien o a la música que va acompasando cada movimiento, pero por primera vez desde el invierno es como si me despertara en el lugar adecuado. Ante mí se extiende un verano por estrenar. Las campanas de la iglesia vigilarán la duración de las horas, nadie adelantará ni retrasará las agujas del reloj, ni siquiera Laurens y Pim. Por primera vez desde el funeral de Jan, una idea me tranquiliza. Bastará con que siga el ritmo marcado y todo saldrá bien.

Me incorporo en mi cama alta, a la que se accede por una escalera, y veo que Tesje está de pie junto a la suya. Tiene el pelo corto pegado a la cabeza sudada. Inspecciona su sábana, mira si el embozo guarda exactamente la misma longitud a ambos lados.

—¿Has dormido esta noche? —le pregunto.

Ella asiente con la cabeza.

Es un día perfecto para unas bolas de chicle.

Cuando voy por la bici me encuentro con mi padre. Fuma mientras escucha con cierto orgullo las noticias de las once, que suenan alto y claro en la radio que ha colgado del cerezo para espantar las cornejas. Está apoyado en el anexo construido en la parte trasera de la casa, que llamamos *el taller*, aunque allí no trabaja nadie.

El atasco hacia la costa aún no se ha disuelto a causa de dos graves accidentes en la E40, y yo he escondido una moneda de cincuenta céntimos en cada calcetín. Las monedas van bajando a cada paso que doy.

Papá se saca de la boca la colilla, consumida hasta el filtro, la apaga pisándola con la zapatilla y la recoge.

Lleva unos vaqueros negros. Solía ponérselos para ir a trabajar pero se han ido deformando. La tela hace bolsas en las rodillas; es la marca de su postura más frecuente, en cuclillas junto a la caja de cerveza.

—Eva —me llama.

Se vuelve y me hace señas para que lo siga. En sus labios, mi nombre suena unas veces como una orden; otras, como una pregunta; pocas, como algo mío.

Sigo a mi padre hasta el taller. Las monedas se deslizan por mis tobillos hacia la planta de los pies.

A mamá se le ocurrió llamarlo así cuando compraron esta casa y cada habitación vacía les permitía convertirla en lo que quisieran si repetían el nombre lo suficiente. Papá iba a hacer grandes cosas aquí. Cuidar del jardín, podar el seto, construir un compostador o reformar el baño, cuyas paredes estaban forradas con papel de ositos porque los anteriores propietarios lo utilizaban como dormitorio infantil. En

medio del cuarto, mi padre levantó un tabique de ladrillos huecos para poder colgar un lavamanos. En cuanto tuviera dinero, alicataría las paredes. Jolan descubrió que los huecos de los ladrillos eran perfectos para guardar los cepillos de dientes.

—Será práctico el tiempo que dure —decidió mamá.

Para entonces Jolan ya había calculado lo mucho que el tiempo podía llegar a durar.

El taller está lleno de latas de cerveza vacías y de trastos. Las paredes interiores están cubiertas de hongos, casi todos han crecido torcidos para poder asomarse por el borde de sus sombreros y ver con sus propios ojos qué demonios se cuece aquí durante tantas horas.

Papá tira la colilla apagada dentro de una lata en la que aún queda un trago.

—Si no, la mujer se quejará —me dice señalando la puerta que conecta con la casa, con la cocina.

Tiene los hombros caídos como si las axilas le pesaran demasiado. Permanecemos un rato así, mirándonos en medio de un taller sembrado de gorras azules, bandejas hinchables azules, pelotas de playa azules; productos que regala la bodega Peters con las cajas de cerveza Maes Pils.

¿Verá papá lo que yo veo? ¿Que esto se ha convertido en un almacén lleno de premios de tómbola?

Me llama la atención el taladro, que no cuelga del techo con las demás herramientas, sino que descansa sobre una estantería recientemente atornillada a la pared. Fue la única vez que se utilizó. No sabría decir qué hizo posible qué: si el taladro la estantería o la estantería el taladro.

Todas estas herramientas no han venido a parar aquí por casualidad. Cerca de donde vivimos —no tanto como para ir caminando, pero sí en bicicleta— hay un supermercado que cada año vende algo que los padres aún no tienen. Por el puente de la autopista que nos separa del pueblo vecino se ve a menudo a madres pedaleando, haciendo eses con sierras de calar, brazos de masaje, podaderas y pinzas para la barbacoa en el manillar de la bicicleta.

Le regalamos el taladro a papá hace un año. La alegría le duró básicamente mientras el trasto estuvo empaquetado encima del aparador. Después de desenvolverlo, lo depositó sobre una pila de paños de cocina planchados, y allí se quedó hasta que los preparativos de su siguiente cumpleaños ya no pudieron posponerse por más tiempo.

—Un taladro sólo se utiliza un promedio de once minutos durante toda su vida útil —dice papá.

—Eso es poco —le contesto.

Miro si la etiqueta del precio sigue pegada a la caja para poder calcular lo que cuesta el taladro por segundo. Luego se lo explicaré a Pim y a Laurens. Podría interesarles.

—Mira, Eefje, quiero que veas esto.

Papá me muestra un nudo corredizo que cuelga de la viga central, junto a la podadera.

—Ni te imaginas lo difícil que es colgar bien algo así, ¿a que no?

Me limito a encogerme de hombros. La gente se encoge de hombros cuando algo no le importa o cuando le importa mucho pero no encuentra las palabras adecuadas para expresarlo. Cada vez que lo hago pienso que ya va siendo hora de elegir otra parte del cuerpo para ese menester o, en último caso, otro gesto. La anatomía de los hombros, a diferencia de la de las cejas, no da para tantas sutilezas.

—No todo el mundo sabe hacer el nudo —me dice—. Tiene que colgar a la altura exacta.

—Ya lo veo —le digo—. ¿Y cuál es la altura exacta?

No hace caso a mi pregunta.

—Si el nudo está mal hecho, sufres más. Tú no quieres que yo sufra, ¿verdad?

Vuelvo a mirar la sogá mientras niego con la cabeza.

—Si no caes desde una altura suficiente, el cuello no se rompe y la agonía se alarga. Y si la altura es excesiva, el cuello se parte del todo, y no querrás hacerles eso a los que te encuentren, ¿verdad que no?

—No, no quiero —le contesto.

Papá lleva puesta una gorra. El sudor de los últimos días ha calado en ella y se ha secado. La sal le ha dejado un rastro de sinuosas líneas blancas a la altura de la frente. Cuanto más calurosos son los días, más sube la línea del sudor.

Me mira en silencio, se quita la gorra y comprueba si hay algo raro. No ve nada. La gorra aterriza de nuevo en su cabeza, pero ahora está al revés.

No puedo evitar pensar: «Este hombre es mi padre». Es más viejo que la media porque tardó en conocer a alguien que quisiera tener hijos con él. Trabaja en un banco, hace cosas sobre las que nunca entra en detalles y sobre las que los demás nunca le preguntan, pues parten de la idea de que si una persona no saca el tema es porque no hay nada que contar. Para llegar al trabajo tiene que pedalear a diario —llueva o no llueva— hasta la parada del autobús, con el que luego realiza un trayecto de media hora. Durante esos días de entre semana gana lo suficiente para mantener a su familia, que no hace preguntas, y para pagar el techo que la cobija y del que él puede colgar los regalos que le compran con su dinero sin que él los quiera.

Soy la mayor de las hijas de este hombre, así que no puedo permitirme asentir sin más o contestarle cualquier cosa sin saber qué está tramando.

Tenso los músculos de la cara. No es una sonrisa. Tampoco es un gesto de compasión. Puede que sea comprensión, aunque no sé cómo se traduce eso en una mueca.

—Piensas como tu madre que este vejestorio nunca habla en serio. Que este vejestorio no se atreverá a hacerlo, ¿verdad?

Papá dice siempre «tu madre» y mamá hace lo mismo cuando habla de él, dice «tu padre». Eso no es justo. Así intentan escaquearse, y es como si fuese yo la que los eligió a ellos.

—¿Quieres que te lo demuestre?

Coge la desvencijada escalera de mano, la abre justo debajo de la soga y empieza a subir. Después del tercer peldaño, la escalera se tambalea peligrosamente. Me acerco y me sitúo en el lateral. Las monedas se deslizan hasta las plantas de mis pies. En la radio se han acabado las noticias de las once y ahora sigue la publicidad.

«No pague de más. Si lo encuentra más barato en otra tienda, le devolveremos la diferencia.»

Papá llega a lo alto de la escalera. Se mantiene en equilibrio con los dos pies en el mismo peldaño, está justo debajo de la soga. La cuerda se balancea y le da en la coronilla. Él está a punto de perder el equilibrio. Yo agarro bien la escalera. Sólo puedo asegurarme de que mi padre no se caiga. No puedo impedir que salte. Presiono el suelo con tal fuerza que noto cómo me arden las monedas dentro de los calcetines. La efigie del rey Alberto II se me quedará grabada en la planta de los pies durante el resto de mi vida.

Papá tira de la soga y comprueba que está bien sujeta. Se la ciñe al cuello. Pasea la mirada por su imperio azul. Asiente con la cabeza. Se diría que está satisfecho.

—La gente que se cuelga suele arañarse la garganta. Eso les pasa porque se desdicen. No hay que arrepentirse —me dice.

Asiento en silencio.

—¿Me has oído, Eva?

Vuelvo a asentir.

—¿Qué he dicho?

—Que no hay que arrepentirse —le contesto.

—No te oigo.

—No hay que arrepentirse nunca —repito más alto.

Sólo ahora mira donde estoy, me ve aguantando la escalera.

Guarda silencio un momento.

—Tienes que hacerte algo en el pelo, Eva —me dice entonces—. No te queda bien.

A mí me parece que mi pelo está perfecto: es lo bastante corto para llevarlo suelto cuando hace frío y lo bastante largo para hacerme una cola los días de calor. Papá aún tiene que acostumbrarse. Hace una semana, yo misma me lo corté unos centímetros porque tenía las puntas abiertas. Lo hice delante del espejo del enmohecido cuarto de baño, encima del viejo mueble que hay allí, con las tijeras que mamá usa para cortar tela.

—Gracias por sujetar la escalera, Eva —me dice papá. Ya se ha quitado la soga del cuello y ha bajado dos peldaños—. Eres la única que está al corriente de esto. Ni siquiera tu madre sabe nada. Que siga así.

Busca en el bolsillo del pantalón y, apoyando la espalda en los peldaños centrales, enciende otro cigarrillo.

—Seguramente es una buena señal que te lo haya mostrado.

Succiona la piel de las mejillas entre los dientes. Luego desciende con cuidado hasta el primer peldaño. Una vez en el suelo, me golpea el hombro con tanta fuerza que pierdo el equilibrio; uno de esos manotazos que los padres acostumbran dar a sus hijos varones.

—No te conviene fumar —le digo.

En el escaparate de El Colmado hay expuestas algunas barritas Raider sobre un tapizado de césped artificial. En realidad, estas barritas ya no existen —ahora se llaman Twix—, pero nadie se atreve a decírselo a Agnes. Lleva al frente de este sitio más años de los que la mayoría puede recordar.

Este establecimiento estrecho y profundo tiene todo lo que cabe esperar de una tienda de comestibles. Sin embargo, en general la gente se limita a comprar cosas que no pueden caducar, arrugarse o reventarse. Una vez, el primo de Laurens tuvo la osadía de volver con un paquete de fideos caducados.

—Ésta no es la fecha de caducidad, muchacho, sino la fecha de elaboración del producto —le ladró Agnes.

Tras una breve discusión, le cambió los fideos por un paquete de rotuladores. Unas horas más tarde, en el letrero de la tienda —TODO TIPO DE ALIMENTOS SECOS— apareció la apostilla *FABRICADOS EN EL FUTURO*. Agnes nunca intentó borrarlo. Al contrario. Se ha especializado en la manipulación de las fechas de caducidad. Con un bolígrafo fino convierte los treses en ochos o nueves, le bastan un par de trazos para que «feb.» se transforme en «sep.». Sabe que de todas formas los del pueblo seguirán yendo; a los que se andan con remilgos no les queda otra que coger el coche para ir al pueblo más cercano a por un paquete de harina. Los principios siempre tienen un límite. Incluso el primo de Laurens regresaría más tarde a por los fideos.

Entro. El día ha empezado bien. Aún le debo unas bolas de chicle. Una campanilla delata mi presencia; no es igual que la de la carnicería, aquí suena más como un chillido.

Las persianas de la tienda están bajadas casi por completo, el interior se encuentra en penumbra. Entre los estantes llenos a rebosar se respira un frío rancio. Una mañana conservada durante demasiado tiempo. Espero sin quitarle el ojo a la puerta que da a la trastienda. Allí es donde Agnes tiene su guarida y donde se dedica a hacer crucigramas que ha fotocopiado. Quizá tenga un sillón y una mesa, o incluso una cocina. Nadie puede confirmarlo.

Me quedo esperando, pues a Agnes no le gustan los clientes que se ponen a husmear en su ausencia. Me suelto los cordones de los zapatos y me saco las monedas de los calcetines. No hacía falta que escondiera el dinero esta mañana, mamá no me ha visto salir.

—¡Ah, Eva! —oigo.

Acabo de anudarme los cordones y me pongo derecha.

Agnes se apresura a llegar al mostrador, camina ligeramente doblada. La espalda se le fue torciendo hasta tomar forma de mesita. Una vez, Laurens bromeó sobre cuántas cañas podría llevar sobre sus omoplatos sin derramarlas. Hoy calculo que unas ocho. Tengo que recordarlo, quizá pueda contárselo luego.

Sigo a Agnes entre los estantes grises llenos de esponjas, cepillos de dientes, compresas y flores de plástico. Sabe a qué he venido. Las chucherías están en el pasillo central.

—¿Dónde están los otros dos mosqueteros, el hijo del carnicero y el del granjero? —me pregunta.

Yo me encojo de hombros.

Desde que su marido se fue con otro hombre, desde que apareció el nuevo eslogan en el letrero de su tienda, Agnes no permite que los clientes se sirvan las golosinas, ni siquiera yo.

Le pido educadamente veinte obleas ácidas, cinco cintas y dos paquetes de bolas de chicle. Agnes mete las chucherías en un cucurucho.

—¿Vas a quedar hoy con el hermano de Jan? ¿Vas a compartir esto con él? —me pregunta.

Asiento con convicción, aunque no lo sé seguro.

Ella me da un poco más de todo.

Cruzo el pueblo en bicicleta con la bolsa colgada del manillar. Escudriño las calles vacías con la esperanza de que, si miro lo suficiente, Laurens y Pim se despegarán de los *collages* de viejos recuerdos. Después de una hora me he acabado las golosinas. La boca me arde de la acidez. Tendría que haberme quedado en casa. Puede que hayan intentado llamarme.

Paso por delante de la carnicería.

La bicicleta de Laurens no está apoyada en la fachada. Quizá tenga nuevos amigos o pasatiempos de los que no me ha hablado, o tal vez haya salido. Quizá hoy haya dejado la bici en el garaje y con este tiempo prefiera ver la tele en lugar de estar conmigo.

Miro por el gran escaparate de la tienda. El cura está comprando carne. Señala la mortadela. La madre de Laurens pone la pieza en la máquina de cortar. A través de la puerta abierta oigo el lento ir y venir de las cuchillas. La carne no chasquea cuando la cortan, parece más bien como si se deshilara.

Laurens tenía razón. «Una vaca está compuesta por un millón de hilos —dijo una vez a la hora del almuerzo en la escuela mientras hacía bolitas de pan que después recubría con la mortadela que había deshilachado—. Una vez te das cuenta de eso, ya no te da cosa cortar carne.» Dudé de que se le hubiese ocurrido a él, pero me pareció igual de alucinante que se acordara de algo así.

Mirar a la madre de Laurens casi siempre me tranquiliza. Observo cómo mueve las manos, habla del tiempo, que está cambiando, y luego amontona las lonchas sueltas y frescas de salami sobre la balanza.

Mientras el cura aprueba y paga el embutido, me invade una tristeza que hacía tiempo que no sentía y que creía o, mejor dicho, deseaba que hubiera desaparecido para siempre.

Ahora ya sé que no hay nada que me libre de esta sensación, aunque llegue a tiempo a la clase correcta y lleve la ropa con la que todos están acostumbrados a verme, aunque esté mirando la carne, aunque no esté mirando la carne. En esos momentos me falta algo, todo, como si alguna vez hubiese estado más completa y algo en mi interior recordara esa sensación.

Me asalta también cada vez que me lavo de pie en la bañera. Algo se posa sobre mi piel. Me envuelve, se tensa y me deja claro que estoy en el lugar equivocado.

Hace poco se me ocurrió que quizá esa sensación se deba a que nací poco después de unos gemelos, de un útero que aún estaba algo dilatado. Puede que en los primeros nueve meses mamá ya me dejara demasiado suelta.

Me voy antes de que la madre de Laurens se dé cuenta de que la estoy mirando.

Aún no he llegado a casa cuando se desata la tormenta. Las primeras gotas de lluvia están tibias. Es inevitable, estos últimos días el agua salía caliente incluso del grifo del agua fría. Busco un árbol para guarecerme, me quedo debajo del seto que linda con nuestro jardín y miro cómo arrecia la tormenta alrededor. Lluvia a cántaros que quiebran las ráfagas de viento.

No deberíamos haberle regalado nunca herramientas a papá, y menos aún unas podaderas. Llevan ya dos años colgadas del techo con los dos mangos mirando hacia abajo, inmóviles. Cuando sopla el viento, cobran vida. Quizá sea eso lo que le dio ideas.

Al principio, la cubierta de hojas me protege, pero no tardan en colarse unos goterones gruesos e irregulares. Poco importa que me moje.

LAS CUATRO SOMBRAS

Éramos tres, pero teníamos cuatro sombras. Junto a Jolan, mi hermano mayor, habría nacido una melliza sana si no hubiese llevado el cordón umbilical de su hermano alrededor del cuello.

Después del nacimiento de ambos en 1985 —cuatro semanas antes de lo previsto—, nuestros padres hicieron innumerables fotos que luego pegaron en un álbum con cinta adhesiva de doble cara. Debajo indicaron la fecha y la hora exacta, así como los nombres de tíos desconocidos, y apuntaron grandes sueños, posibles quizá porque no haría falta cumplirlos nunca. JOLAN DE WOLF Y TES DE WOLF. En la tarjeta de nacimiento añadieron una cruz junto al segundo nombre, así se ahorran la de defunción.

Papá aseguraba, exagerando, que para cuando sacaron a Jolan de la incubadora yo ya había nacido.

Eso fue a mediados de 1988, a medianoche. Una niña. Me llamaron Eva. Yo también vine sola. Papá acababa de salir a fumar.

A diferencia del pequeño cuerpo de Jolan, que al nacer prematuro no había tenido tiempo de desarrollarse del todo, yo fui más robusta desde el principio. De mi primer año de vida se hicieron como mucho cincuenta fotos. Ninguna de las instantáneas indicaba la hora, tampoco vinieron a visitarnos tíos ni tías desconocidos.

«Patas de elefante», escribió papá debajo de la foto en la que se me veía utilizando por primera vez un orinal. Deduje que había escrito los demás comentarios más tarde porque incluían detalles temporales que implicaban una evaluación de la situación: «Eva, todavía con el pelo rubio», o «Enero, cuando aún podía reír».

Tres años más tarde, en 1991, llegó Tesje. Papá sólo le hizo un puñado de fotos, que ni siquiera acabaron en un álbum. Desde pequeña, Tesje fue más frágil y más menuda que yo. Tenía la piel delicada y surcada de venas, y el pelo rubio y fino.

Según mamá, cuando acababa de dar a luz, papá dijo bromeando:

—¿Qué quieres? Después de dos niños ya no quedaba suficiente material para ella.

Quizá lo dijera orgulloso, quizá embargado por la emoción. Sin embargo, debió de sonar como una disculpa de cara a las enfermeras, como hacen las mujeres cuando un plato no les ha salido del todo bien.

—¡Maldita sea! Hablas como mi padre. Y, además, tienes cuatro hijos, no tres —le replicó mamá.

Por la manera en que a veces ella volvía a hablar del tema, repitiendo ese «maldita sea», yo sabía que allí había empezado todo. Ése era el reproche original.

La elección del nombre estuvo precedida de una larga discusión: mamá quería Tesje, papá quería otro nombre, preferiblemente Lotte o, en todo caso, Lotje. Pero acabó aceptando la propuesta de mamá, tal vez en un intento por arreglar las cosas. Tesje se convirtió en un homenaje.

Cuando cumplió dos años le pusieron el apodo de *caganidos*, que pronunciábamos tragándonos la ese final. *Caganidos* era un apodo cariñoso que se daba al benjamín de una familia, un término que mi madre se había traído de su región natal, de una familia con un padre tiránico en la que ella era la primogénita. La palabra tenía algo de trágico, recordaba a las cobayas que se cagan en un rincón de su jaula y duermen en el otro. Sabíamos muy bien que ese apodo no estaba inspirado por la nostalgia, sino

por el arrepentimiento de haberle puesto el nombre de Tesje, algo que mi madre no estaba dispuesta a admitir ante mi padre. No obstante, todos empezamos a usarlo; la lengua era lo único de su juventud de lo que mi madre hablaba con orgullo.

Con la llegada de Tesje, yo acabé ocupando el lugar central de la familia, me convertí en la que podía tirar hacia cualquiera de los dos bandos cuando había enfrentamientos, dependiendo de si quería ser de la coalición o pasar a la oposición.

Antes de que naciera Jolan, nuestros padres, que vivían en un pueblo cercano y más grande, se mudaron a una vivienda con tres dormitorios en Bovenmeer.

Bovenmeer era un pueblucho donde, para mantener el equilibrio entre la oferta y la demanda, sólo podía haber una cosa de cada o ninguna: un colmado, una peluquería, una panadería, una carnicería, ningún taller de bicicletas, una biblioteca que podía leerse de un tirón y una escuela primaria.

Durante años, todo lo del pueblo llevaba el artículo *el* o *la*, como si fuera algo nuestro que pudiéramos coger entre el pulgar y el índice. Como si después de una larga guerra contra las grandes ciudades y pueblos vecinos nos hubiésemos apoderado de los prototipos de un colmado y una carnicería para luego amarrarlos bien, cerca de la iglesia y la sala parroquial, a dos pasos de casi cualquier sitio, al alcance de todos.

Los comerciantes se adaptaron a ello; por pereza o por arrogancia, no se esforzaron en dar un nombre más original a su negocio que La Carnicería o El Colmado, salvo en las contadas ocasiones en que añadían un letrero debajo con su propio apellido.

Bovenmeer contaba con algunas excepciones. Teníamos dos bares. A menudo había hombres que salían del bar La Noche y, después de titubear un poco y desperezarse en la puerta, enfilaban hacia el bar La Bienvenida, donde ya servían cerveza a primeras horas del día.

Algunos nombres de pila eran muy frecuentes: Tim, Jan y Ann. Tanto Pim como Laurens tenían un hermano que se llamaba Jan, aunque a partir del invierno de 2001 cambió el tiempo verbal: Laurens aún tenía un hermano, mientras que Pim había tenido uno.

En el pueblo había también una granja de pollos vacía que llamábamos Kosovo. Se encontraba justo entre el bar La Bienvenida y la sala parroquial. Durante meses había estado ocupada por una familia de refugiados albaneses. Cuando los expulsaron, algunas asociaciones metieron allí sus trastos.

Durante mucho tiempo no entendí qué se les había perdido a mis padres en Bovenmeer. Me preguntaba si alguna vez creyeron que se las apañarían en un pueblo donde cada año se organizaban fiestas parroquiales y donde nadie se sorprendía de que enviaran a alguien a Kosovo a por un paquete de servilletas.

LAS 9.30

Hace seis días, dos semanas después de que llegara la invitación, fui a ver a mi vecino con una caja de plástico para preguntarle si podía congelar una gran cantidad de agua. El hombre no vive en el mismo rellano que yo, sino debajo de mi piso, así que debería especificar que se trata del vecino de abajo. Me lleva doce años. Casualmente los dos somos profesores: él de Geografía y Biología en una escuela secundaria francófona, yo de Artes Plásticas en una escuela neerlandófona.

Ambos llevábamos viviendo ya cuatro años en el edificio cuando hablamos por primera vez. Aquel día, hará de eso un año más o menos, él cargaba con una bolsa transparente llena de grandes trozos de carne cruda: un corazón, un entrecot, solomillo, lengua, costillas, carne para el caldo. Yo llevaba bajo el brazo algunas manualidades olvidadas por alumnos a los que había puesto como tarea recortar atlas viejos y ensamblar su mundo ideal con los recortes. Casi todos habían dejado de lado el cúter y la espuma de poliestireno y se habían contentado con empapelar una hoja DIN A4. La mayoría ni siquiera había recogido su trabajo al final del curso.

El vecino me comentó que debería enseñar a mis alumnos a ser más rigurosos con los datos y a tener más respeto por la historia.

Le hice creer que no entendía el francés. El olor que desprendía su bolsa me provocaba náuseas.

Puesto que le costaba aconsejarme en neerlandés, empezó a contarme por qué llevaba encima semejantes cantidades de carne cruda: cada año, su madre encargaba a una granja ecológica que sacrificara una ternera y luego compartía la carne con sus tres hijos, que acudían a su casa a elegir las piezas. Era el único momento del año en que la familia se reunía al completo.

Antes de que pudiera dejarlo atrás y seguir escaleras arriba hasta mi puerta, el vecino me dijo que mis tacones hacían mucho ruido sobre el suelo de madera de mi apartamento, pero que a él no le importaba porque le parecía una mujer que sabía lo que quería.

De ahí saqué dos conclusiones: que aquel hombre poseía un congelador grande y que no tenía mucho ojo para la gente, y menos aún para las mujeres.

Al cabo de medio año no se contentaba con hablar, sino que además quería que le diera placer. A mí no me apetecía demasiado, aunque tampoco me molestaba, siempre que se lavara antes y no me exigiera que me quitase la ropa.

Tras recibir la invitación estuve dos semanas cocinando cada noche un trozo de ternera ecológica para el vecino y para mí. Cuando quedó bastante sitio libre en el congelador, me presenté en su casa con una caja de plástico vacía y la llené de agua. Apenas cabía en el arcón.

El vecino no hizo preguntas. Se lavó el glande debajo del grifo, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice, como si le quitara un tapón. Tras chupársela —él con el culo al aire en una esquina de la bañera y yo de rodillas sobre la alfombrilla—, bebimos en silencio una infusión de menta fresca. Como siempre, le eché mucho azúcar.

Hace una hora que el vecino me ha ayudado a sacar el pesado recipiente del congelador y a llevarlo a mi coche. La calle aún estaba oscura. Se ha detenido justo delante del maletero y me ha preguntado en su torpe neerlandés adónde iba. Me ha mirado las piernas, que gracias a las medias parecían más morenas y tersas, el pelo recogido, el rímel de las pestañas. Me he dado cuenta de que me veía más guapa que otras veces, pero no tenía ni idea de si era porque me había arreglado más que de costumbre o porque estaba a punto de irme con un gran bloque de hielo en el maletero sin explicarle adónde.

—A casa de mis padres —le he dicho.

—Tus padres —ha repetido él. Ahora cae en la cuenta de que no he nacido bajo una col.

—¿Cuánto crees que aguanta un bloque de hielo como éste? —le he preguntado.

—Depende cuánto calientas el coche y por lo que lo necesitas —ha contestado.

No le he corregido su error gramatical, así tampoco tendré que darle explicaciones.

—¿Vendrás esta noche a tomar un té? —me ha preguntado mientras metía la caja en el maletero.

—Por supuesto.

Lo he observado mientras volvía a entrar en casa, sus piernas flacas, su espalda. Me he quedado mirando hasta mucho después de que haya desaparecido.

Antes de poner en marcha el motor, he llamado a Tesje, pero he colgado antes de que su teléfono sonara, para que no viera mi llamada perdida. Acto seguido, he entrado en la página de Facebook del evento. La creó Pim unos días después de que llegara la invitación. Eso me había permitido confirmar que era él quien estaba detrás de toda la organización y no sus padres. A diferencia de lo que ponía en la tarjeta, la página indicaba que nos esperaban *a partir de* las tres de la tarde, no *a* las tres. Típico de él. Impedir que la gente llegue puntual, cubriéndose de antemano las espaldas por no haber llenado aún los cuencos de patatas fritas.

En la foto de perfil salía el mismo bebé que en la invitación. La gente se había apuntado rápidamente. Yo había esperado. Después de un par de días marqué la opción «tal vez asista».

La página vivió un breve momento de esplendor, los amigos publicaron anécdotas y fotografías. Yo seguía todas las actualizaciones. El propio Jan nunca tuvo un perfil de ningún tipo: murió antes de poder mostrarse mejor de lo que era en realidad. Por eso, ahora otros lo hacían por él. Sólo colgaban fotos bonitas y alegres de Jan, fotos que yo ni siquiera sabía que existían.

Creo que todos los que se apuntaron a la página no tardaron en indicar que no querían recibir más notificaciones. Unos días después de que arrancara el evento, aquello ya había muerto. Ya no quedaban fotos por compartir.

«Hola, me llamo Karin Peters, tengo 39 años y soy belga. Le cuento esto porque tengo un producto que ofrecerle. ¡¡¡Está tal y como se lo describo!!! Ruego pago inmediato. ¡¡¡Envíeme sus datos y le mandaré fotos!!!», era el último mensaje. Se quedó en la parte superior de la página. Anoche quise denunciarlo como ofensivo, pero no completé el procedimiento porque no lograba decidir qué tenía de ofensivo exactamente.

Ahora estoy a medio camino. La intensidad del tráfico empieza a disminuir poco a poco. Miro por el retrovisor con regularidad para comprobar cómo está el bloque de hielo. El volumen frío hace bajar considerablemente la temperatura en el interior del coche. No circulo muy rápido y no enciendo la calefacción para no acelerar el proceso de derretimiento.

En la pantalla de mi móvil, Facebook sigue abierto en el evento. Cuarenta y cinco presentes. Jolan está invitado, Tesje también, pero ninguno de los dos ha confirmado su asistencia.

Sigo siendo la única que «tal vez asista».

6 DE JULIO DE 2002

Levanto las sábanas para ver si siguen allí. Mis dos pechos podrían haber desaparecido por la noche, cuando nadie miraba, en busca de un cuerpo más adecuado y creíble. Mientras dormía se me ha torcido la camiseta de tirantes y los pezones asoman por el hueco de las axilas.

Estos pechos me recuerdan al tío Rudy, el hermano de mi padre, que cada vez que entra en un lugar se queda de pie, incómodo, pese a que siempre hay alguien que le propone sentarse. Y cuando está sentado no apoya nunca la espalda en el respaldo, así puede desaparecer sin previo aviso en plena fiesta familiar.

Mis pechos no son realmente redondos ni cuelgan, como los de otras chicas, sino que son puntiagudos y están erguidos. ¿Cómo podría hacerles saber que no tienen que marcharse?

Vuelvo a ponerme bien la camiseta y me quedo en la cama hasta las diez y media. Escucho a los vecinos, que llegan a casa de hacer la compra, oigo el cortacésped, las campanas de la iglesia, un avión, un chatarrero que vocifera mensajes incomprensibles por un megáfono distorsionado y por ello no se da cuenta de que la riqueza pasa de largo por encima de su cabeza.

Al ver la cama que ha dejado Tesje, con la fina sábana simétricamente doblada en forma de sobre abierto, me siento amorfa e indefinida.

Aun antes de entrar en la cocina sé que mi padre estará allí. Por dondequiera que va, huele a tabaco.

Hace poco leí en algún sitio que con el dinero que un fumador gasta en cigarrillos al año se podría pagar unas vacaciones. Nadie ha investigado si hay personas que fuman para no tener que irse de vacaciones con su familia.

Todavía quedan algunas cosas en la mesa del desayuno. Pan, crema de cacao, sirope.

—Tu madre se ha ido a la cooperativa a comprar comida para perros. Jolan ha salido temprano para avistar pájaros —dice mi padre sin alzar la vista.

Está sentado a la mesa, leyendo el periódico. En la mano sostiene un bolígrafo. Hoy no hay nada que valga la pena subrayar.

Puedo optar por no desayunar, aunque poco importa; de todas formas, mi padre no volverá a hablar de lo que sucedió ayer, él nunca se pone a hablar del pasado de buena mañana. Para eso necesita un empujoncito.

Me siento. Papá sigue sin alzar la vista. Sobre la mesa hay un pañuelo desplegado, y al lado, una lendrera verde fosforescente. El pañuelo tiene unas manchitas marrón rojizo: unos cuerpecillos aplastados y un par de pelos arrancados con liendres pegadas.

—¿Dónde está Tesje? —le pregunto.

Papá se mete y se saca la dentadura postiza. Murmura «a saber», lo que sin dientes suena a «a beber».

Cojo una rebanada de pan y le pongo una generosa capa de sirope, pero esta vez papá no pregunta qué es: «¿Pan con un poco de sirope o sirope con un poco de pan?».

Deja de mover la dentadura y me mira el peinado, el cuello. Dejo el cuchillo y levanto la rebanada de pan, que se comba por el peso del sirope. Mi padre baja la vista y se queda mirándome los brazos. Cuanto más los mira, más me pesan.

Incluso en los días más calurosos estoy acostumbrada a llevar manga larga. Las únicas personas que nunca hacen comentarios al respecto son Laurens y Pim. La última vez que me paseé con los brazos desnudos fue hace tres años. No me sentí ligera ni libre, sólo terriblemente desnuda.

Los ojos de papá descienden hasta mi cintura y luego vuelven a subir a su periódico. Toma un sorbo de té tibio.

—Con ese jersey se aprecia que te salen tetitas —me dice.

Doblo la rebanada de pan. El siguiente bocado se me queda pegado al paladar y no sabe a sirope de pera. Sólo me atrevo a tragar cuando suena el teléfono.

Los tres segundos de silencio delatan que es Pim. Siempre ha dejado esos tres segundos y cada vez me avergüenzo de las cosas que le he confesado sobre mí misma. En tres segundos se te puede pasar cualquier cosa por la cabeza. Aunque el silencio también podría ser el tiempo que necesita el sonido para trasladarse por los largos y finos cables de alta tensión que conectan nuestras casas.

—Hola, Pim —le digo antes de que él desembuche.

—Laurens y yo iremos hoy a la escuela —dice con la voz ronca. No sé si es porque le está cambiando la voz o porque tiene un nudo en la garganta—. Ha sido idea de Laurens, pero si quieres, puedes venirte.

—¿Cuándo? —pregunto.

—Ahora mismo —contesta.

—¿Voy a buscarte? —le pregunto—. Por cierto, Laurens dice que conduces una Honda, ¿es cierto?

Pim no contesta enseguida.

—La Honda está averiada. Y no hace falta que vengas a buscarme, pero ven si quieres.

Hago el mismo trayecto que solía hacer dos años atrás para ir a la escuela de primaria, dando un rodeo hasta la granja. Pim también vive a las afueras del pueblo, en el extremo opuesto. Si trazáramos una línea entre nuestras casas, veríamos que la carnicería de Laurens y la escuela quedan justo perpendiculares a nosotros; sin embargo, este desvío es más fácil y más natural para mí que para Pim.

Antes, a veces llenaba un botellín de agua para aguantar bien estos dos kilómetros. Ahora que pedaleo a diario veinticuatro, de ida y vuelta al instituto, el pueblo se me antoja irrisoriamente pequeño, y la escuela primaria, ridículamente cerca.

Justo antes de salir de la calle Bulksteeg paso por delante del letrero de madera que hizo mi padre en el que pone PROHIBIDO MEARSE EN LA VÍA PÚBLICA.

Por supuesto, mis padres saben que es una frase incorrecta, que debería poner PROHIBIDO ORINAR EN LA VÍA PÚBLICA. Sé que no son tontos, pero cada vez que paso por delante espero que también los vecinos les otorguen el beneficio de la duda.

Cuando mis padres compraron esta casa, la Bulksteeg era un pequeño camino de tierra a la que daban tres jardines traseros y que casualmente unía el carril de acceso a la autopista con el pueblo. El camino corre en paralelo a la separación entre nuestro jardín y el prado de nuestros vecinos. No hace mucho vinieron unos trabajadores del ayuntamiento a echarle el alquitrán que sobró de la renovación de

las calles principales. Metro a metro, convirtieron el camino en una vía endurecida e inmutable, ideal para los conductores que buscan atajos. Pese a que hay tres jardines que lindan con esta calle, todo el mundo acaba meándose en nuestro seto.

Al salir de la Bulksteeg tengo que pasar por una calle empedrada, la más transitada del pueblo. Se puede circular a setenta, pero nadie suele atenerse a esta norma. Yo he aprendido a calcular la velocidad de los coches desde mi cama. Durante las vacaciones, la gente conduce más despacio.

Mi sombra me sigue por la calzada, como un fantasma que no se separa de mi lado y que ha dejado de tener mis contornos. Ya me percaté de ello el curso pasado. Determinadas prendas me apretaban, los tops ya no me quedaban bien, los botones del pantalón cerraban con dificultad. Durante un tiempo mis pezones se pusieron rojos y calientes, y por debajo me salieron unos discos duros que se fueron separando de mis costillas para dejar espacio a algo que pudiera crecer en medio, algo más blando. Sentí mis pechos moverse de un día para otro y no supe qué había sucedido: si de repente estaban ahí o si me había dado cuenta de repente.

Ahora, después de la observación de mi padre, ya no son sólo míos, marcan un cambio definitivo e importante.

Me aproximo a la casa de Pim. La granja está apartada de la calle. El camino de acceso tiene unos veinte metros de longitud, lleva directo al establo más grande y es suficientemente ancho para la artillería pesada: cosechadoras, carros de caballos, vacas.

Medio perdido en esta amplia franja de asfalto hay un felpudo que dice BIENVENIDOS. Las letras están desgastadas. Seguramente puedo leerlo porque soy como de la familia.

Desde el funeral de Jan apenas he visto a Pim ni he hablado con él. No ha ido a ninguna fiesta de la parroquia, y ya no se celebran cumpleaños. Algunas veces fui hasta su patio, donde tienen el perro atado a la correa, pero no me atreví a llamar. Acababa siempre dando media vuelta diciéndome que el silencio no tenía por qué significar nada. No podríamos hablar de un final mientras no hubiese llegado el verano.

Observo la senda de acceso en busca de señales de vida. Un camino que, por primera vez, no salva una distancia, sino un vacío. Pim no me espera con su bicicleta en el jardín delantero como solía hacer antes cuando iba a recogerlo. No me atrevo a entrar sin más en el patio e ir hasta la puerta trasera, así que tomo el camino de piedra hacia la puerta delantera que, hasta el verano pasado, siempre consideré ornamental: creía que no estaba hecha para abrirse y que por ello la habían colocado allí sin bisagras. El jardín delantero de la granja ha quedado invadido por unas flores blancas y moradas que huelen a orina. Es el olor que he detectado tres casas antes. Las baldosas que hay entre la calle y la puerta delantera están torpemente alineadas, como un paso de cebra trazado por la propia naturaleza.

Justo cuando llamo al timbre aparece Pim en el camino. Primero su rueda delantera, luego su cabeza.

—El timbre no funciona —me grita—. Lo sabes perfectamente.

Se pone de pie en los pedales y avanza despacio hasta que me he subido otra vez a la bici. Antes de que pueda alcanzarle, empuja los pedales y se va a toda velocidad hacia el final del camino, el Steegeinde.

La distancia es de un kilómetro exacto. Nos lo demostró en una ocasión la señorita Ria en la escuela primaria durante una lección de geografía. Cogió un palo graduado de un metro de longitud y salió con nosotros al patio de la escuela; después de haberle dado mil vueltas a la regla llegamos a la granja.

Aquello me causó una profunda impresión. A partir de entonces, en cualquier distancia que recorría, medía cuántas reglas cabían en ella, y después de cada kilómetro pensaba: «Ahora podría estar en la granja».

Cuando voy con Pim siempre recorro esta distancia más rápido que con cualquier otra persona. Él se mantiene un poco por delante de mí, y si intento alcanzarle, acelera.

Sus rizos dorados y vigorosos se mecen al viento. Pim tiene el pelo que todos querrían tener. No sabría decir si se debe a que es realmente bonito o a que la gente siempre quiere lo que no tiene.

Como yo, Pim no lleva mochila. Se asegura de que otros carguen con lo que él necesita. Ya lo hacía en primaria: utilizaba mis cuadernos cuadriculados y los rotuladores de Laurens. Sus fuertes tobillos, escondidos debajo de los calcetines, dan vueltas junto a la cadena. Veo que lleva los calcetines del revés, por lo que el dibujo bordado, una maraña de hilos, resulta irreconocible. Es posible que no se los haya cambiado en varios días y que les haya dado la vuelta para no tener que lavarlos.

La espalda de Pim no delata lo que piensa o siente. Él sólo pedalea. Puede que con demasiada determinación para alguien que perdió a su hermano hace poco más de medio año.

Después de unos minutos, renuncio a seguir su ritmo.

De todos modos, tardaremos algo en adaptarnos de nuevo el uno al otro. Quizá no sea grave. Aún tenemos el verano entero por delante y a lo lejos aparece Laurens, el salvador, el aguafiestas. Espera con la bicicleta en el aparcamiento de la carnicería, junto al letrero PROMOCIÓN DE VERANO: TRES POR DOS EN LA CARNE PARA BARBACOA.

Laurens es fácil de reconocer, sobre todo desde lejos: unas espaldas anchas, una nariz grande, un alto contenido de carne de vacuno. Se mueve lenta y torpemente, como un niño que no tiene ganas de hacer un trabajo y que lo hace mal esperando que su madre se lo quite de las manos.

—Hola, tíos —dice.

Lleva unos calcetines con los días de la semana bordados en los ribetes. A la derecha sólo es lunes, a la izquierda ya es viernes. Cambia de marcha en busca de un pedaleo más lento, más duro.

Pim no frena, así que Laurens acelera y se une a nosotros a plena velocidad. Yo también he alcanzado a Pim, pero con Laurens a nuestro lado, la formación cambia: ya no cabemos los tres juntos en esta estrecha calle flanqueada por árboles de ramas inclinadas. Alguno de nosotros tendrá que quedarse rezagado. A Pim le importa un comino junto a quién pedalee, prefiere hacerlo solo, eso se nota; antes ya era así, por eso acababa siempre en medio si el ancho de la calle lo permitía. Vuelve a acelerar para situarse por delante de nosotros, Laurens lo sigue. Yo me pongo detrás.

Pim, a la izquierda, va con la marcha más corta; Laurens, a la derecha, con la más larga. Es como si se comunicaran, incluso sin palabras.

Cada vez que Laurens vuelve la cabeza para mirar a Pim, veo el rasguño en su cara, debajo de la nariz, donde le golpeó hace una semana el pulpo de su portaequipajes, el día en que lo dejé plantado en el instituto. La herida se está curando bien. La costra se ha soltado de un lado y cuelga casi perpendicular en su cara, como un ala dislocada.

Pim hace un eslalon delante de nosotros en el patio de la escuela, las baldosas sueltas repiquetean bajo sus neumáticos. Intenta no tocar las líneas de la rayuela. Yo esquivo la reja de la alcantarilla, que antes servía de cárcel unidimensional.

Pim se detiene sin frenar, con la rueda delantera contra el muro de ladrillos rojos de la escuela, debajo del patio cubierto.

Sin alumnos, la escuela no es más que un edificio. En una de sus alas viven dos monjas. Ellas fundaron la escuela y por ese motivo pueden seguir viviendo en el terreno. Hacen poco más que regar las violetas de las macetas del patio.

Cuando todavía estudiábamos aquí, había una tercera monja hiperactiva que preparaba bocadillos a los niños que se habían olvidado de traer el suyo. Sólo para tenerla ocupada, todos nos dejábamos la fiambarrera en casa de vez en cuando, incluso Laurens, que apreciaba desmesuradamente el variado almuerzo que le preparaba su madre, que siempre incluía ración triple de galletas, puede que para que las compartiera con Pim y conmigo, pero él nunca lo hizo.

Laurens y yo realizamos más o menos las mismas maniobras que Pim y nos detenemos a ambos lados de su bicicleta, delante del ventanal delantero del edificio. El vidrio mate da al aula vacía de sexto.

Los muebles están ordenados, los pupitres a la izquierda y las sillas apiladas a la derecha. Reconozco el que fue mi pupitre, es el que tiene el tablero maltrecho, algo más claro que los demás, bien arrimado al escritorio pesado y oscuro de la señorita Emma.

El aula está igual que en nuestro último día de clase, alguien se ha esforzado por convertirla en una pista de baile. Eso duele porque me recuerda de inmediato a cómo la señorita Emma propuso hacernos una fiesta de despedida —«un privilegio único para los tres mosqueteros a los que echaré de menos»—, y cómo conseguí luego amargarle la vida.

Pim descubre de pronto que la puerta del gimnasio no está cerrada con llave. En sí, no es nada especial, en Bovenmeer solemos ahuyentar a los ladrones con nuestra hospitalidad. Entramos en la escuela sin escondernos, sin trepar y sin saber qué hemos venido a buscar en realidad.

Laurens da brincos por la sala, levantando alternativamente sus rodillas con movimientos rígidos, como en las lecciones del señor Joris: un hombrecito viejo y exigente que vestía chándal y que todos los alumnos consideraban incapaz de realizar los ejercicios que nos pedía, por lo que nadie se atenía a la perfección exigida.

Pim toma carrerilla, se lanza contra las colchonetas más gruesas, que están apoyadas contra la pared y que caen con un sonoro estampido. Primero toca el suelo el lado interior blando, y luego caen los laterales con unos segundos de retraso, como si fueran las comisuras de los labios en una sonrisa fingida.

Construimos un circuito con los aparatos más peligrosos que encontramos, un material que el señor Joris no nos dejaba utilizar nunca. Saltamos del trampolín sobre el potro de cuero, sobre la cama elástica, a la siguiente cama elástica, y nos dejamos caer en la colchoneta gruesa y blanda dando una voltereta.

—Qué divertido, una vuelta alrededor del mundo —digo.

—No, esto es más divertido que una vuelta alrededor del mundo —replica Pim.

De repente suena el timbre de la escuela. El sonido estridente y prolongado nos sorprende en pleno juego. Durante las horas de clase indica el inicio de un recreo de quince minutos. Hoy podríamos seguir jugando indefinidamente; nadie, ni siquiera una de las monjas, nos pillaría. Pim se queda tumbado en la colchoneta. Después de un intento fallido de hacer la rueda, acabo a su lado. Él se levanta la camiseta sudada, sujetándola con el pulgar y el índice, y luego la suelta, el aire sale cuando el algodón se posa de nuevo sobre su pecho. Me gusta el olor ácido de su sudor. Así debía de oler Jan cuando se esforzaba.

Estoy tumbada boca arriba. A mí también se me pega la camiseta al vientre. Advierto que Pim mira los bultos que hay debajo, algo que en sí no me desagrada; pero me duele recordar de pronto cómo los ha descrito mi padre esta mañana: «tetitas», no «pechos», y entonces veo en la mirada de Pim a lo que se refería: en realidad aún no tengo pechos de verdad. Están sólo a medias, algo entre tener y no tener.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

Miro a Laurens, aunque no espero una respuesta suya.

—Tengo que irme a casa —dice Pim—. Me marcho a Lier.

—¿Qué vas a hacer en Lier? —pregunta Laurens.

—Visitar a mamá en casa de mi tía.

—¿Cómo está tu madre? —le pregunto.

—Mal.

Ni siquiera Laurens se atreve a replicar.

Pim se levanta y, sin mediar palabra, sale afuera en busca de su bicicleta. Cruza el patio a la carrera y se aleja. Laurens y yo lo miramos hasta que llega a la altura del pequeño convento y su espalda se convierte en un punto que se extingue.

—No se le nota nada —dice Laurens.

—No —digo yo—. ¿Y qué esperabas ver?

—Lo normal, ya sabes.

Ahora, el montaje que hicimos en el gimnasio y que hace media hora aún parecía muy peligroso no es más que un revoltijo de trastos.

Por un instante breve pero suficientemente largo, puedo atisbar desde un determinado ángulo la herida de Laurens debajo de la costra. Miro rápido y con cautela, como cuando estoy en un lugar en el que no debería estar.

La piel está curada, es rosada y brilla.

Empujamos el potro contra la pared, hasta que todo vuelve a estar en su sitio.

—Yo también me voy a casa —dice Laurens.

Sentada en el banco que hace un momento, colgado de las espalderas, aún servía de tobogán, veo cómo Laurens cruza el patio arrastrando los pies, levanta la pierna por encima del sillín y se aleja pedaleando. Y me quedo observando cómo también él se convierte en un punto, sólo porque me daría pena que más tarde descubriera que he seguido mirando a Pim y a él no.

Cuando Laurens por fin desaparece, me paseo por la sala devuelta a su estado original. Esta tarde podría no haber existido. El cielo se mueve con furia sobre el patio, las manecillas del reloj del gimnasio giran incansablemente. El timbre de la escuela vuelve a sonar. No sé si anuncia el principio o el final de algo.

LOS TRES MOSQUETEROS

En el verano de 1993, justo antes de que Laurens, Pim y yo pasáramos de párvulos a primaria, enviaron una carta a todos los maestros de la escuela y a nuestros seis progenitores: iba a celebrarse una reunión a la que todos debían acudir.

Durante aquella reunión, Beatrice, la directora, expuso sus reflexiones: ¿cómo era posible que en 1988 sólo hubiesen nacido tres niños? ¿Fue el invierno frío, el caluroso verano o el lunes negro en octubre del año anterior lo que hizo que todos echaran el freno y que nadie hubiera tenido tiempo de procrear? Su escuela era la más pequeña de toda la región de Kempen, las clases tenían un promedio de diez alumnos, el reducido tamaño era a la vez su principal encanto, pero —quizá en ese momento la directora se deslizara las gafas sobre la nariz para que quedara claro que no permitiría objeciones— el sol no salía por menos de un puñado de niños.

La única solución era una «clase acoplada»: tres pupitres adicionales al fondo del aula. Las maestras darían clase como de costumbre y ofrecerían temas de estudio adaptados a los acoplados: unas veces más difíciles y otras más fáciles que los de la clase donde se colocaran los tres pupitres adicionales.

—Tu padre no mostró su desacuerdo con suficiente firmeza y los padres de Laurens y Pim no tenían ideas mejores que aportar —dijo mamá al respecto seis años más tarde, cuando yo ya tenía once.

Estábamos fregando juntas los platos. Cuando tenía las manos en el agua jabonosa y caliente, mi madre se atrevía de vez en cuando a hablar con franqueza, pero casi siempre era para quejarse de cosas que yo nunca había vivido, por lo que no me quedaba más remedio que escucharla en silencio.

Por la forma orgullosa y a un tiempo insegura en que pronunció las palabras *ideas mejores*, supe que en aquella reunión se había sentido intimidada por el aspecto imponente de la madre de Laurens, y que, en defensa propia, había decidido no llevarse bien con ella.

Puede que su madre le hubiese susurrado lo mismo con las manos en el agua de fregar: las personas con las que te llevas bien suelen ser las que más tarde te dispararán por la espalda.

Pim, Laurens y yo pensamos que lo de la clase acoplada era una buena idea. Era eso o ir a otra escuela y tener que recorrer cada día una mayor distancia en bicicleta.

El material de estudio que nos daban era más fácil que el de la clase a la que nos habíamos acoplado. Oíamos suspirar a los alumnos mayores con los deberes y los exámenes, por lo que siempre teníamos la impresión de librarnos de algo.

Puesto que los demás no tardaron en llamarnos «los tres parásitos», en segundo a Pim se le ocurrió ponernos «los tres mosqueteros». No sabíamos exactamente qué era eso, pero el lema «uno para todos y todos para uno» que exclamaba Pim a voz en cuello cuando salíamos al patio de recreo compensaba muchas cosas. Empezamos a utilizarlo tanto si venía a cuento como si no —cuando nos abalanzábamos sobre la portería contraria, cuando recibíamos buenas o malas notas, cuando abríamos una botella de refresco—, hasta que acabamos creyendo que nunca habría nada más importante que nuestra amistad y dimos por supuesto que los libros de historia se habían basado en nosotros, y no al revés.

Juntos jugábamos al fútbol contra los chicos de otros cursos, que tampoco me ponían pegas siempre que me quedara en la portería y no metiera goles en propia meta; ganar porque el contrincante se había metido un gol equivalía a perder, pero no era ni la mitad de grave que ser derrotado por una niña.

No me diferenciaba de otras chicas por mis regates, sino por mi competitividad y mi indumentaria. Desde primero hasta quinto, llevé vaqueros azul oscuro y una vieja camiseta de fútbol de Jolan o un jersey verde de Mickey Mouse.

Después de que le diera su merecido a un niño que me advirtió: «Como la metas, te la meto», cuando estaba a punto de quitarle la pelota, no sólo podía ir a las fiestas de cumpleaños de Laurens y Pim, sino también a las de los otros chicos. Seguí asistiendo a todas las fiestas hasta el día en que me negué a mear con ellos de pie.

Las niñas no me aceptaban tan fácilmente: primero exigían que demostrara que quería ser una de ellas. Formaban un muro, me pedían una contraseña cambiante que yo nunca podía adivinar, me hacían una pregunta o me ponían un acertijo difícil, e incluso si lo adivinaba y me permitían jugar a capturar la bandera o a peluqueras durante los dos minutos restantes del recreo, estaba en deuda con ellas y tres recreos más tarde eran capaces de confiscarme por la cara mi barquillo relleno.

Yo pensaba que las niñas pequeñas no me comprendían, aunque tampoco entendía por qué las mayores me decían que no sería capaz de seguir su conversación.

Y es que «ser una Spice Girl» era un trabajo realmente complicado. Lo que ellas consideraban bonito cambió de repente y de formas muy sutiles: si antes la goma del pelo tenía que hacer juego con los cordones de los zapatos, ahora ya no; si antes Jimmy del grupo Get Ready! era el más guapo, ahora ya no; si antes había que llevar a Polly Pocket en la mochila, ahora ya no. En comparación con los chicos, las chicas atravesaban muchas más fases intermedias mientras se hacían mayores.

Al principio creía que mi estrecha amistad con Laurens y Pim era un punto a mi favor. Pero cuando las niñas empezaron a desfilarse por el patio cogidas del brazo, sólo me dejaban caminar detrás de ellas, no a su lado. Yo miraba las largas colas de caballo que golpeaban un hombro y luego otro, las uñas sin barro, los muslos delgados debajo de las faldas, y lo sabía: estas niñas han estado con niñas toda su vida. Son finas. Yo no, yo soy basta.

LAS 10.00

Hace nueve años, cuando me fui a vivir a Bruselas, todos los árabes de mediana edad se parecían entre sí. Hoy, en esta autopista que me lleva al pueblo donde crecí, todos los hombres blancos al volante se parecen a mi padre.

No es que quisiera vivir en la capital a toda costa, simplemente quería una ciudad que me resultara desconocida, puesto que en los lugares que conocía me veía a mí misma siempre desde arriba. Los centros comerciales, los grandes almacenes, las bibliotecas: todos se convertían a vista de pájaro en espacios en los que yo —esa coronilla de pelo castaño— me movía entre miles de individuos sin tocarlos.

Después de llegar a la ciudad empecé a estudiar Arquitectura para aprovechar lo que siempre había considerado mi debilidad. Me instalé en un piso de estudiantes donde sólo vivían chicas, con las que compartía cocina y baño. Los primeros meses fueron bien. Cada martes, yo cocinaba pasta para las demás. No hablábamos de dónde veníamos, en qué escuela habíamos estudiado ni a qué se dedicaban nuestros padres. Eso no importaba. Lo que importaba era que estábamos allí, sentadas alrededor de la mesa con los labios manchados de pesto.

No me saltaba ni una clase y después de la última me iba casi siempre a casa directamente. Los fines de semana, cuando mis compañeras de piso se marchaban al hogar paterno cargadas con la ropa sucia, yo seguía estudiando y limpiando las zonas comunes. Sacaba notas excelentes y tenía la impresión de que con cada diseño y cada maqueta creaba posibilidades.

Pero eso cambió. Las otras faltaban cada vez más a las cenas de los martes, simplemente no se presentaban y ni siquiera se excusaban de antemano. Preferían salir con amigos que estudiaran lo mismo que ellas: Medicina, Derecho, Ciencias de la Comunicación. Iban a bares o a bailar al Fuse. Comprendí que si al principio habíamos hablado poco de nuestra historia personal no era porque así nos estuviéramos dando la oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva, sino porque sencillamente no valía la pena. Nuestro contacto sólo había servido para superar el periodo inicial.

Yo hacía cada vez más tabiques de cartón, elaboraba proyectos, estudiaba materiales, pero ya no veía las posibilidades que creaba, sino sólo las que destruía al darles una forma sólida.

Al final de aquel curso lo único que me divertía era buscar en internet figuras a escala para mis maquetas. Buscaba siluetas en diferentes posturas: caminando, sentadas, nadando, saltando, charlando, agachadas o pedaleando. Miniaturas de árboles, aviones, bicicletas, escaleras, sillas, paraguas y árboles de Navidad. No era barato, les dedicaba una parte considerable de mi beca. Algunas figuras me recordaban a Tesje o a Jolan. Ésas no las ponía en mis diseños, sino en mi mesita de noche.

Mis maquetas, expuestas entre las de mis compañeros de aula, eran reconocibles por la gran cantidad de gente en miniatura.

En segundo de carrera oí que un profesor le hacía un comentario a otro al respecto, y entonces comprendí por fin lo que querían decir, por qué mis compañeras de piso no me pedirían nunca que fuera con ellas al Fuse.

Tardé algunas semanas en dejar de limpiar las zonas comunes de la casa y tres meses más en irme.

En Bruselas hacía menos frío que aquí. La lluvia era fina y ligera como una pluma, se detenía a unos centímetros del suelo y formaba una niebla baja y densa. Aquí, los extensos prados están libres de niebla y casi hiela.

No llevo conmigo ninguna anécdota sobre Jan, ni le he enviado ninguna foto a Pim, ni he publicado nada en la página de Facebook, aunque puede que yo lo conozca mejor que todos los demás juntos. Ellos sacarán a relucir los mismos clichés: que no nació a tiempo para ser un bebé de Navidad, que era zurdo y sumamente tímido, que se le daban bien las vacas.

Todos los veranos, cuando Jan aún vivía, su madre les regalaba a él y a Pim una cámara desechable. Al principio de otoño, los dos rollos volvían de la tienda revelados por partida doble. Luego venía el ritual de reclamar los recuerdos: Pim esparcía su paquete sobre la mesa de la cocina, nos servíamos River Cola y comíamos cintas ácidas. Como la madre de Pim lo pagaba todo, su hijo podía quedarse con una copia de cada foto, mientras que Laurens y yo teníamos que repartirnos las repetidas. Escogíamos por turnos. No había muchas en las que saliéramos los tres, pues tenían que haberlas sacado los padres de Pim o alguien que pasara por ahí.

Al principio nos peleábamos por las fotos de grupo, pero a medida que nos hacíamos mayores fueron adquiriendo valor las fotos en las que salíamos favorecidos. Cuando yo me quedaba con una instantánea en la que Laurens salía bien, podía ver por la forma en que encogía los hombros que no le gustaba ni pizca.

Entre las fotos esparcidas sobre la mesa de la cocina también había siempre algunas imágenes de días de verano en los que ni Laurens ni yo habíamos ido a la granja, en las que, por ejemplo, sólo aparecía Jan con un cepillo o una horca en las manos, o una foto mal encuadrada de Pim y Jan juntos, sosteniendo la cámara ante sí, o una instantánea de Pim, Jan y su madre en una de las pocas excursiones al zoo de Planckendael.

Laurens y yo no tocábamos esas fotos. Laurens no quería saber nada de ellas y yo temía no merecerlas.

Después del accidente de Jan, la madre de Pim no volvió a comprar más cámaras. Por su forma de mirar comprendí que esperaba que Jan volviera, se dirigiera al patio y empezara a barrer los establos como cada mañana. Por eso no se podía fotografiar nada mientras él no volviera; de lo contrario, las imágenes, la representación del periodo en el que estuvo muerto, no cuadrarían.

Lo que más echaba de menos al final de las primeras vacaciones de verano que pasé sola en el piso de estudiantes de Bruselas eran las instantáneas expuestas sobre una mesa. Comprendí que las personas que se quedan solas tienen menos momentos aprovechables.

8 DE JULIO DE 2002

—¿Vas a preguntar si podemos montar la piscina? Si tú también quieres, tenemos más posibilidades de que nos dejen —me dice Tesje.

Tiene una cicatriz alrededor de los labios. En realidad, toda su boca es la cicatriz. En una calurosa noche de verano, cuando tenía tres años, intentó alcanzarnos a Jolan y a mí con su bicicleta. Cruzó la Bulksteeg a toda velocidad, detrás de nosotros, y no llevaba puesto más que el bañador. Una piedra se metió en su rueda delantera y la bloqueó. Tesje dio una vuelta de campana y cayó de bruces. Sus labios hicieron de pastillas de freno y se quedaron colgando de un hilo.

Como suele afirmarse siempre después de este tipo de incidentes, como si hubiera momentos más oportunos para los dramas, aquella noche mamá y papá estaban a punto de salir. Llevaban puesta ropa nueva. Anne, la canguro, aún no había llegado. El vecino, el padre de Anne, trajo a Tesje a casa: le había anudado una bufanda alrededor de la barbilla, para que todo se mantuviera en su sitio.

Le cosieron la boca con prisas porque, según mamá, la cirujana plástica tenía que ir a una fiesta; hizo su trabajo apresurada y el labio inferior acabó torcido. Torcido de un modo que sólo lo ves si lo sabes.

Tesje está sentada en la cama, agita la bola de nieve que hay sobre su mesita de noche, vuelve a tumbarse y espera a que los brillantes copos se hayan depositado.

La bola de nieve es su manera de alargar un poco el despertar. Cada mañana, Tesje completa el sueño con una cantidad fija de tormentas de nieve.

Llevo una hora en el *office*, en la silla donde mamá se sienta más a menudo. A la derecha de mi campo visual, al fondo del jardín, Jolan empieza a desenterrar la tortuga de agua. Aunque el cielo está nublado, deduzco por las perlas de sudor en su espalda que hace un calor bochornoso. Se ha puesto vaqueros negros que, al igual que nuestro padre, guarda para el fin de semana en una pila separada en el ropero. Los guantes de trabajo que lleva, grandes y fluorescentes, hacen palidecer su pecho.

Papá enterró la tortuga hace tres años, en invierno, entre el cobertizo de las bicicletas y el gallinero, al pie del cerezo. Según él, se convertiría en un hermoso esqueleto, una pieza de coleccionista, y colocó encima uno de los ladrillos huecos que sobraron después de levantar el tabique del cuarto de baño.

—Ahora tenéis que esperar seis años antes de desenterrarla. Cuanto más me preguntéis si ya está, más tardará.

Al principio mirábamos en silencio, esperando con ansiedad el momento en que los gusanos y los insectos hubieran completado su infame tarea. La hierba volvió a crecer sobre la tierra removida. Cada vez que pasábamos por delante del cerezo nos deteníamos unos instantes junto al ladrillo debajo del cual los gusanos roían lentamente la carcasa.

Sin embargo, cuanto más esperábamos, más pacientes nos volvíamos. En los últimos meses no había pensado ni una sola vez en cómo estaría la tortuga debajo del suelo. Jolan quizá tampoco, hasta esa mañana. Era difícil explicar de dónde había salido su repentino entusiasmo. Cuando me levanté, ya se

había puesto los guantes de trabajo de papá y tenía la pala en la mano.

—¿Te vienes, Eva? —me dijo excitado—. ¡Hace un día perfecto para las exhumaciones!

Sin soltar la pala, entró en la cocina para prepararse un sándwich. Pero como con los guantes puestos no podía, dejó que lo hiciera Tesje. Volvió a salir al jardín, esparciendo a su paso un rastro de arena. Tesje corrió detrás de él con el pan. Quería ayudarlo en mi lugar, pero Jolan la echó.

—¡Las excavaciones no son para niñas! —le gritó.

—Eva también es una niña.

Para no tener que contestarle, Jolan se metió el sándwich entero en la boca. Tesje se puso entonces a cavar sin ton ni son al otro lado del jardín, así Jolan tendría que compartir sus herramientas con ella.

Los observo a ambos con recelo. Compiten cavando. Junto al hoyo de Jolan no tarda en formarse una gran montaña de arena. El mango de la pala de Tesje es más grueso que sus muñecas; cada vez cava un hueco nuevo, dejando tras ella pequeñas toperas. Podría levantarme, salir al jardín para echarle una mano a Jolan o ayudar a Tesje a avanzar más deprisa. Nadie me lo impide. Sin embargo, sería una lástima desenterrar un esqueleto sin tener a Laurens ni a Pim cerca, sin aventura.

Me levanto, bebo un vaso de agua y vuelvo a sentarme.

Este aburrimiento es más profundo que nunca. Ya no soy sólo un cuerpo, sino un grupo de personas que han huido a la desbandada. Y la mesa no ayuda, pues le confiere a la silla un propósito mayor, no sólo el de sentarse.

Podría apartarme un poco, retirarme hacia el centro de la habitación para que no pareciera que tengo que tomar una decisión sobre algo. Pero sólo puedes permanecer en una silla en medio de una habitación el día de tu cumpleaños, cuando te cantan. Ojalá fuera el cumpleaños de alguien. Apoyo los brazos sobre el tablero que tengo delante.

Desde la sala de estar se oyen suspiros. Me hago una idea exacta de la situación: mamá está sentada en el sillón. Sobre la mesita baja ha dejado el temporizador en forma de pera que le regalamos por su cuarenta cumpleaños. Lo desenvolvió, se lo puso en la mano y dijo indignada:

—Para este tipo de regalos inventaron el Día de la Madre.

Mamá lo utiliza únicamente para su uso personal. Lo programa al máximo, cincuenta y cinco minutos, se tumba en el sillón, y si por algún motivo tiene que levantarse antes de que se haya agotado el tiempo, por ejemplo, para mear, lo vuelve a poner al máximo. Sólo vale si duerme de un tirón.

Delante de mí, en la terraza, está *Nanook*, nuestro husky. Él también duerme. Mamá lo ha atado con una correa a una de las patas de la mesa de la terraza. El animal ha tejido una red que no sabe cómo desenmarañar. Está tumbado con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras. A veces suelta un suspiro que levanta la arena alrededor de sus orificios nasales.

Desde que en la clase de Jolan alguien empezó a regalar insectos palo, también tenemos animales domésticos que pueden quedarse dentro por la noche. El terrario está en un rincón de la sala de estar. Al principio, los bichos lo pasaban mal, pero desde que hemos sacado de la sala al exterminador de insectos, les va mejor.

Los insectos palo me recuerdan de alguna manera a mamá.

No lloramos cuando mueren y solemos tardar varios días en darnos cuenta de que han fallecido. Para comprobarlo hay que razonar al revés: descartar todos los signos de vida hasta que a la larga sólo queda lo contrario. Los insectos palo muertos se secan. No se convierten en cadáveres diminutos sino en hojitas enrolladas de un marrón amarillento. Nadie se lo tomará como un drama siempre que el otoño se anuncie gradualmente.

Me levanto y salgo al jardín. Con cada paso que doy, noto como si me clavaran dos enormes agujas en los riñones. Me siento encima de un cubo puesto boca abajo, no muy lejos del yacimiento arqueológico de Jolan. Allí no puedo mirar dentro del hoyo. El gran montón de arena delata que ya es profundo.

—Eva, en cuanto aparezca el esqueleto, empezaré a retirar la arena con una brocha. Si no, podría romperlo.

Tesje viene a sentarse a mi lado. El cielo sobre nuestras cabezas oscurece. El campo está seco y sediento. Miro cómo se acerca la tormenta conspirando en la distancia, hasta que las nubes se agolpan formando un moratón invertido: gris claro, azul oscuro y, en algunos lugares, malva. No estamos muy lejos del golpe, del puñetazo.

Noto que mis bragas están pegajosas. Tengo que ir al baño. Quizá sea eso. Me levanto para entrar.

—¿Me traerás una bolsa de plástico? —pregunta Jolan sin levantar la vista—. Y un chubasquero que pueda ensuciarse.

Suelta la pala y pasa a la brocha.

Aunque el cuarto de baño no tiene ventanas, dentro se percibe cuando cae el primer aguacero. Incluso los espacios cerrados cambian entonces de ambiente y de color. Los truenos llegan rodando desde lejos y se dispersan, crujiendo por la casa, hasta los rincones más pequeños.

Miro la sangre. Está por todos lados: en mis bragas, entre mis muslos abiertos, en la tapa del váter.

Mi vagina ya no es un agujero que no conduce a nada, no es un bolsillo cosido en una camisa recién comprada que resulta ser falso. Tengo un útero, no soy distinta de las demás, como ya me había asegurado Elisa.

La tapa del váter se ha calentado bajo mis nalgas. Sólo lo noto si me desplazo hasta un lugar frío. Me quedo sentada lo más quieta posible. En cuanto percibo mi calor corporal, siento náuseas.

Alguien avanza por el pasillo. La puerta del baño no tiene pestillo ni cerradura, aunque hay un sistema de ventilación que emite un zumbido cuando la luz está encendida, por lo que se sabe que está ocupado.

—¿Quién está en el baño? —pregunta mamá.

—Yo —digo.

—¿Quién es yo?

—Eva.

—Te llaman por teléfono.

—Ya voy.

—Ahora se pone.

Oigo resonar la voz de Pim.

—Pim pregunta si te apetece ir a nadar —dice mamá.

—¿Ahora?

—¿Ahora? —repite mamá en el auricular.

No sabía que Pim tuviera piscina. Es muy raro que alguien que se ha quedado sin hermano tenga de repente una piscina. Es un trueque injusto que nadie debería aceptar.

—Ahora no, mañana.

Mamá se aleja por el pasillo, cierra la puerta de la sala de estar. Manipula la manija, la oigo hablar entre dientes. Espero que ya haya colgado el teléfono.

De todos modos, Pim también habrá llamado a Laurens. Puede que ahora estén nadando sin mí. No hay nada tan divertido como bañarse durante una tormenta, cuando el temblor de los truenos se desplaza por el agua. Tendría que haber contestado yo, así quizá habría podido estar con ellos.

De todas formas, si quiero nadar, primero tendré que aprender a ponerme un tampón.

Después de intentarlo media hora, regreso a la cocina. El tampón me hace daño y me impide caminar con normalidad. Podría indicar en mi bajo vientre hasta dónde lo he metido.

Sobre la mesa hay una caja de zapatos sin tapa. Dentro se encuentra el esqueleto apestoso y fangoso de una tortuga, roído con glotonería. Recuerda a la carne estofada. El caparazón está torcido sobre el resto del esqueleto. Si fuera comida que nos hemos dejado en el plato, mamá nos lo volvería a poner delante y diría: «Hay que acabarse esto». Junto a la caja veo un frasco de líquido limpiagafas con un montón de algodones. Sobre un periódico abierto hay dos patas limpias. Se puede ver cuál es la pata que ha limpiado Tesje y cuál Jolan.

El jardín está vacío, los montones de arena se han convertido en barro y se han hundido. Aún no es de noche. Ahora me doy cuenta de que no hemos montado la piscina de Tesje.

No tengo ni idea de adónde se ha ido todo el mundo. Abro las ventanas de la casa, pero el hedor no se disipa.

WINDOWS 95

Nuestra niñez, como la de otros jóvenes del pueblo, podía dividirse por cuestiones prácticas en dos periodos: antes y después de Windows 95. El cambio coincidió en todas las demás familias en 1995 y estuvo marcado por el uso repentino y ávido de términos ingleses.

Games. Points. Levels. Winner.

Todo el mundo hacía lo que podía, pero sólo Jolan y yo caímos en que esos sonidos hinchados no cabían en aquellas bocas torpes, deformadas por el dialecto. Éramos prácticamente los únicos en Bovenmeer que no teníamos televisor ni Windows, y que seguíamos llamando a los *cornflakes* «cereales», o «Kwakies», la marca blanca del supermercado Aldi.

En nuestra familia, el verdadero punto de inflexión tuvo lugar unos años más tarde y no coincidió con el avance de Windows, sino con el inicio del extraño comportamiento de Tesje, algo que sí tuvo que ver con la introducción de un sistema operativo.

En 1997, unos días después de que Laurens jugara por primera vez a *Tomb Raider*, perdiera la noción del tiempo y quisiera ponerme al corriente de su victoria por teléfono en un momento que en realidad estaba reservado a los infartos de los abuelos, papá consideró que había llegado la hora de participar en la era del ordenador.

Tesje ya dormía, yo aún no. Yo cumplía con mi deber: ser un faro, pero sin luz. Desde lo alto de mi cama registraba todos los sonidos, no me atrevía a dejar de hacerlo, pues temía que mi papel fuera realmente esencial y que, si me descuidaba, todo se viniera abajo y papá no volviera más a casa.

Después de unos minutos oí ruidos en el pasillo. Alguien subía la escalera con los zapatos puestos. Era una manera de andar que yo no reconocía, resuelta y rápida. Los pasos llegaron al último escalón, que crujió.

En algún momento, nuestros padres decidieron recubrir hasta el último rincón del rellano y de la escalera con cartón que pegaron con cinta de papel. Debajo del cartón había un suelo de parqué y una escalera de roble. Aquella madera llevaba tanto tiempo tapada que también podría no haber estado allí. Cada mañana caminábamos sobre las vetas que papá y mamá habían querido mantener intactas. Debería haber resultado tranquilizador pensar que algo no se estaba desgastando, pero cuanto más me paraba a pensarlo, más ridículo me parecía: guardaban ese suelo de parqué para otra vida, para una vida más importante.

Se encendió la luz del pasillo. Me volví de espaldas a la puerta del dormitorio. La puerta se abrió, el nítido haz de luz cayó sobre mi almohada, partiendo mi cabeza en dos a lo largo de las sienes. Entreabrí la boca, cerré los ojos y no me moví cuando oí mi nombre. A pesar de ello, mi padre me sacó de la cama. Ésa era la función de las camas altas: tener a los niños a la altura de los ojos para que así fuera más fácil despertarlos en plena noche.

Bajé la escalera tras él. Con cada escalón, su cabeza se hundía unos quince centímetros.

Recordé la noche en que me sacó de la cama porque supuestamente mamá había dicho que «Iba a terminar de una vez». Seguramente, papá tampoco tenía claro qué pretendía terminar exactamente: su vida, su relación o las cerezas que aguardaban a convertirse en mermelada. No obstante, en plena noche

escondimos todo lo que pudiera ayudarla.

Por si acaso.

—Créeme, si alguien quiere acabar realmente con todo y tiene suficiente fantasía, hasta un prensa ajos es peligroso —dijo él.

Lo metimos todo en una gran caja de cartón: compases, cubiertos afilados, mondadientes, bolígrafos. A la mañana siguiente, mamá se encontró con la casa prácticamente desvalijada y el botiquín vacío, aparte de una caja de tiritas resistentes al agua y unas pequeñas tijeras romas. Durante tres días comimos con tenedor y cuchara y no pudimos cortar papel.

Después, empezó a preocuparme la posibilidad de que mi madre no hubiera deseado la muerte en aquel momento, sino que nosotros le hubiésemos metido esa necesidad en la cabeza al vaciar los cajones de cubiertos.

Llegamos al último escalón. Papá cruzó el pasillo, entró en la sala de estar y cerró la puerta detrás de mí. Aun después de ver la gran caja de cartón vacía en medio de la sala, seguí pensando que quería hacerme daño.

—Mira.

Papá encendió la luz. Sobre la mesilla al otro lado de la sala había un pequeño ordenador. La pantalla emitía un resplandor blanco y frío.

—Eefje, ya está, por fin tenemos un Windows 95 —dijo solemnemente.

Nos quedamos mirando al menos un minuto entero lo mal que aquella cosa iluminaba la sala. Luego él encendió una lámpara, se fue a la cocina y regresó con cuatro cervezas abiertas en su cesta.

—Me lo he agenciado en el trabajo.

Pasó el pulgar alrededor del cuello de la primera botella, como si quisiera tranquilizarla antes de bebérsela de un trago.

—Un Windows 95. Un excelente sistema operativo.

Pese a tener la pantalla blanca, la gran torre, el teclado y el ratón delante de las narices, no lograba hacerme una idea de lo que significaba aquello. Me castañeteaban los dientes.

—Ponte la bata —me dijo papá.

Después me dejó mirar, de pie junto a su silla, mientras él jugaba cinco partidas al solitario.

El nuevo ordenador de segunda mano permaneció unos tres años en el sitio donde papá lo depositó aquella noche, entre la pared y la chimenea de mármol, junto a una de las sillas de la elegante mesa de comedor que para mamá quedó degradada, y para papá, ascendida a silla de ordenador.

Era el lugar de la casa que más a menudo atravesábamos, lo que nos permitía controlar bien el uso que los demás hacían del ordenador. No sólo estaba en la línea que unía la cocina y el sótano, la puerta trasera y el pasillo, la cocina y el baño, sino también justo a media distancia entre la puerta del sótano y la cocina, los dos lugares entre los que mamá más deambulaba. Sus numerosas idas y venidas provocaban desacuerdos tácitos: ella consideraba que pasábamos demasiado tiempo frente al ordenador. A nosotros nos llamaba la atención con cuánta frecuencia iba al sótano a por la misma lata de tomate, aunque aquel día no comiésemos espaguetis ni otra salsa roja.

Después de la llegada de Windows 95 tardamos un poco en ponernos de acuerdo sobre quién podría utilizar el ordenador y cuándo. Jolan decidió que cada uno de nosotros tenía derecho a jugar un rato cada noche, por orden inverso al de nuestro nacimiento. Podíamos mirar lo que hacía otro, siempre que éste lo tolerara.

Jolan y yo descubrimos en el escritorio la carpeta *Fun Stuff*, que contenía dos videoclips: *Buddy Holly*, de Weezer, y *Good Times*, de Edie Brickell. Reprodujimos los clips una y otra vez: nunca habíamos estado tan cerca de tener una televisión con MTV. *Good Times* se convirtió en la banda sonora de 1997.

En cuanto nos hartamos de las canciones, cada cual eligió una especialidad. Yo empecé a hacer dibujos con Paint que siempre salían mal, pues el ratón era difícil de manejar. Jolan se consagró a *Hover!* Capturaba banderas sobre fondos pixelados mientras en su tablero de mandos una brújula se movía de forma bastante arbitraria. Tesje sólo tenía seis años y se aficionó a mirar fijamente los salvapantallas. Le gustaba sobre todo Starfield. Me pidió que ajustara la máxima cantidad de estrellas a la velocidad mínima y luego se pasaba horas viajando en el tiempo. La elegante silla, forrada de mimbre trenzado, dejaba constancia de sus largos viajes por el espacio: un estampado de cuadrículas rojas en las nalgas de Tesje.

Unos meses más tarde, cuando ya había cumplido siete años y adquiría destreza jugando al *Buscaminas*, empezó a llamarme la atención su extraña conducta. Cada vez que detonaba una mina con un clic del ratón, se obligaba a ganar dos partidas consecutivas.

En ocasiones, cuando iba a relevarla, me la encontraba llorando porque no había conseguido quitar suficientes minas de un campo. Consideraba que todo había sido inútil siempre que el número de explosiones fuera superior al de minas despejadas. Yo le cedía a menudo mi tiempo de ordenador, me sentaba a su lado y escuchaba los nerviosos clics del ratón. Quizá fuera allí, cara a cara con las compulsiones reprimidas que habitaban en ella, donde empecé a quererla más profundamente.

LAS 10.15

El tiempo exacto de descomposición de unas braguitas no salía por ninguna parte. Lo que sí encontré fue el de otros desechos: cartón, colillas, botellas de plástico, pieles de plátano. Calculé que el tiempo que tardaría un trozo de algodón con bordado azul claro, talla pequeña, en desaparecer de la naturaleza se encontraría entre el de un periódico y una piel de plátano: un mínimo de un mes y un máximo de tres años, dependiendo de las condiciones atmosféricas.

También hoy, el arcén derecho de la carretera de Bruselas a Bovenmeer está sembrado de basura. Objetos de los que cabe preguntarse cómo alguien ha podido perderlos sin darse cuenta. Un zapato, un sujetador, la puerta de un frigorífico, media mesa de ping-pong.

Seguramente, la pérdida de esas cosas no pasó inadvertida, pero la gente no dio media vuelta para reclamar sus pertenencias, por vergüenza o por un sentimiento de culpa, o precisamente por la falta de ambas.

No tenía previsto salir tan pronto. Esta mañana antes de que amaneciera ya estaba vestida y sentada en el borde de la cama esperando a que el vecino del piso de abajo acabara de despertarse, a que borboteara su cafetera, para poder ir a buscar el bloque de hielo. En lugar de impacientarme esperando que llegara la hora de esperar, me ha parecido más soportable sentarme en el coche hasta que fueran las tres de la tarde y mantenerme en movimiento.

Aún no he visto ningún letrero indicando la distancia hasta Bovenmeer. El pueblo está rodeado por el canal Alberto y la autopista, y sólo tiene dos vías de acceso. No elegiré la ruta más corta, aunque sería la más lógica. No quiero pasar por delante de los sauces.

Al pie de estos árboles perdí mis braguitas en el verano de 2002. Fueron a parar junto al carril bici, la única vía por la que los niños del pueblo podían llegar al instituto. No sucedió de forma inadvertida, aunque en realidad tampoco fui plenamente consciente de ello.

Cuando volvió a empezar el curso, no tenía más opción que pasar todos los días por delante de los sauces, bajar la mirada hacia las braguitas, un triángulo de tela con un lacito delante, que me esperaban indefensas en la acequia. Semana tras semana, los camiones que pasaban zumbando les daban vida. La lluvia las empujaba unos metros cuesta abajo. Se fueron ensuciando y perdiendo color, como un animal atropellado.

Podría haberme bajado de la bicicleta y haberlas recogido. Pero mientras negara que fueran mías, era como si el verano anterior no hubiese ocurrido.

11 DE JULIO DE 2002

Nunca he conseguido llegar tarde a ningún sitio. Pim sí, y siempre tiene una buena excusa. Debía barrer el establo, pasar los restos de leche a botellas de plástico o una vaca había parido un ternero que venía de nalgas. Ahora, además, tiene a Jan. Después de una pérdida, la gente ya no suele hacer muchas preguntas.

Mientras pedaleo, cruzo corrientes de aire a veces cálidas y a veces frías. Si no me encontrara entre casas sino en una piscina, sospecharía que otros se han meado en el agua.

Llevo puesto el bañador debajo de la ropa. Es uno viejo que tengo desde primaria y me queda demasiado pequeño. Los tirantes se me clavan en los hombros produciendo una resistencia tal que, si cediera ante ella, me plegaría en dos.

Cuanto más muevo la entrepierna sobre el sillín, más se me tuerce el tampón. Justo antes de salir me he puesto uno nuevo. Se habían acabado los tampones con aplicador de cartón, así que he cogido uno de los gruesos y sin aplicador de mamá. Mi dedo es mucho más corto que los aplicadores a los que ya me había acostumbrado, así que no he logrado meter el tampón muy profundo. He tirado hacia atrás del cordón, lo he encajado entre las nalgas como un marcapáginas.

El reloj de la iglesia da la media. Las cuatro es una hora rara para desplazarse por el pueblo de camino hacia algún sitio. A esta hora, la mayoría de la gente está volviendo a casa, por lo que ya no parece que valga la pena ponerse a hacer algo. Por eso he salido media hora antes de lo que me pidió Pim.

Paso por delante de las casas del centro del pueblo, el cementerio amurallado, la sala parroquial.

Ha llegado la feria. Los seis grandes camiones que a principios de semana cruzaron el pueblo descansan ahora en las esquinas de las calles antes de que los abran y los vacíen. Como el pueblo no tiene plaza, las barracas bloquean las calles en torno a la iglesia, que están cerradas al tráfico salvo para los de aquí, aunque en este pueblo casi nunca circula gente de fuera. Reconozco las seis: la barraca de tiro, los autos de choque, los aviones, la pesca de patos, la tómbola y el puesto de patatas fritas. Bovenmeer es el único pueblo en el que este último cuenta como atracción.

Ahora hay que esperar hasta mañana. Entonces inflarán los globos, llenarán los cucuruchos, pondrán los patos en el agua, expondrán los precios y empezarán a freír las patatas. A las seis en punto, los faros de los autos de choque harán sombra a la luz del sol, la noche del viernes arrancará con *No Limit*, hasta que cada barraca ponga su propio CD, sus cacofonías de sirenas y nuestro *Pump Up the Jam*.

Entro en la finca pedaleando; en el corral, las ocas me acompañan graznando hasta donde el alambre les impide seguirme. Delante del ordeñadero me encuentro con la bicicleta azul de Laurens. Él también ha llegado temprano hoy.

Es la primera vez desde el funeral de Jan que me han invitado a ir. En los últimos meses, me he limitado a mirar este lugar desde la distancia.

El padre de Pim se acerca al oír el sonido de las ocas, se asoma a la puerta del pequeño ordeñadero. Lleva un mono demasiado grande o tiene un cuerpo demasiado flaco. Las perneras le cubren los zuecos y se deshilachan. Sin decir palabra, apunta al pajar con un dedo y vuelve a meterse en el ordeñadero.

El padre de Pim nunca fue muy hablador. A veces quisiera saber cómo funciona: si los introvertidos se vuelven granjeros o si los granjeros se vuelven introvertidos. Así podría anticipar lo que nos espera con Pim.

El pajar está en el granero; a su lado, a la izquierda del patio, hay un gran silo con pienso y un esparcidor de abono líquido. Cuando me dirijo hacia allí veo enseguida la piscina nueva. Está debajo de una pérgola de madera de fabricación casera, cubierta con un plástico transparente. La piscina tiene un diámetro de cinco metros y un borde dentado azul intenso. Hay una pequeña escalera plegable. En el agua flota un delfín inflable. Del pesado techo del granero salen unos conductos que están conectados al sistema de filtros, por donde se bombea el agua caliente hasta la piscina. Éste es el tipo de cosas que aprende Pim en su escuela.

Antes, aquí no había nada, sólo un granero rodeado de un suelo de hormigón, un espacio para que maniobraran los tractores. La piscina es como una fea cicatriz.

La pesada puerta de acero del granero está entreabierta, por lo que puedo meterme dentro sin tener que abrirla más. Al fondo hay una Honda roja, sin rueda trasera y con el motor desmontado.

Trepa por la estrecha escalera de mano. Una vez arriba, veo de inmediato las viejas cortinas que forman la entrada al campamento que construimos hace dos años. Antes de empezar a apilar pacas, dibujamos un plano completo. Se convirtió en un campamento en forma de caracol, con un hueco en el centro. Alrededor había que construir tres corredores, dos de ellos sin salida. Allí colgamos cazamoscas pegajosos para atrapar a los intrusos. Tanta construcción nos llevó varios días del verano. Cuando la hubimos acabado, pasamos una sola noche dentro. Es buena señal que Pim no haya demolido nuestra guarida.

En algún lugar entre los montones de paja suenan voces apagadas, ininteligibles. Paso por debajo de la cortina. El corredor al que accedo es más oscuro, más mohoso y más angosto de lo que esperaba, pero quizá sea yo la que me he ensanchado. Sólo puedo avanzar gateando. Cuanto más me acerco al lugar de donde proceden las voces, más me cuesta respirar. Justo antes del final del corredor, junto a la guarida, hay una gran raja entre dos fardos a través de la cual entra una franja de luz. Aquí, de pronto, oigo claramente la voz de Laurens.

—Rita tiene buen tipo, pero de cara es feísima. En cambio a Kim le pasa justo lo contrario. De cara no está mal, pero, entre tú y yo, está hecha un fideo.

Seguramente, Pim le ha pedido que elija, de forma muy hipotética, entre dos chicas.

—¿Sabías que las almejas de las chicas saben salado? —pregunta Pim.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Compáralo con un sorbito de agua salada. A veces se parece más al mar del Norte, otras al océano Atlántico.

Ni Pim ni Laurens han nadado jamás en el océano Atlántico. Lo sé. Nosotros tres no hemos viajado nunca más allá de Holanda o Francia; hubo un momento en que estábamos orgullosos de eso, de que gracias a esa falta de conocimientos nos permitieran utilizar el ordenador de clase para buscar fotos.

En quinto nos pusieron un examen sorpresa de geografía. No supe indicar dónde estaba Bélgica en un mapa de Europa y me suspendieron con un cero. Era la única de la clase que todavía no tenía televisor. La señorita me propuso hacer un examen de recuperación. Me dio dos semanas de tiempo para que me aprendiera de memoria todos los países de Europa con sus respectivas capitales. Dado que al principio yo creía que Europa lo abarcaba todo salvo América, también me aprendí África, Asia y los mares. Gracias al retraso que llevaba de antes, conseguí ser la única en saber algunas cosas: por ejemplo, que el mar del Norte limita con el océano Atlántico y que ambos contienen la misma agua.

Me acerco a gatas, para poder mirar por la rendija. Veo a Laurens y Pim sentados juntos frente a mí, con la espalda apoyada en la pared del campamento.

Así que esto es a lo que se refería Laurens con «cosas de chicos».

Intento quedarme lo más quieta posible. Respiro con suavidad, no quiero alterar la escena.

Pim mira alrededor, luego saca una bolsa de plástico de un hueco que hay en el muro que tiene detrás. Dentro de la bolsa hay un montón de revistas. Las coloca una a una en el regazo de Laurens.

—¿De dónde las has sacado? —pregunta éste deslizando los ojos por la revista, mientras pasa las hojas con avidez hacia delante y hacia atrás, igual que hacía con el catálogo de la juguetería antes de San Nicolás.

—¿Y qué más da? ¿Has traído lo que te pedí?

Se oye un crujido. Laurens busca en la mochila que está junto a él en la paja. Saca una toalla y un bañador, una tableta de chocolate y, finalmente, una bolsita de la carnicería. La abre y extrae su contenido con cuidado: una loncha de paté de color rosa oscuro.

—Perfecto.

Pim coge la loncha y corta un trozo.

—Cierra los ojos y abre la boca —le ordena—. Eva vendrá a las cuatro. Tenemos que darnos prisa.

—¿Por qué has tenido que llamar a Eva? —dice Laurens suspirando y con los ojos cerrados.

Se me encoge el estómago. Pim no le contesta.

—Abre el pico, Lau.

Laurens aprieta aún más los ojos hasta formar dos finas rajitas, encoge el cuello como si esperara recibir una bofetada. Al final, abre mucho la boca y Pim deja caer un trocito de paté en su lengua. Luego toma la primera revista del montón, la hojeara hasta encontrar la foto correcta, dobla la revista y la pone justo delante de la cara de Laurens.

—¿Qué hago ahora? —farfulla Laurens con la boca entreabierta.

Pim acerca más la revista a sus labios, lo que amortigua los sonidos y me tapa su cara.

—Deja que se derrita el paté, y luego abre los ojos y mueve la lengua.

Laurens acata la orden, su postura delata que no se siente del todo cómodo. Hace ruido con la lengua. Sigue teniendo la cara escondida detrás de la revista. La foto de la parte posterior muestra el extremo de lo que Laurens está lamiendo. Una mujer de color sobre un diván naranja.

Pim se echa a reír.

La página se ha quedado mojada y fofa de tanto lamerla. Pim baja la revista y busca otra página. Laurens retira la lengua.

—¿Quieres más?

Laurens se encoge de hombros.

—Entonces, aguántala tú. —Pim se mete un trozo de paté en la boca y elige una página de otra revista—. Ya está, ahora también has probado esto. Éste es el sabor, sólo que las mujeres no tienen granos de pimienta.

—¿Cómo sabes todo eso?

Pim no tiene una respuesta inmediata. Posiblemente no sea por propia experiencia.

Se hace un largo silencio que ellos llenan con sus lametones. Aún queda más de la mitad del paté. No me apetece continuar mirando tanto rato. Recorro los últimos metros de rodillas, doblo la esquina. Saludo a los chicos con el entusiasmo del recién llegado.

Laurens se sobresalta. Se traga el gran trozo que acaba de ponerse sobre la lengua. Cierra la revista que tiene sobre las piernas. Pim deja la suya donde está.

—Llegas temprano —me dice.

—¿Lleváis puesto el bañador debajo de la ropa?

Echo un vistazo a la loncha de paté. ¿Qué resultaría menos sospechoso?, ¿que dijera algo al respecto o que hiciera como que no la veo? No sé si es bueno o malo que no se avergüencen de ello delante de mí. Aunque, si de verdad no les da vergüenza, ¿por qué no me han invitado?

Tomo el resto del paté y me lo meto en la boca. Está más granuloso que otras veces. Me lo trago rápidamente.

Cojo una de las revistas y la hojeo. Me detengo lo justo en cada foto, no las miro demasiado, aunque nunca había visto algo así de cerca. Veo pasar el diván naranja mojado de baba.

—Por algo lo llaman almeja... —digo—. Mejor no abrirlo, que, si no, se echa a perder.

Laurens me tiende la mano para que le devuelva la revista, pero en lugar de dársela, aliso una hoja arrugada y luego la suelto de golpe sobre el montón.

—Me voy a nadar —digo.

Salgo del campamento y bajo por la escalera de mano. En las puertas del granero me quedo parada con el corazón en un puño, escuchando si vienen detrás de mí.

Floto en la piscina. Para ser una granja lechera hay muchísimo silencio.

En el establo de la derecha, Jan solía hacer breves pausas cuando les echaba de comer a las vacas; dejaba descansar una mano sobre el mango de la pala, mientras que con la otra se manoseaba las lesiones de la cara. Yo notaba que me miraba desde el establo, algo que me gustaba y disgustaba a la vez, como cuando ahora me apuntan con una cámara de fotos. En esos momentos no sé lo que vale la pena registrar de mí, ni si debo comportarme de otra manera.

En una ocasión, Jan me dijo: «Nunca pensé que llegarías a ser tan guapa».

No supe cómo reaccionar. ¿Debía ofenderme el cumplido de un chico feo vestido con mono? ¿Qué sabía él de estas cosas?

Ojalá le hubiese sonreído o le hubiese preguntado cuál era su vaca preferida.

Noto que me tocan el brazo. Me sobresalto. Por un instante pienso que es Jan, pero resulta ser el morro del delfín inflable que flota en el agua.

Los chicos bajan rápido por la escalera después de haber tenido suficiente tiempo para borrar todas las huellas del pajar. Se ríen. Se han puesto el bañador en la cabeza. Para cambiarse, cada uno se esconde detrás de un tractor.

Quizá nuestra amistad aún tenga arreglo.

—He pensado un nuevo juego: montar al delfín —exclama Pim.

Baja la escalerilla, deja que los dedos de los pies se acostumbren al agua. Dado que Laurens se considera demasiado mayor para aprender las reglas del juego, empezamos sin más. Por turnos, intentamos montar al delfín, que flota en medio de la piscina. No es sencillo. El animal nos tira continuamente, y si alguno amenaza con subirse demasiado rápido, los otros provocan enormes olas. Litros de agua salpican por encima de los bordes. Soy la última en intentar montarlo. Cuando me doy impulso desde el fondo de la piscina, mi tampón se sale un poco. Enseguida se hincha de agua. Aun así, consigo domar al delfín. No porque sea una buena domadora, sino porque Laurens y Pim ya se han cansado del juego y no me hacen caer.

—Es hora de volver a casa.

La familia de Laurens cena antes que la de Pim o la mía. Ya ocurría así cuando éramos pequeños. Los alumnos de primaria se dividían en dos categorías: los que sólo podían quedarse jugando en casa de los amigos de dos a cinco y los que podían alargar hasta las seis.

Pim y yo podíamos llegar a las seis a casa; Laurens tenía que estar de vuelta a las cinco y media. A esa hora, su madre cerraba la tienda, Laurens escogía algo de carne del mostrador y ella se la preparaba.

La norma era la siguiente: el que estaba en la segunda categoría quedaba con otros de su misma condición para no perder un tiempo precioso. Pero Pim y yo no dejábamos tirado a Laurens. Casi siempre íbamos con él a casa, para acompañarlo durante la última media hora. Con algo de suerte, su madre nos freía un bistec.

Hoy, Pim no parece tener ninguna intención de pasar la última media hora con Laurens, y, por supuesto, Laurens no se atreve a pedírselo. Yo también me seco, y vuelvo a ponerme la ropa encima del bañador. Pim se queda en el agua. Su cabello ha perdido los rizos y le cuelga lacio sobre el pecho, como si se lo hubiese peinado con gel.

Laurens y yo volvemos a casa pedaleando uno al lado del otro, como debe ser. Mi bañador mojado me ha dejado una marca en la ropa.

Siento chorrear algo por el sillín y los muslos. Espero que sea agua y no sangre; seguro que es eso, de lo contrario, Laurens habría puesto cara de asombro.

—¿Te acuerdas de aquella vez que cruzamos la Poza a nado con Jan? —me pregunta.

Me alegra que Laurens saque el tema. Es extraño que Pim no haya dicho ni una sola palabra sobre su hermano en todo el día.

Claro que me acuerdo. Hace veinte años, cuando construyeron la E313, cavaron un hoyo profundo en un extremo del pueblo para poder elevar la autopista. Ese hoyo, con un diámetro de unos doscientos metros, acabó lleno de agua de lluvia y rodeado de árboles y helechos. Brindaba una oportunidad perfecta para refrescarse en los días calurosos.

La madre de Pim no lo dejaba ir solo a nadar hasta que no se sacara el diploma de natación de mil quinientos metros, así que enviaba a Jan con nosotros. En tercero, cuando los tres acabábamos de conseguir el diploma de doscientos metros, Laurens y Pim se empeñaron en cruzar la poza de lado a lado. Yo les repetí lo que le había oído decir a la madre de Pim:

—Pueden formarse remolinos que os succionen.

Eso no los hizo cambiar de idea, al contrario. Jan se tiró detrás de ellos. Yo no podía quedarme atrás. Los primeros cien metros avancé rápido y de vez en cuando iba en cabeza.

—Ahora hemos llegado oficialmente al punto más profundo —dijo Laurens a medio camino—. Aquí se podría meter fácilmente un edificio de cuatro plantas sin que el tejado sobresaliera del agua. Nadie ha tocado nunca el fondo en este punto.

Después de inhalar profundamente dos veces, Jan desapareció debajo del agua. Yo contuve la respiración con él.

Nos quedamos allí chapoteando. Yo contaba los segundos que Jan permanecía bajo el agua, los tramos que debía recorrer: la altura de un desván, un dormitorio, una sala de estar, un sótano.

La superficie permanecía inmóvil aparte de las ondas que se formaban alrededor de los insectos tejedores y las salpicaduras de nuestros movimientos. Pim miraba a los lados nervioso. Percibimos algo que se movía a lo lejos.

—Una tortuga carnívora —dijo Pim.

Laurens se colocó entre nosotros dos.

Me pesaban las piernas. Ambas orillas quedaban igual de lejos. Ése era el punto en que rendirse o aguantar resultaban ser lo mismo. De repente, dos manos salieron del agua. Los rizos de Jan, su frente. Escupió una bocanada de agua y nos mostró un montoncito de arena que había sacado del fondo. Los dedos le temblaban por la violencia con la que le palpitaba el corazón.

El alivio hizo que me olvidara por un momento mis músculos doloridos.

—¿Listos para la segunda etapa? —preguntó Jan, dirigiéndose sobre todo a mí. Yo no le respondí para ahorrar fuerzas.

Jan nadaba delante de nosotros procurando mantener la mano con la arena por encima del agua. Los chicos no tardaron en adelantarme, y luego también a Jan. Cuanto más rápido intentaba nadar yo, más se alejaba la orilla de mí. Los demás me llevaban unos diez metros de ventaja, Jan se mantenía entre ellos y yo. Me concentré en mi braza, en abrir y cerrar los brazos en el momento adecuado. Los demás iban ganando terreno. Yo ya no sabía si el agua estaba fría o caliente. Cada vez me parecía menos necesario seguir moviéndome.

A unos cincuenta metros de las primeras ramas colgantes, todo lo que me rodeaba desapareció de mi vista. Sólo oía el murmullo y el chapoteo del agua y pensé en las cosas que dejaría atrás. La fiambra que aún estaba en mi mochila, desde principios de verano; mi sitio en la mesa; mi ropa interior en la cesta de la colada. Cuál de los chicos se acordaría de recoger mi toalla y mi ropa en la orilla esa tarde. Tragué agua, me atraganté. Los oídos se me llenaron de agua.

De pronto algo tiró de mí hacia abajo, por un instante me impidió moverme, pero después me impulsó unos metros hacia delante. Pensé que me había metido en un remolino o que una enorme tortuga carnívora me había descubierto. ¿Dónde estaba Jan? Pataleé hasta que dos grandes manos se aferraron a mis tobillos y me tranquilizaron.

Jan se había puesto detrás de mí y me daba empujoncitos. Su piel era más cálida que el agua. Yo le dejé hacer.

Laurens y Pim iban muy adelantados y hacían el último esprint. Cuando alcanzaron la orilla, Jan me soltó y se puso a nadar delante de mí, pero Laurens y Pim no miraron atrás. Yo acabé la última, pero no había perdido nada.

LA ALMEJA

Durante cuatro años, los acoplados trabajamos sin muchos problemas en contra de todas las expectativas. Los maestros encontraron maneras de dar clase a dos cursos a la vez. Casi siempre hacían un repaso general del tema para que la mayor parte de los alumnos pudiera ponerse a trabajar y luego se acercaban a nuestros pupitres para explicarnos a Laurens, a Pim y a mí qué debíamos recordar de la materia o qué cosas había que añadir, y nos daban hojas de lectura con tareas y deberes adaptados.

A menudo teníamos que esperar a que fuera nuestro turno, pero nunca nos quejábamos porque eso nos permitía estar de palique. Yo lo había resumido en un lema: «Esperar juntos en clase es recuperar el tiempo perdido», pero no podía compararse con «Uno para todos».

Fue un viernes por la tarde, en cuarto, cuando nuestra presencia causó problemas por primera vez. Volvíamos del patio y entrábamos lentamente en clase. El aula estaba como después de cada recreo: algo había explotado sin que cayeran heridos. Había estuches, tizas, mochilas abiertas, envoltorios, montones de cuadernos y aviones de papel por todos lados. Pero un buen observador podía ver que la pizarra, que presidía la clase junto al mapa de Bélgica, era más pequeña que otras veces. Debajo de la pizarra cerrada estaba el señor Rudy, de espaldas a la pared blanca. Tenía la cara roja. Los rumores no tardaron en correr por la clase.

El señor Rudy ordenó a todos que se sentaran y, en contra de su costumbre, se dirigió a nosotros, los acoplados. Nos mandó al rincón de lectura, detrás de la estantería. Tuvimos que sentarnos allí sin refunfuñar. Nos dio unos cascos y un libro para leer.

Los demás alumnos esperaban, aburridos, a que el señor Rudy nos explicase lo que debíamos hacer. Por primera vez, los turnos se habían invertido. Por eso fingimos no comprender lo que intentaba contarnos el maestro: la diferencia entre no tener la obligación de recordar algo y no deber recordar algo. Por encima de los gritos de los demás alumnos, nos explicó tres veces la tarea.

—Escuchad la historia y luego haced el crucigrama que la acompaña. Se puntuará.

—¿Cuántos puntos? —preguntó Pim.

El señor Rudy miró la hoja que nos entregaba.

—Treinta. No cuentan para nota.

—¿Para qué, entonces? —preguntó Laurens.

—Tú ocúpate de hacerlo bien antes de que acaben las clases.

El señor Rudy volvió a su escritorio y pidió silencio a los otros. Nosotros nos pusimos los cascos, pulsamos inicio y nos inclinamos sobre la hoja, pero sin perder de vista ni un segundo la pizarra cerrada.

Una vez en su sitio, el señor Rudy abrió despreocupadamente las dos hojas laterales de la pizarra. Apareció un dibujo a tiza de una cosa parecida a una almeja. Aquello bastó para que la clase se estuviera calladita.

Oímos el silencio a pesar de la voz que nos hablaba desde nuestros cascos. Laurens y Pim dejaron de inmediato de tomar apuntes y se miraron.

—Quien crea saber dónde se encuentra la uretra puede venir a señalarla a la pizarra.

El señor Rudy le dio la tiza a la primera niña que se atrevió a decir pío. Pim y Laurens bajaron del todo el volumen de sus casetes.

Por la tarde, de camino a casa, hablaban con voz chillona y excitada.

—Aunque seamos un año más pequeños sabemos cómo van esas cosas.

—¿Qué se ha creído la «señorita» Rudy? ¿Que no sabemos para qué sirve el agujero de mear? —
asintió Laurens.

—Sí, yo ya he comido alguna vez almejas.

Por lo visto, después de su pudorosa niñez en la granja, Pim acababa de descubrir que las mujeres no tenían ubres.

Durante el resto del camino se burlaron del señor Rudy porque había preguntado a la clase quién había utilizado alguna vez tampones para hacer una hoguera en una acampada; él había sido el único en levantar el dedo.

Seguí pedaleando con ellos, escuchando su parloteo, pero no tenía mucho que añadir. La lección sobre el órgano reproductor de los hombres sería la semana siguiente.

Me sentía sucia. El señor Rudy había llegado a tocar veinte veces con la tiza lo que yo llevaba años escondiendo.

LAS 10.30

La salida de la autopista al pueblo traza una peligrosa curva en herradura señalizada mediante unas flechas rojas parpadeantes. Antes de que colocaran estos reflectores en 1998, se producían muchos accidentes en ese punto. Con tanta frecuencia, que un matrimonio de criadores de palomas que vivía detrás se instaló allí en un día gélido con sillas plegables y un termo de café, confiando en ser testigos de algo grave por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial.

Cuando tomo la salida, la caja se desliza y da contra el lateral del coche. El asa se rompe, un trozo de plástico sale catapultado hacia el parabrisas. No puedo perder el control y menos hoy, de lo contrario acabaría en un titular sensacionalista de *La gaceta de Amberes*: «Una veinteañera de Bovenmeer muere en un accidente con un bloque de hielo en el maletero». Eso daría que hablar a las colas de clientes ante las cajas de los pequeños establecimientos. Todos añadirían medias verdades. Es como si los oyera, como si los viera, con esos aires de suficiencia.

«Eva llevaba años viviendo en Bruselas, pero siempre fue una de nosotros.»

«Su hermana también anda un poco perdida.»

«Todos los meses, su hermano le enviaba dinero con el que no hacía nada, más le hubiese valido gastárselo en neumáticos nuevos para el invierno.»

«Hacía nueve años que no visitaba a sus padres, y justo antes de la reunión... ¡catapum!»

Y:

«El hielo le golpeó con tal fuerza el cogote que necesitaron su pasaporte para identificarla.»

Luego volverían a casa con la compra, y con el tenedor chafarían tres veces el fiambre de cerdo para hacerlo más apetitoso.

Una vez superada con éxito la salida, respiro aliviada. Cruzo el puente que pasa primero sobre la autopista que acabo de abandonar y luego sobre el canal Alberto.

El pueblo que se extiende ante mí no está al corriente de nada. Aquí y allá hay ropa tendida y sale humo de las chimeneas. Algunos setos están adornados con luces navideñas. Pero las calles están vacías, no hay nadie, no me topo ni siquiera con un vehículo en dirección contraria. Quizá todos hayan llegado ya a su destino. Quizá estén todos haciendo cola en la panadería, apretujándose para conseguir pan de tigre.

Alguien tiene que ser testigo de mi regreso después de nueve años. Pero, cómo no, soy invisible. Me bastaría con que mi coche apareciera de refilón en el selfi que se ha hecho una adolescente detrás del cristal de la ventana de su dormitorio. Ni siquiera es necesario que sepan que soy yo.

Podría llamar a Tesje, escuchar su voz. Así ella haría piña conmigo.

Recorro los últimos kilómetros. Esta vista aérea me resulta familiar: mi coche es un punto que se dirige lento pero seguro a su meta. En la calle más ancha, entre la salida de la autopista y la casa de mis padres, hay sobre todo casas viejas. Fueron construidas en la primera mitad del siglo xx, y sin embargo

me atrevo a preguntarme si estaban allí cuando yo era una adolescente. Por entonces no me fijaba en las fachadas. Eran adornos, plantas de hormigón en el camino entre la casa donde vivía con mis padres y los lugares donde me sentía realmente en casa.

Y ahora resulta que detrás de esas fachadas viven familias, padres bien organizados que cada año encargan nuevas botas de nieve para sus retoños y cubren los árboles jóvenes con plástico para protegerlos de las heladas.

12 DE JULIO DE 2002

Laurens me ha llamado esta mañana preguntando si me apetecía ir a la granja a nadar.

—Aún tenemos que decírselo a Pim, pero si a los dos nos parece una buena idea, seguro que podremos convencerlo.

Llevo el bañador debajo de la ropa. Sigue siendo el bañador viejo y demasiado pequeño, y tengo los hombros magullados en el lugar donde ayer estaban los tirantes. La regla se me ha ido con la misma rapidez con la que llegó.

Laurens y Pim no están en la nueva piscina, sino junto a los establos, encima de uno de los montículos tapados con una gran lona blanca. Los dos están de pie, en lo más alto. La luz que se refleja en la lona es tan intensa que tengo que entornar los ojos para poder verlos. Así, borroso, el montículo recuerda a una tarta nupcial. Laurens y Pim son los novios que la coronan.

Los padres de Pim siempre nos dejaban jugar por toda la finca, pero teníamos prohibido poner los pies en cuatro lugares: el lado izquierdo del pajar (allí el heno es demasiado fino y podríamos hundirnos en él), el garaje con el foso (la tapa de madera podrida es traicionera), la rejilla del pozo negro en el viejo establo (ya no es fiable) y los montículos blancos. Nunca nos dijeron por qué no podíamos subirnos a los montículos. Simplemente, teníamos que aceptar que eran terreno prohibido, aunque en la granja no hubiera nada que pareciera tan inocente y atractivo.

En una fiesta de cumpleaños, Laurens puso un pie sobre el plástico. Pim lo arrastró con dureza de la capucha del anorak y ésta se soltó de los botones.

—¿Qué hay aquí debajo que es tan peligroso? —chilló Laurens después de pasarse un minuto entero carraspeando ruidosamente por la falta de aire.

Pim no le dio ninguna explicación. Se volvió y se largó. El resto de la tarde, Laurens y él se comportaron como gatas recién paridas.

De camino a la escuela, Laurens y yo ideamos todo tipo de teorías al respecto. Debajo de esos plásticos podía haber animales muertos por la enfermedad de las vacas locas. O peor aún: drogas, cultivadas en los establos o en los pantanos de Bovenmeer. Conclusión: los padres de Pim eran los causantes de la epidemia de las vacas locas de los años noventa. Eran los mafiosos de la industria agrícola.

Me encaramo al montículo por el lado menos escarpado. Pongo con cuidado las puntas de mis zapatillas de gimnasia en los surcos de los neumáticos de goma, para no tocar las vacas locas que pueda haber debajo. A cada paso brota agua tibia de lluvia a la superficie.

Cuando llego arriba, tengo las zapatillas mojadas. En lo alto del montículo descansa un neumático de tractor sobre el cual Pim y Laurens se han sentado con las piernas por encima del borde, como en una piscina. Tienen el pelo alborotado por el viento, que incluso hoy, en un día tan caluroso, sale de las aberturas del establo.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto.

—Nada —contesta Laurens.

—No hacer nada también es hacer algo —dice Pim.

Un mechón de pelo se me queda pegado en la comisura de los labios. Desprende un olor químico. Esta mañana me he echado laca con la intención de darle volumen a mi cabello, pero se ha puesto pegajoso y pesado y ahora me cuelga en mechones lacios. Confiaba en poder aclarármelo enseguida con el agua de la piscina.

—Puedes decidir tú lo que vamos a hacer.

Me siento un poco más allá, en un neumático más pequeño. No hay sitio para sentarse más cerca. Durante un rato no hablamos.

—¿Qué tenía esto de tan peligroso durante todos estos años? —digo señalando el mar de plástico caliente que nos rodea.

—¡Eso! —me respalda Laurens, porque Pim no responde—. ¿Por qué no podíamos venir aquí antes y ahora de repente sí?

Los dos miramos a Pim. Lo más probable es que la prohibición tenga algo que ver con Jan. Aunque también es posible que, vistos con nuestros ojos, todos los cambios recientes de esta granja tengan que ver con la muerte de Jan.

—Debajo hay comida almacenada —explica Pim—. En los meses en que la hierba crece rápido pero el campo no está lo suficientemente seco para hacer heno, la cortamos y la almacenamos para alimentar al ganado. Es la materia prima más importante de esta empresa: la comida para las vacas. Si alguien se sube al montón, puede romper el plástico. Entonces entrará aire, la comida se pudrirá y habrá que tirarla.

Laurens y yo escuchamos asintiendo en silencio. ¿Cuántas veces habremos llamado a Pim en verano para preguntarle si le apetecía ir a nadar a la Poza? ¿Cuántas veces nos habrá dicho la madre de Pim que sus hijos estaban ayudando en el campo, que tendríamos que intentarlo en otro momento? Y pensar en el tiempo que Laurens y yo hemos pasado solos por culpa de esos dos montículos...

Por supuesto que somos capaces de comprender el valor que tienen. La cuestión es por qué hoy podemos arriesgarnos a echarlo todo a perder.

—¿Y ahora, de repente, podemos estar aquí? —pregunto.

—No, pero ¿acaso ves a alguien que nos lo impida? —dice Pim.

Nos quedamos callados.

—Por cierto, ¿a qué habéis venido? —pregunta a continuación.

Creo que suena más desagradable de lo que pretendía.

—¿Nadamos? —propone Laurens mirándome.

—Vale —le contesto.

Pim nos observa primero a uno y después al otro.

—¿O jugamos a verdad o reto? También podemos hacer eso —dice Laurens rápidamente.

Pim levanta el pulgar. Una nube tapa el sol. La temperatura baja de inmediato unos cuantos grados.

Laurens me lanza una mirada: «Todo esto es culpa tuya».

—Empieza tú —dice Pim, dándole a Laurens una palmada en la rodilla.

—Verdad —dice éste en tono fantasmal.

—Una pregunta para entrar en calor —dice Pim—. ¿Qué es lo más embarazoso que te ha pasado nunca, Laurens Torfs?

Laurens reflexiona, suelta un gruñido para dejar claro que se lo está pensando. En mi opinión, el gruñido delata sobre todo que no piensa en lo más embarazoso que le ha pasado nunca. No, eso no hace falta pensarlo. Cuanto más tiempo necesita reflexionar alguien, menos verdad cabe esperar. Explicará algo menos embarazoso, aunque lo suficiente para avergonzarse.

Pim mira absorto al frente, al cielo sobre los establos. Ya está pensando qué contestaría él si fuera su turno. En este juego, las preguntas que formulas siempre vuelven a ti, como un bumerán.

—Una vez pillé a mi madre y a mi padre en la tienda, después del cierre —dice Laurens.

—¿Haciendo qué? —pregunto.

Pone los ojos en blanco.

Pim esboza una sonrisa forzada, no está muy impresionado. Le toca a él. Elige reto. Quiere demostrar de lo que es capaz.

—Bebe agua de ahí —le ordena Laurens, señalando el gran neumático de tractor en el que hay un charco de agua verdosa.

Pim no se lo piensa ni un segundo. Se pone de rodillas, acerca los labios al caucho y toma un sorbo. Veo que un pequeño ejército de renacuajos se aleja nadando. Pim se traga el agua sin escupir nada. Luego vuelve la cabeza hacia mí.

—Tu turno.

—Verdad.

—¿Qué es lo peor que te ha pasado nunca? —pregunta Pim.

Siguiendo el ejemplo de Laurens, no paso revista a lo peor sino a lo que es suficientemente grave y puede contarse. Mis padres cara a cara en la cocina con un pelapatatas, pero incapaces de ser el primero en atacar.

—Una vez tuvimos que llevar a mamá a casa en la carretilla después del concurso de asociaciones —digo.

Laurens no dice nada. Pim suelta una carcajada, por lo que Laurens también se echa a reír. Decido no contar el resto de la historia. Ellos lloran de la risa. Yo también me seco el rabillo de los ojos.

—Está muy bien —decide Pim—, pero eso será lo peor que le ha pasado a tu madre. Cuéntanos algo sobre ti.

Pienso, pero sólo logro recordar el sufrimiento de otras personas. Un dolor del que fui testigo, que miré hasta que se volvió mío. Al repartirlo, la densidad debería disminuir, debería hacerse más soportable.

—El accidente de Jan es también lo peor que te ha pasado a ti, aunque no hayas sido tú el que se ha muerto, ¿no? —le digo.

Se hace un silencio que se llena de sonidos de la granja: el clic clac de los comederos de hierro, el zumbido del motor del tanque frigorífico en el ordeñadero, los mugidos. Cuando las vacas mugen, parece como si les doliera algo.

—Eso es distinto —dice Pim secamente—. ¿Y quién dice que la muerte de Jan sea lo peor que me haya pasado?

—En cualquier caso, a Jan ya no le molesta nada —dice Laurens.

Espero a ver cómo reacciona Pim, pero no se inmuta. Unas nubes blancas surcan el cielo; sin embargo, detrás de él, el horizonte sigue siendo intensamente azul.

—Vale, ahora de verdad —suelto—. Lo peor que me ha pasado: de camino a casa de los abuelos, en unas retenciones, tenía que ir tan urgentemente al baño que me lo hice encima.

—¿Mear o cagar? —pregunta Laurens.

—Las dos cosas —miento.

¡Toma ya! Asienten como dándome el pésame.

—Eso es terrible, Eva.

La altura del montículo ofrece unas vistas excepcionales del paisaje que hay detrás de la granja. Si esto fuera un cuadro, pagarían mucho dinero por él. A la derecha hay campos, a la izquierda veo la parte superior de los establos.

Esta vista podría ser la verdadera razón por la que tenemos prohibido subirnos a los montones de hierba. Porque nos permite divisar toda la finca, ver la suciedad acumulada en los tejados de los establos, saber que no es más que eso: una granja lechera sucia.

El padre de Pim está en tierra firme, ocupado con todo tipo de tareas, ensimismado. Por un instante, alza la vista. ¿Por qué no viene a reñirnos por estar sentados encima del montón de hierba almacenada, amenazando con estropear su duro trabajo? Busca contacto visual conmigo.

—¿En qué base estás? —le pregunta Pim a Laurens—. Di la verdad.

—¿A qué te refieres con *base*?

—En nuestra escuela las llamamos bases. Hay seis. Besar, tocar las tetas, meter mano, comer el coño. Luego está la base cinco, sexo, y un *home run*.

—¿Qué es un *home run*?

—Si lo preguntas, es que nunca has llegado allí.

Laurens y Pim están sentados uno delante del otro. Sus perneras se hinchan de viento, tienen unas pantorrillas muy gordas.

—¿Quién dice que elijo verdad? —pregunta Laurens.

Se hace un silencio.

—Venga, dilo ya —dice Pim.

—Estoy en la base tres —asegura Laurens—. ¿Y tú en cuál estás?

—Base cinco. Ya estoy listo para un *home run*.

Pim levanta cinco dedos, luego forma un puño con el que se golpea la otra mano.

Vuelve a pasar una nube delante del sol. Una sombra se desliza sobre el tejado del establo.

—¿Qué es lo peor que le has hecho a alguien? —le pregunto a Pim, después de que haya elegido verdad—. El accidente de Jan no vale —le digo—, puesto que tú no pudiste hacer nada.

No tiene que pensárselo mucho. Su mirada agradecida da paso a una sonrisa.

—Una vez metí una pelota de ping-pong en el trasero de una vaca.

—¿Y...? —pregunta Laurens.

—¿Y, qué?

—¿Volvíó a salir?

Pim frunce el ceño con una mirada de complicidad.

—No. La metí muy hondo.

—¿Por qué hiciste algo así? —le pregunto.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Nadie llegó a enterarse nunca.

Vuelvo a mirar a lo lejos. El padre de Pim ya ha desaparecido. Él, el hombre capaz de reconocer a sus vacas por las manchas que tienen en el lomo, está ciego en lo que respecta a su hijo.

—Eva, te toca a ti —dice.

Vuelvo a elegir verdad.

—¿Qué es lo peor que has hecho en tu vida? —dice Pim, devolviéndome la pregunta.

Reflexiono, aunque suelto lo primero que se me pasa por la cabeza:

—He matado al caballo de Elisa.

Pim pone los ojos como platos.

—¿Cómo?

—Le di azúcar a *Twinkel*. Al parecer, el azúcar mata a los caballos.

—¿Quién te ha dicho eso? Los animales no se mueren por el azúcar. En la industria cárnica los atiborran de cosas mucho peores. No lo has envenenado, como mucho habrás conseguido que engorde un kilo —dice Laurens imitando el guiño de su padre—. Los hijos de carnicero sabemos esas cosas, puedes estar tranquila.

¿Intenta tranquilizarme o considera que mi respuesta tampoco vale esta vez?

El sol vuelve a salir. El plástico blanco se ilumina. Los rayos parecen darse cuenta a medio camino de que rebotarán, así que se desvían hasta dar en el trocito de piel desnuda de mi nuca. Apesta a caucho quemado. Quiero enderezarme, pero mi bañador ceñido tira de mí hacia abajo.

—Lauwe, elige por una vez algo de acción.

—Vale, reto —dice él.

—Tengo un trabajillo perfecto para ti... —Pim espera un poco antes de seguir, para mantener el suspense—. Yo te indico la vaca y tú le sacas la pelota.

Laurens sacude la cabeza.

—Venga, ¿eres el hijo de un carnicero o no? —dice Pim.

Pim se levanta del neumático de tractor, el viento se escapa de sus perneras. Sus nalgas parecen más estrechas que nunca.

Antes de entrar en los establos, Laurens y yo nos ponemos las botas que hay junto al portón. Yo cojo el par más grande. Me caben sin que tenga que quitarme las zapatillas de gimnasia. Las paredes de los establos son de hormigón, y el tejado, de chapa ondulada. Aquí no hay viento. Las vacas apartan sus morros babeantes a medida que pasamos por delante. Golpean con la cabeza contra las barras de hierro, provocando un traqueteo infernal que resuena por toda la granja.

Saltamos por encima de las barras y caminamos entre los animales. Pisoteamos los excrementos, se desprende un olor a hierba podrida y tierra mohosa. Las vacas se vuelven más grandes a medida que nos acercamos a ellas. Laurens, que empezó caminando resuelto detrás de Pim, ralentiza el paso. La res a la que nos dirigimos está dando vueltas debajo de un gran cepillo. Agita la cola, espantando las moscas de sus ancas. Tiene los huesos de la cadera muy salidos. Pim se coloca detrás de la vaca, coge un palo de escoba de madera. Las otras reses salen pitando, sus ubres se bambolean. Pim le hace una seña a Laurens.

—Es una ternera —le dice—. Algo entre una madre y una cría. Es decir, una delicia de animal.

La ternera sacude la cabeza con nerviosismo. Con ayuda de la escoba, Pim la conduce hacia el lateral donde normalmente encierran a las vacas preñadas. El animal avanza inquieto, traslada su peso de una pata trasera a otra. Su ubre fofa se balancea.

Pim da un paso atrás. Laurens mira impotente alrededor. No sabe qué hacer. Luego se sobrepone y avanza. A treinta centímetros vuelve a detenerse. El ano del animal sale hacia fuera.

—¿Tienes que meter la mano en el agujero de arriba! —le dice Pim—. Si no, te meterás en su útero.

Laurens se sube la manga derecha y se frota las manos. La vaca se agita, traslada su peso cada vez más rápido de una pata a la otra, casi nos da con la cola. Sabe lo que está a punto de pasar. Unas cuantas vacas se acercan a la valla; una de ellas muge como para alentarlo.

—¿No deberías hacerlo con la izquierda? Piensa que ese brazo apestará durante un tiempo —dice Pim.

Laurens me mira. Yo callo. Sobre un taburete hay algunos trastos. Pim señala una botella.

—Embádnate la mano con eso.

—¿Estás seguro de que tiene que hacerlo? —le pregunto.

—Aquí —dice Pim echando el mejunje viscoso sobre el ano.

Pim agarra la muñeca de Laurens. Éste se deja hacer. Pim empuja hasta meter las puntas de los dedos medio centímetro. Le cuesta. La mano de Laurens cuelga sin fuerza contra el ano de la vaca. No se atreve a empujar.

—No cierres el puño. Así. —Pim mueve el brazo, como si nadara a cámara lenta—. No te andes con remilgos.

La mano de Laurens desaparece en el agujero retorciéndose lentamente. Le siguen la muñeca y el antebrazo.

—¿Ves? —le dice Pim—. La pelota está a la altura de los hombros.

Me guiña un ojo mientras completa su brazada de crol imaginaria. Lo sé de inmediato: no hay ninguna pelota. Al principio esperaba que así fuera, que Pim no hubiese sido capaz de hacer algo tan atroz. Pero lo que le ha obligado a hacer ahora a Laurens es igual de grave.

Laurens sigue abriéndose paso dentro del animal, tiene el brazo metido casi hasta el hombro. Debe ponerse de puntillas para hundirlo un poco más.

—¡Creo que la tengo! Noto algo —exclama.

La ternera hincha la barriga y su ubre se balancea. Podría succionar fácilmente a Laurens con un pedo invertido.

Primero Pim sonrío de oreja a oreja.

—No hay ninguna pelota de ping-pong —digo flojito.

Pim me da golpecitos en el brazo. De repente se para. Tiene los ojos clavados en las botas que llevo puestas. Luego me mira a la cara y de nuevo las botas. Lo entiendo por la manera en que se va: llevo puestas las botas de Jan.

Quiero ir detrás de él, pero Laurens, que sigue medio dentro de la vaca, aún no se ha percatado de que Pim se ha marchado.

—¡No hay ninguna pelota de ping-pong! —le chillo.

Laurens tarda algunos segundos en procesar el mensaje. Retira el brazo. ¿Qué debe de parecerle peor?, ¿que no haya pelota o que Pim lleve ya un rato sin mirar?

La vaca contrae el trasero y lo vuelve a soltar. Junto con el brazo de Laurens sale mierda que le salpica las piernas. Parte me da en la espinilla y gotea dentro de la bota.

La vaca sigue meciéndose, nerviosa. Se forma una burbuja sobre la mucosidad que sale de su culo.

Me cuesta quitarme las botas. Las zapatillas se me quedan atrapadas dentro.

También Laurens actúa con torpeza por lo aturdido que está. Se limpia el brazo con la paja que tiene más cerca. Le paso la toalla que cuelga de una barandilla un poco más allá.

Él me mira las botas que sostengo en las manos y luego los pies con calcetines. Consigo liberar mis zapatillas.

—No tenía ni idea de que fueran de Jan —le digo.

La cólera de Laurens se transforma en preocupación.

—¿Adónde ha ido Pim?

Sale de los establos en la dirección que le indico. A contraluz veo que mantiene el brazo izquierdo apartado del cuerpo. La piel tiene el extraño color naranja de las personas que se han puesto autobronceador sin leerse primero las instrucciones.

Dejo las botas de Jan junto a la puerta del establo, en el mismo lugar donde las encontré, una apoyada contra la otra. A lo lejos veo a Laurens sentado con Pim al pie del montículo, cada uno sobre un neumático puesto en vertical.

¿Qué le estará contando Pim ahora? ¿Estarán hablando de Jan? ¿Se desahogará por fin? Me acerco.

—Vale. La última entonces. Reto —decide Pim.

No logro oír lo que le ordena Laurens. Pim se levanta. Se sacude el pantalón aunque no tiene suciedad ni polvo. Es un gesto que yo misma hago a menudo, un reflejo que nos ha quedado de todas las tardes que hemos pasado juntos de rodillas en el heno.

Trepa unos metros por el montículo. Se detiene para mirar a lo lejos, hacia donde antes he visto a su padre ir y venir con el tractor dejando tras de sí rastros de estiércol.

—¿A qué esperas? —Laurens se ha colocado a mi lado.

Pim nos mira fijamente. Entonces se agacha, hunde un dedo en el plástico y lo perfora.

ELISA

Elisa llegó a la escuela en quinto, el grupo en el que parasitábamos aquel año, justo después de las vacaciones de verano. Antes de que nos la presentaran, la vimos acercarse por el pasillo. Caminaba detrás de la directora y, a cada paso que daba, la punta de su cola de caballo se veía por las ventanas de la clase. La señorita Beatrice entró sin llamar y, con gesto orgulloso, le dio un empujoncito para que se adelantara.

—Os presento a Elisa. Su padre es representante y ha trabajado en el extranjero. Elisa ha recibido clases particulares en casa durante un tiempo. Ahora, su padre no tiene que viajar para realizar su trabajo. Viven en Hoogstraten, pero ella vendrá aquí a la escuela, a 26,9 kilómetros de su casa —se pavoneó; algo decía eso sobre sus cualidades como directora—. Se alojará con su abuela, que vive en la Lijsterweg. Primero vamos a ver cómo lleva los temas de estudio, pero es posible que Elisa pase a sexto dentro de unos meses.

La niña era más bien fea, pero de alguna manera sabías que más tarde saldría algo bueno de ella, siempre que le arreglaran aquellas cejas oscuras que le cruzaban la frente y que conferían a sus palabras un carácter calculador o maligno. Tenía la piel morena, unas piernas largas y finas embutidas en un pantalón negro y ceñido y calzaba deportivas blancas. Encima de la camiseta llevaba un chaleco negro acolchado, corto y recto, que resaltaba sus esbeltas caderas. La cremallera del chaleco estaba abierta justo por debajo de los pechos, que recordaban a dos castañas asadas saliendo de su cáscara.

Elisa era del 86, un año mayor que el resto de la clase, dos años mayor que Pim, Laurens y yo. Mientras escuchaba lo que decía de ella la señorita Beatrice, Elisa se miraba con modestia las puntas de los zapatos.

—¿Quién de vosotros ha estado alguna vez en Hoogstraten? —preguntó el señor Rudy para que nos entusiasmáramos con la idea de tener una nueva compañera de clase. Mientras la señorita Beatrice estuvo presente, él hizo lo posible por no mirar las castañas asadas.

Nadie levantó el dedo.

No nos dijeron ni una palabra sobre la madre de Elisa, pero antes de que sonara el timbre indicando el inicio del recreo del mediodía ya se rumoreaba que había fallecido durante el parto, cuando tuvieron que sacarle las dos largas piernas de Elisa y su chaleco acolchado. Alguien hizo incluso un dibujo que después del almuerzo ya corría por la clase hecho una bola. Era la primera vez que Laurens, Pim y yo veíamos una nota de los alumnos mayores.

A lo largo de todo el primer día, Elisa no se quitó el chaleco en clase, los días siguientes tampoco, siempre lo llevaba puesto. Debía de haberse acostumbrado a estar lista en todo momento para marcharse deprisa y corriendo. Para colmo de males, cometió el mismo error que yo admitiendo que, aunque pudiera elegir entre los cuatro, no querría ser la novia de ninguno de los miembros de Get Ready!, por lo que ya nadie se dejaba ver con ella en el patio.

Todos los mediodías corría a casa de su abuela, que no quedaba lejos de la escuela, para comer un plato caliente en vez de bocadillos y pasar a ver a *Twinkel*, su yegua, que estaba en uno de los prados que bordeaban la Bulksteeg, justo delante de donde vivía yo. Habían traído el caballo unas semanas antes de

la llegada de Elisa, en plena noche. Por la mañana temprano había relinchado de forma quejumbrosa.

Cada vez que Elisa volvía a la escuela después de la hora del almuerzo tenía pepitas entre los dientes.

Unos días después de su llegada fuimos a nadar con el colegio a la piscina de Pulderbos, situada en el antiguo preventorio. Partimos de la puerta de la escuela en un autocar de la compañía Verhoeven, que realizó tres viajes entre la escuela y la piscina para que todos los cursos pudieran ir a nadar aquel mismo día.

Durante el trayecto hablé por primera vez con ella. Pim se sentó junto a Laurens, pese a que en realidad me tocaba a mí no sentarme sola. Elisa ocupaba el asiento situado delante del mío. En cuanto arrancó el autocar, se dio media vuelta y apoyó la barbilla en su respaldo.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó.

A continuación, guardó un largo silencio que no hizo más que aumentar mi curiosidad.

—Dime.

—Mi yaya se llama igual que tú.

Su mochila colgaba del gancho que había junto a su asiento y se balanceaba en las curvas cerradas de la salida del pueblo. Estaba adornada con brillantes de bisutería que resplandecían y de cada cremallera colgaba un minichupete de plástico fluorescente. No es que fuera fea: al igual que su reluciente chaleco, no era una cuestión de gustos, sino más bien de acostumbrarse. En el pueblo no habíamos visto nunca nada parecido.

—Yo llamo a mi abuela «abuelita» y no «yaya» —dije.

—Pero viene a ser lo mismo —replicó ella.

—Claro que no.

Enseguida le expliqué las principales diferencias. Mi razonamiento duró casi todo el trayecto. A veces me quedaba unos segundos observando el paisaje otoñal para encontrar nuevos argumentos. Elisa seguía mirándome, con la barbilla apoyada en el respaldo del asiento. Su mirada ininterrumpida hizo que me ruborizara: yo existía para una niña de Hoogstraten.

Al llegar al gran aparcamiento gris del preventorio, Elisa apartó la barbilla del asiento.

—Así que yaya suena a comida rancia —dijo resumiendo—, pero en mi opinión es mejor una comida rancia que una abuela a la que sólo ves dos veces al año porque vive en Flandes Occidental.

Acto seguido, volvió a apoyar la barbilla, accionó la palanca lateral y colocó el respaldo en posición horizontal hasta que su cara casi rozó la mía. Frunció los labios y se echó a reír. Sentí el calor de su aliento inodoro.

Pim y Laurens estaban dos asientos más atrás y nos miraban en silencio. No les había oído reír ni una sola vez en todo el trayecto.

—¿Puede saberse qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó Pim.

—Cosas de chicas —le contestó Elisa.

El preventorio olía a cloro. Respiré profundamente para sacar algo de oxígeno del aire húmedo y pegajoso. El edificio no tenía suficientes cabinas para tanto alumno y los chicos y las chicas no podíamos cambiarnos juntos. Los que no se daban prisa para encontrar pareja del mismo sexo con la que meterse en

una cabina tenían que cambiarse de ropa en uno de los vestuarios donde algunas madres voluntarias ayudaban a los párvulos.

Elisa me agarró enseguida del brazo y me arrastró a una de las cabinas.

Nunca antes me había pasado eso. Hasta entonces, siempre me había metido en los vestuarios. Allí no había nadie que espiara. Los niños pequeños desnudos no eran quisquillosos ni severos con otros cuerpos. Sólo se aferraban a los muslos de las madres voluntarias: mujeres sin depilar con redondeces que al inicio de la clase de natación se reunían en el agua poco profunda como una manada de hipopótamos para poder seguir con los ojos justo por encima del agua los primeros y tímidos saltos de sus niños.

Yo nunca tuve un par de ojos adicionales. Nunca aprendí a saltar.

Elisa se sentó en el banco que también servía para bloquear las puertas. Se quitó los zapatos y después el chaleco.

—Tú primero —dijo.

Nunca antes la había visto sin chaleco. Parecía más flaca. Por fin, Elisa ya no contaba con tener que marcharse enseguida.

En lugar de vigilar de cerca los resquicios de la cabina y comprobar si aparecían por ahí las narices o los espejos de los chicos, ella me miraba a mí, sentía curiosidad por lo que iba a ver. Me quité el top y el pantalón, llevaba el bañador debajo de la ropa. En Hoogstraten aún no conocían ese práctico truco.

Luego hice guardia mientras Elisa se cambiaba. Yo sí vigilé la parte inferior de la cabina, aunque no se asomara ninguna cabeza y nadie quisiera espiarnos.

Con el rabillo del ojo veía a Elisa moverse. Le conté las costillas, al menos cuatro a cada lado. Su almeja colgaba como las cortinas de los autocares Verhoeven, abierta, con los labios dentados, grises y rosados. En la espalda tenía una verruga marrón del tamaño de una pequeña uva. Podía esconderla justo por debajo del bañador, que le tapaba gran parte de la espalda.

Me había confesado todos sus secretos sin decir una palabra.

Una semana después de que hubiésemos compartido la cabina, me dejó acompañarla por primera vez a casa de su tía a la hora del almuerzo. La casa estaba al principio de la Lijsterweg, junto a un gran castaño. Su abuela era una de las pocas personas del pueblo de las que sólo se sabía el color de la fachada de su casa, que tenía un timbre en forma de cabeza de león y que hacía mermelada con las moras del jardín.

Pedaleé detrás de Elisa, que caminaba a paso rápido delante de mí. Los chupetes de plástico de su mochila se balanceaban alegremente hacia todos lados. Observé el jardín, intentando deducir qué tipo de persona sería la tía. La parte delantera no se veía muy cuidada: no había podado el césped trazando círculos con paciencia, como si fuera la mierda en forma de caracol de un perro. Había varias postales en el buzón.

Por lo visto, no tenía tiempo para la jardinería y, por consiguiente, sí debía de tener vida social y amigas que le enviaban postales desde cruceros en lugares lejanos; aquella tía no podía ser tan insoportable.

El interior de la casa era agradable, no había moqueta en todas partes, no apestaba a animales muertos, su Coca-Cola no estaba desbravada y ella no iba en bata... Y cada vez que su abuela no cumplía las características que yo le había atribuido durante nuestro primer viaje en autocar, Elisa me lanzaba una

mirada triunfal. En lo único que creí tener razón al principio era en los muebles: no hacían juego.

—Una no puede elegir qué personas mueren y no puede rechazar las herencias familiares —me dijo la tía, quitando el polvo del gran armario de madera maciza.

Al final no me atrevía a apartar los ojos del plato.

Comimos carne de cerdo al horno. La endibia estaba al dente.

—¿Te gusta? —me preguntó la tía.

Yo asentí. Las endibias eran un plato con el que mi madre se lucía, pero éstas estaban más buenas aún. Decidí no contarle en casa.

Durante la comida miraba a Elisa, que se tragaba las endibias aceleradamente. Acabó antes que yo y me hizo señas para que me apresurara. Yo me llevaba el tenedor rápido a la boca, pero saboreaba cada bocado.

—Voy a hacer pipí y luego nos vamos —dijo Elisa, y se fue al baño.

Por primera vez sabía cuál era el secreto para llevarse bien con una chica: no hay que querer ir demasiado rápido.

Dejé los cubiertos.

—A Elisa le encantan los caballos. Cuidado con ella —susurró la tía.

Tiró a la basura lo que no había podido acabarme.

LAS 11.00

Si, en un día como hoy, la nieve fuera una opción como el aire acondicionado en la compra de un coche, estaría por las nubes.

Los primeros copos sortean alegremente la fuerza de la gravedad y desaparecen al menor roce, pero pronto empieza a nevar con más fuerza, con unos copos decididos y cuadrados. Se asientan en la calzada, en el campo pisoteado entre las casas, en las estacas que rodean los prados, en los horrorosos papanoeles iluminados, que supuestamente intentan colarse por las ventanas, en el buzón de la casa en ruinas que ya no puede tragar más folletos publicitarios.

El tejado negro y enmohecido de la casa de mis padres descuella ya a cien metros de distancia sobre los árboles.

Aparco el coche en el arcén, detrás de las altas coníferas que intentan resguardar nuestro jardín de las miradas ajenas. Sin embargo, los árboles están más pelados abajo que arriba y atisbo la terraza entre los troncos. El jardín está exactamente igual que hace nueve años: un acuario de cristal rajado con agua de lluvia verdosa en el fondo, algunos baldes de hierro, el montón de arena que en otro tiempo llamábamos arenero, un tocón, una hilera de árboles de Navidad plantados. Junto a la fachada lateral de la casa está el cubo de plástico roto en el que durante un tiempo guardamos nuestra tortuga.

Al nacer Tesje, a mamá le regalaron la tortuga junto con el acuario. Ocho años más tarde, en 1999, el gran acuario de cristal se rajó al cambiarle el agua. Entonces trasladamos la tortuga al cubo naranja. Allí aguantó todo el verano y el otoño, en un rincón de la terraza, apartada de nuestra vista.

La primera mañana fría de invierno vi el plástico naranja contrastar con el rocío helado que cubría todo el jardín como una pelusa.

Salí afuera, sabía que la tortuga ya no tenía salvación. El cubo también se había resquebrajado. El último resto de agua se había escabullido, pero no había ido a parar muy lejos.

Sin mirar lo que había dentro, puse el cubo boca abajo de un solo movimiento y le di unos golpecitos en el culo. El bloque de hielo se desprendió y cayó al suelo. Levanté con cuidado el molde de hielo del cubo, igual que se hace con un bizcocho que está a punto de desmoronarse. La tortuga yacía boca arriba en el fondo del bloque, como una rodaja de manzana.

Ahogarse o ser enterrado vivo sigue pareciéndome la manera más terrible de morir. La tortuga eligió con éxito una combinación de ambas. La muerte de Jan tampoco fue una mala variación.

Ahora que el coche está parado, los copos cuajan mejor. Saco la llave del contacto, me apeo y echo un vistazo al maletero. Para llegar a la parte trasera del jardín tengo que atravesar la Bulksteeg. A la derecha se encuentra el prado de la abuela de Elisa, donde antes estaba el caballo. Pero ya no hay ningún caballo y el prado ya no es de la yaya, ahora el terreno está parcelado.

Sigo avanzando hasta la entrada de casa.

El jardín trasero se ve bastante vacío para ser el nuestro. Aparte del congelador estropeado, sólo está la caseta del perro, con la puerta que cuelga torcida.

Ahora lo recuerdo. *Nanook* está muerto.

La noticia llegó hace casi un año a través de un mensaje de la nueva dirección de correo electrónico que papá creó para cada miembro de la familia, vinculada a un nombre de dominio en el que, en algún momento, tuvo la intención de colgar semanalmente un fragmento de la historia familiar.

A papá se le daba bien ofrecernos información exacta pero sumamente inútil. El origen de la paella sacado de la Wikipedia; enlaces a noticias que, aun sin su ayuda, no habríamos pasado por alto de ninguna manera. No era que quisiera que prestásemos atención al terremoto en Haití, sino al hecho de que él estaba al tanto.

Su último correo llegó hará unos diez meses; en el asunto ponía «Fallecimiento de papá». El mensaje confirmaba oficialmente la muerte del abuelo, el padre de mamá: la fecha y el lugar de nacimiento y una lista de hazañas que parecían sacadas de la Wikipedia. Y al final, en la posdata: «Últimamente, el perro se mea a menudo dentro de casa; si os parece bien, lo sacrificaremos».

Mitad pregunta, mitad notificación. Es su modo de cubrirse las espaldas de antemano si no recibe respuesta.

Por la hora en que envió el mensaje de correo, por el hecho de que mi padre también se lo envió a mi madre —pese a que, sin duda alguna, fue ella quien le transmitió la noticia sobre su suegro—, por las descripciones torpes pero extensas se podía deducir que en aquel momento papá había alcanzado el mismo estado de embriaguez que tenía cuando empezó a responder a sus propios mensajes en la nueva página web de la familia.

Yo no contesté, porque Jolan y Tesje tampoco lo hicieron. Responder significaría tener que estar presente en el funeral del abuelo.

Creo que fue lo último que supe de mis padres.

Detrás de mí, la nieve sepulta lentamente el coche. Podría volver a Bruselas ahora que la carretera aún es transitable. Sin embargo, sigo avanzando por la senda que lleva a la puerta trasera.

A un lado de la casa hay sábanas tendidas. Una sábana de cama de matrimonio, tres de cama individual, la sábana con estampado de coches de Jolan, la mía de Babar, la de Tesje de Barbies. O bien mamá cambia con regularidad las camas en las que no hemos dormido, o bien ella y papá ya no comparten lecho sino que utilizan los nuestros. La nieve ha cubierto la ropa en poco tiempo.

La puerta trasera no está cerrada con llave. Aunque la nieve empieza a taparme, no entro enseguida. Con la manija en la mano, alzo la vista a la fachada trasera.

Esta casa es demasiado grande para lo que queda de nuestra familia.

15 DE JULIO DE 2002

Por primera vez espero que algún conocido lejano de los tres haya sufrido un percance más o menos terrible del que sólo yo esté enterada, para poder contar algo que atraiga toda la atención de Pim y Laurens.

Una historia como la del turista borracho que, saliendo de una fiesta en la sala De Pulse Palieter, se apoyó en una lápida suelta del cementerio cercano después de mear y murió aplastado por «Joseph Louis, 1856-1924», que quizá no hubiese querido aquello; o el policía de barrio que atendió a una llamada sin saber que era por la muerte de su propia esposa; o el hombre que trepó a un árbol para podar unas ramas, pertrechado con un pantalón de escalar y una sierra de cadena, pero que, de rebote, acabó decapitado y fue encontrado días después por un cartero.

La tendencia a divulgar este tipo de historias es más fuerte que yo, es comparable a la necesidad de orinar: puedo aplazarla, pero no anularla. En este pueblo, para ser digno de mención, hay que contar algo digno de mención sobre otra persona.

La feria está recogida en el centro del pueblo, tal como la dejaron anoche después de cerrar. Durante la madrugada ha caído una lluvia breve pero intensa. Las bolsas de cartón de las patatas fritas se han convertido en barquitos blandos.

Nosotros también nos hemos reunido aquí, congregados por Pim. Me llamó esta mañana, y después de los habituales tres segundos de silencio me dijo que viniera. No dio ningún motivo. Por la solemnidad de su voz deduje que sería para una especie de asamblea.

Nos hemos hecho con el mejor lugar que hay en estos momentos en el pueblo: el corazón de la feria, el banco de madera que hay junto al muro del cementerio de un metro de altura, y así es como debe ser.

Mañana por la mañana, martes, los feriantes volverán a recoger sus barracas y emprenderán rumbo al siguiente pueblo. Como sucede con todo lo que se ha esperado largo tiempo, será más rápido desmantelarlo que construirlo. Esta noche oiré por última vez el ruido de los aviones de la feria desde mi dormitorio. Cómo hacen viaje tras viaje sin mí. Siempre y cuando el viento sea favorable, esta noche también oiré los disparos de las casetas de tiro. Entonces volveré a preguntarme por qué no nací en Lier o en Zandhoven, unos pueblos donde por lo menos hay tres panaderos, hasta quince barracas de feria y dos mercados anuales, donde desde pequeña le enseñan a una que no puede estar en todos los sitios a la vez. A diferencia de nuestros niños, los de Lier y Zandhoven se han acostumbrado a elegir y a perder.

Estoy sentada en el muro, entre los dos chicos que se miran continuamente por encima de mi cabeza. Cuando llegamos, Pim agarró el brazo de Laurens y lo olisqueó, Laurens le dio un puñetazo en el estómago, y la cosa no fue a más. Apoyamos los zapatos en la tabla donde en realidad deberían ir las posaderas.

—¿Qué miráis?

Veo que Laurens se enrolla la manga con la que antes ha secado el banco mojado. Le cuesta hacerlo con una sola mano. Me pongo de pie frente a él, lo ayudo a arremangarse. Él me deja. Recojo la manga lentamente, por lo que tardo más tiempo.

—Laurens y yo tenemos un plan —confiesa Pim.

Laurens le lanza una mirada para que tenga la boca cerrada, pero Pim no lo ve.

—¿Y cuándo habéis ideado ese plan? —pregunto.

—¿Qué más da? —dice Pim.

Me encojo de hombros.

—Es un buen plan. Pero necesitamos que se te ocurra un buen acertijo —dice Laurens.

—¿Qué tipo de acertijo? —Vuelvo a sentarme entre ellos.

—Un acertijo que nadie pueda resolver —contesta él.

—¿Y para qué lo necesitáis?

—Ya te lo diremos luego. Tú empieza a pensar. Así, Laurens y yo hablaremos del resto. ¿Vale?

Es algo que Pim hace cada vez más a menudo últimamente. Pedirle a Laurens su opinión. O repetirle brevemente cosas que me ha dicho a mí, para recalcar que los chicos hablan entre ellos una lengua que necesita menos letras.

—Vale, Laurens, todo empieza con una buena tabla.

Pim coge un trozo de piedra blanca y blanda, se levanta y baja por el otro lado del muro del cementerio, entre las tumbas de los soldados desconocidos. Rápidamente traza unas líneas sobre el muro enyesado hasta que aparece una tabla torcida. Laurens también se baja y se pone junto a Pim.

Yo finjo estar pensando en un acertijo, pero aguzo los oídos.

—Primero tus chicas, Laurens.

Se hace un silencio mientras piensan.

Desde donde estoy sentada entreveo los prados que hay a la derecha de nuestro jardín. Entre los prados y la casa, en la estrecha Bulksteeg, hay aparcado un todoterreno con remolque y las luces de freno encendidas. Justo cuando miro, las luces se apagan y el vehículo se pone en marcha, entra en el prado y el remolque va dando tumbos. El armatoste se detiene en medio del prado. Se apea un hombre que abre la trampilla de carga. Un gran caballo marrón sale del remolque. No es *Twinkel*. A ella la sacrificaron. Creo que éste es un semental. Trota alegremente por el prado. Líneas marrones curvas debajo de las cuales se balancea algo.

—Melissa, An, Indira... —enumera Laurens mientras tanto. No son sólo los nombres de las chicas que antes iban a la clase en la que nos pusieron—. Nele.

El hombre que acaba de apearse podría ser el padre de Elisa. La chica que ahora se une a él tiene una larga cola de caballo. Se dan la vuelta, escudriñan el prado y comprueban el alambre de espino. Ahora estoy segura: Elisa ha vuelto.

Después de aquel día de escuela a finales del verano de hace cuatro años en que compartimos una cabina de baño, fuimos amigas íntimas durante cuatro meses. Yo escuchaba sus interminables historias sobre caballos. Me preguntaba si ella también le hablaría de mí a su yegua.

Todos los días salvo los miércoles, yo iba a comer a casa de su yaya. A mamá le decía que comía en la escuela, pero tiraba a la papelera del patio los bocadillos que me había preparado en casa.

Elisa me obligaba a comer cada vez más rápido para poder pasar más tiempo con *Twinkel*, pero a mí no me importaba porque la veía disfrutar compartiendo el caballo conmigo. A veces, al mediodía, Elisa daba unas vueltas sin silla de montar. Entonces yo me quedaba mirando la cola que oscilaba de un hombro a otro, al ritmo con el que la yegua se tocaba las ancas con la suya.

A menudo no enfocaba mi mirada en ella, sino en la casa a lo lejos, mi casa, donde Tesje y Jolan comían bocadillos —la mantequera en el centro de la mesa, mamá ladeada en la silla, y una tabla de madera con salchichón, queso y mortadela—, y me preguntaba si realmente podía ver todo eso o si veía esos detalles sólo porque sabía que estaban allí.

Un día Elisa empezó a hablarme de su madre.

—¿No te pasa a veces que un animal te recuerda a una persona que ya no está? ¿Y que lo tratas como tratarías a esa persona? —me preguntó.

Yo asentí, aunque no había perdido a nadie y en realidad a mí me pasaba más bien lo contrario: a veces, las personas me recordaban a animales.

—¿*Twinkel* se parece a tu mamá? —le pregunté.

—No, boba —respondió con una mueca de asco—. *Ocharme*.

—¿Quién es *Ocharme*?

—Mi caballo.

Sin un motivo concreto, aquel mediodía me contó la verdad. Su madre había abandonado a su padre poco después de nacer ella. Ahora era gerente de un hotel en algún lugar de Irlanda. Elisa nunca la había echado de menos, porque no sabía lo que era tener una madre. Mientras lo decía, abrazaba el cuello de la yegua.

Luego fue a montar un rato. Yo volví a seguir el balanceo de las dos colas. Por primera vez, Elisa empezaba a defraudarme. Sabía más de esa niña de lo que ella jamás querría saber de mí. Unos días más tarde, cuatro meses después de su llegada a la escuela, la pasaron de repente a sexto por las excelentes notas que había sacado en la evaluación. Las de sexto la acogieron de inmediato con los brazos abiertos, se pusieron toneladas de brillo en los labios, chalecos acolchados, un collar largo con un chupete de plástico alrededor del cuello y se pintaron las cejas con lápiz. Todos los miembros de Get Ready! resultaron ser gais. Elisa era la única que se lo había olido.

Volví unas cuantas veces a comer a casa de la yaya, pero en la mesa ya casi no hablábamos. Yo era la costra sobre la herida que tenía que soltarse sin rascarla.

No pasó mucho tiempo antes de que Elisa quisiera quedarse a comer en la escuela.

—Mi yaya me ha dado pan y me ha puesto la mermelada casera en un tarro pequeño para que las rebanadas no se ablanden —me dijo aquel mismo día.

Yo ya había tirado mis bocadillos, quizá porque esperaba que eso sirviera de algo, que los hechos consumados pudieran influir en ella.

La pregunta que había que responder para poder sumarse a la mesa de las niñas en el comedor era: «¿Quién te gustaría menos que te metiera mano?, ¿Leonardo DiCaprio o Tom Cruise?».

Puesto que yo no sabía quiénes eran Tom Cruise o DiCaprio, no me preguntaron quién quería que me metiera mano, sino cómo. Elisa desenroscó la tapa del tarro de mermelada y me lo acercó, deslizándolo sobre la mesa.

—Primero haz una demostración. Sólo entonces podrás sentarte con nosotras.

Después me enteré de que ninguna de las niñas sabía cómo tocarse. En cambio, yo sólo tendría que haberme atrevido.

Su yegua y yo nos convertimos aquella tarde en inesperadas compañeras de infortunio. Elisa ya no volvería a visitarla a la hora de comer. Estaba demasiado ocupada con las fiestas de cumpleaños y dejándose convencer por sus nuevas amigas para hacerse un peinado con efecto trenzado. Después de la escuela, me pasaba por el prado y compartía con *Twinkel* las golosinas que no me había comido.

Un día a la hora del almuerzo, Jolan me vio dándole chuches al caballo. Me dijo que mejor lo dejara. Había aprendido en clase que el azúcar no era bueno para los animales, que enfermaban.

—No te preocupes por lo de Elisa —me dijo sonriendo levemente—. No es tan especial.

Sin embargo, su voz delataba lo contrario.

Aquel mismo día, después de salir de la escuela fui a El Colmado y me compré con la semana todas las gominolas y bolas de chicle que pude. Agnes incluso me rebajó el precio porque casi era mi cumpleaños. Las chuches nos encantaron tanto a la yegua como a mí, comí hasta que empecé a tener retortijones.

—¿Qué significa que un caballo se tumbe de costado en la hierba con espuma en la boca? —preguntó Tesje aquella noche durante la cena.

A duras penas pude tragar la albóndiga que me estaba comiendo.

—Simplemente que se está echando una siesta —le contestó Jolan.

En los dos últimos años, Elisa apenas se ha dejado ver en el pueblo. Los cuatro meses en los que la frecuenté se van alejando más y más; sin embargo, los recuerdos de aquel periodo son cada vez más nítidos.

Pim y Laurens están demasiado ocupados enumerando nombres de chicas como para ver el remolque a lo lejos.

En la época en que fui amiga de Elisa, Laurens y Pim estaban enamorados de Lara Croft y enganchados al juego en el que tenían que guiarla por el Valle Perdido. Nunca llegaron a conocer a Elisa tan bien como yo. Quizá fuera entonces, en aquella época en que los veía bastante menos, cuando empezaron a excluirme.

—Yo elijo a Evelien, Heleen, Elke, Mientje y Elisa —dice Pim.

La piedra caliza con la que escribe los nombres ha menguado tanto que tiene que sujetarla con las uñas para no despellejarse la piel de la punta de los dedos.

—¿Quién es Elke? —pregunta Laurens.

—Una chica de mi escuela. Sabe manejar una cortadora láser. Es de esas que todavía no sabe que es lesbiana —contesta Pim.

—¿Por qué la incluyes, entonces? —pregunta Laurens.

—Tiene unas tetas enormes.

Una nube gris pasa por encima del pueblo. La luz traza franjas oblicuas que llenan de rayas el vacío entre la capa de nubes y el suelo.

Bajo la vista, la aparto de Elisa y la dirijo al cementerio.

—Eva, puesto que estás escuchando: ¿nos podrías decir qué chicas te gustan?

Hago como si no lo hubiese oído.

—Vale, a Eva no le gusta nadie —decide Pim, haciendo ademán de anotar ese dato en la tabla.

—¿A qué te refieres con *gustar*? Eso incluye diversas categorías —digo mirándolos.

—Si dieras una fiesta y tuvieras que invitar a algunas chicas, ¿a quién invitarías? ¿Quién iría?

Me tomo tiempo para reflexionar, aunque tengo pocas opciones.

—Teseje... Y Elisa.

—No —dice Pim—. La familia no cuenta.

Tampoco puedo invitar así como así a la madre de Laurens.

—Vale, entonces Elisa —digo.

—¿Eso es todo? —pregunta Laurens—. Pim ya la ha elegido. Será una fiesta muy pequeña.

A lo lejos veo a Elisa atravesar el prado, pero no digo nada. No sé exactamente por qué. ¿A quién no quiero compartir con quién?

—¿Tienes ya un acertijo? —pregunta Laurens.

Niego con la cabeza. Sólo logro pensar que se me tiene que ocurrir un acertijo.

—Entonces vamos a empezar a puntuarlas —le dice Pim a Laurens—. Para eso no necesitamos tu acertijo.

Su sistema de puntos existe desde hace años. Lo crearon en las noches que pasábamos juntos en la tienda de campaña en el jardín de Laurens. Allí puntuaban los rasgos de las niñas. Yo participaba, no en las puntuaciones, sino a la hora de evaluar si Laurens y Pim eran suficientemente objetivos y no daban puntos solamente porque estaban enamorados. En realidad utilizaban el mismo sistema de valoración que todos dentro y fuera del pueblo, pero nosotros éramos los únicos que lo anotábamos.

Yo era el secretario. Permanecía en silencio y lo registraba todo con precisión.

Antes de empezar, calibrábamos la escala determinando cuál era la niña más fea y la más guapa del pueblo. Las que estaban entremedio recibían una puntuación que iba del 0,5 al 9,5. Cada niña partía de cero. Cada rasgo bonito equivalía a un punto, y la escala tenía una precisión de medio punto.

Con este sistema, Laurens y Pim intentaban sobre todo averiguar su propio valor. Nunca hablaron de puntuarse a sí mismos, sólo podían hacerse una idea de la nota que podrían alcanzar por el valor de las chicas que se atribuía cada uno.

Durante dos veranos, en 1999 y en 2000, evaluaron a las niñas que consideraban más interesantes. Había dos grupos que Laurens y Pim descartaban: la franja superior, las que eran demasiado viejas, y la franja inferior, las que eran demasiado jóvenes. Por lo demás, tenían en cuenta a todas las chicas, guapas o feas, siempre que tuvieran una edad adecuada.

No recuerdo cuándo tuvo lugar la última evaluación. La franja superior y la inferior se están estrechando. A medida que se hacen mayores, hay más chicas que les interesan. La edad los obliga también a actuar de forma distinta. Hoy ya no calibran la escala; ya no empiezan de cero, sino de diez: los rasgos bonitos de una chica no suman puntos, pero los feos los restan. No tengo ni idea de si este método es más clemente o más cruel.

Pim y Laurens pasan lista a todos los nombres que acaban de escribir en el muro del cementerio. Los lunares, los dientes torcidos, una delantera o un trasero planos. No respetan nada. Todas consiguen al menos un punto, puesto que el hecho de tener una almeja ya lo vale.

Miro a Elisa, calculo la distancia real entre nosotras, que debe de poder expresarse en metros —unos trescientos pasos—, pero ahora que no me muevo, esa distancia parece insalvable.

Curiosamente, a Laurens y Pim sólo se les ocurren cosas positivas sobre Elisa.

—Una chica nunca puede ser perfecta —les digo.

—Necesitamos ese diez —dice Pim—. Para que haya suficiente diferencia entre cinco y diez.

—¿Significa eso que nunca veréis a ninguna más guapa que Elisa?

Laurens y Pim se miran y se encogen de hombros.

Hace tres años ella se marchó del pueblo sin avisar a nadie, sin deberle nada a nadie. Su repentina ausencia es lo que ahora la hace tan guapa.

—Elisa sólo habla de su caballo. Yo le restaría puntos por eso.

—Puede que sea así, Eva, pero aquí se trata de la belleza exterior.

Pim coge una piedra nueva. Numera los nombres de la pared según la cifra que hay detrás de cada uno en rojo.

Finalmente, Elisa no obtiene un diez, pero sí la puntuación más alta: un nueve y medio. Medio punto por debajo de perfecta, por no perder la esperanza y porque quieren complacerme de alguna manera.

—Ahora sólo nos falta un buen acertijo —dice Laurens.

—Venga, Eva, ¿quieres participar o no?

Cuanto más me esfuerzo por encontrar un acertijo, menos consigo pensar. A lo lejos, Elisa y su padre se preparan para marcharse.

—¿No me dais ni una noche para pensármelo?

Laurens lanza un profundo suspiro. Mira a Pim.

—Por mí, vale —dice éste.

Las campanas de la iglesia dan las doce. La terraza de La Bienvenida está vacía, aparte de dos viejecitos que esperan para pedir su primera caña. Se miran como si estuvieran en el lugar del otro.

Lentamente, la feria vuelve a ponerse en marcha. En cuanto suena el primer pitido, el primer recorrido de prueba no tripulado, aparecen dos personas en la calle. Un abuelo y su nieto. No viven en el pueblo, puesto que no los conozco. Son los únicos que toman asiento en un coche de choque y empiezan a trazar ochos en la pista vacía. Me parece un espectáculo bonito: cada vez los mismos bucles, sin nadie que los moleste.

Laurens saca con cuidado dos billetes de cincuenta de su bolsillo. Yo no llevo dinero encima. Pim también saca cien euros.

—¿Quién será el tesorero? —pregunta Pim.

Guardan un silencio que parece ensayado.

—¿Tú, Eva? —preguntan entonces al unísono.

Reúnen el dinero y me lo entregan.

—¿A qué atracción queréis subiros primero? —pregunto.

—Esto no es dinero para la feria —dice Laurens—. Es una inversión.

—¿Una inversión en qué?

—Ya lo verás mañana —dice Pim.

Nos quedamos todavía un rato sentados. La feria se va llenando poco a poco. En casa no me han dado dinero. Como viene siendo tradicional, confío en poder ir de paquete, que Laurens y Pim me pidan que los acompañe a todas partes.

—Me voy a casa —dice Pim—. Lo único que tienes que hacer mañana es presentarte con el dinero y un acertijo. Nosotros nos encargaremos del resto.

—Mañana a las dos menos cuarto en mi casa —dice Laurens—. Y, Eva, si no se te ocurre ningún acertijo, llámame antes.

Se van en dirección opuesta. Yo me quedo mirando a uno y otro lado hasta que desaparecen y me percató de que estoy sola negando con la cabeza.

LOS VENDEDORES DE AIRE

En 1999 me di cuenta de que algo le pasaba a Tesje, fue el día en que vinieron los vendedores. Ya tenía una vaga sospecha: además de su excesivo afán por ganar cuando jugaba al *Buscaminas*, también tardaba cada vez más en regresar a casa de la escuela. Yo no necesitaba más de dos minutos para guardar la bicicleta y quitarme los zapatos.

Poco después de las cuatro sonó el timbre. En la puerta de la calle me encontré con dos hombres trajeados. A primera vista, casi nada en ellos encajaba. Uno era fornido pero pequeño y cabezudo. El otro era flaco, alto y tenía la cabeza pequeña. Tipos que al parecer se presentaban siempre en este formato y para quienes las casas de los pueblos como Bovenmeer aún tenían un timbre.

El de la cabeza pequeña intentó ver por encima de mi hombro lo que había en el pasillo. Allí no había nada salvo un aparador repleto de trastos. El cabezudo llevaba una pizarra blanca plegable mucho más alta que él, y al caminar le costaba levantar las tres patas del suelo. En el bolsillo superior de su camisa había un paquete de rotuladores.

—Somos Rob y Steven —dijo sin que su lenguaje corporal aportara más información sobre quién era quién.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó el que tenía más pinta de ser Steven.

Su cara estaba llena de pecas alargadas y vestía una camisa con figuras ovaladas. Todo en su cuerpo parecía demasiado estirado, me recordaba a un churro de barro que hubieran apretado demasiado al enrollarlo.

—Yo —contesté.

Jolan acababa de irse al campo con unas pinzas y una lupa y había dicho que no lo esperaríamos para la cena; Tesje había salido corriendo detrás de él con unas botas demasiado grandes, y mamá había ido a comprobar por tercera vez si las gallinas habían puesto huevos.

Podría haber dejado a aquellos hombres en la puerta sin ningún problema. Que se encargaran los vecinos. Cada año venía un hombre con un grueso álbum lleno de fotos aéreas de las casas del pueblo y a ése lo había dejado entrar unas semanas antes en el pasillo, no por interés, sino porque llovía. Procuré mirar sólo por encima la foto de nuestra casa, pues algo me decía que, de lo contrario, me obligaría a comprarla. Por lo que pude entrever, nuestra propiedad parecía, incluso a vista de pájaro, poco más que un montón de planes ejecutados a medias. La mancha blanca en el jardín trasero no era una piscina sino un congelador estropeado. A nadie de la familia le llamaba ya la atención, a mí tampoco, salvo que la viera así, desde el aire.

En la mayoría de las casas del pueblo, las fotos de ese hombre colgaban en la entrada, justo al lado de la puerta de la calle, muchas veces con la misma intención que las pegatinas de la Cruz Roja, que se quedaban años adheridas a los salpicaderos de los coches para quitarse de encima a los vendedores de los semáforos. Sólo en la carnicería de Laurens exponían con orgullo las fotos aéreas de la tienda, enmarcadas y colgadas detrás del mostrador, porque su padre estaba convencido de que esa perspectiva adicional de la empresa la haría más fiable a ojos de los clientes. No tenían nada que ocultar.

—No, no es posible comprar fotografías de propiedades ajenas —me contestó el hombre cuando le pregunté cuánto valía la foto de la granja de Pim.

Luego se marchó por el jardín delantero y rompió nuestra foto. Poco antes de cruzar la transitada vía, regresó para recoger uno de los trozos de papel, que se había caído. Como si alguien pudiera aún hacer algo con él.

En esta ocasión, la pizarra en las manos del hombre pequeño y fornido fue lo que me decidió a dejarlos entrar, aunque fuera únicamente para saber qué pretendía dibujar en ella y si se trataba realmente de Steven.

—Mi madre está en el jardín —comenté—, pero puede volver en cualquier momento.

Sonaba a mentira. Y lo era, aunque en realidad aquella mentira no fuera mía.

Teníamos cinco gallinas. Era evidente que también mamá sabía que una gallina sólo pone un huevo al día, por la mañana temprano, pero aun así iba al gallinero varias veces al día a mirar si alguna había puesto algo, y volvía cada vez con un huevo de verdad. La caja de huevos que había comprado debía de haberla escondido, disimuladamente, junto a la caja de vino.

Abrí más la puerta. Los hombres se trajeron el frío de fuera mientras pasaban de costado entre la pared y el aparador, tirando de las perneras del pantalón para que los pliegues no se quedaran enganchados a nada por detrás.

Esperamos a mamá sentados en medio de la veranda. En realidad no era una veranda, sino una habitación que papá había empezado a llamar así porque mamá siempre había querido una.

El cabezudo, probablemente Rob, empezó a abrir la pizarra.

Desde donde estábamos, teníamos vistas a la senda que iba de la puerta trasera al jardín. Nadie la había puesto allí, pero era el camino más corto entre ambos puntos y había ido trazándose torpemente a través de la hierba. El jardín medía unos cien metros de profundidad, y al fondo tenía la misma forma desmañada que Bélgica pero con cuatro bultos en lugar de tres. En cada protuberancia crecía un tipo de árbol frutal. Los plantaron cuando mis hermanos y yo nacimos y ya habían crecido unos dos metros. En el cuarto bulto no había ningún árbol, sino un arbusto con bayas.

Mamá aparecería enseguida con un huevo en la mano. Señalé la puerta del gallinero, un castillo de naipes hecho de placas asfálticas donde solíamos guardar las bicis hasta que fue más probable que viniera una comadreja o un zorro que un ladrón de bicicletas. A partir de entonces, las gallinas ocuparon la caseta.

En lugar de mamá, ante mi dedo índice apareció de repente Tesje. Se dirigía ensimismada a la puerta trasera. Se quedó parada allí, de perfil hacia nosotros. Bajó la manija sin empujar la puerta para abrirla. Repitió el mismo movimiento varias veces.

De repente escupió sobre la manija, la secó con la manga y empezó a cantar. A través de la ventana podía distinguir algunas palabras. Era una enumeración de lo que había hecho aquel día.

Cabezudo dejó escapar un carraspeo nervioso.

Tesje se volvió y se quedó paralizada al ver a los dos hombres trajeados sentados a mi lado delante de la ventana. Luego se fue a la parte trasera del jardín, hacia la jaula donde estaba su conejo.

De pronto recordé el día en que había sucedido algo parecido, cuando me disponía a llevar bolsitas de té goteantes al compostador y desde dentro de casa vi que la maneta de la puerta trasera se movía de arriba abajo sin que nadie entrara. Me apresuré a ayudar a quien intentaba entrar, abrí la puerta, que

resultó no estar cerrada con llave, y me topé de frente con Tesje, que había convertido su mandíbula inferior en un recipiente lleno de saliva lista para ser lanzada.

—¿Quién quiere un vaso de agua? —pregunté a los hombres para desviar su atención de la extraña conducta de mi hermana. Ellos me siguieron hasta la cocina.

Soplé en los vasos para quitar los pelos de perro y los llené de agua del grifo. No iban a beber de ellos, pero al menos les ayudarían a mantener el tipo. Steven estudió la calidad del agua. El hombrecillo miraba el montón de zapatos tirados junto a la puerta.

Posiblemente fuera ése el motivo por el que dejaba entrar a todos aquellos vendedores. Para poder leer en sus miradas la desaprobación, la confirmación de que nos ocurría algo grave. Los hombres trajeados siempre daban la impresión de tener el poder de cambiar las cosas, de haber sido enviados por un organismo acreditado cuyos atributos eran la pizarra y las fotos aéreas.

—¿Cuántas personas vivís aquí? —preguntó Cabezudo, aunque se me antojó más una pregunta para Steven, que por razón de su estatura debía de estar acostumbrado a la autoridad.

—Somos cinco —le contesté.

—¿Tienes más hermanos o hermanas?

—Sí, tenemos un hermano.

—¿Cuántos años tenéis?

—Catorce, once y ocho.

El hombre asintió en silencio. Parecía querer anotarlo, pero la educación le impedía sacarse el bloc de notas del bolsillo.

—¿Qué vendéis? —pregunté.

Se hizo un breve silencio. Los hombres se miraron.

—¿Estás segura de que tu madre está en casa? —preguntó el que tenía pinta de Steven.

Yo asentí.

Hasta los nueve años creí que en el jardín había una trampilla bajo la cual mamá guardaba una segunda familia. Me preguntaba qué le decía a esa familia cuando la dejaba para venir a vernos a nosotros, si también les decía que iba a buscar huevos. ¿Les hablaría mal de nosotros?, ¿se esforzaría más con ellos? ¿Se le haría muy cuesta arriba volver a nuestro lado?

La puerta trasera se abrió. Los tres levantamos la vista. Tesje entró por fin en casa. Dejó las grandes botas bien colocadas debajo del radiador. Primero puso la bota derecha a la izquierda, pero lo vio y lo corrigió de inmediato.

—¿Has atrapado algún insecto raro? —le pregunté.

—Jolan no ha dejado que me acerque, el ruido de mis botas espantaba a los insectos —dijo.

—¿Dónde está mamá?

—Ahora viene —dijo Tesje.

—¿Qué hora es? —preguntó Cabecita a Cabezudo.

—Las cuatro y cuarto —contesté yo señalándole el reloj digital del microondas que tenían justo delante de las narices.

—Son las dieciséis catorce —puntualizó Cabezudo.

Sostenía su brillante reloj delante de la cara de Steven. Por la manera en que volvió a tapar el reloj con la manga, supe que esos hombres no habían venido aquí para ayudarnos. Casi todos los vendedores tenían relojes analógicos: su tiempo pasaba a golpe de tictac, era más valioso.

A las cuatro y dieciséis minutos entró mamá. Tenía bolitas de lapa en el pelo.

—Buenas tardes, señora, ¿podemos hacerle algunas preguntas?

Cabezudo le tendió la mano. Mamá intentó estrechársela, por lo que el huevo que llevaba rodó y se estrelló contra el suelo. La clara se desparramó, la yema se mantuvo intacta y aterrizó lejos de la cáscara y de la baba. Todos mirábamos la mancha naranja sobre las baldosas negras.

—Déjalo estar —dijo mamá al ver mi ademán de agacharme.

Tesje quiso quitarle las bolitas enredadas en el pelo, pero mamá le apartó la mano de un golpe.

—Id a divertirlos un rato —nos dijo Cabecita.

Nosotras obedecemos porque no lo conocíamos y nos retiramos al pasillo. Pero «divertirse un rato» era como cascar un huevo a la perfección: nadie lo conseguía si se lo ordenaban.

Escuchamos las voces. El vidrio granulado de la puerta de la veranda deformaba las siluetas pero mantenía sus extrañas proporciones. El pequeño abrió la pizarra, el grande inició una exposición durante la que hizo todo tipo de dibujos. En todas las parejas de vendedores a domicilio, también en ésta, había uno que hablaba con voz severa y otro que asentía con la cabeza y que, de vez en cuando, repetía algo, pero más flojo.

No pasaban coches por la calle empedrada. Encontré el valor para preguntarle a Tesje qué hacía antes con la puerta.

—Es algo entre yo y la puerta trasera —declaró.

Después de un cuarto de hora, las sombras cerraron la pizarra. Se hizo un silencio. La puerta se abrió, Cabezudo fue el primero en salir. Volvieron a pasar uno tras otro delante del gran aparador lleno de trastos.

—Siempre recuerdo cómo he llegado a un sitio. Así sé cómo salir —dijo Steven con un guiño.

Esta vez olvidó tirar de las perneras; sin embargo, los clavos salientes no se engancharon a su brillante traje a medida.

—¿Qué veníais a vender? —pregunté.

—Aire.

Por su manera de andar al alejarse supe que mamá les había prometido comprar algo para librarse de ellos.

Tesje y yo nos quedamos mirando desde el umbral cómo se detenían en la siguiente casa, borraban con un pañuelo lo escrito en la pizarra, se daban palmaditas en el hombro y accedían al jardín. Miramos hasta que también desapareció la necesidad de intercambiar sus cabezas con sus cuerpos para que todo encajara. Tesje dejó que la pesada puerta de la calle se cerrara de un golpe. Tampoco hoy había ido nadie a ayudarla.

LAS 11.15

Me deslizo por las habitaciones de la casa vacía. Una a una, como lo hacía de niña por las mañanas cuando me levantaba temprano, como el primer poli que accede al lugar del crimen después de recibir una llamada de auxilio. Cruzo el pequeño vestíbulo donde están los zapatos, la cocina, el comedor, la veranda. No hay nadie. Lo más probable es que mis padres sigan en la cama, es de esperar. Para levantarse hace falta tener un motivo. No los han invitado a la fiesta póstuma de Jan, de lo contrario la tarjeta colgaría como un trofeo en el corcho de la cocina.

Repartidos por las mesas auxiliares veo los restos de lo que debió de ser una velada normal y corriente: una bolsa vacía de frutos secos, botellas de cerveza abiertas y, en el alféizar, un cartón de vino cubierto con un paño de cocina.

El pasillo del centro de la casa está oscuro. La única vía por la que puede entrar directamente la luz del día es la puerta de la calle, pero el cristal de la puerta está sucio y la luz invernal no tiene suficiente intensidad. Medio a tuestas, encuentro primero el interruptor, luego la puerta del sótano y la maneta de la puerta del cuarto de baño.

Golpeo la madera barnizada con los nudillos. No hay respuesta. Espero tres segundos antes de abrir.

Mientras tanto intento imaginarme, como solía hacer de pequeña, qué es lo peor que podría encontrarme para que supere a la realidad. Mamá: doblada en la silla, rodeada de blísteres de pastillas reventados, un bote de desinfectante vacío, media botella de disolvente, la cabeza apoyada entre las piernas, espuma en los labios, sangre fluyendo de la nariz, la boca abierta, de la que sale el borboteo de las pastillas efervescentes que ha intentado tragarse con glotonería. Papá: en la bañera llena de agua fría con una fina capa de sangre coagulada encima, como el té negro y viejo en una tetera, su entrepierna forma una isla solitaria que se asoma por encima del nivel del agua, marrón y asquerosa. Junto a él, en el borde de la bañera, el estuche con las limas y los cortaúñas. El antebrazo abierto hasta la muñeca, la punta de las tijeras clavada en la arteria.

Abro la puerta a la de tres. La bañera está vacía. El cuarto de baño parece abandonado. La botella de disolvente está junto a los esmaltes de uñas, a la altura de los ojos en el armario que tengo justo delante. El respaldo de la silla aguanta con hombros encogidos la camisa de mi padre. Arriba, en la pared blanca, hay una gran mancha de moho que según Jolan tenía la forma de la Unión Europea. Ahora, ambas se han ampliado.

Abro más la puerta, pero ésta vuelve a cerrarse.

Eso también podría ser papá, detrás de la puerta, en el rincón del cuarto de baño, colgado del cinturón de su bata. Miro detrás de la puerta con el corazón en un puño. El obstáculo resulta ser un montón de batas y pijamas sucios, distribuidos en dos perchas. Por toda la planta baja huele a sueño, salvo en aquellos lugares donde el olor a perro viejo y mojado ha impregnado los tejidos.

Cuanto más patrullaba por esta casa de niña, más en casa me sentía en la de otros. Aunque en la carnicería de Laurens había cuchillos afilados, cuencos llenos de tripas y carcasas colgadas de ganchos, yo nunca tenía que estar alerta. Incluso si hubiese pasado algo grave allí, no habría sido culpa mía puesto que no me correspondía a mí evitarlo.

Mis padres aún no están despiertos, quizá sea mejor para ellos. Ahora que registro todo lo que no ha cambiado, mueble por mueble, comprendo que no tengo nada que contarles, nada que perdonarles.

Me acerco a la ventana, a las persianas echadas, y las enrolló. Hay agujeros entre los listones que obligan a la débil luz invernal a bailar por el cuarto de baño, sobre la cesta de la colada, sobre el chapucero tabique de ladrillos en el que hay metidos dos cepillos de dientes, sobre la cómoda del rincón donde guardábamos las toallas.

El recuerdo más temprano que tengo de mi madre tuvo lugar sobre este mueble: yo estaba enferma y ella me puso un «cohete de caca». Con su mano fría, me apretaba las nalgas para evitar que la luz brillara en mi ano y que el supositorio en forma de proyectil pudiera encontrar así el camino de vuelta al exterior.

Durante mucho tiempo, todos amontonábamos nuestros neceseres repletos de cosas sobre esta cómoda. Cosas que ya no cabían en los cajones y que no queríamos que usaran otros. Ya de pequeña, me entristecía a menudo al ver todos aquellos neceseres: cada uno de nosotros tenía su propia pastilla de jabón, su propia pasta de dientes, su propio cepillo para el cabello. Todos habíamos empezado a hacer el equipaje muy lentamente, todos pensábamos ya en otro destino.

Tengo que oír la voz de Tesje. Con una mano saco el móvil del bolsillo, con la otra lo vuelvo a guardar.

Abro el cajón que antes era mío. Dentro hay una caja de zapatos llena de cosas que nunca quise tirar. Un bote de plástico con zumo de limón viejísimo que todas las noches me ponía en la cara para que no me salieran granos. Dos notas plegadas de Elisa que releía todas las noches: «besos Elisa» y «JA JA JA», dos respuestas a notas que yo le había mandado y que guardaba porque en realidad Elisa no solía reírse de mis bromas. Una brizna de paja del granero de Pim. Un par de tornillos del portaequipajes de la bicicleta de Laurens. Una pila de sujetadores, de copa pequeña y copa grande, que me ponía uno encima de otro. Y una tarjeta de la suerte: VE DIRECTAMENTE A LA CÁRCEL SIN PASAR POR LA CASILLA DE SALIDA Y SIN COBRAR LOS 4.000 FRANCO.

Detrás de la caja de zapatos encuentro un pijama sucio y arrugado que conserva todavía la forma de mi antiguo cuerpo. En el cuello lleva adheridos restos de muesli. No me atrevo a tocarlo por temor a despertar algo. Después no podré dejar aquí lo que he despertado.

Vuelvo a la parte trasera de la casa, al *office*. Allí me siento a la mesa de cristal con vistas al jardín emblanquecido. Hace frío en casa pese a que la calefacción está puesta.

Tomo un par de sorbos del vaso que acabo de llenar de agua, me enjuago la boca. Tengo que quedarme aquí al menos unos minutos más. Así, mis padres no podrán afirmar que estuve en el pueblo sin pasar por su casa. Ahora les toca a ellos despertarse.

En la pared pintada de azul de detrás de la mesa de la cocina cuelgan dos dibujos infantiles de la casa y el jardín. El de la derecha es mío, el de la izquierda es de Tesje. El día en que hicimos estos dibujos amaneció soleado. Me habían regalado una gran caja de lápices por mi cumpleaños y yo le había prometido a Tesje que colorearía con ella. Arrastramos la mesa de la terraza a un lugar a la sombra al fondo del jardín, desde donde podíamos ver toda la casa. Abrí la flamante caja sobre la mesa, coloqué en las esquinas dos lápices a modo de estaca para mantener la tapa abierta y me puse enseguida manos a la obra. Medía con la regla el tejado y la caseta del perro y me esforzaba cuanto podía por reproducir bien las proporciones. Presionaba con fuerza los lápices, para que no se perdiera ningún detalle. Tesje quería utilizar los mismos colores; cogía los lápices que yo acababa de usar y, mientras tanto, se ocupaba de las

puntas rotas, que afilaba con esmero. Cuando dibujaba, ella apenas hacía presión pues no quería desgastar los lápices. Su cielo recordaba a un visillo, su tejado no era a prueba de lluvia. Sólo cuando acabamos y colocamos nuestras obras una al lado de otra sobre la mesa vi claramente las diferencias. En su dibujo no había cables de electricidad, ni pájaros, no aparecían las macetas junto a la puerta, ni la maneta ni el perro, no porque no los hubiese percibido, sino porque de tanto sacar punta apenas le había quedado tiempo para dibujar. A ella no le importó. Lo importante para ella era mi compañía.

Cuando entregamos los dibujos, nuestro padre no se esforzó mucho por negar que el mío fuera mejor. El único motivo por el que colgó también el dibujo de Tesje en la pared fue porque mamá le había dado ocho chinchetas y no cuatro.

Siempre que comíamos los teníamos delante de las narices, y entonces yo deseaba no haberme esmerado tanto.

17 DE JULIO DE 2002

Lo que resuena incesantemente en mi cabeza no es la melodía de la feria que ha amenizado las noches del pueblo el último fin de semana, sino el acertijo que tengo que proponer. Laurens y Pim hicieron tanto hincapié en lo importante que era, que ahora temo olvidarlo, y sin acertijo no me dejarán entrar en el granero.

Suelo recordar sin dificultad los chistes y los acertijos siempre y cuando pueda imaginarme la cara de la persona: el tono y la manera en que me lo contó, en qué frases hacía un silencio para aumentar el suspense, cómo movía la lengua en la boca y si esa persona acababa de beber leche y se le formaban hilos de saliva blanquecina.

Este acertijo se me ocurrió ayer de repente, sin cara y sin voz, sin pausas ni hilos de leche. Y precisamente eso es lo que me preocupa. El punto débil de cada acertijo es su origen. Puede que me lo hayan contado Pim o Laurens, o puede que lo leyera en algún sitio. ¿Quién sabe? Los acertijos publicados en el periódico local son inservibles durante años.

Cruzo el pueblo pedaleando a toda velocidad. He metido los cuatro billetes de cincuenta euros en el bolsillo de mis vaqueros. Es la primera vez en mi vida que llevo tanto dinero encima, la primera vez que llegaré tarde a una cita. Mi retraso no tiene nada que ver con los doscientos euros, pero si Pim o Laurens preguntan por ello, les diré que se me había olvidado el dinero y que a medio camino he tenido que regresar a casa. De hecho, tengo otra excusa válida, pero no puedo utilizarla, no puedo contárselo a nadie: esta tarde, Tesje ha vuelto a tardar una hora en salir de la ducha. Puede que haya sido porque se equivocaba continuamente, no levantaba el pie correcto para meterse en la bañera, no se extendía el champú como es debido en la cabeza. Seguro que se ha lavado diez veces hasta conseguir hacerlo todo de la forma correcta, puesto que al salir tenía enrojecida la piel del cuello y de los brazos. Por supuesto que yo no tendría por qué haber esperado a que el cuarto de baño estuviera vacío para cepillarme los dientes, pero quería asegurarme de que Tesje había acabado de lavarse.

La madre de Laurens levanta la vista cuando dejo la bicicleta en el aparcamiento de la carnicería. Hacía tiempo que no venía por aquí.

Me sonrío y, señalando con el dedo a un punto detrás del cliente, me indica que vaya al lateral de la casa. No hace falta que entre por la puerta delantera ni que cruce la tienda, aún me deja pasar por el lateral.

Cuando me ve, casi siempre sonrío. No con la sonrisa rápida y agradecida que les lanza a Pim, al cura o a otros clientes por tratar con su hijo o por consumir su carne, no. Conmigo esboza una sonrisa más lenta, menos maniobrable y ligeramente afligida, que se instala en su cara entre las arrugas, como si sus labios no estuvieran hechos para eso.

Sé muy bien por qué lo hace, a qué debo este valioso gesto.

Ella misma me lo explicó —o, mejor dicho, me lo confesó— en su jardín durante la fiesta del décimo cumpleaños de Laurens. En realidad éramos demasiado mayores para un castillo hinchable, pero la madre de Laurens quería vernos una última vez como niños pequeños. Había alquilado el castillo hinchable más caro.

Yo llevaba algunos minutos sentada a un lado, para descansar y analizar cómo se las arreglaba Pim para hacer unas volteretas tan elegantes. La madre de Laurens se acercó a mí.

—¿Va todo bien?

Le contesté que sí, porque no sabía exactamente a qué se refería.

—¿No quieres saltar con nosotros? —le pregunté.

—Eso no puede ser —me contestó ella—. ¿Pero tú me has visto?

—Sí.

Me miró ofendida.

—A mí tampoco me sale, por mis patas de elefante —le dije.

Coloqué un dedo sobre uno de los agujeros que había en la costura de la lona por el que se escapaba el aire.

—Pero si no tienes patas de elefante —replicó.

Me encogí de hombros.

Se dejó caer a mi lado, hundiendo las nalgas hasta la mitad del cojín medio desinflado. Yo perdí el equilibrio y me quedé apoyada en su costado derecho. No hizo nada para apartarme.

De repente, mientras estábamos allí apoyadas una contra la otra, empezó a hablar:

—¿Sabes, Eva? Cuando Laurens y tú aún ibais a párvulos, tu mamá y yo charlábamos a veces delante de la puerta de la escuela. En una ocasión, después de una de esas charlas, me la quedé mirando mientras se alejaba y de pronto se cayó con bicicleta y todo. Vosotros aún erais pequeños. Tesje estaba sentada delante, bien sujeta en una sillita que colgaba del manillar, con las piernecillas hacia el frente. A ella no le pasó nada. Tú, en cambio, ibas detrás, sobre las alforjas, con las piernas a ambos lados.

Con cada voltereta que hacían Laurens y Pim, la madre de Laurens y yo rebotábamos y luego chocábamos suavemente.

—Corrí a auxiliar a tu mamá, pero ella rechazó mi ayuda. Estaba fuera de sí y me dijo que me metiera en mis asuntos. Jolan, que pedaleaba delante de vosotras con su BMX, la ayudó a levantarse y luego enderezó la bicicleta. Tranquilizó a Tesje. Tú, Eva, no decías ni pío. Te aferrabas al sillín.

La madre de Laurens torció el gesto, igual que hacía cuando olía el surtido de rellenos para sándwiches para comprobar su frescura. A nuestro lado, Laurens tomó carrerilla temerariamente. Ella esperó unos segundos hasta que él hubo aterrizado sano y salvo para reanudar la conversación:

—Aquella noche, Eva, fui incapaz de probar bocado, créeme. Una y otra vez volvía a ver a Jolan ayudando a tu madre a levantarse y la bicicleta que desaparecía de la vista con tus piernecillas a ambos lados de las alforjas. Tenías el pie derecho extrañamente torcido.

Me miró y por primera vez esbozó aquella sonrisa, cariñosa pero también apesadumbrada. Cogió mi tobillo derecho entre las manos y me acarició la pierna más tiempo del necesario, igual que hacía yo a veces con los gatos callejeros, con caricias firmes, esperando que así se cargaran de alegría y siguieran ronroneando horas después de que yo me hubiese ido.

—Son cosas que pasan —le dije.

Y lo decía de corazón, estaba bien que mamá se hubiese caído con la bicicleta porque me había aportado esto: la sonrisa que la madre de Laurens no esbozaba para nadie más que para mí y que venía de muy lejos.

Laurens nos dirigió una mirada interrogante, pero no intervino, puesto que mientras su madre permaneciera sentada, la lona del castillo hinchable se mantenía bien tensa y se podían hacer volteretas preciosas.

No creo que la madre de Laurens sepa lo que pasó hace una semana entre su hijo y yo en nuestro último día de escuela. Quizá no hiciera preguntas cuando Laurens regresó a casa con un rasguño en la cara, quizá él no se atreviera a contarle lo que sucedió verdaderamente.

Paso por delante del escaparate, abro el portón a un lado del edificio, primero me encuentro con la puerta del taller. Es el terreno del padre de Laurens, donde en realidad teníamos vetada la entrada. La madre de Laurens afirmaba que los cuchillos estaban tan afilados que podíamos cortarnos los ojos con sólo mirarlos. Nosotros sabíamos que eso era cuestionable, pero por si acaso nunca los mirábamos más de unos segundos.

Entro en el patio interior. Debajo del alero hay diferentes puertas: la de la vieja cocina, la del taller, la de la enorme cámara de congelación que instalaron en la primera reforma.

El patio está repleto de cosas sin usar que aún pueden servir algún día y que por ello no son solamente cachivaches: bandejas de plástico, cajas de espuma de poliestireno, pinchos, una barbacoa. Aquí solíamos jugar al escondite. Al que le tocaba buscar tenía que contar hasta cien con la cara apoyada contra el generador eléctrico, que zumbaba.

La última vez me tocó ser la que se la queda, y mientras contaba hasta cien, Pim se escondió en la cámara congeladora. La puerta se cerró detrás de él. Tardé un tiempo en atreverme a buscar entre los cadáveres que colgaban allí dentro. Lo encontré en un rincón del congelador. Con los labios azules y la cara lívida. Durante todo el día olió a muerte.

Detrás del patio se extiende un jardín largo y estrecho en el que hay una zona con columpios de madera y un viejo cobertizo. En este cobertizo se cocían antes los jamones y se secaba el salami. Había un aparato para envasar carne al vacío, por eso lo llamábamos «el cobertizo hermético». Ahora apenas se utiliza, pero hoy hemos quedado aquí.

La puerta ya está abierta. Laurens está sentado en una silla, detrás de un escritorio que se sostiene sobre tres patas: puede que se apoye sobre algo que no puedo ver en la oscuridad. El cobertizo está decorado con muebles desechados, allí podría vivir sin problemas una familia de kosovares.

Hay armarios viejos, una tumbona con unas viejas gafas de leer, una pileta, un viejo televisor y un calefactor de aire arrumbado. Dentro hace calor. Encima de la cabeza de Laurens cuelgan cuerdas con embutidos moteados de color rojo oscuro. Si no fuera carne, le daría un aire festivo al local.

—¿Pim aún no ha llegado? —le pregunto.

—¿Acaso lo ves? —me contesta mirando con insistencia el cuarto vacío.

En el suelo, a su izquierda, hay una mancha oscura. Allí antes había un horno.

No me atrevo a preguntar nada más. Me siento en una silla de oficina con ruedas, con la que me paseo por la habitación.

Laurens abre y cierra con nerviosismo uno de los cajones de su escritorio. No le reprocho su silencio puesto que yo tampoco tengo nada que decir. Mientras tanto no perdemos de vista la puerta.

Hace mucho tiempo que Pim no viene por aquí. Quizá Laurens no esté seguro de que se presente o de que recuerde el camino.

—Cuéntame —le digo—. ¿Cuál es el plan?

Laurens vuelve a mirar la puerta. Suspira.

—Pim no vendrá solo. Traerá a una chica. Tú le plantearás el acertijo, ella intentará solucionarlo, y si no lo adivina, entonces... —Laurens sube y baja las cejas tres veces arqueándolas mucho.

—¿Entonces nos la comemos con patatas? —añado mientras miro una lata de harina.

Laurens me observa con gesto grave. Suspira.

—Desde luego, tienes demasiada fantasía —dice esforzándose por sonar ofendido.

Fuera, el portón se cierra de golpe. Laurens se levanta de un salto. Pim entra. Detrás de él aparece una chica que también conozco: Buffalo-An.

En Bovenmeer hay dos Annes. La otra es mi vecina, nuestra antigua canguro. Esta An de ahora debe su apodo al hecho de que en una ocasión se presentó en una carrera de la escuela a campo traviesa con unas zapatillas Buffalo, creyendo que el peso de las suelas le permitiría correr más rápido. Antes de que hubiera sonado el disparo de salida se torció ambos tobillos durante el forcejeo y los empujones con los demás corredores en la línea de salida. Eso no le impidió seguir llevando las mismas zapatillas.

An tiene un año menos que nosotros, aunque intenta compensarlo con su ropa: además de las Buffalo, lleva una minifalda negra, un top amarillo, una gargantilla tatuaje de plástico alrededor del cuello que recuerda mucho a una malla para limones. Los colores negro y amarillo no son casuales, pues su padre es presidente de los hinchas del Lierse.

An se mueve con soltura por el cobertizo, se pone de pie junto a Laurens y no se aparta de su lado. Hace un tiempo estaba enamorada de Pim, hasta que quedó claro que había apuntado demasiado alto, entonces se conformó con admirar a Laurens.

—Queridos amigos —dice Pim.

Se sube a una lata de pan rallado. Ahora nos saca una cabeza a todos. Laurens observa la tapa, que cede bajo el peso de Pim, pero no dice nada.

—Mientras veníamos hacia aquí le he explicado a An las reglas del juego, ¿no es así, An?

An asiente con entusiasmo.

—¿Puedes repetir las reglas? —le pregunta él.

—Es un acertijo. Se pueden ganar doscientos euros. Yo puedo jugar lo que quiera, pero por cada intento debo quitarme una prenda de ropa.

An se saca tres chicles del bolsillo, los mastica con los dientes delanteros. Yo miro la masa blanca que se asoma por su boca cada vez con una forma distinta.

—¿Tienes alguna pregunta? —inquire Laurens.

—No —contesta ella con un chasquido.

—Pues ahora te toca a ti, Eva —me dice Pim—. Dile tu acertijo. An te hará preguntas. Si acierta, asientes; si falla, niegas con la cabeza.

—¿Lo has oído, An? —le dice Laurens—. Eva es la única que tiene la verdad en sus manos.

Yo me aclaro la garganta y digo el acertijo sin mirar a los chicos. Mientras hablo, An empuja el chicle entre las palas delanteras con la lengua y lo deja allí, como una masilla entre la mandíbula inferior y la superior.

—¿Cómo puedo saber lo que le sucedió a ese hombre? —pregunta, y el chicle se suelta.

—Por algo lo llaman acertijo —le contesta Laurens—. Haz preguntas rápidas de sí o no y así lo descubrirás.

Su mirada delata que él tampoco sabría por dónde empezar.

—Puedes preguntar lo que quieras. Pero ya sabes cuál es el precio —le advierte Pim.

—Vale, vale —dice An—. Déjame pensar.

Tira de la gargantilla de plástico, que pierde elasticidad, por lo que se nota aún más que no es un tatuaje de verdad.

Es tal el silencio que a lo lejos se oye la campanilla de la tienda. Me imagino cómo el sonido ha ido desplazándose hasta nosotros desde la parte delantera de la casa y lo que ha tenido que tocar y esquivar por el camino.

—¿Te pongo otro acertijo?

Pim me indica con un gesto que me calle.

—¿Se ha meado el hombre?, ¿es por eso por lo que hay un charco de agua? —pregunta An.

Pim y Laurens me miran. Es justo lo que habrían preguntado ellos. Yo mantengo el suspense. Niego con la cabeza.

—El hombre no se ha meado.

An exhala un suspiro dramático. Se pasa la gargantilla por encima de la cabeza.

—Eso no cuenta —dice Pim de inmediato—. No es una prenda de vestir, ¿verdad que no?

An se saca sin dudarle las braguitas de debajo de la minifalda de tubo. Es un pequeño tanga. Lo pliega hasta formar un cuadrado y se lo mete en el bolsillo. Quizá piense que no irá más lejos. Tanto empieza con la ropa interior como si no, tiene cuatro oportunidades como máximo. Por lo visto, no se da cuenta.

—¿Había una silla o una escalera de mano en la habitación?

—Ya te lo he dicho, era uno de los datos —le contesto—. La habitación está vacía.

An ya ha cruzado los brazos, las manos a ambos lados de sus caderas levantan el ribete inferior de su top amarillo. Aparece un vientre pálido y un sujetador deportivo. Tira la camiseta al suelo.

—Puedes parar —le digo.

An mastica el chicle con todas sus fuerzas.

—¿El hombre se ha caído del techo? —pregunta deprisa como si así esperara tener que quitarse sólo media prenda. Únicamente mira a Pim. Es evidente que no hace esto para ganar los doscientos euros. Niego con un gesto.

An se lleva los brazos a la espalda, se suelta el sujetador. Se quita los tirantes. El sujetador aterriza junto al top. Tiene unos pechos pequeños y normales. Justo lo que cabría esperar en ella.

Laurens y Pim la miran sin pestañear. Ellos mismos no parecen acabar de creerse que hayan conseguido que alguien haga eso. Le miran de reojo el ombligo. Laurens no sabe dónde poner las manos. Quiere meterlas en los bolsillos, pero como no tiene, las encaja en la cintura del pantalón.

Allí de pie, debajo de la guirnalda de embutidos secos y vestida sólo con un par de Buffalo y una minifalda, la delgaducha An parece de repente muy torpe y vulnerable, como una ternera recién nacida con unas pezuñas demasiado grandes. Pim da un paso hacia ella.

—Aún te quedan dos oportunidades —le dice—. Los zapatos cuentan por una.

De repente, An está cohibida. Se cubre el torso con un brazo. Sólo se siente desnuda ante la idea de tener que quitarse los zapatos.

—Lo dejo —dice.

—Vale, los zapatos cuentan por dos —dice Laurens.

—No.

An aprieta las rodillas y se agacha. Recoge su montoncito de ropa. No hay nada tan triste como una prenda recién quitada tirada en el suelo. Se pone rápidamente su top.

—Qué lástima —exclama Pim.

An saca sus braguitas del bolsillo, las despliega y mete los pies por los agujeros. Uno de los zapatos de plataforma se queda enganchado a la tela y An tropieza. Laurens tiene que cogerla.

Nadie dice nada.

Tampoco sé qué más añadir salvo «Lo siento», pero eso no puedo decirlo puesto que estoy con los chicos.

Antes de que An desaparezca por el portón del patio, Pim y Laurens entrechocan las manos.

—No está nada mal para una de cinco puntos —dice Pim.

—Pero está claro que no es un seis —dice Laurens.

Mira su reloj de pulsera.

—De momento nuestro sistema funciona.

—Pues lo dejamos tal y como está en el muro del cementerio. ¿Un cinco para Buffalo-An?

Pim asiente.

Me vuelvo a sentar en la silla y me acerco rodando a ellos. Sólo ahora parecen percatarse de que yo también estoy allí.

—Has venido con el mejor acertijo de todos los tiempos —me dice Pim.

—¿Qué te ha parecido? —me pregunta Laurens—. Ahora ya puedes hablar.

Me encojo de hombros, miro a ver si aún tengo el dinero. Lo saco con cuidado del bolsillo.

—No, guárdalo tú —me dice Laurens—. Es para ti. Bueno, no es que sea de verdad para ti, sino para la banca. Tú eres el secretario.

—¿Por qué he de ser yo el secretario? —pregunto.

—Siempre es necesario en este tipo de comprobaciones. —Pim vuelve a subirse a la lata de pan rallado—. Entiéndelo, durante todos estos años hemos puntuado a las chicas a ojo, ahora por fin sabremos si nos equivocábamos o no. Las comprobaciones sólo valen si se hacen correctamente.

Al pronunciar la palabra *comprobaciones* se moja la punta del dedo índice con saliva, forma un círculo entre el pulgar y el índice de la otra mano e introduce el dedo mojado por el agujero.

Laurens suelta una carcajada forzada. Se para al ver mi mirada de preocupación.

—Te necesitamos. Sin banca no se juega. Ya sabes, los sorteos tampoco son válidos sin notario.

Alarga el brazo, agarra uno de los embutidos, lo arranca de la guirnalda y lo parte por la mitad. Un grumo de grasa cuajada acaba en su mentón.

CONCIENCIA

En cuarto de primaria le puse nombre y cara a mi conciencia. La señorita Emma era zurda y llevaba el pelo recogido en un moño que, por mucho que lo mirara, no me permitía adivinar cómo podía mantenerse tan apretado en su sitio. Su ceño estaba formado por tres arrugas paralelas. Recordaba a una ilustración del Memorama de Dick Bruna al que jugábamos en casa a veces: apenas se necesitaban líneas para dibujarla.

La señorita Emma no estaba casada. Además de dar clases en la escuela primaria, era voluntaria en la Cruz BlancoAmarilla, una organización de asistencia domiciliaria, e impartía cursos de primeros auxilios a pequeñas asociaciones. Los alumnos podíamos acudir a ella para los problemas más embarazosos: como cuando una cremallera se le quedaba enganchada a una niña en la barbilla o a un niño en el prepucio. Tenía unas manos pequeñas y suaves, y si era necesario, también sabía cómo hacer una reanimación.

En tercero —cuando todos atravesábamos nuestra fase Roald Dahl— reparé en que a la señorita Emma le faltaba la última falange del dedo meñique derecho. Ella se dio cuenta de que la miraba fijamente.

—Yo también lo he probado ya —me dijo—: mirarlo con la esperanza de que me volviera a crecer el trocito, pero hasta ahora nunca me ha funcionado.

Fue su «hasta ahora» lo que dejó suficiente margen a la esperanza. Durante el recreo de la tarde, mientras el resto de la clase soltaba *popotraques*, sacaba *pepinásperos* de su fiambarrera y bebía con una pajita *gasipum* en lata, yo observaba cómo la señorita Emma vigilaba el patio y me esforzaba por conseguir que le volviera a crecer la falange mirándola fijamente como haría Matilda. Después de un tiempo lo dejé correr porque empecé a dudar de lo que quería lograr realmente. ¿Acaso quería recomponer el dedo de la señorita Emma para que ella me adoptara? Eso me daba pena por mis padres, que no podían compararse en modo alguno con los padres del libro: tenían mejores intenciones y no eran unos timadores.

No recuerdo qué fue lo que ocurrió exactamente en cuarto para que la señorita Emma ocupara el lugar de mi conciencia. Sólo sé que sucedió un jueves por la tarde en la clase de manualidades. En realidad, ella era la maestra de sexto, pero aquel día había habido cambios entre el profesorado y estuvo en nuestra aula durante unas horas.

A nosotros, los acoplados, nos había puesto exactamente la misma tarea que a los demás. Se oía un casete con un cuento que nunca pasaba de la cara A porque la clase de manualidades duraba sólo cuarenta minutos. Después del último recreo aún teníamos una hora de religión. La señorita Emma se paseaba por la clase mientras nosotros trabajábamos. Se quedó más tiempo detrás de mi silla.

Que yo supiera, no había hecho nada preocupante. La tarea no lo permitía: con un rotulador coloreábamos la parte interior de carpetas de plástico y espolvoreábamos sal, que absorbía la tinta y cambiaba de color. Luego sacudíamos con cuidado los granos, que iban a parar directamente a un bote de cristal, y así íbamos haciendo capa tras capa. Un trabajo manual para el que no hacía falta un talento especial, sólo dos manos, paciencia y una madre fácil de contentar.

Pim no se había complicado la vida. Había traído un diminuto bote que antes contenía alcaparras. Como acabó pronto, la señorita le dijo que fuera a ayudar a los demás. A Laurens le habían dado un bote enorme que aún llevaba parte de la etiqueta de los pepinillos agridulces. En vista de que tenía que colorear un kilo de sal, trabajaba de una forma más chapucera. Después de doscientos gramos, se le secaron los rotuladores y me cogió los míos. Metía demasiados granos de sal a la vez en su carpeta y en lugar de teñirse de rojo se teñían de rosa.

Todos queríamos hacerlo bien, porque al final del día saldríamos por la puerta de la escuela con nuestras obras de arte y pasaríamos por delante de los padres que estaban esperándonos. Habría alumnos que convertirían aquello en un desfile, sosteniendo sus botes ante sí. Otros, como nosotros, nos batiríamos en retirada con nuestros trabajos dentro de la mochila.

Laurens se inclinó hacia delante, intentó coger el bote de Pim y sacudirlo para que las capas de colores se mezclaran y acabaran siendo marrones. La señorita Emma no dijo nada sobre la fechoría de Laurens, sino que siguió observando mis movimientos. Su presencia empezó a ponerme nerviosa. La carpeta de plástico me temblaba en las manos.

Justo antes del último recreo de la tarde, cuando todo el mundo estaba listo para correr afuera en cuanto sonara la campana, me pidió que me quedara un poco más en la clase.

Sonó la campana.

—Hora de jugar al fútbol —dijo Pim.

El aula se vació, el patio se llenó, encima de cada banco del aula quedó un bote de cristal con capas de sal de colores, salvo al fondo, donde estábamos los acoplados. Tres pupitres, tres trabajos: uno con una tapa negra, un bote grande de pepinillos medio lleno con colores marrones pastel difuminados y mi trabajo: una pequeña botella de cuello corto y elegante, llena de granos amarillos y azules que se volvían verdes allí donde se tocaban. Eso le daba un aspecto más alegre o, en cualquier caso, más bonito que la chapuza marrón de Laurens; sin embargo, desde aquella distancia yo también vi la forma: una pequeña botella de vino.

Se me hizo un nudo en la garganta que quería salir. Me lo tragué.

—¿Hay algo que quieras contarme? —me preguntó la señorita Emma, sentándose en la esquina de su mesa—. ¿Quieres desahogarte?

No podía desahogarme: explicarle lo que sentía y lo que ella quería oír. Las cosas que yo quería contar estaban ahí, las había sufrido y no podría librarme de ellas.

La señorita Emma empezó una frase dos veces, daba la impresión de querer revelarme un secreto, tan pronto como yo le contara el mío. Mientras tanto, yo iba sacando las pasas de mis galletas Grany y me las iba tragando una a una. Intentaba no mirar fijamente su dedo meñique y me concentraba en las migas que caían entre mis pies. Unos minutos antes de que volviera a sonar la campana, la señorita me dijo que no pasaba nada si no podía hablar de ello y que podía irme a jugar un rato al fútbol.

Justo antes de que yo abriera la puerta, ella levantó la mano del muñón y dijo:

—Hasta ahora, nunca le he contado a nadie cómo sucedió.

—¿Quieres contármelo? —le pregunté.

—Quedará entre nosotras, ¿verdad?

—Claro.

La señorita Emma se revolvió sobre el tablero de la mesa, buscando una postura más cómoda.

—Nací así. Tenía las extremidades atrapadas por el cordón umbilical, que impedía que les llegara la sangre. Crecí y el cordón umbilical fue dejando huellas.

A continuación, se subió la pernera del pantalón. En la pantorrilla había una profunda marca que le llegaba hasta el hueso, una cicatriz arrugada. Allí, la pierna parecía seguir apretada por un cordón invisible.

Mientras me dirigía al patio, avanzando por el pasillo de la escuela donde nadie podía verme, sentí náuseas de repente. Intenté percibir en el reflejo de la ventana si mi postura delataba algo. Relajé los hombros e intenté caminar como Laurens, después como Pim y después como otras personas de las que sospechaba que casi nunca querían desahogarse.

Jugué al fútbol con desenfreno y más intensidad que de costumbre, esperando que uno de los chicos me pusiera la zancadilla y tuvieran que llevarme de nuevo con la señorita Emma para que me cuidara.

Lo único que cayó fueron goles del equipo contrario.

Cuando terminaron las clases aquel día, sucedió algo extraño. Después de que saliera por la puerta de la escuela, la señorita Emma me siguió flotando hasta casa. La veía clara y nítida: no toda entera, sino únicamente su cabeza y parte del cuello. Durante todo el camino, su cabeza continuó suspendida en el cielo azul, meciéndose en el viento, a la altura de un globo de helio que estuviera atado alrededor de mi muñeca con un cordón. Me miraba desde lo alto, a vista de pájaro, un don que hasta entonces sólo había atribuido a san Nicolás. No tenía nada de espeluznante. Yo no la había decapitado, simplemente no imaginaba su cuerpo; lo único que necesitaba eran sus ojos.

No tuve que explicarle a la señorita Emma dónde vivía ni qué habitación de la casa era la mía. Me siguió toda la noche y se quedó hasta que me quedé dormida. Justo antes de que se me cerraran los ojos, su cara flotó hasta el pie de mi cama. A la mañana siguiente, antes de abrirlos de nuevo, volví a sentir su mirada.

La señorita Emma se quedó semanas, meses, años conmigo. Yo sabía que no era real, pero aun así ella no me perdía de vista ni un segundo. Su mirada era capaz de atravesar techos, paredes y tejados, el acero y la madera; podía mirar a través de varios pisos, y si hacía falta, viajaba incluso cien kilómetros conmigo a las celebraciones familiares en Flandes Occidental.

Sólo le impuse dos limitaciones: que no mirara través de la ropa ni de las mantas, y que, en la escuela, cuando estuviera presente la señorita Emma en persona, no fuera la cara de mi conciencia.

Gracias a su presencia, yo estaba sola pocas veces. Sin embargo, me sentía más sola que antes, porque no podía hablar con Laurens y Pim de este gran secreto, no sólo por temor a que se rieran de mí, sino también a que le pidieran a la señorita Emma que los vigilara a ellos.

Después de unos meses aquello se convirtió en un problema. Laurens y Pim no tenían a nadie que los vigilara. Parecían cada vez más libres e independientes. Mientras que yo no podía hacer nada sin antes tener que comprobar cómo se veía desde arriba. Me seguía a mí misma a todas partes: pedaleando por las calles, cruzando la Poza a nado, sentada a la mesa, inclinada sobre un libro, tumbada en mi cama alta; la niña con las patas de elefante, en continuo movimiento.

El día en que la señorita Emma me levantó la voz en el patio de recreo, la situación se complicó. Al llegar a casa tuve que hacer las paces con ella. No me atrevía a hacer nada que pudiera enfadarla por temor a que ya no quisiera vigilarme. Intenté ser un ejemplo, ayudaba a fregar los platos, ya no engullía

chocolate, dejé de utilizar a escondidas la carísima crema antiarrugas de mamá, no me tiraba pedos y, por si era capaz de leerme los pensamientos, no me atrevía a pensar nada ofensivo sobre otras personas ni a fantasear sobre gente desnuda. Eso la asquearía. En el váter hacía malabarismos para limpiarme el culo sin que ella viera nada, ya no me tumbaba a mis anchas en la bañera, no me hurgaba la nariz, no miraba los pechos de las mujeres en los catálogos de moda. Dormía cada vez peor. Mientras hacía los exámenes, no podía evitar verme sentada desde arriba. Y me los devolvían todos con malas notas.

Resultó ser prácticamente imposible esconderse de alguien que era capaz de ver a través de paredes y techos.

En los meses siguientes, procuré no mirar a la señorita Emma durante la clase, en el patio intentaba no observarla mientras ella vigilaba y me limitaba a controlar con qué niños hablaba y a cuáles prestaba sus cuidados. Cada vez que la miraba, temía que su cabeza volviera a seguirme de camino a casa por la noche y al mismo tiempo temía que llegara el día en que de repente ya no estuviera allí.

LAS 12.30

Ahora todo el cielo es una masa gris. No se ve ni un solo resquicio por donde la nube pudiera desgajarse del cielo, por donde pudiera penetrar la luz del sol. Unos copos recién caídos cubren el comedero de pájaros, las macetas y los tejados de las casas circundantes. Todos los coches que se acercan por la calzada parecen haberse perdido.

He colocado las manos sobre la mesa de la cocina con los dedos separados. Un gato va y viene sobre el alféizar. Intenta colarse maullando por la puerta corredera cerrada. Se detiene, me mira pensativo. ¿Quién es ésta, qué hace aquí, por qué está en mi sitio? Yo me pregunto lo mismo.

En el piso de estudiantes en el que estuve, todas teníamos también un lugar fijo en la mesa. No estaba claro cuándo se produjo la distribución, ni quién decidió que yo no me sentara en la cabecera de la mesa.

Cuando me fui, me mudé unos meses a un piso en Schaarbeek. Por primera vez vivía sola. Nunca me senté en la cabecera de la mesa vacía.

Sin título no podía trabajar como arquitecta, y para pasar las noches me apunté a clases de dibujo con modelo en la academia.

Los cuerpos son también una especie de edificios. Acudí a las clases todas las semanas, hasta que el profesor me preguntó por qué no pintaba los modelos tal como estaban, es decir, desnudos.

—Estás en clase de dibujo de observación, ¿no? —me dijo.

Yo no podía contarle que al llegar a casa colgaba los esbozos en la pared que había frente a la mesa del comedor y que resultaba molesto comer cara a cara con genitales flácidos.

Después de aquel comentario empecé a faltar a clase y mis paredes se fueron vaciando. Dejé colgado un único dibujo porque la modelo me recordaba a Tesje. Las sienas surcadas de venas, el pelo corto y tieso, las clavículas prominentes. La había dibujado justo como conocía a Tesje, con el jersey de lana rojo que llevaba tan a menudo de pequeña. Fue el único dibujo que me llevé a mi actual apartamento. Hice enmarcar el esbozo y lo colgué en el dormitorio.

Llevo ya media hora aquí y todavía no me he levantado ni una sola vez de la silla. En cuanto me ponga de pie, me iré. Pero todavía no es hora de presentarse en la fiesta de Pim.

Miro la pantalla de mi teléfono. No hay mensajes de correo, ningún mensaje de voz, ninguna llamada perdida. Pongo el teléfono en modo avión, lo vuelvo a conectar, esperando que eso produzca algo: un mensaje, una etiqueta en Facebook, una pregunta encubierta de alguien que necesita algo o, en último caso, una factura o publicidad del banco.

Nada. No me sorprende. El que no siembra no recoge. No le he dado mi número de móvil al vecino. Nunca contesté los últimos mensajes de correo sobre las clases de dibujo.

Me envió un mensaje a mí misma: «TEST».

Suena un fuerte bip. Enseguida bajo el volumen. Sería estúpido por mi parte despertar a mamá o a papá. El mensaje aparece en la pantalla. Acaba en la carpeta debajo de mi propio número. Sólo ahora veo que la función de corrector ortográfico lo ha convertido en «TESJE». Su nombre acaba entre todos los demás test no contestados.

La vuelvo a llamar. Esta vez dejo que suene el teléfono. Tres veces. Justo antes de que salte el contestador, cuelgo.

Estoy sentada a esta mesa justo donde se sentaba siempre mamá. Era capaz de permanecer sentada durante horas mirando fijamente al frente sin ver lo que sucedía en el jardín. En realidad, las personas que miran fijamente querrían dirigir los ojos al interior de su cráneo. Esta silla era para ella el lugar perfecto para pasar revista a todo lo que no había podido ser: el arenero que nunca se había construido, los pañales que no había colgado del tendedero, los mellizos que ella nunca había acompañado de casa a la escuela, la madre en la que nunca se había convertido.

18 DE JULIO DE 2002

—Hoy le toca a Melissa. Queremos el mismo acertijo —oigo que me dice Pim por el auricular con el tono de quien está pidiendo una pizza por teléfono.

—¿Qué Melissa? —pregunto.

—¿Es que conoces a más de una?

—No te referirás a la sobrina de Nancy *Jabón*.

—Estará en el cobertizo hermético a las dos.

Cada semana, Nancy *Jabón*, una viuda con seis perros, limpia el suelo de la sala parroquial con una bayeta mojada, pero luego no lo repasa nunca con otra seca, por lo que el suelo se queda siempre cubierto de una capa pegajosa, como si lo hubiese fregado con limonada. También podrían llamarla Nancy *Fanta*, pero nadie se atreve, no está bien afearle a alguien su trabajo voluntario.

Después de fregar la sala, a Nancy le queda poca energía para ocuparse de su propio hogar. Vive enfrente de la casa del párroco, en la Kerkstraat, en una pequeña vivienda cuyas persianas están bajadas casi siempre. La última vez que estaban subidas y quise espiar el interior, las ventanas estaban tan guarras que no pude ver nada.

En las vacaciones de verano, Nancy *Jabón* cuida de una de sus sobrinas, Melissa, que viene principalmente para acariciar y sacar de paseo a los perros. Cada vez que veo pasar a Melissa por la Bulksteeg con seis bolsas de excrementos me entran ganas de lavarme las manos.

—Vale, a las dos. Traeré una manopla mojada —digo rudamente.

Pim se ríe.

—¡Oh, sí! Hoy va a hacer calor. No llevará mucha ropa. El juego acabará pronto, y si tienes suerte, aún podremos ir a nadar.

Antes de que haya podido colgar, una gruesa nube se interpone entre el pueblo y el sol. Todo adquiere un tono más sucio.

De camino a la carnicería veo a Elisa domando a su semental. La cola de caballo de Elisa se mueve formando alegres ochos alrededor de su cabeza. En el prado hay una serie de objetos entre los que zigzaguea el caballo: las pesadas y feas sillas de cocina de su yaya. Aún tengo tiempo de salir pedaleando de la Bulksteeg antes de que Elisa haga dar media vuelta al caballo y realice el mismo recorrido en dirección contraria.

Justo antes de que pusieran a Elisa con los de sexto, se pasó tres semanas intentando tener contacto con Pim y Laurens. La primera vez fue durante una excursión con la escuela, en el autocar. Pim y Laurens ocupaban los asientos de detrás del de Elisa y el mío. A mí no me apetecía hablar otra vez de las crines y las herraduras de *Twinkel*, así que no le hacía preguntas. Después de un breve silencio, Elisa se volvió hacia los chicos y apoyó la barbilla en el respaldo de su asiento. Al igual que había hecho tres meses y medio antes conmigo, les dijo:

—¿Queréis saber algo?

—No —le contestó Pim.

Sin embargo, ella siguió hablando como si nada:

—Si tenéis boli y papel, puedo predecir vuestro futuro.

A pesar de las horribles cejas de Elisa, Pim se sintió halagado por la propuesta.

—Eva, ¿tienes papel y boli? —me preguntó él.

Por encima del respaldo de mi asiento le pasé un bolígrafo y un bloc de notas, que él a su vez le pasó a Elisa por encima del respaldo.

—Necesito a alguien que tome nota —dijo ella, poniendo de nuevo el bloc y el boli en mis manos—. Haz cuatro tablas, en cada una de ellas escribe cifras del uno al seis, pero no por orden. Nosotros no debemos ver cómo están ordenadas. —Luego me susurró al oído—: Encima de la primera tabla escribe el título «Nombres de chicos»; encima de la segunda, «Nombres de chicas»; encima de la tercera, «Número de hijos»; encima de la cuarta, «Viaje de novios»; encima de la quinta, «Profesiones», y encima de la sexta, «Causas de la muerte».

Aparté la hoja para que no la viera e hice lo que me pedía.

—Ahora voy a decir seis nombres de chicos. Los escribirás uno debajo del otro en la primera tabla.

Elisa enumeró seis nombres de chicos, amigos y enemigos, entre otros los de Pim y Laurens.

—Vale, Pim, ahora tienes que decir seis nombres de chicas. Pueden ser chicas que te gusten o chicas con las que no te enrollarías por nada del mundo.

Pim dio los nombres, entre otros el de Elisa y el mío.

—No, no puedes dar el nombre de Eva —dijo Elisa—. Ella hace de árbitro y podría favorecerse a sí misma. Eso no es bueno para el azar.

Cambiamos mi nombre por el de Melissa *Jabón*.

—Ahora el número de hijos, los destinos para el viaje de novios, las profesiones, las causas de la muerte.

Elisa iba levantando seis dedos con cada opción y yo llenaba las tablas con los datos siguiendo el orden indicado.

—Ya está —dijo Elisa cuando acabé—, ahora Eva puede leer el futuro. Empieza leyendo siempre los unos de todas las tablas, luego todos los doses y así sucesivamente.

Reclinó más su respaldo, de forma que su cara quedara más cerca de la de Pim.

—Laurens se casará con Elisa, irán de viaje de novios a América, tendrán dieciocho hijos, abrirán un club de *striptease* y morirán en un accidente de avión —leí.

Elisa se rio en la cara de Laurens.

Pim se casaría con Melissa *Jabón*, irían de viaje de novios al parque de atracciones Bobbejaanland, tendrían dos hijos, vivirían en una casa flotante, él se dedicaría a la venta a domicilio y se asfixiaría comiendo un bombón Napoleón. Eso le hizo a Elisa más gracia de lo que me hubiese podido imaginar. Deseé que le oliera el aliento.

Después de aquella primera vez, Laurens y Pim querían que Elisa les leyera el futuro cada vez que íbamos en autocar y cada vez que nos aburríamos en el recreo. Y siempre me pedían que fuera el árbitro. Al principio no me parecía mal e incluso me sentía orgullosa de que mis elecciones fortuitas determinasen su destino. Hasta que Elisa propuso hacerse cargo de mi tarea y Pim se indignó enseguida. Sólo entonces comprendí que Elisa se había convertido en la apuesta del juego. Sin la oportunidad de

quedar emparejado con ella, había pocas perspectivas de futuro. Pim y Laurens siguieron proponiéndome como árbitro, no porque pensaran que fuera honesta y concienzuda en mi cometido, sino porque jamás de los jamases querrían tener dieciocho hijos conmigo.

Poco después, Elisa pasó a sexto y llegó el día en que me negué a meter el dedo en el tarro de mermelada. Su clase iba a natación a una hora distinta a la nuestra, ya no hacía falta predecir el futuro.

Por supuesto que fue una pérdida; al fin y al cabo, hasta entonces yo la había acompañado a casa todas las tardes y ella me había contado todos sus secretos. Pero durante el recreo, cuando veía que Pim miraba a Elisa después de marcar un gol para comprobar si ella lo había visto, pese a que a ella le importaba un pepino, yo sabía que seguramente su traslado había sido lo mejor para nosotros, los mosqueteros.

Cuando llego, la bicicleta de Melissa ya está en la rampa de entrada de la carnicería. Se me ha hecho un poco tarde porque en el camino me he detenido en el muro del cementerio para comprobar los nombres y las puntuaciones. Mientras no llueva con fuerza, podrán seguir leyéndose.

Voy directamente al cobertizo, sin esperar a que la madre de Laurens me indique que pase; está muy atareada removiendo la carne picada: cada dos horas hay que camuflar las capas superiores que han perdido color.

Pim cierra la puerta del cobertizo detrás de mí.

Según el muro, Melissa es una chica seis. Al primer vistazo sé por qué ha perdido los cuatro puntos. Su cara pálida llena de marcas me recuerda vagamente a mi viejo jersey de Mickey Mouse, que intenté arreglar escondiendo los hilos sueltos con una aguja de tejer. Es tan ancha de hombros que apenas puede bajar los brazos. Lleva una camiseta ceñida con un hilo centelleante entretejido. Tiene los pechos pequeños en proporción con la anchura de su cuerpo y están demasiado separados, como si sólo estuvieran allí temporalmente.

Me extraña que valga un seis. Hay algo que no cuadra en el nuevo sistema de puntos. Si se parte del supuesto de que cada chica tiene de entrada diez rasgos positivos y luego se resta todo lo feo, se puede salir más desengañado que si se empieza desde cero y se suman puntos por cada rasgo bonito.

—¿Dónde vivías, Melissa? —le pregunto mientras me mantengo lo más lejos posible de ella.

Laurens se pone un dedo sobre los labios: son las catorce horas, el juego ha empezado, el secretario debe callar.

—¿Duermes en casa de Nancy? —pregunta Pim—. ¿Dónde viven tus padres?

—¿Por qué quieres saberlo?

Melissa está entre ellos dos.

—No es que quiera saberlo yo, nuestro secretario quería saberlo —dice Laurens.

—Mis padres tienen un puesto de periódicos no muy lejos de la iglesia de Kessel. Voy a casa de la tía Nancy por los perros.

Se saca un paquete de cigarrillos del bolsillo del pantalón. Lleva un chándal que en realidad no debería quedar ceñido. Tiene las perneras llenas de pelo de perro. Nos ofrece cigarrillos. Pim coge uno. Melissa vuelve a guardarse el paquete.

Los tres miramos cómo Pim enciende su cigarrillo. No es la primera vez que lo hace. Aspira profundamente sin toser. El humo que exhala se queda flotando entre nosotros y dibuja figuras amorfas. Le pasa el cigarrillo a Laurens, que inhala igual de profundo. Al toser exhala tres círculos de humo

perfectos y luego hace como si ésa hubiese sido su intención.

—¿Cuánto te paga tu tía?

—Un euro por hora, por perro —dice ella—. Pero también lo haría gratis. Son unos perros estupendos.

Pim va al grano:

—Puedes ganar doscientos euros, o sea, el equivalente a pasear doscientos perros durante una hora. Lo único que tienes que hacer es solucionar un acertijo y por cada pregunta incorrecta entregar una prenda. ¿Qué te parece?

—Sí, de acuerdo. Pero no voy a renunciar a los perros.

—Nadie te pide que renuncies a los perros. Esto es un plus.

Pim me mira. Es el momento de mi intervención, mi única aportación de la tarde, antes de que Melissa cambie de opinión.

Le explico el acertijo lentamente y con claridad. Aún no recuerdo de dónde lo he sacado y si me costó mucho solucionarlo. No tuve que pagar con prendas, eso lo recordaría. Puede que alguien me diera el problema y la solución, así sin más.

—Ésa es la pregunta que te hace Eva —dice Pim—. ¿Qué le pasó a ese hombre? ¿Cómo llegó a esa situación?

—Se rompió el cuello —dice Melissa casi de inmediato.

—¿Cómo no va a rompérselo si se colgó? —replica Pim.

Sin embargo, me mira para que confirme que está en lo cierto.

—También podría haberse asfixiado lentamente, sin romperse el cuello —digo.

—Eva, ¿es correcto?, ¿sí o no?

—No es incorrecto. Pero tampoco es suficientemente exacto.

—Quítate algo, Melissa.

A diferencia de An, Melissa empieza por los zapatos.

—Por cierto, dos zapatos cuentan por un intento —puntualiza Pim rápidamente.

Melissa ni siquiera negocia sobre eso y se descalza. Luego formula casi las mismas preguntas que Buffalo-An.

«¿Se ha meado?» «¿Es un nadador?»

Yo me limito a negar con la cabeza.

La camiseta cae entre nosotros. Melissa se frota las manos para quitarse la grasa del pelaje de los perros y que cae formando escamas de piel muerta sobre el suelo del cobertizo, entre la arena y la suciedad.

Después de la tercera pregunta se baja el pantalón hasta los tobillos. A Melissa la eligió Laurens. Pim parpadea con sospechosa insistencia. Esto no es en absoluto lo que él quiere ver.

Comprendo por qué decidieron empezar por las chicas con peor puntuación; no nos han educado como a nuestros padres: «Lo que te hayas comido, ya no te lo quitará nadie». Nosotros nos guardamos lo mejor para el final y primero nos tragamos lo malo, puesto que «El hambre es la mejor salsa». Sin embargo, hay cosas que ni muerto de hambre te comerías.

¿Había esperado Pim que Melissa poseyera más belleza oculta? ¿Que fuera una de esas chicas que se vuelven más guapas cuanto más se las mira?

Laurens lleva ya bastante tiempo mirándole los muslos desnudos, pero eso no parece animarlo precisamente. No me inspira compasión, tampoco el montoncito de ropa tirado entre nosotros. Podríamos haber ido a nadar.

—¿Laurens? —se oye en el jardín.

Es su padre, que golpea la puerta del cobertizo. Delante de la ventana enrejada aparece una sombra. Melissa se viste a toda prisa.

Pim apaga el cigarrillo. Laurens agita la camiseta que acaba de recoger del suelo, pero el humo no se dispersa.

Laurens no entreabre la puerta hasta que Melissa no ha vuelto a ponerse la camiseta. Su padre entra. Lleva un delantal manchado de sangre vieja y una redecilla que le cubre el pelo. Nos observa uno por uno. Por el aspecto de su padre se puede deducir perfectamente qué pinta tendrá Laurens en el futuro.

—¿Qué demonios estáis tramando?

—Nada.

—¿Estáis fumando?

—No —dice Pim.

—Creo que será mejor que tus amigos se vayan a casa —dice el padre de Laurens en su habitual tono educado.

Laurens asiente y nos mira como disculpándose. Cuando sale del cobertizo detrás de nosotros, su padre lo agarra de la oreja. Pim, Melissa y yo seguimos avanzando en silencio. No nos atrevemos a mirarnos. Melissa lleva puesta la camiseta del revés.

Justo antes de salir del patio interior, vuelvo la vista atrás. El padre de Laurens sigue agarrándolo de la oreja, lo arrastra por el jardín, seguramente para llevarlo delante de su madre.

Las orejas están mejor pegadas al cuerpo de lo que cabría sospechar.

ACAMPADA

Antes de que se acabaran, ya sabía que aquellos meses de verano serían los que más persistirían en mi memoria. La luz del sol iluminaba nuestros movimientos con mayor intensidad, generando recuerdos más nítidos.

En 1998 surgió una moda en el pueblo, sobre todo entre los chicos mayores, de quedarse a dormir juntos en tiendas de campaña y salir en plena noche a merodear por las calles para cometer pequeños actos de vandalismo por aquí y por allá: arrancar letras de las lápidas para formar palabrotas, ensuciar las aceras y las fachadas con tiza, mearse dentro de los buzones de las casas o chincar a las monjas de la escuela. Los padres de Laurens le prohibieron ir a acampar.

—Nuestro Laurens ronca. No hará más que molestaros por la noche —nos dijo su madre cuando fuimos a explicarle por primera vez nuestros planes.

Le parecía suficiente que Laurens estuviera con nosotros de dos a cinco de la tarde. Siempre que no cayera una tormenta de nieve o se declarara una guerra, Laurens tenía que regresar a casa a media tarde.

—Nosotros no vamos a mear en los buzones —insistió Pim.

—Si a vuestros padres les parece bien, ¿por qué no acampáis vosotros dos? —le contestó ella.

Estaba claro que no se enteraba de nada: en cuanto ella le prohibía algo a su hijo, los padres de Pim también se echaban atrás. Los mosqueteros sólo podían ser tan aventureros como su eslabón más débil.

Pasamos la tarde más larga y calurosa del verano de 1998 deliberando sobre cómo conseguiríamos que los padres de Laurens aceptaran que acampáramos. Aquel día, Pim no tenía que ayudar en la granja ni Laurens en la tienda porque Frank Deboosere, el hombre del tiempo, había advertido sobre el riesgo de deshidratación. Estábamos en la zona de juegos del jardín de Laurens, a la sombra de uno de los grandes robles de los vecinos.

Pim se había subido al trepador y con unas piedras intentaba darle a una paloma que quería quitarnos la sombra. Laurens se hurgaba la nariz y luego pegaba los mocos en las cuerdas del trapecio en el que se columpiaba. Yo estaba sentada en la hierba con las piernas cruzadas, y de vez en cuando tomaba un sorbo de la botella de dos litros de agua que la madre de Laurens nos había dado para que la bebiéramos juntos.

Laurens llevaba la voz cantante. A fin de cuentas, eran sus padres.

—No podemos pedirlo tres veces más, porque entonces se enfadarán, lo sé.

Cada vez que se metía el dedo índice en la nariz, su voz sonaba gangosa.

Después de darle muchas vueltas, me enviaron adentro para que hiciera un primer y único intento de convencer a la madre de Laurens, «de mujer a mujer». Durante la deliberación no me había quedado claro qué se decían las mujeres en situaciones como ésta.

La tienda había estado cerrada de doce a dos, pero ya había vuelto a abrir. Sin embargo, aún no había clientes. Según Laurens, éstos no aparecían nunca antes de las seis, justo cuando te disponías a llenar un cubo de agua para poner en remojo los cuchillos, las tenazas y las cucharas. Y estaba

convencido de que no serviría de nada llenar el cubo a las tres para que la gente viniera antes.

La madre de Laurens estaba de espaldas a la persiana bajada, de perfil hacia mí. Su vientre hinchado engullía una parte de la encimera del mármol en la que se apoyaba. Realizaba movimientos rápidos y mecánicos. Colocaba una albóndiga de carne recién picada entre dos hojas de papel verde ovalado y la metía en una máquina con un gran mango, que bajaba de golpe. Luego clasificaba los trozos prensados en dos pilas sobre bandejas de plástico negro. Había un recipiente entero lleno de albóndigas listas y ya había hecho muchas hamburguesas.

Repetí uno de los argumentos que Pim había aducido durante la deliberación:

—Acampar con los amigos es un derecho básico que no se le puede negar a ningún niño. —Mi voz sonó más temblorosa de lo que yo hubiera querido.

La madre de Laurens me miró a los ojos sin dejar de prensar. No estaba en absoluto impresionada.

—¿Qué hay de tan especial que no podáis hacer juntos de día pero sí de noche? Explícame eso, Eva —me dijo.

Cuanto más me miraba, más grande era el nudo que tenía en la garganta. Al cabo de un rato, interrumpió sus movimientos mecánicos: se le había acabado la carne preparada. Sin embargo, las dos pilas de hamburguesas no eran igual de altas. Aquello se veía raro. A ella también le desagradaba; cogió una y la puso sobre la otra pila, pero el problema no hizo más que desplazarse.

—¿Has hecho alguna vez hamburguesas? —Su voz sonaba menos severa de lo que sugería la expresión de su cara.

Me hizo sitio en la encimera de mármol. Yo me coloqué entre ella y la prensa y empecé a aplastar las nuevas albóndigas de carne que ella me entregaba hasta convertirlas en unas bonitas hamburguesas ovaladas. Seguí prensando hasta que pensé que ya no podría enfadarse conmigo por nada. Aunque apenas intercambiáramos palabra al ejecutar la tarea, volvíamos a entendernos.

Hice cuarenta y tres unidades, que la madre de Laurens ordenó sobre la bandeja. De vez en cuando yo advertía el roce de la tela de su delantal al pasar y me echaba un poco hacia atrás para sentir su robusto cuerpo al otro lado de la tela. Después de un cuarto de hora se había acabado el segundo cargamento de carne picada, pero las pilas seguían siendo desiguales. La madre de Laurens suspiró, quitó una hamburguesa de la parte superior y la tiró a la basura. Colocó la bandeja en el mostrador y empezó a pasar un trapo húmedo por el mármol. De repente se detuvo, me miró y dijo:

—Eva, cariño, si pasa algo en casa, puedes quedarte aquí, día y noche. Y Tesje también. Pero ¿acampar? El padre de Laurens viene de una familia católica muy estricta. No se acostumbra fácilmente a la idea de que dos chicos y una chica compartan una tienda de campaña. Y yo no soporto la idea de que Laurens y Pim acampen sin ti. Eso también sería raro.

Cogió el letrero de la puerta y comprobó que estuviera colgado con la inscripción CERRADO del lado correcto. Lo estaba. Abrió la puerta de par en par.

—Aún hace demasiado calor para pensar en barbacoas —dije yo—. La gente no viene hasta después de la siesta.

Eso la hizo sonreír.

Me lavé las manos en el taller y salí al jardín, en dirección a la zona de juegos. Laurens y Pim seguían justo en el mismo lugar donde los había dejado, sólo la paloma había desaparecido. Sus movimientos entusiastas delataban que ya habían empezado a tramar todo lo que haríamos ahora que era muy probable que pudiésemos acampar.

Procuré que me vieran negar con la cabeza desde lejos, que su decepción ya hubiese disminuido cuando yo llegara a los columpios, para que no me hicieran demasiadas preguntas que evidenciaran que la acampada sí sería posible sin mi presencia.

Cuando estaba a pocos metros de distancia, alcé las manos vacías, como se lo había visto hacer a los futbolistas cuando negaban haber cometido una falta y querían librarse de una tarjeta amarilla. Tenía derecho a guardarme para mí lo que la madre de Laurens me había contado. Seguí haciendo gestos de negación hasta que estuve justo delante de Laurens y de Pim.

—Deja de mover la cabeza. Ya sabemos que te ha dicho que no —soltó Laurens.

—¿Qué te ha contestado exactamente? —preguntó Pim.

—No gran cosa —le contesté.

—Ya os lo había dicho —suspiró Laurens.

—Si no tenía mucho que decir, ¿dónde has estado durante todo este tiempo? —Pim cogió una piedra y la lanzó por encima de mi cabeza con una ligera curva.

—Te ha puesto a trabajar, ¿a que sí? ¿Has tenido que prensar hamburguesas o cascar huevos? —preguntó Laurens.

Me encogí de hombros.

—Vayamos a casa a hacer la mochila —decidió Pim—. Quedamos dentro de media hora en la iglesia. Desde allí iremos a la Poza.

—Por mí, vale. ¿Quién trae el fuego y quién la comida? —preguntó Laurens.

—Tú encárgate de la comida. Eva, tú del fuego —delegó Pim. Su voz sonaba terminante y llena de promesas.

Nosotros asentimos.

—Y si salen a buscarnos, no revelaremos dónde estamos, aunque utilicen perros para peinar el bosque. ¿Necesitamos algo más aparte de fuego y comida?

—Cuchillos, cuerda y una lona —dije—. Y una pala.

—¿Una pala? —preguntó Laurens.

—Tenemos que montar un campamento, ¿no? —dije yo—. Y cavar un hoyo para nuestros ya-sabes-qué.

—Bueno, entonces ¿alguien tiene una tienda de campaña? —preguntó Laurens.

—Tú. ¿Dónde dormís, si no, cuando vais al camping del sur de Francia? —preguntó Pim.

—Imposible, no podemos utilizar la nuestra.

En casa también teníamos una tienda de campaña. En realidad era propiedad de Jolan, pero ahora que estaba rajada era de todos. Una tienda de campaña con un rasgón seguía siendo mejor que nada; aun así, me callé. Si ofrecía nuestra tienda de campaña, perdería la compasión de la madre de Laurens. Sería un canje estúpido.

Se hizo un silencio.

—Sin tienda. Eso sí que es acampar —dijo Pim. Eso ya no sonaba tan prometedor.

A las cinco, Laurens había enumerado los deliciosos platos únicos que podríamos preparar en un hornillo de gas, pero seguía sin quedar del todo claro quién llevaría la tienda y quién la pala. Nos entró hambre.

—¿Os quedáis a cenar? —preguntó Laurens.

—Al menos hemos llenado la tarde con las deliberaciones.

Pim hizo ademán de irse a casa. Las propias madres siempre cocinaban mejor.

—Eva, ¿te vienes o te quedas aquí?

Me fui con Pim y di un rodeo pasando por su casa. Pensé en pedirle que viniera a acampar conmigo en la tienda desgarrada; siempre que no implicáramos a Laurens, podría mantener la comprensión de su madre.

Cuanto más nos acercábamos a la granja, más maltrecha estaba la tienda en mi recuerdo y más ridícula sonaba la propuesta. Sin embargo, formulé la pregunta justo antes de que él tomara la rampa de acceso a su casa. No alcé mucho la voz.

—Macarrones con jamón y queso, ¿tú también lo hueles? —me contestó Pim. Olisqueó el aire y se bajó de la bicicleta.

Intenté dar por sentado que simplemente no había oído mi pregunta, pero a mí no me llegaba ningún olor a macarrones. Sólo olía el estiércol de las vacas.

Tuvimos que esperar hasta 1999, cuando íbamos a quinto, para que tanto las circunstancias como el Aldi pusieran algo de su parte: el padre de Laurens se marchó durante un fin de semana a una feria para comprar una máquina nueva, y poco antes, la cadena de supermercados alemana incluyó en su catálogo de ofertas una tienda de campaña barata de tres plazas. Al inicio de las vacaciones, los padres de Pim y Jan les regalaron una de aquellas tiendas como recompensa por una serie de cosas: habían traído al mundo a un ternero con sus propias manos, habían ayudado a amontonar heno durante toda una semana sin rechistar, Jan había sacado buenas notas y Pim no había sacado malas notas en la evaluación final.

Pim llegó en bicicleta con la tienda de campaña sobre el manillar. En el embalaje había una imagen que mostraba cómo quedaba montado aquello: una cúpula afilada en medio de una parcela de césped poco más grande que el jardín de Laurens, junto a una barbacoa, un niño jugando al fútbol, una silla de camping y una pareja feliz.

Los *cornflakes* del Aldi siempre resultaban más buenos de lo que aparentaban por la caja. En el caso de la tienda, eso era un buen presagio.

Ahora que lo que nos jugábamos era más tangible, maquinamos planes más intrépidos para convencer a la madre de Laurens. Empezamos a lanzar ideas mientras montábamos la tienda donde ella no pudiera vernos. La tienda tenía colores de camuflaje, igual que en la foto. En cuanto estuvo en pie, nos metimos dentro. Olía a nuevo. Y a salchichas, pero eso era seguramente porque la puerta del cobertizo hermético estaba abierta.

—Ya lo tengo —dijo Laurens de repente—. ¡Mira que no habéroslo contado antes!

Pim y yo nos volvimos hacia él.

—Mi madre odia sus rodillas. Si la miras por debajo de la cintura mientras le pides algo, cede con más facilidad.

Nos presentamos en la carnicería y nos pusimos al final de la cola de clientes. Esperábamos nuestro turno confiando en que ella tendría la misma paciencia con nosotros.

—Caballeros, señora, ¿qué se les ofrece?

La madre de Laurens rompió el envoltorio de cartón de un nuevo rollo de monedas golpeándolo contra el mostrador y repartió el contenido en las casillas de la caja.

—Mira, mamá —dijo Laurens cogiendo la bolsa vacía de la tienda de campaña y agitándola.

Su madre salió de detrás del mostrador para examinarla de cerca. Llevaba una blusa blanca con el logotipo del establecimiento y un pantalón corto deportivo con estampado de flores. Justo lo que necesitábamos.

—A Pim le han regalado esta tienda. Sería una lástima no poder utilizarla.

—No veo ninguna tienda, sólo una bolsa vacía —dijo ella.

Iba pasando la vista de la bolsa a nosotros y luego a la ventana detrás de la cual se veían unas nubes grises a lo lejos. Nosotros tres mirábamos fija y obstinadamente sus rodillas pálidas y gordas, llenas de picaduras de mosquitos.

—¿Hay muchos mosquitos en el dormitorio? —preguntó Pim sin inmutarse.

Fue la primera vez que vi encogerse a la madre de Laurens, lo que hizo que, de golpe y porrazo, pareciera más rolliza.

Cuando sonó la estridente campana de la tienda, se recuperó. El cura entró y se unió a nosotros.

—De acuerdo —dijo ella de pronto—, pero lo haréis aquí en este jardín y después de medianoche no quiero ver linternas encendidas. Y no hagáis demasiado ruido, y ni una palabra a papá.

Le dio estas instrucciones sólo a Laurens. Ya no se atrevía a mirarnos a Pim y a mí.

Salimos de la carnicería por la parte de atrás. Laurens y Pim aplaudían con entusiasmo. Yo sólo sentía dolor de barriga. Corrimos hacia la parte trasera del jardín para sujetar las piquetas y las cuerdas. Aquella cosa tenía que estar bien clavada en el suelo antes de que la madre de Laurens cambiara de opinión.

La tienda de campaña de tres plazas era justo lo suficientemente grande para dos colchonetas inflables. A Pim le tocó estar en medio. No porque fuera su tienda, sino porque era Pim. Antes de irnos a dormir, la madre de Laurens vino al jardín para darnos las buenas noches. Nunca antes la había visto con bata y el pelo suelto. Nos trajo galletas de dinosaurio y una barra de repelente de mosquitos.

—Si pasa algo, siempre podéis venir a dormir a casa —nos dijo—. La cama de invitados está preparada y Eva puede dormir conmigo, ahora que papá está fuera.

Cruzó el jardín oscuro de vuelta a la casa grande con las camas hechas y vacías, mientras Pim iba trazando círculos de luz sobre su espalda con la linterna de bolsillo. Ella tropezó con un terrón y yo le arrebaté la linterna a Pim.

Laurens no prestaba atención a la retirada de su madre, estaba demasiado ocupado abriendo la caja de galletas en la oscuridad.

—Esta noche debemos portarnos bien —dijo—. No ir al pueblo, no salir de la tienda de campaña. Causar una buena impresión. Sólo necesitamos una noche para convencerla. Sucede lo mismo en la carnicería: si alguna oferta tiene éxito, la deja anunciada durante meses.

Por un instante tuve la tentación de contarles la verdad. Que no dependía de la madre de Laurens, sino de su padre, pero Pim ya había empezado a leer las instrucciones de seguridad de la etiqueta que había en la parte interior de la lona, esforzándose por pronunciar bien el alemán.

Cuando las sombras de las galletas de dinosaurio se habían apareado suficiente tiempo sobre la lona de la tienda, empezamos a ponernos el repelente de mosquitos. Para eso necesitábamos más luz y acudieron más mosquitos. No me atreví a pedirles a Pim o a Laurens que me ayudaran a ponerme la crema entre los omoplatos.

El resto de la noche, ellos fueron pasando lista a todo lo que podríamos hacer en el pueblo, la oscuridad les ofrecía miles de posibilidades adicionales. Yo pensaba en todas aquellas camas en las que no dormía nadie. En el lugar vacío junto a la madre de Laurens. En mi litera en la habitación de Tesje. Me preguntaba si ellos ya dormían. Si pensaban en mí.

Por todas partes se oía el zumbido de los mosquitos. Yo hundía todo lo que podía los omoplatos en la colchoneta. Después de una eternidad, fuera se hizo de día.

LAS 12.45

Sigo sentada a la mesa de la cocina. Delante de mí, paralela al seto que rodea el jardín y prácticamente perpendicular a la dirección en la que miro, hay una hilera de abetos plantados de mayor a menor, de izquierda a derecha, esperando una orden para poder girar un cuarto de vuelta y marcharse del subsuelo helado, derechos hacia los campos nevados.

Esta hilera surgió porque cada año comprábamos un árbol de Navidad en el centro de jardinería. Los árboles con raíces eran algo más caros que los árboles con maceta, pero mamá estaba dispuesta a pagar más. Al fin y al cabo, después de Navidad se lo entregaríamos al jardín para volver a reclamarlo un año más tarde. Al final, a papá le pareció un trabajo ridículo sacar del suelo un árbol sano. El propósito de mamá se convirtió en su pretexto; cada vez compraba un ejemplar con raíces.

El abeto azul de la izquierda lleva ya veinticinco años allí. A estas alturas no quedaría mal en el vestíbulo de un gran centro comercial, pero si es cierto lo que afirmó Jolan en una ocasión, que las raíces de un árbol pueden alcanzar la misma longitud que el tronco, será imposible sacarlo de su sitio. Sólo el abeto más pequeño de la derecha cabría en una maceta, porque este árbol de Navidad no sobrevivió a su retorno a la tierra y no ha crecido ni un centímetro.

Los abetos se plantaron siguiendo el orden en que los usamos y aún soy capaz de rememorar con precisión las fiestas que celebramos con cada uno de ellos. En sí, no es un ejercicio intelectual nada difícil: siempre comíamos *fondue*, siempre poníamos el mismo mantel con topitos dorados, siempre veíamos a mamá, ya de buena mañana, esmerarse para tener la casa perfecta: doblaba servilletas, sacaba brillo a los cubiertos, vaciaba tomates, preparaba salsas, apilaba expectativas que nosotros sabíamos que no podríamos cumplir.

Hacia las cinco de la tarde se hacía de noche, la mayoría de los vecinos se retiraban a sus casas, cada cual alrededor de su propio árbol de Navidad, y mamá empezaba a suspirar pues había esperado no tener que pasar la Navidad sólo con nosotros. Llorando, le daba los últimos toques a la comida, rellenaba con gambas los tomates previamente vaciados, y se esforzaba un poco más para que el resto de la comida llegara a la mesa en un estado aceptable.

En cuanto la ensalada estaba aliñada, cada uno de nosotros tenía una patata hervida con piel en el plato y nos habíamos puesto de acuerdo sobre qué color de tenedor para la *fondue* utilizaríamos. Ella intentaba seguir el ritmo de papá. Era la única manera de que luego no se reprocharan nada el uno al otro: estando toda la noche exactamente igual de borrachos.

Mamá bebía de dos copas a la vez. Una estaba junto a su plato y papá se encargaba de rellenarla generosamente; la otra estaba en la cocina, adonde mamá iba cada dos por tres con una cesta o un plato vacíos. Era siempre muy parca a la hora de reponer la carne y el pan.

Nosotros lo permitíamos dejando que sucediera ante nuestros ojos. Jolan se declaró socorrista de la olla de aceite hirviendo: el que dejara ahogar su trocito de carne tendría que fregar los platos al día siguiente. Tesje no comía mucho, estaba preocupada por los colores de la comida que había en su plato y por el hecho de que no fuera una Navidad blanca. Ambos contaban conmigo para que a mitad de la velada tomara el relevo de mamá y papá.

Entre la *fondue* y el postre íbamos a la misa del gallo, que, en contra de lo que su nombre hacía sospechar, no se celebraba a medianoche, sino a las veintiuna horas. La iglesia era un lugar seguro y tranquilo: siempre el mismo auto de Navidad, el mismo sermón, los mismos cánticos, las mismas viudas que se reunían para las oraciones porque después servían chocolate caliente y vino caliente con especias.

Los padres de Laurens hacían invariablemente acto de presencia para recibir los cumplidos de los parroquianos, que, con manchas de grasa en el pecho, se declaraban perplejos por la calidad del surtido de carnes para *raclette*. Después de los cánticos y de la obra de teatro, por muy lejos de ella que me sentara, fuera disfrazada o no de ángel o de pastor, la madre de Laurens buscaba siempre mi mirada cuando transmitía sus deseos de paz.

Miro el móvil. Es casi mediodía. Aún no es la hora a la que me esperan en la granja de Pim pero tengo que irme de aquí. He dado a mamá y a papá suficientes oportunidades para despertarse.

Hay movimiento en el jardín. Un pájaro aterriza en el árbol de Navidad de la derecha, justo donde debería estar la punta. No me extraña que este árbol no sobreviviera. Papá tardó meses en plantarlo, no lo hizo hasta mediados de verano. Es un vestigio de nuestra última Navidad de verdad, la de 2001. Era el segundo año consecutivo que comíamos *raclette* de carne, y cada vez que poníamos carne en la plancha, papá le rellenaba el vaso de vino a mamá con una cantidad que ella no podría aguantar. En un santiamén, mamá le sacó una ventaja insalvable no sólo a papá, sino también a nosotros, a la sala de estar, hasta que al final empezó a cortar el plato en lugar de la carne.

—El que no sea capaz de comer debidamente con los cubiertos, que se vaya a cenar con el perro — soltó papá mientras llevaba a mamá y su plato hasta la cesta del husky en un rincón de la cocina.

Dejó caer el plato antes de haberlo depositado del todo en el suelo, como hacía con el cuenco del perro. La porcelana chocó contra las baldosas. *Nanook* salió pitando.

Nuestro padre volvió a sentarse en su silla, cogió la copa y echó la cabeza hacia atrás para apurarla. La copa ya estaba vacía. La dejó otra vez en la mesa con un golpe. En la salsa de ajo recién preparada apareció una burbuja, como si un animal invisible acabara de salir a coger aire.

—Esta salsa está demasiado líquida —dijo.

Los trocitos de carne de mamá se estaban quemando, pero nosotros no nos atrevíamos a quitarlos.

—Nunca más volveré a desvivirme por vosotros —la oímos lloriquear en su rincón.

—¡Venga ya! Eso no son lágrimas. Eso es el exceso de vino, que tiene que salir por algún lado —le soltó papá.

Él también tenía la mirada turbia. Miraba a Jolan y luego a Tesje. No se atrevía a mirarme a mí.

Por primera vez nos metimos en la cama sin ir a la misa del gallo. La fiesta de Navidad estaba incompleta: yo no había sido pastor ni ángel, y no había recibido ningún deseo de paz de la madre de Laurens.

Después supe que Pim y su familia tampoco aparecieron aquella noche, tuvieron que quedarse asistiendo a dos vacas preñadas. Posteriormente surgió la idea de que la ausencia en aquella misa del gallo determinó qué familias no se salvarían.

Después de medianoche, papá se presentó junto al borde de mi cama, palpando en la oscuridad en busca de algo con lo que poder pasar la noche en el sillón. Fui a buscarle un saco de dormir y un cubo. Fue la primera y única vez que bajé la escalera detrás de él y pensé: un empujoncito y se habrá librado de todo.

19 DE JULIO DE 2002

No hay nadie en casa aparte de Tesje. Papá se ha ido a trabajar, Jolan ha vuelto a salir al campo y de mamá sólo queda lo que ella misma no logra borrar con los somníferos. En el jardín, las copas de los árboles están quietas. Sin embargo, las tiras de colores de la cortina se mueven en la puerta corredera abierta. Alguien debe de haberles ordenado que sigan bailando, tanto si hay viento como si no.

Tesje está fuera jugando al Monopoly en la mesa de plástico. Dos de las cinco sillas de terraza están medio escondidas debajo de la mesa, el resto sigue inclinado sobre dos patas para que la lluvia no se quede estancada en el asiento. Tesje ha instalado la banca en la tapa invertida de la caja de cartón. A ambos lados de la mesa hay propiedades y montoncitos de billetes ordenados por tamaño, con las esquinas metidas debajo del tablero. Es un juego viejo, aún utiliza francos belgas.

Tesje no se da cuenta de que la observo. Se levanta, cambia de sitio y pone dos mil francos en el centro de la mesa. Luego cambia de nuevo de silla para cobrar ese dinero en nombre de otro jugador.

Si hay alguien que sepa jugar consigo mismo al Monopoly, ésa es Tesje. Hace un tiempo me explicó que en determinados trayectos contaba sus pasos.

—No puedo permitir que uno de mis pies se mueva más que el otro —me comentó al respecto.

Yo lo intenté una vez. Mientras iba a El Colmado fui contando los pasos de mis dos pies por separado, pero no tengo cerebro suficiente para retener la cuenta. Tropecé. En cambio, a Tesje la tranquiliza. Todavía no se ha percatado de mi presencia. Lanza los dados, desplaza la ficha el número de casillas correcto, saca una carta de Caja de Comunidad. Lee en silencio.

En nuestro dormitorio, Tesje es la que está más cerca de la puerta. Antes, cuando armábamos demasiado follón por la noche porque no queríamos o no podíamos dormir, nuestro padre irrumpía en la habitación, apartaba la sábana que cubría a Tesje, le levantaba de golpe el camisón, le bajaba las bragas y le golpeaba con fuerza las nalgas con la palma de la mano. Después, cuando nuestro padre apagaba la luz del pasillo y bajaba la escalera, Tesje encendía la lámpara de su mesilla de noche y acercaba su trasero a la luz para comprobar con qué lentitud desaparecía la marca roja de la mano con los cinco dedos extendidos. Las dos sabíamos que aunque mi cama estuviera más cerca de la puerta, papá recorrería los metros adicionales para zurrarla a ella.

Me acerco más a la ventana para ver cuál es la estrategia de Tesje y averiguar si favorece a uno de los dos jugadores. Las calles adquiridas están a ambos lados del tablero, bien ordenadas por colores. Por lo que veo, no se lo pone fácil a sí misma: ambos jugadores tienen en propiedad las calles que le faltan al otro. El jugador de la izquierda apuesta por las estaciones, la central eléctrica, la depuradora de aguas y las calles baratas; el de la derecha, por las calles de Gante y Bruselas.

El pelo de Tesje tiene ahora unos tres centímetros de longitud. Debajo de las puntas cortas tiene el cuero cabelludo enrojecido y descamado de tanto lavarlo.

Jolan ha investigado por qué su pelo crece con tanta lentitud. Podría deberse al hecho de que come tan poco que la mayoría de los días sólo toma cosas verdes, y que lo mastica todo un número determinado de veces. Dieciséis. Creo que soy la única que a veces cuenta con ella.

Por la cara de Tesje deduzco que la carta trae malas noticias. Cuenta sus casas, pone en el bote el dinero que tiene que pagar. Cambia de silla. Sigue sin verme. Lanza los dados, cierra los puños, mueve con cara triunfal su ficha hasta la Estación del Sur. La compra. Cuatro mil francos, cuatro billetes grises en el bote.

—El dinero de las estaciones y de los impuestos sobre las casas tiene que ir a la banca —le digo.

Tesje se sobresalta al oír mi voz. También el perro se percata ahora de mi presencia. El animal se levanta y se acerca cansinamente desde el otro lado de la terraza. La correa a la que está atado es demasiado corta. No logra llegar hasta mí, vuelve a tumbarse debajo de la mesa de plástico y hunde el hocico en la pantorrilla de Tesje.

—¿Juegas conmigo? —pregunta ella—. Volveríamos a empezar.

—He quedado con los mosqueteros.

—¿Qué vais a hacer?

No sé qué contestar. Laurens me ha llamado esta mañana para comunicarme que no nos encontraríamos en el cobertizo hermético, sino en el pajar de la granja de Pim. No puedo contarle a Tesje lo que vamos a hacer allí, ni yo misma lo sé exactamente y tampoco quiero darle la impresión de que fuera de esta partida de Monopoly, fuera de este jardín, hay un lugar mejor o más divertido, pues está claro que ella tendrá que quedarse aquí el resto de la tarde.

—Nada especial, estaremos en casa de Pim —le digo encogiéndome de hombros.

—¿Vais a nadar a la Poza? ¿O a jugar en el pajar?

—No.

—Entonces quédate en casa y juega al Monopoly conmigo —me dice.

Yo no le digo enseguida que no. Ella se aferra a ese silencio.

—Laurens y Pim podrían venir aquí.

Niego con la cabeza.

—O a cualquier otro juego, Eva, también podríamos hacer eso.

—Esta noche, te lo prometo.

Debo irme ahora o no tendré más remedio que quedarme. Se me cierra la garganta. Siempre que dejo a Tesje sola en casa me arrepiento de no haberme esforzado más al despedirme de ella, porque podría ser que, al volver, hubiera desaparecido de repente. Sus pelos de punta, su cuerpo cada vez más flaco, los frecuentes lavados. Lentamente se está borrando a sí misma. Como se hace con una mancha en la encimera: dejándola en remojo y rascando.

Pedaleo con fuerza. Esta noche hablaré de ello con mamá o con Jolan. ¿O sólo me atrevo a proponérmelo ahora porque desde aquí puedo tapar la casa con el dedo meñique?

Al llegar a la granja de Pim veo su bicicleta y también la de Laurens. Coloco la mía entre las dos, lo más cerca posible de la de Pim. Fuera, me quedo parada delante del granero. No logro recordar cuándo fue la última vez que vi la puerta cerrada.

La abro armando mucho ruido, tal como hace el padre de Pim, sin miramientos, esperando que Laurens y Pim palidezcan al oír el chirrido y dejen lo que estén haciendo porque me tomen por él.

Subo por la escalera de mano del granero. Ellos me esperan arriba, sentados en una bala de paja delante de la entrada de nuestro campamento, con las manos sobre las rodillas. Sin cigarrillos. Sin bigotes con restos de paté. Sin revistas guarras. Laurens lleva un pantalón azul, una camiseta azul y

zapatos a juego. Podrían ser otra vez los niños pequeños de antaño si no fuera porque salta a la vista que han elegido con esmero la ropa que llevan puesta.

—¿Has traído el dinero? —me pregunta Pim sin apenas darme tiempo a pisar la plataforma.

—Claro.

—Lo siento, esta vez era imposible quedar en mi casa. —Laurens se arregla los cordones mientras habla—. Tenemos que trabajar con un sistema, quedar por turnos en casa de cada uno, permanecer invisibles. No conocéis a mi padre. Aún me quemaban las orejas cuando me acosté.

No le digo que anoche yo también sentía arder sus orejas.

Pim niega rotundamente con la cabeza.

—Mi padre también nos vigila.

—Tú tienes más cobertizos que nadie, Pim, así que ya puedes estar contento de que no lo hagamos aquí siempre —dice Laurens.

—Eva también tiene un cobertizo —replica Pim.

—Nosotros no tenemos cobertizo, en realidad sólo es un gallinero —le digo.

—No por tener gallinas te vas a librar —me contesta Laurens—. Esto es lo que haremos: nos vamos a ir desplazando, por turnos, en el sentido de las agujas del reloj.

—¿Y cómo encajan exactamente las agujas de un reloj en el pueblo? —pregunta Pim.

—Mi casa está a las doce. Hemos empezado en mi casa. La tuya está a las cinco, y la de Eva a las nueve, así que vamos en la buena dirección. La próxima vez iremos a casa de Eva.

—¿Quién dice que tu casa está a las doce? —Pim levanta la mano para determinar los puntos cardinales—. No está arriba del todo.

—Que sí. Todo depende de cómo lo mires.

—¿Quién va a venir hoy?

Sé perfectamente quién viene hoy y sé también quién vendrá la próxima vez cuando nos encontremos en el gallinero: he memorizado la lista del muro del cementerio como si fuera la tabla del dos.

—Evelien —contesta Pim—. Una de mis chicas.

Laurens se indigna.

—¡Cómo que una de *tus* chicas!

—¿Es que Melissa no era una de las *tuyas*? —pregunta Pim.

Laurens se sorbe la nariz. Pim le da una palmada en la rodilla. Yo miro cómo se va borrando la huella de sus dedos.

—¿Cuál es su puntuación? —pregunto.

—Un siete —responde Pim sin pensárselo dos veces—. Menos mal que ya se han acabado las de seis puntos. Ésas eran de prueba, de calentamiento. Nunca tuvimos grandes planes con ellas. Ahora empieza de verdad. A partir de ahora sólo puede ir mejor.

—Melissa no era *mi* chica —insiste Laurens.

—Vale, pues no. Tú también puedes mirarle las tetas a Evelien —le dice Pim riéndose.

—Por mí, nos vamos a nadar —digo.

Pim me lanza una mirada inexpresiva.

—Buen plan, Eva —dice alzando la voz. Ya se ha puesto de pie—. Me apunto.

Laurens duda, pero acaba por levantar el trasero de la bala de paja.

Doy media vuelta, bajo por la escalera. A medio camino me doy cuenta de que no me siguen. Sin embargo, continúo bajando hasta que llego a tierra firme. Laurens asoma la cabeza a la plataforma.

—Si decides irte a casa, danos el dinero.

—Y la solución del acertijo —oigo susurrar a Pim.

—¡Y el acertijo! —repite Laurens.

Salgo del granero. Vuelvo a sentir en la garganta el nudo de antes. Por mucho que me aleje de estos chicos, todo el mundo pensará que fueron ellos los que me abandonaron.

Me quedo parada al borde de la piscina y meto la mano en el agua tibia y verdosa. El sistema de filtrado no funciona. De todas formas, no llevo bañador. El delfín inflable está en el suelo, junto a mis pies.

Podría irme a casa, con Tesje, y jugar con ella un rato. En lugar de eso, vuelvo al granero y cojo una de las horcas. Presiono las púas contra el vientre del delfín hinchable. El plástico grisáceo se abolla, pero no revienta porque el peso se reparte entre tres puntos. ¿A qué espero? Se lo he visto hacer muchas veces a Jan y al padre de Pim: hundir una herramienta en un ratón. La vida se le escapa en unos instantes.

Un hedor acre y penetrante del estiércol desbanca el olor a cloro del agua de la piscina. El padre de Pim cruza el patio con un carro en el que lleva un tanque lleno de excrementos. Con cada irregularidad del terreno se le van escapando pegotes de mierda del grifo. Me hace un gesto con la mano y se aleja con el gran tanque.

Cuando levanto una de las manos de la horca para devolverle el saludo, cambia la distribución del peso y la púa derecha atraviesa lentamente el plástico. No se oye ningún plof, sólo noto un suspiro contra la pernera de mi pantalón. El aire que se escapa huele a despertarse junto a Pim en una tienda de campaña sofocante. El delfín pierde lentamente su sonrisa.

Sigo saludando sonriente hasta que las púas de la horca tocan tierra y el armatoste desaparece de la vista. ¿Por qué se mueven los tractores con tanta lentitud?, ¿por qué sospecha un granjero tan poco?

Vuelvo a trepar por la escalera y me siento con la cabeza bien alta junto a Laurens y Pim. Saco del bolsillo los cuatro billetes de cincuenta euros, los aliso y los deposito en su regazo.

—El agua está demasiado sucia para bañarse.

Pim coge el dinero y me lo devuelve. Me da una palmadita en la rodilla, deja la mano allí. Siento bombear la sangre en las puntas de sus dedos a través de la tela de mi pantalón. Tres latidos. Tres veces lo siento.

De repente se oyen voces en el patio y él retira la mano. Yo me levanto, miro fuera a través de un agujero del tejado. Dos chicas aparcan sus bicicletas junto a las nuestras. Reconozco a Evelien, que en primaria iba un curso por detrás del nuestro. En los últimos dos años sólo he sabido de ella por las historias de otros. Se murmuraba que tenía un trastorno alimentario, que la envolvía siempre un olor ácido. Sin embargo, en la escuela atraía a una multitud de chicas. Todas querían estar cerca de ella con la esperanza de que la anorexia fuera una enfermedad contagiosa.

Decían que la trataban en Lier, pero eso también podría ser exagerado, puesto que desde aquí no tiene pinta de que haya sido tratada de nada.

Las dos figuras se mueven titubeantes entre los montones de hierba almacenada. Se quedan paradas un instante, quizá para averiguar dónde murió exactamente Jan. No es tan sencillo: la madre de Pim retiró casi de inmediato el cordón policial, las flores y las velas.

Unos segundos más tarde abren las puertas del granero, las ruedas que soportan las puertas gimen bajo el peso del hierro.

—¿Pim? —grita una voz de chica.

—¡Arriba! Estamos en el pajar.

Laurens y Pim miran expectantes el último peldaño de la escalera.

Allí aparecen dos pequeñas manos, luego un rostro. No es el de Evelien. Esta chica es pequeña y regordeta, tiene la cara redonda, los ojos azules rasgados y una gran sonrisa. En la espalda lleva una pequeña bolsa de natación, las tiras se le clavan en los hombros. Levanta las piernas por encima del último escalón y se sube a la plataforma. Lleva unas mallas con un estampado óptico que recuerda a un salvapantallas. Al subir la escalera, las mallas se le han bajado y la entrepierna ha quedado a mitad de los muslos. Ella separa las piernas y tira de las mallas hacia arriba, por lo que se le marca la raja. Laurens y Pim intercambian miradas. La chica no deja de sonreír.

Sólo ahora aparece Evelien en la escalera. De cerca es igual de frágil que de lejos. Lleva una chaqueta vaquera de manga larga y botas con los cordones sin atar que cuelgan alrededor de sus delgados tobillos.

—Ésta es mi prima, Nele —dice Evelien—. Hoy tengo que cuidar de ella. Le gusta nadar. Por lo visto ahora tienes piscina, Pim. Ya lo había oído.

Nele nos lleva bastantes años. No me extrañaría que tuviera treinta.

—Yo trabajo en el Mivas de Lier, yo tengo tres gatos en casa y yo practico la natación.

La voz de Nele suena ronca y enfatiza cada «yo» como si hablara de tres personas diferentes.

—Mivas es un taller ocupacional —aclara Evelien.

—Yo empaqueto galletas Lu —dice Nele—. Como las de dinosaurios. A menudo salen mal. Por dos euros os puedo vender una bolsa llena de galletas mal hechas.

Pim sonríe sin ganas. Luego se dirige a Evelien:

—Queríamos empezar con un juego. ¿Os apuntáis?

—¿Te apuntas, Nele? —pregunta Evelien.

Nele asiente.

Pim empieza a explicarles las reglas principales. Evita mirar a Nele, con la esperanza de que las reglas no vayan a aplicarse a ella.

Evelien escucha en silencio y luego pone una mano sobre el hombro de Nele.

—¿Has oído eso, prima? —le dice—. Doscientos euros. Con eso podremos ir al parque de atracciones de Bobbejaanland y comprar muchas palomitas.

Se quita la chaqueta vaquera y se la anuda alrededor de la cintura. Los faldones de la chaqueta le cuelgan por las caderas.

—Sí, o incluso una piscina —dice Pim.

—¿Podemos sumar fuerzas? —pregunta Evelien.

Laurens mira a Pim, espera su respuesta.

—Sólo tenemos doscientos euros. Podéis sumar fuerzas, pero tendréis que repartiros el dinero.

Yo cuento sus capas de ropa. Juntas llegan por lo menos a diez. Hasta ahora son las que más posibilidades tienen de ganar.

Les digo el acertijo.

¿Por qué no he elegido algo menos serio o más sencillo, algo tipo «Es verde y se desliza por una montaña» o «Qué es negro-blanco-negro-blanco-negro-blanco-bum»?

Un *skiwi*, una monja cayéndose de una escalera; estas respuestas pueden averiguarse. Así, las chicas habrían tenido una oportunidad.

—Ahora podéis hacer preguntas para intentar encontrar la solución —les explico.

—Vale. ¿El hombre ha resbalado?

Evelien vuelve a atarse las mangas de la chaqueta en torno a la cintura, esta vez más apretadas.

—No —le contesto.

—Mierda.

Con un gesto le indica a Nele que tiene que quitarse una prenda. Le señala los zapatos. Nele se agacha y se los quita. Evelien no le da la oportunidad de formular una pregunta.

—¿Había una segunda persona implicada que hubiese abandonado la habitación? —pregunta.

—No —le digo.

Evelien ayuda a Nele a quitarse la chaqueta.

—¿Se ha ahogado?

—No.

Nele se quita el jersey. Debajo lleva una camiseta ancha y gris.

—¿Ha muerto por su propia culpa?

—Sí.

Pim empieza a impacientarse, se hunde las uñas en la palma de la mano. Evelien señala la prenda que debe quitarse Nele: el pantalón. Nele hace lo que le pide sin protestar y se baja las mallas sonriendo. Quizá esté acostumbrada a que Evelien sepa lo que más le conviene. Se queda en camiseta; se le eriza el vello de los muslos.

—¿Tiene el agua de la habitación algo que ver con su muerte?

—Sí.

Cuando Nele se quita la camiseta, se ve claro de repente cómo es su cuerpo. La parte superior es bastante más estrecha que la inferior. Sin embargo, ambas se unen armoniosamente en sus caderas.

Nele se pone en jarras y se mueve como una mujer en un anuncio de gel de ducha.

—Si fueras un dibujo hecho entre varios no estarías mal —dice Pim.

Nele baja las manos. A Evelien no le hace ni pizca de gracia.

—Venga, Nele, ya basta, vámonos.

Evelien se suelta la chaqueta de la cintura y protege con ella a su prima.

—¿Y la piscina? —protesta Nele. Se quita las braguitas y las lanza por encima del hombro de Evelien—. Ten, así podrás adivinar otra vez.

Los ojos de Laurens evitan mirar el trozo de tela estampada de flores que aterriza entre nosotros.

—Vuelve a vestirte, tengo que mear —dice Evelien, entregándole a Nele el montoncito de ropa que se ha quitado.

Ella baja los ojos, se viste apresuradamente, sin atreverse a recoger las bragas. Se pone las mallas del revés. La tela, que ya tenía la forma de sus nalgas, le cuelga flácida en la barriga.

—No lo habríamos acertado nunca, ¿verdad?

Evelien se ha puesto a mi lado. Me mira únicamente a mí. Por un instante huelo la acidez de Tesje.

—¡Os quedan cinco oportunidades! —dice Pim—. No os rindáis ahora.

Yo niego con la cabeza.

—Adiós, Eva —dice Evelien.

Recoge rápidamente las bragas, se las mete en el bolsillo de la chaqueta y baja por la escalera delante de Nele. Cuando ha desaparecido su cabeza, Pim se deja caer en una de las balas de paja; está furioso. Arranca unas cuantas briznas y las tira por el borde de la plataforma. Las briznas revolotean por

el aire y luego descienden.

—Hay algo que no cuadra en las reglas del juego —dice Laurens.

Se sienta junto a Pim. Carraspea y lanza un escupitajo detrás de las briznas de paja.

—¿Por qué será que los retrasados mentales llevan siempre el pelo cortado a lo tazón? —Pim bizquea y pone dientes de conejo—. Eso los hace aún más feos. Por cierto, no volveré a comer nunca más galletas de dinosaurio.

De pronto recuerdo exactamente la pinta que tenía yo cuando empecé secundaria: el primer día de instituto iba a convertirme en alguien nuevo, alguien mejor, otra Eva. ¿Qué debió de proponerse Pim cuando ya no tuvo que cargar día tras día con Laurens y conmigo? ¿En qué intentó convertirse?

—¡Nele, Evelien, esperad! —grito.

Nele se queda parada junto a la puerta, a unos diez metros de la escalera de mano. Yo estoy de pie, me saco el dinero del bolsillo.

—¡No lo hagas, Eva! —Pim intenta cerrarme el paso. Mira cómo doblo los cuatro billetes—. Vale, vale. Dale uno. Con cincuenta tiene más que suficiente.

Yo arrojo el pequeño fardo desde lo alto.

—¿Qué haces? —vocifera Pim.

Me da un empujón, me tambaleo hacia un lado, una paca de paja amortigua mi caída.

Laurens se asoma peligrosamente por el borde.

—¡Lau, haz algo en lugar de mirar!

Por la moderada velocidad con la que Laurens avanza hacia la escalera, puede deducirse que Nele ya ha cogido el dinero. Las primas ya han salido del patio antes de que Laurens llegue al último peldaño.

—¡No les debías nada a esas dos! ¡Esto era lo último que nos quedaba! —Con los gritos, a Pim se le escapa saliva de la boca—. ¿Por qué lo has hecho?

Me vuelve a dar un empujón, aunque yo ya estoy sentada. No sé qué contestarle.

Laurens le propina una patada a una paca que está en posición vertical como queriendo dejar claro que él también está indignado. El polvo nos hace estornudar a los tres.

Cuando llego a casa, Tesje ha acabado de jugar al Monopoly. No le pregunto quién ha ganado.

EL EFECTO 2000

El efecto 2000 fue anunciado por todas partes a bombo y platillo. También en la carnicería de Laurens colgaron semanas antes un letrero que advertía que **!!!DEBIDO AL EFECTO 2000, NO SE ACEPTAN TARJETAS DE CRÉDITO!!!**, por temor a que los céntimos se esfumaran.

—Un hombre informado vale por dos —oí que decía la madre de Laurens a los clientes antes de que salieran de la tienda con los bolsillos llenos de calderilla.

A mí no me informó de nada. Quizá para evitar que creyera que valía por dos, pues a fin de cuentas en casa tenía que apañármelas sola.

Mientras estábamos sentados a la mesa en Nochevieja, Jolan nos explicó por fin en un lenguaje comprensible qué era el «efecto 2000». Comprensible sobre todo porque después de cada pregunta se tomaba un descanso para darles la vuelta a sus trocitos de carne en la plancha.

—Cuando inventaron los ordenadores en los años sesenta y setenta eran muy lentos y tenían menos memoria. ¿Vale?

Tesje y yo murmuramos que sí. Sin embargo, Jolan intentaba establecer contacto visual con nuestro padre.

—Así que había poco espacio para almacenar datos. Para reducir costes, todas las fechas se anotaban con seis cifras. Pero al final se vio que eso era un error.

—¿Sí? ¿Por qué? —pregunté.

—Allí, en ese momento, surgió la posibilidad del error. Esta noche, cuando entremos en el siglo veintiuno, todos los ordenadores pensarán que hemos regresado de repente a mil novecientos. ¿Lo captáis?

Tesje lanzó una mirada de preocupación al ordenador en el rincón de la habitación.

Papá, que no había dado muestras de entender nada de lo que había dicho Jolan, se inmiscuyó por primera vez en la conversación, alzando la voz:

—A las doce en punto todo se irá al garete: las centrales nucleares explotarán, las empresas químicas propagarán nubes de gas, los cohetes nucleares serán lanzados automáticamente y, por desgracia, los del Bloque del Este apuntan en nuestra dirección. Los termostatos se bloquearán, los aviones caerán del cielo, los respiradores artificiales y otros aparatos médicos se detendrán. En resumidas cuentas —concluyó con el tono de un ministro que lee un comunicado—, quebrará al menos un uno por ciento de las empresas.

Tomó un sorbo de vino.

—Eva, ¿me pasas las cebollitas?

Tesje dejó su tenedor y le pasó a papá el tarro, porque era la que estaba más cerca. Jolan cogió sus trocitos de carne cuidadosamente asados; le ofreció uno a papá, que lo rechazó.

—¿Y nuestro ordenador? —preguntó Tesje en voz baja.

Mamá cogió el tarro de cebollas después de papá y removió su tenedor en el vinagre sin conseguir clavarlo en nada. El blanco amarillento de sus ojos brillaba. Acudí en su ayuda y puse tres cebollitas en el borde de su plato.

—Habrás que esperar a ver —sentenció papá, llenando sólo su copa.

—¿Cuánto queda, Jolan? —pregunté.

Jolan no quitaba el ojo a su nuevo G-Shock resistente al agua. El reloj estaba sobre la mesa delante de él en un vaso de agua.

—Aún faltan treinta y cinco minutos y trece segundos. Doce segundos. Once.

Llevaba días anunciando que este año no cenaría con nosotros en Nochevieja. Mamá no le había llevado la contraria, hasta que esa mañana regresó del supermercado con ideales ajenos.

—Un hijo no puede pasarse la Nochevieja en la bañera con un reloj y unas gafas de bucear —le dijo—. Es una celebración familiar.

Jolan refunfuñó un poco, diciendo que sólo podría vivir una vez en su vida un fin de siglo con un G-Shock debajo del agua. Tenía que aprovechar la oportunidad, ¿es que no lo comprendía?

—Yo te he regalado el reloj y yo tengo la última palabra —le contestó nuestra madre.

Jolan abrió la boca, pero se calló y dio media vuelta.

Me imaginé lo que habría querido decir. Quien por la noche afirma que una gallina puede poner tres huevos al día, por la mañana no puede llevar la batuta.

Por suerte, Jolan sabía encajar bien las decepciones. En torno al mediodía ya había elaborado un nuevo plan. Se pasó horas sincronizando exactamente su reloj con el reloj mundial; había cronometrado cuánto se tardaba en ir desde la mesa hasta el jardín, para poder indicar con precisión cuándo debíamos salir para ver los fuegos artificiales o el primer avión estrellándose.

Hacía poco, a las once, que había sumergido con sumo cuidado el reloj en el vaso para que la cuenta atrás pudiera hacerse debajo del agua.

Después del discurso de papá sobre el efecto 2000, Tesje no había vuelto a tocar su comida. Seguía mirando el ordenador del rincón de la sala de estar con cara de preocupación.

Nadie dijo nada, pero todos sabíamos lo que pasaba. Se había encariñado con ese trasto. O quizá no fuera del todo apropiado decir que «se había encariñado», era más enfermizo que eso. En los meses posteriores a la visita de los vendedores de aire, Tesje había ampliado su extraño ritual de la puerta trasera.

Ahora realizaba un breve ritual de acceso delante de todas las habitaciones de la casa, un acto inocente y casi invisible: golpear la figurilla oscilante de hierro en el aparador del pasillo o darle la vuelta a la pastilla de jabón en el cuarto de baño.

En la sala de estar, la principal zona de paso de la casa, el ritual se concentraba en el ordenador: cada vez que Tesje quería pasar por delante, tenía que escribir algo en el teclado. Eran tan sólo unas cuantas pulsaciones rápidas, a veces más. Lo hacía siempre, tanto si el ordenador estaba encendido como si no. Por las mañanas, como nadie lo utilizaba, no suponía un problema, era un ritual inocente que casi no llamaba la atención. Pero después de la escuela, cuando el ordenador estaba ocupado, Tesje daba un rodeo por la veranda para evitar pasar por la sala de estar.

Hace unas semanas cerré con llave la puerta de la veranda y me quedé toda la mañana vigilando el ordenador. Mi intención no era poner a Tesje en un aprieto, sino comprenderla. Si persistía en su ritual, para poder entrar en la cocina no le quedaría más remedio que tocar el teclado.

Durante mi decimotercera partida al *Buscaminas* oí por fin a Tesje bajar la escalera. Se dispuso a entrar, me vio delante del ordenador, volvió al pasillo antes de haber puesto un pie en la sala. Cerró la puerta tras de sí. Luego la oí mover con nerviosismo la maneta de la puerta de la veranda. Después de unos cuantos minutos, regresó a la sala y se quedó esperando en un rincón.

—¿Sabes por casualidad dónde está la llave de la puerta del pasillo?

—No —le contesté.

La vergüenza de tener que admitir que necesitaba el teclado era más fuerte que sus prisas. Volví a perder la partida, abrí un nuevo campo de veinte por veinte con sólo tres minas, empecé a hacer clic a tontas y a locas; lo hacía como si fuera un juego de azar porque no conocía las reglas.

—¿Ya acabas, Eva?

—Quiero ganar una partida —le dije.

Tesje se acercó unos pasos para poder ver la pantalla.

—Las cifras muestran cuántas minas limitan con cada casilla.

Cogió el ratón. Hizo clic tres veces. Se produjo una reacción en cadena, apareció una zona segura. Tesje sonrió.

Miré su fina mano, el gris de su piel era casi igual al gris del ratón.

—Mira, así —me dijo—. Inténtalo con las banderitas. Ayudan al principio.

Luego se retiró a un rincón de la sala a esperar a que me fuera.

—¿Necesitas el ordenador? —le pregunté.

—No, acaba tú primero —me contestó.

Después de unos minutos, su presencia se hizo más imperiosa, carraspeaba, se sonaba y comenzó a pasearse de un lado a otro. Me levanté para ir al baño, y cuando volví, el teclado estaba bien colocado en el centro de la mesa y Tesje se había metido en la cocina.

En los días siguientes, mantuve bien abiertos los ojos y los oídos, me escondí esperando poder descifrar lo que Tesje escribía cuando nadie la miraba. Aumentaba cada vez más las pulsaciones, escribía más letras de las que había en su nombre, pero no tantas como para formar una frase completa. No hice preguntas. Quizá fuera como con la puerta: en cuanto sabía que había curiosos, tenía que empezar de nuevo.

—Es la hora de la cuenta atrás —anunció Jolan—. Nos quedan cinco minutos y treinta segundos para salir al jardín; si alguien necesita ir a hacer pis, ahora es el momento.

—¿Quién quiere hacer pis sabiendo que llegan cohetes nucleares? —murmuró mamá.

Se levantó y se aguantó en el respaldo de la silla.

Jolan consultó su reloj.

—En Rusia es casi la una. Los cohetes ya deberían haber llegado.

Tesje se levantó, fue al rincón de la sala y desenchufó el ordenador de la corriente; así el aparato nunca llegaría a saber que habíamos cambiado de siglo. Fue la primera en salir al jardín.

Mientras esperábamos a que Jolan iniciara la cuenta atrás y estallaran los fuegos artificiales, pensé en la época en que Tesje y yo aún teníamos edad para escribirnos notas. Yo le escribía frases con un borrratintas en pósits que luego pegaba en la puerta de nuestro dormitorio. Ella coloreaba con su bolígrafo toda la hojita para descifrar el mensaje.

Quizá el punteo en el teclado fuera una nueva versión más avanzada de los pósits. ¿Esperaba acaso que yo, al igual que ella en otro tiempo, me tomara la molestia de descifrar su mensaje secreto?

Un minuto antes de la medianoche se oyeron los gritos de cuenta atrás de unos vecinos, que ahogaron sin piedad la alarma del G-Shock dentro del vaso de agua. Como en todo desastre que se anuncia a lo grande con mucha antelación, a las doce en punto no sucedió nada. Explotaron algunos cohetes, pocos.

Detrás de mí, mamá soltaba sus típicos eructos. Papá encendió un cigarrillo.

Yo cogía del brazo a Tesje, podía sentir el calor de su piel contra la mía, no llevábamos ningún jersey o abrigo porque dentro de casa estábamos acaloradas por la plancha de la *raclette*.

Cuando acabaron los fuegos, mamá fue la primera en entrar, seguida de papá.

—Aún vivimos —anunció Jolan—. No ha habido desastres nucleares.

—Sí —dije—. Menos mal.

Tesje se quedó callada. Vi que Jolan la miraba, apartaba la vista y la volvía a mirar. Primero me percaté de que se sentía incómodo, y sólo después comprendí el motivo de su incomodidad: una lágrima corría por la mejilla de Tesje.

—El ordenador se ha salvado —le dije.

—Ya lo sé —me contestó ella.

Me pregunté a qué venían sus lágrimas. Aunque, pensándolo bien, quizá tuviera razón en estar decepcionada. Nos meteríamos en la cama y mañana todo volvería a ser como siempre.

Jolan sacó su reloj del vaso, lo secó con su camiseta y se lo puso a Tesje en la muñeca. La pulsera le quedaba demasiado grande, incluso ajustándola al máximo. El reloj seguía marcando tres segundos después de medianoche.

—No es un G-Shock auténtico. Mamá lo compró en el supermercado y le quitó el embalaje —dijo Tesje.

LAS 13.00

Si he venido aquí es por algo. En el piso de arriba, a la derecha de mi cabeza, suenan ruidos a través del suelo de madera del dormitorio de mis padres. Ahí está el lado de la cama de mi padre. Estará sentado en el borde del colchón, buscando con los dedos de los pies sus zapatillas, que están debajo del somier de listones de madera, y esperará un minuto hasta que se desvanezca la rigidez matutina antes de apoyarse en la esquina de la cama.

En total tardará unos seis minutos en llegar a la mesa de la cocina: saldrá de la cama, bajará lentamente la escalera agarrado a la barandilla, se sentará en el retrete hasta que la cabeza deje de darle vueltas, haciendo fuerza sacará un poco de orina amarga y ocre, sin sacudirse bien la punta, se arrastrará hasta el pasillo con gotas de orina en el pantalón, toserá hasta vaciar sus pulmones sobre el lavabo del cuarto de baño y dejará correr el agua para que arrastre las flemas marrones, se dirigirá al taller atravesando el comedor para fumarse el primer cigarrillo, llevándose de paso la cesta vacía de la cocina para llenarla de botellas de cerveza.

Tengo seis minutos para decidirme. ¿Quiero ver a mi padre o quiero marcharme? Y si me voy, ¿puede saber él que he pasado por aquí o tiene que parecer que nunca he estado?

La pesada nube gris se retira de detrás de la hilera de abetos y del seto espigado. El sol ilumina la alfombra de nieve. El jardín parece un folio en blanco.

De niña solía sentarme aquí a dibujar. La mesa de cristal era una base perfecta, la punta del lápiz nunca rayaba el tablero. Si nadie miraba, no utilizaba los borradores sino el papel más caro para impresora, aunque lo tuviéramos prohibido.

En una ocasión, mi padre llegó antes a casa del trabajo. Me vio sentada a la mesa, a punto de atacar con mi lápiz una de sus hojas caras e impolutas.

—Dibújame —me dijo en un intento de salvar la hoja. Y se sentó frente a mí.

Su propuesta me inquietó, incluso me provocó náuseas. Yo sabía que aquel hombre no era feliz y no quería tener que mirarlo demasiado, no quería dibujar eso.

Con cuidado, memoricé su rostro, los detalles que no había mirado desde hacía mucho tiempo: su camiseta de cuello redondo, los pelos hirsutos y caprichosos de sus cejas, su pelo blanco sobre el que una vez por semana contaba el mismo chiste para anticiparse a otros: que alguien había olvidado colorearlo.

Después de medio minuto, yo ya no veía los detalles sino sólo las historias, lo que se rumoreaba sobre él en el pueblo: que caminaba desde la parada del autobús hasta casa con la bicicleta de la mano para poder retrasar la vuelta al hogar. Quise comprobar por mí misma si eso era cierto. Y, efectivamente, vi su cabellera blanca acercándose a lo lejos. Papá cruzaba el puente muy lentamente con su bicicleta en la mano, inclinado como si soplara un fuerte viento. Allí, desde aquella distancia, deseé fervientemente que en el jardín hubiera una trampilla bajo la cual mi padre tuviera escondida a una segunda familia, que su vida representara algo más que las cosas de las que yo estaba al corriente.

Mi lápiz se detuvo en la hoja. Sólo quedó la compasión, un óvalo cuyas líneas no se unían bien en la parte superior. Entregué el retrato a mi padre. Él lo cogió, lo miró y no dijo nada.

Poco después oí que volvía a meter la hoja en el cajón de la impresora.

Han pasado tres minutos de la una. Encima del frutero cuelga con chinchetas junto a los dos dibujos de la casa uno de los esbozos que hice de este mismo frutero. Contiene casi las mismas frutas que las del esbozo: una pera apoyada en dos manzanas blandas, un plátano demasiado maduro y unas cuantas mandarinas. El dibujo se ha convertido en la norma.

La una y cuatro minutos. Todo en esta habitación ha permanecido intacto, incluso los electrodomésticos han resistido el paso de los años. Los dos puntos entre las horas y los minutos del reloj digital del microondas parpadean cada dos segundos. Los puntos desaparecen treinta veces, luego se suma otro minuto. Antes me recordaban a un par de ojos. Mientras ellos vigilaban, todo permanecía igual. Pero en cuanto parpadeaban, en cuanto el tiempo hacía la vista gorda, justo entonces envejecíamos, justo entonces nos marchitábamos.

21 DE JULIO DE 2002

Ya han dado las dos y Pim y Laurens aún no me han llamado. Ni para saber si pueden venir a nuestro gallinero ni tampoco para preguntarme dónde estoy. Le ofrezco a Jolan mi ayuda para remover la tierra del jardín. Mientras haga algo útil, será como si hubiese elegido yo misma este silencio telefónico.

—Vale, pero no te quejes si te salen ampollas —me advierte Jolan.

Su mirada se detiene brevemente a la altura de mis costillas. Ha notado la diferencia: esta mañana me he puesto dos sujetadores con relleno, uno encima del otro, para que mis pechos parezcan más grandes. Tenía que hacerlo hoy para acostumbrarme a los dos bultos que se mueven conmigo a todas partes por debajo de mi campo visual. Dentro de poco tendré que ver otra vez a Laurens y a Pim y no debe notarse que sigo dudando de la presencia de mis bultos.

—Dame una tarea a mí también —dice Tesje, que acaba de salir.

No advierte mi nueva talla de copa, pero eso no significa nada: aún no sabe en qué debe fijarse.

—Sólo tenemos dos palas —le contesta Jolan.

En una mano sostiene la pala pesada, en la otra lleva lo que papá llama «la chufla»: una pequeña pala plegable con el mango de madera y la hoja de hierro que compró en la tienda de material militar norteamericano. Seguro que detrás del mostrador había alguien que no sabía pronunciar *shovel*.

Jolan me da la pala plegable.

—Tes, tú encárgate de las lombrices de tierra. Si están enteras, puedes guardarlas para el compost, las lombrices vivas lo oxigenan.

—¿Y qué hago si están muertas?

—Pues las vuelves a tirar.

Tesje asiente. Quita el plato que hay debajo de una maceta con una planta seca y se sienta en la tierra con las piernas cruzadas.

Este tipo de ocupaciones le va bien. La última vez que cavamos el jardín fue hace cinco años y su comportamiento todavía era normal. Desde entonces no ha tenido la oportunidad de inventarse actividades raras y compulsivas mientras colecciona lombrices.

En los últimos meses no han aparecido nuevos rituales, pero los existentes se repiten cada vez con mayor frecuencia.

Me la encuentro más a menudo delante del teclado del Windows 95 que acabó en el aparador del pasillo después de que Jolan derramara encima un vaso de Coca-Cola el año pasado. Durante días enteros, las teclas se negaron a funcionar, pero al final la única que quedó dañada de forma permanente fue la letra A. Nadie salvo *caganidos* vio la necesidad de comprar un nuevo teclado para un sistema tan anticuado, así que papá consiguió un portátil de segunda mano con Windows 98 en una empresa que los monta con piezas recicladas, por lo que podíamos desembarazarnos del 95. Tesje se resistió a que lo desechásemos. Insistía en que diésemos un lugar decente al viejo y ruidoso ordenador, que le diésemos una «jubilación» de unos meses antes de tirarlo a la basura.

No hubo forma de hacerla cambiar de idea, amenazó con irse a dormir junto al ordenador en el jardín y dejar de comer.

—De acuerdo, lo guardaremos durante un tiempo —cedió mamá, pues Tesje ya estaba demasiado flaca.

A sabiendas de lo que iba a suceder, Jolan y yo trasladamos el viejo ordenador de la mesa del salón al aparador en el pasillo, debajo de la escalera. Hacía años que sólo utilizábamos el mueble para almacenar trastos: objetos decorativos que habíamos recibido de ancianos que debían morir para que nosotros pudiésemos regalárselos a otra persona.

Sucedió lo que nos temíamos. Tesje no renunció a sus códigos de acceso para entrar en las habitaciones, sino que simplemente desplazó la figurilla oscilante del aparador a la mesa donde antes estaba el ordenador. Pero como casi todas las habitaciones de la planta baja dan al pasillo, me encontraba a Tesje inclinada sobre el teclado varias veces al día. Cuando detectaba mi presencia, se quedaba quieta como un animal nocturno atrapado por los faros de un vehículo y fingía no estar tecleando sino buscando algo.

Hace unos días estaba decidida a hablar con ella al respecto. Cuando me dirigía al lavabo me la encontré en la misma posición de siempre. La ignoré y me metí en el baño, bajé la tapa del váter con cuidado y me senté encima, escuchándola teclear. Escribía a toda velocidad, utilizando sólo el pulgar, el índice y el corazón, como había aprendido.

¿Se estaría confesando? Y en caso de que así fuese, ¿quién registraba sus palabras?, ¿quién quería que la perdonara? ¿Cuántas frases habría escrito ya en aquellos meses sin que llegaran a ninguna parte? Escribir en un teclado desconectado es igual de grave que contar chistes cuando nadie se toma la molestia de escuchar.

—¿Tes?

Oí cómo retiraba de inmediato los dedos de las teclas. Había llegado el momento de hablarle de su comportamiento, ya no podíamos negar que pasaba algo.

—¿Sí? —me dijo ella.

Su voz venía del otro lado, ya se había apartado del ordenador. Había muchas probabilidades de que más tarde tuviera que compensar esta interrupción, repetir una y otra vez el ritual, con frases más largas y pulsaciones más rápidas.

—¿Qué escribes? —Cogí algunos trozos de papel higiénico y me los enrollé en el dedo.

Por la tenacidad de su silencio supe que había escuchado mi pregunta.

—¿Tes? —insistí—. ¿Qué escribes? ¿Estás escribiendo una historia?

De nuevo no me contestó.

—Me quedaré aquí hasta que me lo expliques.

—Cuidado —me dijo ella—. En muchos asilos hay viejecitos que tienen que esperar tanto a que la enfermera venga a limpiarles el trasero que acaban cagando los intestinos.

—No estoy empujando —le dije—, estoy sentada encima de la tapa cerrada.

Acto seguido, la oí marcharse.

Jolan traza líneas en la arena seca con la pala, divide el trozo de tierra al pie del cerezo en casillas más pequeñas, de diez por diez.

—Si cavamos a la misma velocidad, nos encontraremos justo en medio, así haremos cada uno cincuenta casillas.

Empezamos cavando cada cual en su lado del jardín, acercándonos el uno al otro en silencio. Cada vez que doblo las rodillas para hundir con fuerza el mango corto, pienso en mis dos amigos, en lo que estarán haciendo ahora y si habrán quedado en el pajar o en el cobertizo.

Me pregunto si estarán haciendo algo más divertido, si seguirán enfadados por el dinero, si hacerme el vacío les cuesta tanto como a mí me duele ignorarlos a ellos.

Hoy tienen a Elke en el programa. Es una de las pocas chicas de la escuela de Pim, la única que sabe utilizar un cortador láser, lo cual, según él, aumentaba hasta nueve su valor de mercado durante el curso escolar. Aunque después añadió que eso cambiaba en los meses de verano: en julio y agosto no bastaba con saber utilizar el cortador láser. Por eso Elke no valía más que un siete y medio.

Pim estaba en lo cierto. Las chicas que tenían una puntuación alta no eran necesariamente las más guapas; sí las más inaccesibles. Por ejemplo, Buffalo-An no es más fea que una que tenga un ocho, pero hubo una época en que estaba enamorada de Pim y eso la hace demasiado fácil.

La madre de Laurens me confió en una ocasión la clave del éxito: «Nadie quiere paté de barra si pones toda la barra en el mostrador. Los clientes sólo pican si muestras unas pocas lonchas, que no sean ni demasiado pequeñas, para que no resulten ridículas, ni demasiado grandes, para que no parezcan sobras poco apetitosas».

Tras media hora de cavar casi en silencio, hemos removido cada uno cerca de treinta casillas. Jolan se revienta una gran ampolla morada de la palma de la mano y se limpia el líquido en el pantalón. Agita la mano para mostrarme el colgajo de piel. A mí aún no me ha salido ninguna ampolla de sangre. Pero de repente me baja por segunda vez la regla. Toda la sangre que me sobra empapa mis bragas. Al principio es líquida y caliente, pero cuanto más me muevo, más pegajosa se vuelve. Se seca y empieza a rozarme la parte interior de los muslos.

—Creo que es mejor que dejéis de cavar —dice Tesje de pronto. Ya tiene muchas lombrices en el plato. A la izquierda hay un montoncito de lombrices que se retuercen; a la derecha, sólo pedazos sin vida—. La tierra que estáis sacando está llena de raíces de los árboles. Con esas raíces que vosotros rompéis, ellos chupan el agua de la tierra.

Parece estar a punto de echarse a llorar.

—Las raíces de un árbol tienen la misma longitud que su tronco. Por eso hay que dejar suficiente distancia entre ellos y plantarlos lejos de las casas. Es muy probable que las raíces que estamos cortando no sean de nuestro cerezo, sino de uno de los árboles de los vecinos —le dice Jolan.

—¿Y qué? Los árboles de los vecinos también están vivos, ¿no? —le contesta Tesje.

Acto seguido, continúa clasificando las lombrices, entretanto algunas de ellas se han arrastrado hasta el lado equivocado del plato. Yo miro la tierra que tengo en la pala. Huesos de cereza medio podridos, mil raíces diminutas, finas como venas.

—¿Qué harán? ¿Se buscarán unas a otras por debajo del suelo? —dice Tesje, cogiendo dos raíces sueltas del suelo e intentando unir los extremos.

—Lo dejamos, ya hemos cavado suficiente —decide Jolan entonces, pese a que va por la mitad de su última hilera.

Ha removido cincuenta y cinco casillas y yo treinta y siete, entre ambos trozos se levanta una isla de tierra firme con hierba y encima está el plato de lombrices. Podemos empezar a plantar.

—Tesje, ¿vas a buscar las semillas? —le pregunta Jolan, mostrándole las manos sucias—. Están en el lavadero.

—Aún me queda trabajo con las lombrices —le contesta ella, y se marcha con el plato al otro extremo del jardín, donde está el compostador.

Miro a Jolan. Tarda en comprender lo que intento decirle: mientras sigamos observándola, Tesje no podrá entrar por la puerta trasera.

Me alejo un poco y me limpio las manos frotándolas en la hierba. Voy al lavadero para coger las semillas. Antes de volver a salir, me meto rápidamente en el taller sin mirar el caballete del tejado y me llevo algunas herramientas. Una pequeña horca y una herramienta de acero en forma de cono para hacer agujeros profundos y estrechos en la tierra suelta.

Jolan coordina la plantación. Tensa una cuerda a ras de suelo que nos sirve de guía para hacer los agujeros. En las instrucciones lee cuál es la distancia que hay que dejar entre las semillas. La mide con la suela de sus zapatos.

—Mezclaremos un poco de todo —dice.

Tesje maneja la herramienta cónica porque ha sido la única capaz de darle un nombre: *agujereadora*. Va haciendo hoyos en los lugares que Jolan le indica y en los que yo dejo caer las semillas. Girasoles, rábanos, zanahorias, patatas. Sus finas muñecas poseen una fuerza sorprendente, apenas puedo seguirle el ritmo. Jolan rellena los agujeros con tierra para macetas. En una libreta pequeña que se saca del bolsillo del pantalón dibuja un plano del jardín. Anota dónde hemos sembrado cada tipo de planta y cuándo podremos recolectar los frutos.

Entretanto, nuestra madre se ha despertado y nos está mirando desde la veranda mientras habla por teléfono. Sostiene el auricular apretado contra la oreja, con la mano libre metida despreocupadamente en el bolsillo del pantalón. Desde aquí puedo deducir que está conversando con la abuela, que está hablando en el dialecto de Flandes Occidental.

Mamá puede pasar sin esfuerzo del neerlandés al dialecto. Con nosotros apenas habla su lengua materna. Eso siempre destapa una parte de su carácter a la que nosotros no tenemos derecho: una cierta fuerza, un optimismo inusual. No habla mucho rato por teléfono, pero durante toda la conversación se mantiene erguida y está sonriente: una hija de la que ninguna madre puede arrepentirse. En cuanto cuelga, hunde los hombros y saca la mano del bolsillo; ella misma se convierte de nuevo en la madre arrepentida.

Por la noche, me acuesto temprano para que el día se acabe antes. He cavado demasiado, he pensado demasiado. Me duelen todos los músculos del cuerpo, cada idea retumba en mi cabeza, estoy hecha de cavidades y nada más. Me siento como aquella vez en primaria cuando estuve escondida durante todo el recreo detrás de los cubos de basura, junto a las bicicletas, y sólo después me enteré de que los demás habían dejado de jugar al escondite y se habían ido a jugar al fútbol; nadie había venido a buscarme.

¿Qué acertijo habrán utilizado hoy Pim y Laurens? ¿Se habrán quedado con el mío, pensando que de todas formas no habrá que confirmar nunca la respuesta correcta, o habrán buscado un sustituto digno en algún libro? Me pregunto si habrán mencionado mi nombre, si habrán pensado en mí hoy, si habrán convenido cuál de ellos me llamará mañana, qué dirán para arreglarlo.

Cuando me dispongo a subir la escalera con las pantorrillas agarrotadas, vuelvo a toparme con Tesje en el pasillo, inclinada sobre el teclado. Aún no ha caído la noche, pero está a punto y la penumbra cubre el pasillo. Al igual que Tesje, tengo la sensación de que me han cogido por sorpresa. Pero hoy, por

primera vez, es ella la que reacciona de otro modo. No se pone rígida.

—No puedo parar —me dice sin que yo le haya preguntado nada. Pulsa con fuerza la tecla de retorno. Por un instante me mira a los ojos—. Querría parar, pero no puedo.

Me siento en la escalera. Por primera vez, Tesje acaba lo que estaba tecleando mientras yo la observo. Las viejas teclas están llenas de roña y ofrecen resistencia. Cuando presiona con fuerza, se le marcan los músculos y los tendones alrededor de las articulaciones, recuerda a un gato muy viejo que, muy valiente él, intenta atrapar ratones. Hoy le han salido más pecas en la cara. Le tiemblan los párpados. Cuando ha acabado, deja los dedos apoyados sobre el teclado. Las manos se rinden, el resto se resiste. Me gustaría abrazarla.

Todos sabemos que Tesje ha convertido su cuerpo en la secretaria de su estado de ánimo: cuanto peor se siente, más horas extras hace. Desde donde estoy sentada, en el tercer escalón, puedo oler que tiene hambre.

—Ven a dormir —le digo.

—Todavía no estoy lista para ir a dormir.

Lee una historieta de *Tomás el Gafe* en la cama. Espero. Ella acaba de teclear. La dejo subir delante de mí, cuento los pasos que da. No parece que le duelan los músculos. Sus pies van a parar siempre junto a las mismas líneas del cartón que cubre los peldaños. Pisa los pares con ambos pies y los impares sólo a medias. Intento hacer lo mismo que ella, hasta que se da cuenta. A mitad de la escalera se detiene.

—No, así no es. Tenemos que volver abajo.

—¿Y qué pasa si no lo hacemos? —le pregunto.

—No puedo contártelo, porque entonces seguro que sucederá.

Bajamos la escalera reculando.

GOLONDRINA

—Tengo un plan —dijo Pim en el mismo tono con el que anunciaba todas las ideas que acabarían mal.

Eran las diez en punto, la primera noche de verano del siglo xxi. A través de la fina lona de la tienda de campaña, las diez campanadas sonaron más fuerte que cuando las oía desde mi cama, pese a que nuestra casa estaba más cerca de la iglesia que el jardín de Laurens.

—¿Anunciarán el final de las nueve o el principio de las diez? —pregunté.

—¿Qué más da? —dijo Pim—. Es exactamente igual.

La noche se había iniciado oficialmente a las siete en punto, cuando Pim y Laurens se fueron al fondo del jardín para contarse los pelos que tenían en la entrepierna. Después se tumbaron en la colchoneta con los abdominales doloridos para discutir sobre dónde se acababa exactamente un escroto y dónde empezaba el trasero, en un intento por rebajar el recuento del otro.

Este verano sería decisivo, eso lo sabíamos los tres. Julio y agosto marcaban el final de la escuela primaria y el inicio de la secundaria, y todo lo que conocíamos, incluidos nosotros mismos, estaba a punto de cambiar.

La tienda de campaña era la misma con la que habíamos convencido a la madre de Laurens de que acampar no equivalía necesariamente a hacer travesuras. Entretanto, quedaba tan poco de esa intención como de la tienda de campaña. La lona estaba desgastada y había perdido casi todos sus colores de camuflaje, gracias a lo cual llamaba menos la atención en la naturaleza.

Poco después de la medianoche se apagaron las luces de la casa y por fin todo quedó a oscuras. Pim tenía un plan: cagarnos en el buzón de la yaya de Elisa, que no tenía un buzón aislado, sino sólo una ranura en la puerta delantera. Eso haría que nuestra acción fuera, según él, «más llamativa» que las típicas meadas en los buzones.

—La yaya de Elisa no nos ha hecho nada —recalqué avanzando lentamente hacia la Lijsterweg delante de los chicos con la esperanza de poder frenarlos—. Hay más gente con una ranura. ¿Por qué la habéis tomado con la de la yaya?

—Elisa no tendría que haber vuelto a Hoogstraten —contestó Pim.

—Si esto va por Elisa, entonces sería mejor que fuésemos a la casa de su padre.

—Su yaya le transmitirá el mensaje.

Laurens y Pim corrieron de puntillas por el césped hasta la puerta principal. Yo me quedé en la calle, vigilando. Pim iluminó la escena con su linterna y se tapó la boca con la camiseta para sofocar la risa. El resplandor amplió la sombra de Laurens, que se proyectó sobre todo el jardín delantero dejando claro que aquella acción no iba a ser tan sencilla de ejecutar como habían pensado. La ranura estaba baja y se abría hacia fuera. Laurens tenía diarrea del color de las espinacas, se había pasado el día entero presumiendo de ello, pero eso no resultó ser una ventaja con los buzones que se abrían hacia fuera. Cogió un folleto publicitario que encontró por allí tirado para utilizarlo de embudo.

Yo me mantuve a cierta distancia para no tener que oler la acidez. Miraba con un solo ojo para no perderme detalle de la chapucería y al mismo tiempo poder decir después que no había estado realmente allí.

Dos días más tarde, el mismísimo cura le habló del incidente a la madre de Laurens en la carnicería. No sabía quiénes habían sido los autores, pero le contó que la yaya había colgado una nota en su puerta que decía: «Rogamos que en adelante utilicen un sobre apropiado». Ese sentido del humor permitió al cura tildar nuestra heroicidad de «diablura» en presencia de los demás clientes.

—Las diabluras son cosas de niños —dijo Pim cuando Laurens nos lo contó. Y no quiso volver a hablar del tema.

La última noche de aquel verano, Pim se trajo un enorme foco. Dejamos la tienda de campaña instalada en el jardín de Laurens durante dos meses, para no tener que montarla y desmontarla cada vez.

—Cuando mi padre se dé cuenta de que me he llevado este foco, se va a armar la gorda —dijo Pim agitando la mano libre junto a su oreja.

—¿Y por qué iba a enterarse? —preguntó Laurens.

—Si a alguna vaca le da por parir esta noche, lo necesitará. Entonces nos la cargaremos.

Durante mucho rato no quedó claro para qué quería utilizar Pim el foco. Empezamos la noche evaluando viejas puntuaciones: ¿qué chicas habían aumentado una talla de copa y, por consiguiente, tenían un punto más? Luego tuve que hacer algunos esbozos de diferentes tipos de pechos y ellos escribieron debajo los nombres de las chicas. Todo quedó en conjeturas.

Poco después de medianoche salí a mear al jardín, me mantuve a una prudente distancia, desde donde podía ver la tienda de campaña sin que ellos me vieran a mí. Me puse en cuclillas, levanté mi camisón y miré la esfera iluminada en la que había dos sombras perfectamente definidas. Estaban hojeando mi libreta a escondidas. Les tenía prohibido hacerlo. No sólo porque yo daba puntuaciones erróneas a las chicas más guapas, sino porque su confianza ciega era lo único que me quedaba, puesto que nunca se hablaría de mi propia puntuación.

Me apresuré a regresar. Noté la hierba húmeda debajo de mis pies descalzos. Justo cuando llegaba a la lona, abrieron la cremallera desde dentro. Laurens y Pim salieron a rastras. Me apuntaron directamente a la cara con el intenso foco, mis ojos tardaron un tiempo en acostumbrarse de nuevo a la oscuridad.

Detrás de mí, Pim se encaramó al trepador armado con el foco. Allí lo sujetó, dirigiendo el haz de luz al cobertizo hermético. El resplandor era tan intenso que los grillos en la parcela contigua creyeron que salía el sol y dejaron de cantar de repente.

Más allá del haz luminoso, la noche parecía más oscura que de costumbre. En esa oscuridad, el rostro de Pim tenía algo de peligroso. Las cuencas de sus ojos eran dos platillos negros.

Me senté en la hierba húmeda, bastante lejos de donde acababa de orinar.

Laurens y Pim se encaramaron al trepador y empezaron a dibujar figuras con las manos frente a la luz de la lámpara. En el gran muro liso del cobertizo hermético aparecieron dos lobos que se engullían el uno al otro. Luego surgieron mariposas y pájaros bicéfalos.

Yo aplaudía brevemente con cada animal, hasta que de repente apareció un elefante. Seguí mirando el muro, no el trepador. Pensé que, mientras sólo mirara la sombra, no les debería nada. Sin embargo, acabé por girarme, no sé por qué, quizá para tener una respuesta definitiva. En efecto: allí estaba Pim,

subido al trepador, con el pantalón del pijama bajado. Se doblaba el escroto alrededor de la verga, formando dos orejas. En la sombra, el animal resultaba bastante creíble.

Laurens también se bajó el pantalón y agitó su cosa floja de un lado a otro. Tenía menos vello púbico pero más grueso, y en la sombra advertí pegotes de suciedad.

Las posibilidades resultaron ser más limitadas que cuando lo hacían con las manos. Después de un pequeño combate entre elefantes, Pim y Laurens volvieron a guardar sus trompas.

Yo no aplaudí. Pim bajó de un salto y aterrizó a mi lado.

—Ahora te toca a ti, Eva —dijo—. Sorpréndenos.

Caminó hasta la tienda de campaña, salió con mi saco de dormir. Lo colocó en la hierba y se sentó encima.

Me levanté lentamente y me encaramé al trepador, junto a Laurens, que había vuelto a ponerse el pantalón del pijama. Formé unos cuantos animales con las manos, pero no podía hacer nada que no hubieran hecho ellos antes. No me aplaudieron.

Al cabo de unos minutos, Pim dijo:

—Una almeja no puede ser difícil.

—¡O una golondrina! También tienes material para eso —dijo Laurens.

Se bajó del trepador y se tumbó junto a Pim sobre el saco de dormir.

Todas las veces que habíamos dormido en la tienda habían conducido a esto. Yo tenía algo que ellos no tenían. Los coleccionistas de sellos lo considerarían una gran ventaja, pero en mi caso sólo era un inconveniente.

Estaba de pie en lo alto del trepador, a la luz de la lámpara, pensando maneras de escabullirme, de no tener que quitarme el camisón. Podría dejarme caer, aterrizar mal y fracturarme algo; por ejemplo, el tobillo, que ya se me había roto en una ocasión y quizá estuviera dispuesto a colaborar.

—No sé qué aspecto tiene una golondrina —dije.

—Tiene alas largas. Una cabeza pequeña. Seguro que puedes —contestó Pim, adoptando una postura más cómoda—. No te ve nadie.

—¿Y vosotros no sois nadie? —dije.

—Alguien tiene que mirar. Si no, será como si nunca hubiera pasado.

Podría ser una de mis frases, aunque eso no me servía de nada.

—Vale. Pero sólo podéis mirar a la pared.

Me coloqué delante del haz luminoso.

—Prometido.

Esperé a que volvieran la cabeza. Me puse en cuclillas delante de la lámpara, me levanté el camisón y me bajé las braguitas. En la pared, justo al lado de la puerta del cobertizo, modelé una especie de animal con la sombra de mis genitales.

Mis pensamientos volaron al interior del pasillo de la yaya. A cómo lo habíamos ensuciado al principio del verano. Laurens y Pim no podían figurarse cómo era aquel pasillo. Yo sí, yo sabía exactamente lo que había detrás de la ranura del correo: un pequeño cuarto con una estera, un taburete con un cactus, montoncitos de correo no abierto, los zapatos del domingo que la yaya se ponía siempre con un calzador y que lustraba cada mes.

Precisamente porque sabía cómo estaban colocados los zapatos, con los talones contra la pared, era la única que se había sentido realmente culpable de los excrementos de Laurens.

La lámpara estaba caliente, me daba un calor agradable entre las piernas. Miré a la pared, la sombra de mis manos, que no paraban de moverse. Por mucho que me esforzara, mis labios estaban demasiado tirantes, estaban demasiado pegados a mi cuerpo. Me era imposible hacer un pájaro o un mamífero con ellos, como mucho una raya o un pez plano.

Lo dejé. A lo lejos vi los tejados de las casas circundantes bajo los cuales dormían las familias.

—¿Qué animal es ése? ¿Una paloma aplastada? —Pim empezó a reírse tontamente. Laurens también soltó una risilla.

Ya no miraban la sombra, por supuesto. Me solté rápido el camisón, quise bajar por los peldaños pero olvidé que aún llevaba las bragas en los tobillos. Tropecé en el primer escalón y resbalé por el lado inclinado del trepador como una plancha, golpeándome la espalda contra los tubos de madera. Aterricé de pie, con el camisón enrollado hasta el cuello. Sólo sentía el ardor de mi espalda desnuda y despellejada.

Por un momento no supe dónde estaba o quién era. Ésa parecía la mejor opción: no ser nadie, no estar en ningún sitio. Hasta que llegó el dolor.

—Eva, ¿estás bien? —La voz de Laurens sonaba lejos, como si estuviera en un saco cerrado, pese a que seguía sentado junto a Pim en la hierba.

En el patio de la casa había sillones de piel contra la fachada trasera. En ellos se dejaba caer el padre de Laurens después de haber estado fileteando durante largo rato. Me senté, encontré una gran astilla en la zona posterior de mi antebrazo. No sangré al sacármela.

Laurens y Pim me preguntaron si venía a dormir, pero como no les respondí no se atrevieron a preguntarme nada más. Se metieron en silencio en la tienda de campaña, llevándose consigo la lámpara, y dejaron mi saco en la hierba. Vi sus sombras acomodarse sin muchos gestos sobre las colchonetas. Quizá no supieran realmente qué habían hecho mal. Dejaron encendido el foco, por si yo quería encontrar el camino.

Ya no quería volver a la tienda de campaña. Irme a casa tampoco era una opción. Mi padre dejaba siempre la llave puesta por dentro en la cerradura de la puerta trasera y yo no quería despertar a Tesje.

De repente oí detrás de mí un carraspeo nervioso y murmullos de irritación que procedían de la planta superior. Los padres de Laurens todavía estaban despiertos. La ventana de su dormitorio daba al patio y desde la cama tenían buenas vistas al cobertizo hermético. Encendieron una lámpara, un haz de luz amarillenta dividió el jardín trasero, cerraron de golpe la ventana, corrieron las cortinas y apagaron la luz.

¿Habrían observado mi juego de sombras, igual que yo seguí espiando a Pim y a Laurens en casa de la tía: prefiriendo no ver pero mirando de todos modos para saber cómo acabaría aquello? Laurens y Pim habían estado siempre juntos encima del trepador. Lograrían salir de ésta gracias a la duda sobre cuál de ellos había formado el elefante. Yo era la única con un pez plano. Los rasguños en la espalda me quemaban menos que la vergüenza.

Me quedé fuera durante horas. Vi la noche borrarse capa por capa. A lo lejos se oían las campanas de la iglesia, se movían las agujas del reloj. Sin embargo, no hubiera podido decir a qué hora exacta se hizo de día.

De alguna manera, eso me consoló. Al cabo de unas dieciocho horas volvería a anochecer de la misma manera, todo se volvería a pintar de negro capa por capa. Así, este momento se iría alejando de nosotros poco a poco, cubierto por innumerables capas oscuras, hasta que la madre de Laurens olvidara lo que había visto exactamente aquella noche.

La primera luz hizo que todo fuera visible en el jardín: las hojas crujientes, los dientes de león, las amapolas que salpicaban tímidamente el césped, las primeras abejas despiertas. Por supuesto, estaban presentes en las mismas cantidades que el día anterior, pero ahora parecía haber demasiado de todo.

Mi camisón estaba húmedo y se me pegaba a la piel. No era por las lágrimas ni por la lluvia. Me había quedado sentada tan inmóvil, tan petrificada por la vergüenza y el arrepentimiento, que la mañana me tomó por una planta o un árbol, por algo que formaba parte del jardín, y esparció sobre mí gotas de rocío.

Poco después de las seis oí los primeros movimientos en la casa, los padres de Laurens siempre se levantaban temprano para preparar la tienda. Entreabrieron la ventana del dormitorio. Dos minutos más tarde, se abrieron las persianas de la parte trasera.

La madre de Laurens apareció; primero vi sus sandalias, luego su pantalón corto, sus rodillas hinchadas, su cuello. Cuanto más veía de ella, más me encogía yo. Mirar sus rodillas no servía de nada, yo seguía siendo más débil y más fea que ella. Aparté la vista antes de que pudiésemos tener contacto visual. Perdería su sonrisa.

Salió, se quedó de pie junto a mi sillón, sin ponerme la mano sobre el hombro.

—¿Cómo es que ya estás despierta?

—No podía dormir —le contesté.

—Ya pasa —dijo ella.

Lanzó una ojeada a la cúpula medio camuflada al fondo del jardín, dio media vuelta y entró en la casa dejándome sola. La mosquitera se cerró de un portazo.

Por un instante pensé: anoche no vio nada, cerró esa ventana desde la cama, no se percató del juego de sombras.

Se quedó el resto de la mañana trasteando en casa. Ya no volvió a salir, mantenía los labios apretados, no me trajo ninguna de las cosas habituales para el desayuno: nada de cuencos, ni cucharas, ni leche, ni muesli, ni un plato con tostadas tapadas con una cesta para apartar a las moscas. Con cada cosa que no me traía crecía en mi interior la certeza de que había visto mi juego de sombras.

Cuando oí dentro los cubiertos arañando los platos —los padres de Laurens habían empezado a desayunar— recordé lo que dijo la madre de Laurens en una ocasión, después de que en las noticias hablaran de un loco de la velocidad que se había dado a la fuga tras provocar un accidente mortal y se había estampado contra un árbol: «Dios castiga de inmediato, y si no, a los catorce días».

Esa frase me atormentaba. Me fui al jardín, caminando descalza por la hierba mojada. Laurens y Pim seguían durmiendo, la lona de la tienda no se movía. Dentro hacía un calor sofocante, apestaba a sudor y a aliento rancio. La lámpara había dejado una quemadura oscura en la lona. Pim estaba cruzado sobre mi colchoneta. Sólo me llevé mi ropa, me la puse en medio del jardín, encima del camisón. La madre de Laurens estaba delante de la ventana de la primera planta. Me miraba.

Decidí no aparecer por allí al menos durante catorce días, desaparecer de la vista de la madre de Laurens. No volvería hasta que los rasguños de mi espalda se hubiesen curado. Esperar dos semanas, seguro que podría hacerlo.

LAS 13.45

Ha dejado de nevar. Desde el vano de la puerta, el jardín parece silencioso, no silencioso sin más, sino enmudecido. Como si allí acabara de hablarse de cosas que ahora ya no pueden debatirse en mi presencia.

Antes de abandonar la casa me detengo en el taller. Descorro el cerrojo, abro la puerta. Dejo pasar algunos segundos y entro. El local parece pequeño. A la derecha está la escalera de mano, una gran estantería con tarros de mermelada llenos de tornillos y arandelas.

En los últimos años, a menudo me he preguntado cómo les va a mamá y a papá. En el caso de papá sólo pienso: «¿Seguirá colgando la sogá?», pese a que también él se merece que me preocupe por otras cosas y no sólo por eso.

Quiero alzar la vista al caballete del tejado para conocer la respuesta a mi pregunta, pero examino el suelo, el material de jardín.

Sólo la pala americana ha cambiado de sitio, seguro que papá la utilizó hace poco para enterrar al perro.

Camino por la senda del jardín dando grandes zancadas para dejar el menor número de pisadas posible. Advierto demasiado tarde las ramas inclinadas del cerezo y la nieve aterriza en el cuello alzado de mi abrigo. Se funde en cuanto toca mi piel.

En lo alto del árbol hay una camiseta harapienta, y una vieja radio negra sujeta a las ramas más gruesas con tensores para equipaje naranjas y azules, para ahuyentar a las cornejas. La antena está rota. El enchufe se balancea a unos metros por encima del suelo, a la espera de un alargo.

Nunca tuvimos tantas cerezas como en el verano de 1997.

La primavera de aquel año cumplió todas las condiciones para que hubiera una buena cosecha. No fueron unos meses demasiado secos, pero sí cálidos. A principios de junio, las ramas ya gemían bajo los kilos de fruta.

CEREZAS GRATIS, TENEMOS ESCALERA, escribió papá en un letrero que hincó en el jardín delantero.

Estaba como unas pascuas por la repentina atención que recibimos de nuestros vecinos, que acudían a recoger cerezas a discreción. Durante el verano entero, los padres que sacaban al perro a pasear regresaban a casa con un par de cerezas detrás de las orejas, para hacerles a sus hijos la broma de los pendientes.

Mamá era la única que refunfuñaba sobre la continua presencia de la escalera debajo del árbol y la inesperada aparición de recolectores extraños. Consideraba que todo estorbaba, que aquel árbol había sido siempre un estorbo. Cuando venía gente que no conocía, se refugiaba en casa.

Puede que el cerezo la oyera quejarse, o puede que la culpa la tuviera el vecino que arrancó de raíz sus zarzas enviando a los pájaros hacia nosotros, pero el caso es que, en los siguientes años, las cosechas no hicieron más que menguar.

Cada vez se agolpaban más cornejas en nuestro jardín para devorar nuestras frutas. Volaban en picado para robar todas las que podían; a veces conseguían arrancar una cereza del rabillo, pero se les caía del pico a los pocos segundos. Las cerezas dañadas colgaban desecándose al sol del verano.

Después de una tormenta, las sendas del jardín quedaban cubiertas con ellas.

Mamá odiaba tener que pisar la pulpa podrida y ácida con las sandalias cada vez que iba al gallinero, que estaba al fondo del jardín. No necesariamente por la extraña sensación que le producía aplastarlas, sino porque las sangrientas huellas que iba dejando en el suelo de la cocina delataban la frecuencia con la que había recorrido el trayecto.

A principios del verano del año 2000, Jolan y Tesje urdieron un plan. Digamos que Jolan fue el cerebro y Tesje se limitó a ejecutarlo. Yo no estaba porque había salido con Pim y Laurens. De haber estado, quizá podría haberlo evitado.

Jolan le metió una cereza a Tesje en la oreja y le ordenó que se tumbara boca abajo sobre la pulpa podrida. Ella se tumbó al pie del árbol justo en la senda entre la puerta trasera y el gallinero. Llevaba un vestido de verano corto de color beis.

La escena debió de resultar convincente: Tesje se había caído de bruces desde lo alto del árbol. Esa posibilidad existía, pues se encaramaba a menudo al tronco para coger las camisetas que Jolan colgaba de las ramas superiores para que se agitaran y ahuyentaran a los pájaros.

Sólo sé que aquella noche llegué a casa a la hora de cenar y que en el árbol colgaba una vieja camiseta de papá. No soplaban ni pizca de viento y la pesada camiseta de algodón no se movía. No había ni rastro de mamá, ni en la cocina ni en su sillón. Sobre la encimera, nada que indicara que estaba preparando la cena; sólo un morro de cerdo congelado para el perro.

Encontré a mamá en la hamaca gris del jardín, que colgaba entre dos de los abetos ya espigados. Se había encerrado dentro de la hamaca cogiendo los bordes laterales, tenía la forma de un grano de arroz y era casi igual de impenetrable. Debajo de la hamaca vi sus gafas con las patillas cruzadas, dentro de las sandalias.

—¿Mamá? —la llamé.

—No —dijo ella.

Después, Jolan me contó lo que había pasado: se había escondido detrás del tronco y había esperado a que mamá fuera al gallinero. Cosa que sucedía cada hora.

Mamá salió al jardín y vio enseguida a su *caganidos* tumbada en una postura retorcida debajo de la rama más alta del cerezo, con un charco de sangre en la oreja. Tesje no dijo ni pío cuando mamá gritó su nombre, le acarició la espalda y le volvió la cabeza. Por algo en la escuela la declararon campeona del «pez muerto»: incluso después de haber ganado el juego, siguió haciéndose la muerta durante toda la clase de gimnasia mientras los demás alumnos le hacían cosquillas, aunque eso fuera contrario a las reglas del juego.

Esta vez, Tesje se mantuvo en un estado de muerte aparente hasta que a lo lejos se oyó la sirena de la ambulancia y mamá hizo acopio de valor para llamar a papá. Jolan comprendió entonces la gravedad de la broma. Hizo el sonido de la lechuza y Tesje se levantó de golpe ante la mirada atónita de mamá. Ambos echaron a correr hasta el campo de maíz y se quedaron allí escondidos el resto del día. Cuando la ambulancia volvió a marcharse en silencio, mamá empezó a quitar la ropa blanca del tendedero con muchos aspavientos para que los vecinos que seguían en la acera sin haber podido satisfacer su curiosidad comprendieran que no había nada que ver. Cuando todos hubieron desaparecido, se tumbó en la hamaca. Permaneció tres días allí. Durante ese tiempo no preparó la comida, ni puso ninguna lavadora; sólo salió dos veces al día a caminar con el perro y alargó el paseo más que de costumbre.

Fue su único y mejor intento de desintoxicarse.

Me dirijo hacia mi coche en la Bulksteeg. Veo la casa a través del seto. No se enciende ninguna luz. Quizá papá ya no opine que todo está siempre demasiado oscuro. ¿Cuántos años debe de tener ahora? ¿Unos setenta? La edad en que la lógica no desaparece pero sí disminuye: hay que concentrarse para hacerse el nudo de la corbata, cuesta descifrar las instrucciones de uso de los electrodomésticos sencillos y se tarda más en encontrar los botones de apagado y encendido. La edad en que uno ya no puede desaconsejar a otros que vivan la vida, porque él ya casi ha acabado la suya, y desaconsejarla a estas alturas sonaría tan poco creíble como que el dueño de una granja lechera prefiriese la leche esterilizada.

Estoy segura de que si mi padre está ahora en la cocina y mira por la ventana, no se atreverá a esperar que sea yo la que ve a lo lejos. Sin embargo, para creer hay que ver. Y cuanto mayor se hacía, menos veía.

Abro el coche a distancia. El bloque de hielo no ha encogido ni un centímetro. Como mucho hay unos cuantos milímetros de agua derretida en el fondo de la caja. Subo al coche.

Por el retrovisor veo la copa del gran árbol descollar por encima de la casa.

22 DE JULIO DE 2002

Pim y Laurens casi nunca van más allá del umbral de nuestra casa. También ahora se quedan esperando educadamente en la puerta hasta que me he puesto los zapatos, como si temieran que, al entrar, se les fuera a contagiar alguna enfermedad o se los tragara algún bicho.

Esta mañana he llamado a Laurens. Contestó su madre, que parecía ir con prisas. Dejó el auricular, gritó «¡Laurens, teléfono!» y se fue enseguida para seguir atendiendo a los clientes. El aparato cuelga de la pared de la carnicería, debajo de las fotos de helicópteros y encima de un soporte con papel de cocina. Desde ahí escuché los sonidos de la tienda, el ruido de las máquinas, la carne al deshilacharse, el rurrún de los clientes, el alegre tintineo de la caja registradora.

Cerré los ojos y de inmediato me trasladé allí, formaba parte de ello.

—Pim y yo estamos furiosos. —La voz de Laurens sonaba abrupta, no desabrida pero tampoco como si me hubiese echado de menos—. ¿Qué quieres?

—¿Cómo os fue ayer con Elke? —le pregunté.

—Es lesbiana. —Fue lo único que contestó Laurens. Por un instante se hizo un silencio, aparte de los sonidos de la tienda—. ¿Vas a venir hoy? —preguntó.

Asentí de inmediato, pero Laurens no podía verlo.

—¿Cuál es el plan? —Mi voz delataba lo contenta que estaba.

—No podemos saltarnos tu casa —dijo—. Todos somos iguales ante la ley.

—Vale, entonces venid aquí más tarde —dije.

Me agacho para atarme los cordones. Los aros de mis sujetadores me oprimen el estómago. Laurens y Pim aún no se han dado cuenta de que tengo una talla más, no han posado sus ojos en mis pechos ni una sola vez. Además, llevo una camisa suelta según el plan: llevar camisetas holgadas durante varias semanas y al final del verano atacar con una camiseta ceñida y dos ejemplares mejores.

—¿Dónde están tus padres? —me pregunta entonces Laurens.

—Acaban de irse al Top Interieur.

Pim lanza miradas elocuentes a las grietas de la fachada posterior de piedra, a la encimera repleta de platos por fregar, a las cortinas manchadas que hacen las veces de puertas de armario.

Tienen razón. ¿Qué se les ha perdido a mis padres en una exposición de flamantes cocinas, grifos de baño de los que no se sabe por qué lado saldrá el agua y mesitas de café con patas cabriolé? En Top Interieur echan sin contemplaciones a la gente que no va a comprar sino a buscar inspiración para una vida mejor. A éstos no les ofrecen un expreso ni les enseñan muestras.

Conduzco a Laurens y a Pim al gallinero a lo largo del campo removido. Los terrones de hierba se están resecando al sol de la tarde. Aún no se ve ni un brote, todavía es demasiado pronto.

Hoy es el turno de Leslie. Ocho puntos. Hay muchas probabilidades de que Laurens y Pim se porten aún peor que en los anteriores días de verano; ninguno de ellos se encuentra en su terreno. Antes ya sucedía lo mismo: sólo se atrevían a hacer guarradas con el perrito caliente en los cumpleaños de otros;

en su casa no, porque allí las paredes tenían ojos.

—Los padres de Leslie están en pleno divorcio. Eso es bueno, a ese tipo de chicas les falta una base. Da más margen de maniobra y es fácil salirte con la tuya —oigo afirmar a Pim a mi espalda.

A mitad del jardín se detienen, no para contemplar la vista sino las perspectivas: Elisa montando a caballo. Suele llevar un pantalón de montar ceñido y negro con dos ribetes brillantes que van desde los tobillos hasta arriba, pasando por la parte interior de los muslos.

Pero Elisa no está, el semental musculoso se frota la cabeza contra el comedero. Laurens y Pim pierden de inmediato su interés.

Intento ordenar rápidamente las cosas en el gallinero antes de que entren detrás de mí; deslizo la paca de paja hasta ponerla contra la pared, cierro el cubo de pienso para las gallinas, ordeno los bloques de madera en el barril oxidado.

—Cuidado con la cabeza —digo sólo después de oír que Laurens se golpea la frente con la puerta baja.

Se frota la zona dolorida con los nudillos. Ambos toman asiento en una paca de paja, yo me quedo de pie. Enseguida diré el acertijo, con la misma entonación, con las mismas pausas. Cuanto más lo repita, más sucia me sentiré.

Mientras no sepan la solución, Laurens y Pim me necesitan, y no se la diré. Nunca me la han pedido.

—Siéntate, Eva —me dice Pim, dando unas palmaditas a su lado en la paca.

Ha llegado el momento. No tendría que haber dado los doscientos euros. Ahora ya no hay dinero que administrar. Eliminarán mi papel como banca, me pedirán la respuesta al acertijo. Luego me echarán o se irán y no volverán a llamarme nunca. Me quedo de pie.

—¿Qué pasó exactamente con Elke? —pregunto rápidamente.

—Elke es lesbiana —dice Pim.

—¿No solucionó el acertijo? —pregunto.

—No. Quiso ver los doscientos euros antes de empezar a adivinar.

—¿Y entonces?

—Que no los teníamos, claro —dice Laurens.

—Así que le dijimos: «Nosotros tampoco te pedimos que nos muestres tus pechos para saber si son auténticos».

—Eso lo dije yo, no tú.

—Lo dijo Pim.

—¿Y? —pregunto.

—Elke nos enseñó las tetas sin más —dice Pim.

—Al final las tetas de las lesbianas no son mucho mejores que las de un hombre.

—Pero había traído cerveza.

—Sí, y ésa sí que estaba buena.

—Sacamos lo mejor de ella —decide Pim.

—Sí, sacamos lo mejor que tenía —repite Laurens.

Se encogen de hombros a la vez. Ahora que los veo aquí sentados en silencio me siento culpable de haberles deseado precisamente esto durante todo el día de ayer: que fracasaran.

—Escucha, Eva. Nuestras reglas de juego no son infalibles, sobre todo ahora que ya no hay dinero —dice Pim en tono severo—. Pero aún seguimos queriendo que estés. Después de que se fuera Elke, Laurens y yo adaptamos las reglas. Siguen siendo más o menos las mismas. Tú dices el acertijo, pero

ahora las chicas pueden hacer ocho preguntas. Si no dan con la respuesta correcta, tendrán que realizar la tarea que les pongamos. Si encuentran la respuesta a las ocho preguntas, haremos lo que ellas nos ordenen.

—¿Entonces ya no es por dinero? —Me siento.

—*Nop.*

—¿Y ya no tienen que quitarse la ropa?

—No —dice Laurens—, es una especie de verdad o reto. La que no dé con la solución tiene que hacer algo.

Yo asiento. Ocho oportunidades. Hasta ahora, ninguna chica ha venido con más de ocho prendas, ni siquiera si los zapatos hubiesen contado por dos.

En cierto sentido, Leslie debería estarme agradecida, la ausencia de dinero acababa de aumentar sus posibilidades de éxito.

—¿Y qué pasa si una de las chicas gana y os dice que comáis mierda de gallina? —pregunto.

Laurens y Pim se miran brevemente, apenas parecen impresionados.

—Mientras tú tengas un buen acertijo, no llegaremos a tanto —dice Pim, chocando su puño con el de Laurens.

Ellos lo tienen fácil. No han escogido el acertijo, no se sienten culpables de nada. Yo soy un cebo, no estoy aquí por ser Eva, sino porque soy una chica y mi presencia hace que las otras chicas se sientan a gusto.

Hace calor debajo del tejado negro del gallinero. La goma de las bragas me pica en las ingles sudorosas, pero no quiero rascarme delante de ellos.

Decido ir a sentarme en una paca de paja. Esperamos.

A nuestro lado hay una gallina que no abandona el gallinero. Con sus diminutos ojos no pierde de vista ni un segundo a Laurens y a Pim. En algunos puntos de su cuerpo asoma la carne entre las plumas.

Me levanto, voy hasta el gran cubo lleno de pienso, meto las manos en él. Allí donde el pienso se nota más fresco, me topo con el cuello de una botella de vino. La hundo un poco más, cojo un puñado de pienso y lo lanzo en la paja delante de la gallina.

La gallina se yergue, empieza a picotear alrededor. Pim coge un palo y le atiza con fuerza en el ala herida, tras lo cual la gallina sale afuera, con el resto de la horda de la que hasta ahora pensaba que debía esconderse.

—Las gallinas no tienen sentimientos, son caníbales —declara Pim.

Yo me callo.

—¿No tienes nada de beber? —pregunta Laurens.

—¿Zumo de manzana o de fruta? —Sólo ahora me doy cuenta de lo sedienta que estoy. Las botellas están en el sótano. Allí siempre hace fresco.

—¿No tenéis nada más? ¿Cerveza? ¿Una rubia? —dice Pim alzando un meñique.

Hay suficiente cerveza, pero papá necesita la cantidad que está en la nevera.

Hay vino casi por todas partes pero en ninguna de forma oficial. A mamá le llamará la atención si toco sus reservas. No le importaría que alguien se las bebiera, pero sí le importaría no poder seguir negando que yo estoy al corriente.

No se me ocurre nada. Me acerco al cubo de pienso para las gallinas, le quito la tapa y saco una botella de vino fresco como de un minibar.

—Mira por dónde, nuestra niña buena —dice Pim, casi con orgullo.

Desenrosca el tapón de la botella de vino alemán barato y se la lleva a los labios. Yo miro cómo sube y baja su nuez de Adán. Laurens también bebe como si se tratara de zumo de frutas. Deja más que suficiente para mí. Me siento otra vez en la paca.

—Venga, Eva, ¿eres un mosquetero o no? —Laurens me tiende la botella.

Aquí no soy ningún mosquetero, sino un árbitro. Tengo que permanecer neutral. Sólo tomo unos cuantos sorbos. Sabe a zumo de manzana ácido y caducado.

Laurens y Pim se reparten lo que queda.

Aunque no he bebido mucho, me siento enseguida más apagada. Fuera se oye el repiqueteo de los abalorios en los radios de una bicicleta.

—Entonces, quedamos en que no vamos a engañarla, ¿no? —dice Laurens.

—¿Engañarla cómo? —pregunto.

—No contándole que has sido tan tonta como para darle el dinero a una imbécil. No. —Pim se levanta con dificultad y sale del gallinero.

Unos instantes después, vuelve con Leslie. Tiene la piel morena y lleva un jersey fino con mangas tres cuartos.

—No es mi bicicleta, sino la de mi hermana —dice.

Mete la barriga. Las sandalias de tacón alto la hacen caminar como un pato, basculando las caderas hacia delante. Se queda de pie así mientras Pim le explica lo que va a pasar. Le cuesta tanto mantener la pose como escuchar.

—Con ocho oportunidades para adivinar está tirado —decide Pim—. Y, Eva, ¿hay vino para Leslie?

Asiento antes de haber pensado qué reservas voy a abrir ahora. Por un instante, con todos los ojos dirigidos hacia mí y mis ideas medio nubladas, no logro recordar otro escondite aparte del cubo de pienso.

Pero antes de darme cuenta estoy recorriendo la senda del jardín, pasando por delante del cerezo de camino al sótano. Las bisagras de la puerta chirrían igual que cuando la abre mi madre.

Desciendo la escalera, cojo la bolsa de vino que hay detrás en la estantería y me la pongo debajo del brazo mientras dudo qué refrigerio llevarme.

Subo corriendo la escalera con una caja de Kinder Sorpresa en la mano, cierro la puerta, salgo de la casa y vuelvo al gallinero. Si me apresuro, no es porque no quiera perderme nada, sino para no recalcar demasiado lo prescindible que soy. Sólo hay tres huevos sorpresa en el paquete.

Leslie ya se ha sentado y reflexiona sobre las ocho preguntas con las que averiguará la solución del acertijo. En el gallinero reina el silencio, la gallina ha vuelto a su sitio y nos observa.

—Ya le he contado el acertijo. Pero sigues siendo tú la que indica si las respuestas son correctas o no —dice Pim.

Laurens abre enseguida la caja de huevos. Ni siquiera monta la figura de plástico que hay dentro: un fantasma fosforescente con sombrero.

En el huevo de Leslie hay un cochecito; Pim tiene un pitufo en monopatín.

Saca la bolsa de vino de la caja de cartón, lo vierte directamente en la boca de Leslie para enjuagar el sabor a chocolate. Luego en la de Laurens y luego en la mía. El vino se derrama por mi barbilla. Pim sigue vertiendo, no puedo hacer otra cosa más que tragar.

Justo después, Leslie empieza a hacer preguntas. Cada vez respondo con un sí o un no. Como no tiene que quitarse la ropa, piensa de otra manera.

Hago rodar el coche sorpresa sobre mis manos mientras repaso lo que puedo hacer después: devolver la botella y la caja vacías al lugar de donde las he sacado, o llevar la botella al contenedor de vidrio y asegurar que no sé nada de lo que ha pasado. Puedo ir con mi dinero a El Colmado, convencer a Agnes de que me venda una caja llena, rellenar la botella vacía con un poco de vino, esconderla en el pienso y luego dejar la caja empezada en el sótano.

—¿Era una rana que de repente se convirtió en persona y acabó en aquella habitación? —pregunta Leslie en su octavo intento.

—No —digo.

—¿Y ahora qué? —pregunta ella.

Fuera empieza a llover. Las gotas golpean la placa ondulada del tejado inclinado. Me levanto, miro el jardín. Una mitad está todavía seca. En la otra llueve a cántaros.

—¡Venid a ver esto! —grito.

Cuando los otros llegan a la puerta, el chaparrón ha acabado y la lluvia empapa todo el jardín.

—¿Qué? —pregunta Laurens.

Pim saca la mano y le tira a Leslie el agua de lluvia que ha recogido. Ella chilla y casi tropieza con sus tacones.

—Ahora podemos ponerte una tarea —dice Pim.

—¿Quién lo hará? —pregunta Leslie.

De todas formas, con este tiempo de perros no se marchará.

—¿Cuál de nosotros quieres que lo haga?

Leslie nos mira a los tres, de uno en uno.

—Quiero que la elija Eva.

—Vale, Eva —dice Pim.

Yo pienso. Tengo que pensar en algo que contente a Pim y a Laurens, pero también tengo que hacer lo que hacen las chicas: ser solidarias entre sí.

—Tanto Laurens como Pim pueden tocarte durante tres segundos —digo.

—Vale —dice ella suspirando.

Resulta difícil saber si está aliviada o decepcionada, parece sobre todo borracha, y yo espero no tener una pinta tan aturdida como ella.

Laurens es el primero. Se coloca delante de Leslie, le pone las manos sobre el jersey, con cuidado, allí donde cree que están los pechos. Pellizca con los dedos, pero está demasiado lejos de ella, por lo que su gesto tiene algo de torpe y a la vez de cauteloso, como cuanto Tesje intenta comprobar si la fruta ya está madura.

Cuento tres largos segundos.

—Vale, es suficiente —dice Pim.

Laurens se hace a un lado y Pim ocupa su lugar. Primero mira a Leslie de arriba abajo, evaluándola.

Empiezo a contar.

Con un movimiento rápido y fluido le sube la falda y le aparta el elástico de las braguitas. Levanta el dedo corazón de la otra mano, lo observa a la luz como haría un médico con una inyección para sacarle el aire y lo moja con saliva. Luego lo acerca a la entrepierna de Leslie, lo introduce en su interior, bien adentro, inclinándolo para encajarlo en la parte inferior de su cuerpo. Ella separa más las piernas, pierde el equilibrio. Por el antebrazo de Pim veo que es él quien la sostiene en pie, los músculos de su muñeca se le tensan. Leslie está profundamente enclavada en su dedo.

—Empieza a contar a partir de ahora —dice Pim—. Sólo ahora la toco de verdad.

Laurens lo observa con admiración. Le duele no haber tenido la misma idea.

Cuento tres segundos rápidos.

A la de tres, Pim saca y mete su dedo rápidamente varias veces. Cuando su mano sale de las bragas de Leslie, la goma salta entre sus labios. Ella se la recoloca. Pim se huele el dedo, lo acerca a la cara de Laurens.

—Venga. Mejor que cualquier paté de vuestra tienda. Puedes probarlo si quieres.

Laurens titubea, lame el dedo, está incómodo sobre todo porque Leslie lo está mirando.

Mientras ella se aleja tambaleándose en la lluvia, Pim dice:

—Esto, chicos, es lo que llaman *meter el corazón*.

Leslie aún podría oírnos, puesto que aún no se ha extinguido el repiqueteo de su bicicleta.

Pim hace crujir los dedos, nos da otra ronda de vino. Su sonrisa es más amplia que de costumbre.

¿En qué momento empezó a creer que esto se le daba bien?, ¿y fue antes o después de que se le empezara a dar bien?

Una hora más tarde, toda nuestra familia está sentada en torno a la mesa. Mamá es la última en llegar; deja de un golpe la olla de hierro fundido en el centro, se equivoca al calcular la distancia. Jolan comprueba si la mesa se ha resquebrajado.

Siento cómo me arden la piel y los músculos. Creo que el vino aún no ha salido de mi cuerpo. Hago las cosas con más énfasis del habitual. Paso las patatas, me llevo el tenedor del plato a la boca.

La superficie de mi piel no parece nítida, sino difusa, como la de una sombra. Se me pegan los movimientos al cuerpo, los brazos parecen de espuma. Mamá está sentada a mi lado pero no se percata de nada. Somos dos fotos movidas, tomadas en la penumbra.

Tesje sí lo ve. Sigue atentamente los movimientos de mi tenedor. Por desgracia, comemos guisantes.

CABEZA GRASIENTA

Ahogarlos en mayonesa. Mamá oyó en algún sitio que eso ayudaría a eliminar los piojos. Prefirió esperar a las vacaciones de Pascua para que Tesje no tuviera que ir a la escuela con el pelo grasiento. En 2002, el primer día de las vacaciones de Semana Santa cayó el 1 abril, Día de los Inocentes, así que esperó hasta el día 2 para que nadie pensara que se trataba de una broma.

—Si esto no funciona, tendremos que cortarlo al rape —dijo.

Golpeó la parte inferior de un bote de mil cien mililitros de Devos & Lemmens con limón para que fuera más fácil desenroscar la tapa. Jolan y yo habíamos puesto el Mastermind sobre la mesa del comedor, unos metros más allá, para poder seguir lo que sucedía en la cocina. El tratamiento con mayonesa no nos parecía una buena idea, pero en vista de que no se nos había ocurrido nada mejor, nos callamos.

Tesje se sentó a regañadientes en el centro de la cocina. Llevaba puesto su camión preferido de Barbie con frunces de color rosa que le quedaba demasiado pequeño. Los pliegues se tensaban en la zona de los pezones. Yo tenía el mismo camión, nos lo había regalado una tía junto con una versión en miniatura para nuestras muñecas. Sólo Tesje creía aún que si conseguía que sus Barbies se parecieran a ella, ella también se parecería a una Barbie.

Nuestra madre le cubrió los hombros con una toalla de baño, le quitó la goma del pelo lacio y se lo peinó rápidamente.

Nosotros estábamos tensos, no debíamos echarnos a reír, eso lo sabíamos muy bien Jolan y yo. Los tres habíamos tenido piojos, pero *caganidos* era la única que no conseguía librarse de ellos, porque en ella todo era más intenso y pululaba por más tiempo.

—No quiero que Jolan mire —dijo Tesje.

Su cabeza se inclinaba a uno y otro lado a causa de los movimientos del peine, como un copo de nieve en el viento.

—Ya lo has oído, Jolan. Date la vuelta —le ordenó mamá.

Yo tenía la suerte de estar en el lado correcto de la mesa y no tener que girarme para ver lo que sucedía. Sin embargo, aparté la vista.

El nogal en la terraza estaba lleno de amentos. También otros árboles estaban cargados de flores, un pequeño arbusto había empezado a fabricar minúsculas bayas e incluso el ruibarbo estaba lleno de hojas. Un pájaro aterrizó en el asiento del columpio al fondo del jardín. Jolan cogió los prismáticos de la encimera.

—*Erithacus rubecula*. Un petirrojo.

Cada día se aprendía de memoria algunas palabras en latín.

—Aunque te lo inventaras, no lo sabríamos —dijo Tesje.

Miramos cómo el pajarillo picoteaba algunos granos de la bola de grasa del comedero, oímos cómo mamá removía la mayonesa. Era el mismo ruido pastoso que hizo la vez que preparó cola de empapelar.

Untó con cuidado las raíces del pelo y fue repartiendo la salsa hasta las puntas, mientras pasaba al otro lado de la cabeza los mechones que había tratado y que se quedaban pegados al resto del pelo de Tesje.

Cuando hubo engrasado a conciencia dos tercios de la cabeza, se detuvo para agarrar un piojo que había ido a parar a su hombro. Tesje llevaba ya un rato derecha. Alzó un pie del suelo, giró el tobillo y perdió el equilibrio.

—Que se te caigan de la cabeza es una buena señal. Se están rindiendo —dijo nuestra madre. Con gesto rabioso, dejó el piojo sobre el pañuelo que había encima de la mesa.

Jolan observó la mancha negra con sus prismáticos.

Mamá cogió la cuchara roja con el mango largo y echó una buena cucharada sobre la cabeza de Tesje. Repartió la mayonesa con el dorso de la cuchara.

Grandes pegotes de mayonesa resbalaban por las sienas de Tesje. Ella quiso quitárselos y palpó en busca de la punta de la toalla que tenía sobre los hombros.

—No toques nada —le ordenó mamá—. Lo que sientes es el nerviosismo de los piojos. Son sus últimos espasmos.

A las seis, la mayonesa en la cabeza de Tesje habría bastado para aliñar todas las hamburguesas servidas en una fiesta escolar. Las sombras alargadas habían desaparecido del jardín. Para una noche de primavera como aquélla, eso significaba que era la hora de cenar. Jolan guardó el Mastermind. Ni siquiera me preguntó cuál era la combinación de colores ganadora.

—¿Y ahora qué? —dijo encendiendo la luz de la cocina.

Tesje, de pie, se balanceaba de una pierna a otra. Estaba cansada. Mamá miraba la etiqueta del bote de mayonesa. Allí no había instrucciones, sólo la composición.

—Tiene que penetrar durante el tiempo suficiente. La idea es que se lo deje puesto mientras duerme.

—Pero ¿cómo voy a dormir así? —se quejó Tesje, apretando las manos entre las rodillas.

—De pie. Como las vacas —dijo papá, que acababa de llegar y esperaba a que alguien empezara a poner la mesa.

Entonces intervino. Sacó un rollo de film transparente del armario, envolvió la cabeza de Tesje con el papel de plástico, lo pasó por debajo de su barbilla y lo tensó. El gorro no debía moverse del sitio. Lo único que quedaba sin cubrir era su cara.

—¡No aprietes tanto, que me ahogo! —gritó Tesje, metiendo los dedos debajo del film para que papá dejara más espacio.

—¡No toques! Una persona no se asfixia tan rápido —le espetó papá, y apretó un poco más.

A través del plástico transparente vi cómo se le arrugaba la piel del cuello.

Aparté la mirada para que Tesje no pudiera ver en mi cara lo terrible que era aquello.

Comimos pan que había dejado sobre el radiador, pero que no estaba crujiente porque el termostato había saltado al programa de verano.

Después de su primer bocadillo, papá se levantó para ir a buscar la mayonesa que Jolan había quitado adrede de la mesa. Dejó caer tres chorros de salsa en el pan, igual que hacía con la salsa Maggie en la sopa. El gorro de plástico de Tesje crujía cada vez que volvía la cabeza.

El primer bocado de papá fue voraz. La salsa salió chorreando por un lado del bocata. Tomó el segundo bocado con más lentitud y énfasis, porque todos lo mirábamos. Con un dedo, recogió los pegotes de su plato. De repente empezó a toser aparatosamente.

—Ya ves, Tesje, ¡la mayonesa es realmente tóxica! —dijo Jolan—. Esos piojos se han esforzado por nada.

Hizo un gesto de asentimiento a papá: ya podía parar, lo había dejado claro.

Pero papá se levantó con la cara totalmente roja, agitando los brazos. No estaba bromeando. Le di unos golpes en la espalda hasta que el trozo de corteza salió de su garganta.

Tesje y yo nos fuimos temprano a la cama. Mamá nos dio cuatro bolsas de basura abiertas con tijeras para cubrir el colchón.

—¿Ya duermes? —me preguntó Tesje en plena noche. En la habitación flotaba un olor dulzón con un toque de limón.

—Sí, ya duermo. —Normalmente se reía con este chiste, pero ahora se quedó callada—. ¿Quieres que te lavemos el pelo, Tesje? Yo creo que ya lo has llevado suficiente tiempo.

—Ahora que está extendido, deja que haga su efecto —me dijo.

El gorro de plástico se había desplazado al rozarse con la bolsa de basura, por lo que la boca de Tesje estaba más torcida de lo normal.

—¿Quieres acostarte por una vez en mi cama? Verás lo bien que se está con el techo inclinado. Yo dormiré en la tuya —dije.

—No, no hace falta —me contestó ella.

Pasados unos minutos cambió de opinión.

—Quizá duerma mejor allí arriba —dijo.

Intercambiamos las camas. La suya estaba formada por cuatro armarios bajos con un colchón encima. Debido a la falta de ventilación, el moho salía por debajo de los bordes del colchón.

—Voy bien —me dijo cuando hice ademán de ayudarla a subir por la escalera.

Desde su cama observé cómo Tesje se encaramaba a mi cama con su gorro de plástico y sus bolsas de basura cortadas. Las extendió con cuidado sobre el colchón, con más cuidado del que había tenido al cubrir su propia cama, y se tumbó encima. Con cada movimiento se oía un crujido.

—Puedes empezar a desear las buenas noches —me dijo.

Me apuntó uno por uno los nombres que debía mencionar.

—Buenas noches, Dios; buenas noches, Tes —dije para acabar.

—Buenas noches, Eva —me contestó ella.

Las náuseas me despertaron antes del amanecer. La salsa se había cortado durante la noche por culpa del calor, Tesje tenía las sienes relucientes por el aceite y su pelo formaba gruesos cordones. Había mayonesa por todas partes, en sus orejas, en la almohada. Tenía el cuello lleno de marcas, el gorro de plástico se le había soltado un poco. Ella permanecía tesa e inmóvil encima de las bolsas de basura.

Me la llevé de la mano al cuarto de baño, le dije que se inclinara sobre el borde de la bañera y le enjuagué la cabeza. El agua formaba perlas sobre la grasa. Le lavé la cabeza dos veces con detergente líquido. Tesje me daba instrucciones. Tenía que masajear ambos lados de la cabeza de la misma forma. Después volvió a ponerse jabón, para deslavar lo que yo había lavado.

Dos días más tarde era Pascua. El conejo de Pascua trajo muchos más huevos de chocolate que en años anteriores. El cabello de Tesje seguía colgándole en greñas. Cuando se pasaba un peine por el pelo, las lombrices de grasa sólo cambiaban de lugar. Los mechones cortos, que siempre se rompían antes de que le hubieran crecido lo suficiente para hacerse una cola, le brillaban en la frente. Entre las greñas se le veía el cuero cabelludo, infestado de bichos negros.

El día después de las vacaciones, Tesje fue a la escuela con los bolsillos laterales de su bolsa llenos de huevos de Pascua para repartir en el patio. Una de las viejas gorras de papá le cubría la cabeza rapada.

LAS 14.00

A veces los limpiaparabrisas se mueven como brazos; otras, como piernas. No tengo ni idea de si depende del tipo de coche, de la frecuencia con la que se mueven o del estado de ánimo con el que me siento al volante.

Durante un tiempo, cada vez que llovía con violencia, me acordaba de Jan al ver el vaivén nervioso de los limpiaparabrisas, que no podían con tanta agua. Me preguntaba si Pim también lo veía cuando atravesaba la misma lluvia en coche o en tractor. Si también él se paraba al borde de la carretera para poder desconectar los limpiaparabrisas.

Miro por enésima vez la invitación que está en el asiento del acompañante. Nada ha cambiado, nos esperan a las tres.

Podría conducir hasta Bruselas, prepararme un bocadillo de queso, hacer un dibujo, oír a través de las paredes a los niños de los vecinos mientras juegan. Escuchar los ruidos en el pasillo con la esperanza de que sea el vecino que viene a llamar a mi puerta como de costumbre, lo que me convencería de que, pese a no ser necesariamente de fiar, es un hombre predecible. Mañana encontraría el enésimo sobre de Jolan, lo metería en la caja de zapatos junto a los demás sobres que he recibido y que conservo hasta que sea demasiado dinero para guardarlo en casa y tenga que decidir qué hacer con él: quedármelo o no.

No tendría que haber salido tan pronto esta mañana. La granja está a tres minutos de aquí en coche, como mucho a cinco a través de la nieve. Aunque condujera a diez kilómetros por hora dando el rodeo más grande que se pueda dar en este pueblo, zigzagueando por todas las calles transversales y aparcando marcha atrás en todos los sitios libres que encontrara por el camino, aun así llegaría mucho antes de que empezara la fiesta. Sólo las personas que, como Laurens, quieren asegurarse de que todavía quedan suficientes cacahuetes llegan demasiado temprano a los sitios.

Quedarme parada delante de la casa de mis padres no es una opción. Conduzco el coche hasta la calle más lógica, la que lleva a la iglesia. He tomado esta calle innumerables veces. No creo que en Bruselas exista un trayecto que haya recorrido con la misma frecuencia, ni de mi casa a la escuela en la que doy clases, ni desde mi puerta hasta el supermercado, ni desde el gimnasio en la Rossinistraat donde voy a remar cada mañana temprano hasta la escuela en la que dibujé modelos durante un tiempo, ni siquiera los veinte metros hasta la puerta del vecino. De hecho, mientras haya estado aquí más veces, estaré más en casa aquí que en Bruselas.

Tiene que poder expresarse en cifras exactas: las veces que he pasado en bicicleta por delante de la iglesia, las veces que me he parado delante de la casa de Laurens para mirar a su madre detrás del mostrador, los trocitos de mortadela que ella me ha dado porque me veía un poco pálida, las veces que me he ido con el sabor de la mortadela barata en la boca y la esperanza de que todo se detuviera, todo salvo los niños; porque entonces los niños se mudarían a la casa de la derecha, puesto que las familias no eran más que lugares de paso.

Cada vida no es más que una suma de cifras, pero pocos consiguen llevar la cuenta, empezar a contar a tiempo. Los que lo intentan, enferman o enloquecen, fijan de antemano cuántas veces han de masticar algo para que quede claro de inmediato y luego van restando cada movimiento realizado. Su vida no es una suma sino una diferencia, se reduce a cero.

Conduzco lentamente por el centro del pueblo y dejo que sean los lugares adonde no quiero ir los que determinen qué camino seguiré: la casa de la señorita Emma, por allí no quiero pasar pero tengo que hacerlo. Se lo debo: desde la fiesta de despedida en la clase se lo debo todo a ella.

La fiesta tuvo lugar un día lluvioso, no fue el último día de escuela, pero sí el único en que nosotros, los acoplados, podríamos agenciarnos el espacio: habían mandado a los de quinto con los de cuarto. Habíamos apartado todos los bancos y sillas a un lado. La señorita Emma había invitado a su hermana a llenar la pista de baile. En la escuela la conocíamos bien. Debido a su físico macizo, su pelo corto y rizado y su inapreciable pecho, cada diciembre le pedían que hiciera de paje negro de san Nicolás.

A mitad de la fiesta de despedida, fui al trastero a buscar más tizas y un borrador, porque el baile había degenerado en una pintada de jeroglíficos. Al encender la luz, me encontré con la señorita Emma liada con su hermana. La señorita Emma se sobresaltó, pero no soltó a su hermana.

—Eva. Ésta no es mi hermana, sino mi novia —me dijo posando la mano derecha en mi espalda y la otra en la espalda de la mujer sobre la que por unos segundos no existió ninguna certeza—. Esto tiene que quedar entre nosotras. ¿Me lo prometes?

Sus manos eran cálidas. Yo no sentía las puntas de sus dedos, sólo la falange amputada. Asentí haciendo los gestos con los que el paje de san Nicolás conseguía que todo un gimnasio de párvulos extasiados se callara: cerrar la boca con una llave imaginaria y tirarla por encima del hombro.

Me había propuesto realmente no contárselo a nadie, pero el precintado de mis labios saltó de camino a casa. Quería tener algo que contarle a Pim.

—¿Queréis que os cuente una cosa? —dijo Jolan unos días más tarde en la mesa, mientras esperaba sobre todo una reacción de papá.

Nadie estaba realmente interesado, esperábamos que nos contara algo sobre la diferencia entre las plantas monocotiledóneas y las dicotiledóneas.

—Yo quiero saberlo —dije.

Él sonrió débilmente en mi dirección.

—La señorita Emma es lesbiana. Alguien lo ha visto con sus propios ojos —dijo.

Me sentí como si me hubiera picado una avispa. El ardor se propagó por mi pecho.

Papá no reaccionó. Me incliné como él sobre mi plato y me dediqué a pescar los rosados trozos de tocino entre los macarrones relucientes.

Jolan no era una persona a la que solieran contarle este tipo de habladurías, salvo que quisieran engatusarlo para que los ayudara con las matemáticas o la física. El hecho de que incluso él conociera este cotilleo demostraba que Pim había puesto al corriente a casi todo el pueblo.

—Lesbiana. Es raro, ¿no? —repitió Jolan—. Por lo visto, se estaban enrollando en el trastero.

Volvió a mirar a papá para ver si entretanto había logrado despertar su interés.

—A ver si tú te enrollas y te acabas el plato, Jolan —decidió mamá.

Jolan se calló y siguió comiendo.

Me costó no reaccionar, demostrarle que lo que decía era importante, que era cierto. Pero por primera vez no fui capaz de echarle un cable.

Las habladurías sobre los toqueteos en el trastero, que en pocos días se propagaron como una bola de fuego por todo el pueblo, llegaron a oídos de la dirección de la escuela. Diversos padres exigieron una aclaración.

La noticia sobre el despido de la señorita Emma fue dos semanas más tarde. Se habían inventado otro motivo.

Durante el otoño del año 2000, iba cada día al lugar exacto donde ahora he aparcado el coche: detrás del tilo. Desde aquí podía observar la casa de la señorita Emma sin que ella me viera. Había dejado de ser mi conciencia. No, habíamos cambiado la guardia.

Yo miraba cómo podaba el seto del jardín, cómo intentaba sacar torpemente las bolsas de la compra que llevaba colgadas en el manillar de su bicicleta cuyas asas se le quedaban siempre enganchadas al timbre. En una ocasión les dio un tirón y el timbre sonó tres veces seguidas. Yo fui la única que lo oyó. Sonaba como una pregunta que nadie quería contestar.

Dispuesta a delatar mi escondite, hice sonar el timbre de mi bicicleta tres veces, con los mismos intervalos.

La señorita Emma se volvió, me miró fijamente, entró en la casa con las pesadas bolsas y cerró la puerta de golpe tras de sí.

Aquel mismo año, antes de que empezara el invierno, puso la casa en venta.

Volvió en dos ocasiones a Bovenmeer: en 2001 para el entierro de Jan, y en 2004 para ser la primera lesbiana en casarse en la iglesia de este pueblo. Se decía que sólo recibirían una invitación aquellas personas que habían apoyado abiertamente su relación. Después, todo el mundo podría lanzar el arroz.

Siete días seguidos comprobé si había correo en el buzón. Pim fue el único mosquetero que recibió una invitación para asistir a la ceremonia. La muerte de Jan le aportaba interminables privilegios.

Al final no acudió. No me asombró lo más mínimo porque el día en que le conté el secreto, él me contestó:

—No tiene otra inclinación sexual, simplemente es una degenerada.

En un primer momento, yo tampoco tenía previsto ir a ver cómo le lanzaban el arroz. Ya había tenido lugar el verano de 2002, Tesje ya no vivía en casa, yo hacía los menos planes posibles y procuraba por todos los medios no toparme con Laurens y Pim.

Sin embargo, cuando llegó el día fui y observé la escena desde la distancia. Se había congregado una gran multitud de curiosos. Querían ver si no desentonaban: dos vestidos de novia que se prometen fidelidad eterna.

Yo quería sobre todo saber si la señorita Emma parecía feliz. Si su despido de la escuela había supuesto un cambio positivo en su vida. Si gracias a ello se había vuelto más significativa.

No soltaron palomas ni globos.

La señorita Emma llevaba un traje sastre con un profundo escote y el pelo recogido en un moño prieto. Su flamante esposa llevaba un traje pantalón de lino beis hecho a medida, con perneras rectas y un bolsillo morado en el pecho. Salieron de la iglesia bajo el repicar de las campanas.

Unas cuantas personas, entre ellas la madre de Laurens, que ni siquiera se había tomado la molestia de quitarse el delantal, les lanzaron el tipo más grueso de arroz en plena cara.

24 DE JULIO DE 2002

A la antigua usanza, sin llamar primero, me presento en casa de Laurens confiando en poder convencerlo de que deje «las comprobaciones». Me he preparado un breve discurso y en el calcetín llevo suficiente dinero para unas lonchas de salchichón y así no tener que volver a casa con las manos vacías en caso de que Laurens no esté dispuesto a hacer lo que quiero pedirle.

CERRADO POR VACACIONES HASTA EL MIÉRCOLES DE LA SEMANA QUE VIENE, pone en el letrero del escaparate de la carnicería. El mostrador está vacío, aparte de unos cuantos embutidos secos. Debajo de la servilleta desplegada hay algunos productos que no pueden echarse a perder en siete días.

El padre de Laurens, casi irreconocible sin el delantal de carnicero y con las gafas de sol, está en el garaje abierto intentando encajar las últimas cosas en el coche.

Cada año pasa lo mismo. Nunca tienen previsto irse de vacaciones, hasta que salen a toda prisa. Siempre van al mismo camping del sur de Francia, situado a orillas de una playa de arena y una playa nudista.

Laurens ya está en el coche leyendo un cómic, con una mano dentro de un gran bote de caramelos que en principio están reservados para el viaje. El cristal de la ventanilla se baja.

—Indira tendrá que esperar tu acertijo una semana.

Laurens habla apresuradamente, aunque no estén a punto de marcharse: su madre está regando sin prisa las plantas del alféizar. Por la ventanilla abierta me pasa un caramelo ácido. Él elige uno más suave.

—Claro que te esperaremos para quedar con Indira —digo.

La ventanilla vuelve a cerrarse.

Cinco minutos más tarde, su madre cierra la casa con llave. Desde el incidente de las sombras en el verano de 2000 ya no me deja la llave de reserva de la casa. En los años anteriores, las mismas tres personas teníamos acceso a la carnicería durante las vacaciones: el hermano del padre de Laurens, una amiga de la madre de Laurens y yo. Yo siempre cogía la llave con gratitud, pero sin saber para qué podría servir. En aquella casa no tenían animales vivos, había una alarma contra incendios y yo no sabía nada del funcionamiento del generador eléctrico junto a la cámara frigorífica. Nunca llevaba encima la llave, sino que la guardaba en el cajón de los calcetines de mi ropero. No sólo por temor a perderla, sino también porque, con cada movimiento, el metal me recordaba lo mucho que había deseado en los días previos a su partida que me pidieran que fuera con ellos.

Con una lengua ácida y hormigueante me siento en el muro de la iglesia a esperar que el coche familiar lleno a rebosar salga del pueblo.

Laurens sabe muy bien que sin él no quedaré con Pim. El BMW azul pasa por delante de la iglesia. Aunque me había propuesto no recalcar que soy yo la que se queda atrás, me pongo a saludarlo con más vehemencia, puesto que Laurens no ve lo que veo yo: en proporción con los pesados trastos para acampar que hay en el asiento trasero, su cabeza es más pequeña y tosca que de costumbre. Es difícil no sentir compasión por él.

Intento imaginarme cómo son las vacaciones que llevan años haciendo. Eso es fácil con la mayoría de los objetos. Por ejemplo, las tres neveras contienen reservas de carne que por las noches echarán a la barbacoa y regalarán para poder pedir prestado sin recato el material de acampada a otros durante el resto de las vacaciones. Necesitarán casi un día entero para llenar y trasladar el gran bidón de agua, y los bastones de marcha nórdica se quedarán en un buen propósito.

Me lo imagino todo, hasta los juegos de mesa y la colchoneta hinchable, salvo por un detalle: la madre de Laurens sin ropa en una playa nudista. Aquí en el pueblo es la persona más tranquilizadora que conozco. Sé a cualquier hora del día dónde se encuentra, qué está haciendo y cómo lo está haciendo, qué carne está manipulando y con qué cuchillos.

Que cubra siempre su cuerpo ante nosotros pero se atreva a destapararlo en una playa nudista en Francia no sólo me resulta curioso sino también ofensivo. Al parecer, puede ser más ella misma en compañía de extraños. De algún modo, no se siente cómoda en este pueblo.

El coche desaparece de la vista, dejo de mover la mano y miro la torre de la iglesia. Los relojes de la iglesia no tienen segunderos; mejor así. Aún no es mediodía.

Los miércoles son los días de vacaciones más largos, no hay nada que hacer. Esta tarde habríamos tenido libre de todos modos.

Hace casi dos semanas que se marcharon los puestos de la feria. A pesar de los pocos días que estuvieron en el pueblo, se nota su ausencia. Los abuelos que en el tióvivo alentaban a sus nietos a atrapar la borla para conseguir un viaje gratis. El feriante que mantenía la borla justo fuera del alcance de todas aquellas manos ansiosas. El niño que agarraba la borla sin haber hecho nada especial, no porque alguien reconociera su falta de oportunidades, sino porque ese niño tenía hermanos, hermanas, primos y primas que querrían subirse también y tendrían que pagar el viaje.

Poco después de que el coche desaparezca, algo ocupa su lugar: la tía de Elisa se dirige hacia la expendedora de pan que se encuentra en medio de la plaza de la parroquia. A medida que me llegan sus detalles —gafas, zuecos, pantalón pirata encima de un bañador—, la veo dudar cuando se percata de mi presencia. Primero va a por el pan y luego se acerca a mí, con la bolsa apretada bajo el brazo. Cada vez se parece más a una abuela.

—Este verano, Elisa se queda en el pueblo —me dice.

Me mira fijamente. No me atrevo a sonreír.

—La vi montando a caballo —digo.

—Creo que se aburre —dice la tía.

Coge un trozo de pan y me lo da. En la época en que iba a comer a su casa, siempre me comía la corteza porque ella me había contado que así te salían tetas, algo que yo estaba dispuesta a creer al ver a Elisa.

—¿Cómo está? —pregunto masticando.

—Ven con nosotras a bañarte a De Lilse Bergen, allí se lo podrás preguntar tú misma —me dice—. ¿O tienes algo que hacer?

Paso por debajo del alambre de espino de rodillas. Me quedo parada junto a la línea de banda del campo, sigo a Elisa, que da vueltas con su nuevo caballo y, al hacerlo, rebota en la silla con bastante dramatismo.

Cuando llegó al pueblo durante el fin de semana de la feria, no me atreví a abordarla porque no encontraba un motivo para hacerlo. Ahora que la yaya me ha pedido que convenza a Elisa de que venga con nosotras a De Lilse Bergen, todo es diferente. Esta vez voy por encargo de otro.

Me he puesto el bañador en casa. Me ha costado encontrar un sistema que me permita mantener mis pechos. Delante del espejo del cuarto de baño me he colocado uno de los dos sujetadores con relleno, los tirantes se han quedado en su sitio debajo del bañador. Las redondeces no son tan grandes como las de Elisa, pero algo es algo.

Elisa se percata de mi presencia pasados unos minutos. Deja de contorsionarse sobre la silla de montar y con las manos apoyadas a ambos lados del cuello del caballo se empuja hasta erguirse más. Chascando la lengua, dirige al animal en mi dirección. Este semental es más grande que *Twinkel*, tiene una estrella blanca alrededor del ojo izquierdo.

Si fuera una vaca, sería una de esas vacas negras con la cabeza blanca; Jan me dijo en una ocasión que eran sus favoritas.

Elisa se baja del caballo. Sigue sacándome una cabeza. Lo primero que me llama la atención son sus cejas. Dos curvas bien definidas. No creo que se las haya depilado ella misma. Seguramente en Hoogstraten tienen un salón de belleza donde hacen esas cosas.

El caballo resopla intranquilo. Elisa vuelve a chascar la lengua, me precede hacia el gran bebedero junto a la cuadra.

—Tu yaya pregunta si irás con ella a De Lilse Bergen —digo—. Me pidió que os acompañara.

Elisa frunce sus finas cejas.

—Si digo que no, ¿iréis vosotras dos solitas?

Mete el caballo en la cuadra. Allí le quita la silla de montar. Se toma su tiempo, realizando cada movimiento de forma explícita.

La espalda de Elisa me irrita. Mientras vea su espalda, significará que ella no me ve a mí. Con la mayoría de la gente, con mi padre, me pasa lo contrario. La espalda de mi padre es la única parte de su cuerpo que me atrevo a mirar, la única a la que no le tomo nada a mal, es su ángulo muerto.

Elisa tarda una hora en estar lista para salir. Sólo cuando está sentada junto a mí en el asiento trasero del coche y me muestra el bikini amarillo fluorescente que lleva debajo de la ropa me creo que vendrá realmente con nosotras.

—Siento que hayamos tardado tanto —dice la yaya.

—No importa —digo; al menos así ya ha pasado parte del tiempo.

Intento relajarme. Ahora que Laurens se ha marchado a una playa de arena donde meterá la barriga cada vez que pasen chicas holandesas, no tengo que preguntarme continuamente si él y Pim estarán haciendo algo mejor en otro sitio.

Después de media hora de coche, llegamos a De Lilse Bergen: las montañas de Lille.

Para ser un parque recreativo en la región de Kempen, el nombre está estratégicamente bien pensado. Cada año, unos cien turistas perdidos armados con botas de montaña o un mapa de Francia encallan junto al estanque de baño. Son casi siempre estas personas las que alquilan los patines acuáticos para no tener la sensación de haber conducido hasta aquí para nada.

Nos sentamos a cierta distancia de la yaya y extendemos las toallas en una dirección distinta a la suya para que los chicos que están un poco más lejos no tengan la impresión de que nos acompaña.

—Tampoco estás tan gorda.

Es lo primero que me dice Elisa cuando nos quitamos la ropa y aparece nuestro bañador. Me pone en la mano el doble de crema solar que ella cree necesitar para su cuerpo.

Ya embadurnada, me tumbo sobre el vientre y aparto la cabeza. Elisa saca una revista de su bolso y empieza a hojearla. Debería haberme traído un cómic. La última vez que Elisa y yo leímos juntas un libro fue en cuarto, la noche antes de un examen de lengua. Yo era la mejor analizando frases, pero necesitaba una buena excusa para llamar de noche a la puerta de la tía. Le dije que había olvidado cómo se buscaba un complemento directo en una frase.

—Primero buscas el sujeto, para saber cuál es el complemento directo —me dijo Elisa dándoselas de maestra—. Por ejemplo, en la frase: «Elisa explica el análisis sintáctico a Eva», ¿quién hace algo? Elisa. Ella explica algo. Ella es el sujeto. ¿A quién le explica algo Elisa? A Eva. Eva es, por consiguiente, el complemento directo.

Por su explicación deduje que ella lo había entendido aún peor, pero no la corregí, al contrario: al día siguiente dejé que hiciera mal el examen, pues al fin y al cabo había acertado en las relaciones: siempre que apareciéramos juntas en la misma frase, yo estaría subordinada a ella.

Sólo en torno a las tres y media, cuando el sol ya empieza a bajar, Elisa me propone ir a nadar. Se levanta, salta unas cuantas veces en la arena para aflojar los músculos. La línea que va de su nuca al coxis está cubierta de vértebras afiladas como las de un dinosaurio pintado chapucosamente por un niño. Un lazo amarillo fluorescente en la nuca sostiene todo el peso de sus pechos. Tenemos más o menos la misma grasa en el cuerpo, sólo que ella la tiene en los lugares adecuados.

Su vientre es liso con una única arruga justo debajo del ombligo, como en los pantalones que tienen una raya planchada (cuando se sienta, sólo se pliega allí y en ningún otro sitio).

Ya me había fijado en eso aquel primer día en la piscina. Entonces ya sabía que las cosas que admiraba de ella serían las cosas que más tarde odiaría. Ahora, lo que más me gusta de su cuerpo es la verruga, sobre todo la habilidad con que logra esconderla siempre debajo de su top. Seguro que ha tenido que probarse muchos bikinis hasta encontrar el modelo perfecto.

—Yo no voy a bañarme —le digo.

Como Elisa no reacciona al oír mi observación, me levanto de todas formas y la sigo hasta el agua avanzando con precaución.

—Vale, pero sólo me mojaré hasta la cintura.

De lo contrario, los rellenos de mi sujetador absorberán el agua. Todo el mundo sabe que las chicas que hacen trampa son fáciles de reconocer por los círculos redondos y mojados en un bañador por lo demás seco.

Elisa se lanza de cabeza. Unos segundos más tarde, me agarra por los tobillos y tira de mí hasta hacerme perder el equilibrio. Me caigo de bruces en el estanque poco profundo.

Con la nariz llena de agua, e incluso después también, mientras corremos por la arena hacia nuestras toallas, me pregunto por qué me cae bien desde hace años, por qué he venido. Debe de haber sucedido lo mismo que con la arena del mar: en algún momento todos esos granos estaban juntos en una roca que no tenía intención de desmoronarse, pero al final, el tiempo y el agua decidieron otra cosa.

Volvemos a tumbarnos. Elisa se da la vuelta de vez en cuando, para secarse de manera uniforme, yo me quedo boca abajo para que las dos manchas mojadas en mi pecho no llamen la atención.

Las braguitas del bikini de Elisa son de esas que se atan con un cordón a cada lado. Ella consigue llamar la atención de unos chicos que están tumbados detrás de nosotras metiendo el vientre, basculando las caderas de forma que sus huesos ilíacos sobresalgan y las braguitas se tensen como un puente entre ambos huesos. Yo también puedo ver lo que hay dentro. Su vello púbico forma un rizo grande, firme y mojado.

Sólo vuelve a bajar la pelvis cuando los chicos se tumban boca abajo para ocultarse unos a otros la excitación.

—¿Aún eres virgen? —me pregunta, levantando la voz lo suficiente para que los chicos puedan oírla.

—¿Y tú? —le pregunto yo. Es justo lo que quiere: poder contestar a su propia pregunta.

—Claro que no —dice—. Pero no conoces al chico. Es de Hoogstraten. Era un amor, no me dolió. ¿A ti sí?

—No, a mí tampoco —digo.

Nos quedamos calladas durante un rato. Los chicos se van a jugar al fútbol. Cuando pasan por delante de nosotras, manosean a Elisa de pies a cabeza con la mirada.

Yo pienso en Tesje. En cómo la dejé sola en casa. Esta mañana al levantarse se había puesto el bañador debajo de la ropa con la esperanza de poder convencer a alguien para ir a nadar. Podría haber ido con ella a la Poza. Podría haber montado la piscina para que papá dejara de utilizar esa promesa para obligar a Tesje a realizar todo tipo de tareas.

La yaya se planta entre nuestras toallas.

—Voy a buscar helados —dice—. ¿Qué queréis vosotras?

Elisa niega con la cabeza.

—No tenemos hambre.

Miramos cómo la yaya va esquivando las piñas secas en la arena como si fueran minas terrestres mientras se dirige al carrito de los helados.

—Una vez me corrí sobre el caballo —me confiesa Elisa de repente cuando su yaya se ha alejado lo suficiente.

Es la primera vez en toda la tarde que habla de caballos.

—En mi silla de montar hay un pequeño bulto, justo en el sitio adecuado. Ya sabes a qué me refiero. —Pronuncia las palabras lentamente como si quisiera que las anotara en algún lugar—. Después de la muerte de *Twinkel* cambié todas sus guarniciones, pero me quedé con la silla.

La yaya vuelve apresurada con una tarrina de helado y dos Calippos. Lanza los polos entre nosotras. Se sienta en su toalla y se come su bola de vainilla con una cuchara.

Ahora yo podría coserle la boca a Elisa contándole la verdad: si tiene los labios de la vulva tan grises y descolgados es culpa suya, por restregarse sobre la silla de cuero. Cojo un Calippo y le quito la tapa.

—¿Quieres que te enseñe a montar? —pregunta.

Me encojo de hombros.

Coge el otro helado, se lo pone entre los muslos y calienta el tubo subiendo y bajando las manos, hasta que el helado congelado sale. Coloca los labios alrededor de la punta y lame los hilos de pegajoso jarabe.

La mayoría de los chicos están concentrados jugando al fútbol; el único que se fija en los movimientos de Elisa es el portero. Con el segundo lametón le meten un gol.

Después de las seis empieza a refrescar bastante, por todas partes huele a carne quemada sin que se haya encendido una sola barbacoa. Elisa ya no mete la barriga, los chicos han desaparecido. La arena está llena de impresiones de toallas húmedas.

—Nos vamos a ir —nos grita la yaya.

Está en el agua, que le llega hasta la cintura, lejos de un grupo de niños que juegan.

—¿Qué te apuestas a que está meando? —dice Elisa.

Me pongo la camiseta y me levanto. Con la mirada seguimos a un patín de agua con dos niños pequeños que va a la deriva en medio del estanque, un salvador medio desnudo tiene que acudir en su ayuda. Aunque Elisa y yo miremos lo mismo siempre veremos cosas distintas. Así será siempre. Luego perderé a Elisa otra vez, después de hoy no nos hablaremos durante mucho tiempo. Viene a sentarse a mi lado para poder quitarse la arena de los pies con su toalla.

Quiero darle algo, unas cuantas palabras que puedan quedarse entre nosotras, un secreto, pero no puedo explicarle lo que tramamos este verano, no puedo hablarle de los planes de Laurens y Pim, de la lista de puntos en la que ella ocupa el primer puesto con un nueve y medio; no lo recordaría como un secreto, sino como un cumplido.

—Tengo un acertijo —le digo—. Es un acertijo importante.

—Cuéntamelo —dice Elisa.

Le cuento el acertijo, castañeteando los dientes. Elisa me escucha con atención. Su piel arde contra la mía. Por un instante sospecho que ya sabe la respuesta, que fue ella la que me lo contó, que son sus pausas y su entonación las que he olvidado. Pero me mira ligeramente inquieta y dice:

—Ni idea. Dame la solución ahora mismo porque no me gusta adivinar.

Sin dudarlo le digo la respuesta correcta.

—Sí, una vez que la sabes, resulta bastante lógica —me dice.

Se levanta, se suelta los cordones de las braguitas del bikini, un lado y luego el otro, y los tensa de nuevo. Después tira un poco de la tela para que ya no se le marque la forma de los labios.

Un cuarto de hora más tarde volvemos a estar en el coche, entre hileras de abetos. Aunque la yaya propone que Elisa y yo vayamos juntas en el asiento trasero, Elisa se sienta delante. Abre la ventanilla. Tiene la espalda morena, los mechones de su cola de caballo vuelan en todas direcciones en cuanto aumenta la velocidad. Aún siento arder su piel contra la mía.

ENCARTA 97

Yo nunca había pedido la paz en el mundo. Tampoco había pedido un rosario, pero el abuelo me regaló uno por mi primera comunión, en lugar de dar la habitual aportación para una bicicleta.

Me entregó un estuche de piel que contenía un collar con cincuenta y cinco cuentas, cada diez cuentas blancas había una azul.

Rezar el rosario era algo evidente para el abuelo. Por ello no me explicó cómo utilizarlo, aunque de esa manera tampoco me impuso ninguna limitación.

Empecé por las mañanas en el cuarto de baño, de rodillas. Iba pasando la punta de los dedos por las cuentas, justo como le había visto hacer a él en una ocasión. Con cada cuenta blanca pronunciaba el mismo deseo: ganar la carrera anual de la escuela. Cada vez que llegaba a una cuenta azul, que se notaba algo más pesada en la mano y daba la impresión de no poder utilizarse para fines propios, pedía la paz en el mundo. Yo no sabía qué implicaba en la práctica la paz en el mundo, aunque me imaginaba que era una ardua tarea y confiaba en que Dios, por pereza o por pura compasión, eligiera la opción más sencilla y la más rentable: una victoria en una carrera nacional a campo traviesa.

En cuarto dejé de rezar el rosario. Ya se habían celebrado cuatro carreras escolares y yo no había ganado ninguna; a esas alturas ya no me iban a crecer más las piernas.

En el invierno de aquel año, debajo del árbol de Navidad no encontramos un televisor, sino la Encarta 97.

Un CD-ROM educativo que Jolan calificó de «kit de emergencia en caso de examen». Aquel año le habían regalado un microscopio para su cumpleaños; estaba de lleno en la fase en que sólo aceptaba información que pudiera investigar personalmente. Mientras él buscaba insectos en el jardín para luego colocarlos entre dos placas de cristal y someterlos a un examen microscópico, Tesje y yo poníamos otra silla delante del ordenador y descubríamos lo que había en el CD-ROM Encarta 97. Navegamos por decenas de artículos, hicimos un concurso en el que teníamos que relacionar instrumentos de música extraños con sus sonidos y su cultura de origen, y mirábamos documentales. Casi siempre pasábamos el vídeo sobre el terremoto de Kobe, en Japón. El vídeo no sólo mostraba cómo se derrumbaba un puente de un kilómetro de longitud, sino que además explicaba qué debían hacer las personas en caso de que se produjera un terremoto: colocarse en el vano de una puerta o acurrucarse debajo de una sólida mesa.

Por fin pude hacerme una idea mejor de aquel mundo por el que durante años no había querido pedir la paz. Jamás me pareció tan insignificante una medalla de oro en los ochocientos metros.

En lugar de volver a rezar el rosario, aquella misma noche abrí la ventana del dormitorio de par en par y me tumbé de espaldas sobre mi edredón con los brazos y las piernas separados. Intenté atrapar al máximo el frío que entraba por la ventana para ser consciente de las condiciones en las que vivían las personas en algunos países, personas en zonas afectadas por terremotos, niños que no tenían una flauta sino que debían apañárselas con troncos huecos.

La primera acción solidaria duró cinco minutos. Las partes del cuerpo que acusaban las molestias del frío eran los extremos: los dedos de los pies y la punta de la nariz.

Tesje no tardó en querer unirse a mí. Intenté prohibírselo pero no me hizo caso, apartó con los pies su grueso edredón e imitó mi postura.

Puesto que ahora podíamos compartir la miseria entre las dos, alargué la duración de la acción solidaria hasta diez minutos. Tesje no tenía radiodespertador. Dependía de mí para saber el tiempo que pasaba. Se tapaba con el edredón sólo cuando yo le decía que podía hacerlo.

Había un truco: tumbarse encima del edredón en vez de apartarlo a los pies de la cama, pues igual que sucede con los gatos que se te tumban al lado, el cuerpo calienta el edredón que está debajo. Después de media hora, puedes volver a meterte en una cama caliente.

No se lo dije. De todas formas era evidente que Tesje prefería apartar el edredón para ponérselo más difícil.

Pasar frío se convirtió en un ritual que repetíamos dos veces por semana, los martes y los jueves, y antes hablábamos de la cultura con la que nos íbamos a identificar, de la imagen o del documental a los que dirigiríamos nuestra solidaridad.

—¿No han pasado aún los diez minutos? —me preguntaba Tesje siempre después de cinco.

Ella estaba más cerca de la ventana abierta y era más delgada que yo. Seguramente no notaba el frío sólo en los extremos de su cuerpo, sino directamente en las entrañas.

Yo le mentía a menudo, simplemente porque podía hacerlo. No sólo me divertía poder castigarnos a ambas, además quería saber lo que se sentía al manipular el tiempo, al ocultarlo.

A veces nos quedábamos más de media hora tumbadas sobre las sábanas. A Tesje siempre le castañeteaban los dientes más fuerte que a mí. Creo que sabía muy bien que yo alargaba la duración de las acciones, sin embargo seguía obedeciendo, seguramente porque consideraba que nos lo merecíamos.

Cuando miraba sus nalgas pálidas y finas y sus varices de color morado comprendía que la estaba destrozando.

Cuando le dije que debíamos dejarlo ya era demasiado tarde. Fue unos meses antes de que vinieran los vendedores de aire. Tesje ya había empezado a hacer sus propias acciones solidarias.

Para gran irritación de todos, pero en especial de Jolan, que siempre quería poder calcular exactamente cuánto faltaba para su cumpleaños, cada vez que Tesje iba al baño volvía a poner el calendario que había allí en la página del mes de febrero.

Los calendarios eran un proyecto de mamá, los compraba para apoyar a una organización de ayuda al tercer mundo. Eran caros, pero tenían fotos bonitas a todo color de zonas subdesarrolladas. Mamá los ponía cada año en un lugar distinto de la casa para que luego siguieran colgados, y así poder ver los rostros de aquellas personas que a pesar de las privaciones seguían sonriendo alegremente. En el váter colgaba el calendario más viejo, el de 1998, justo delante de la taza del inodoro. El que se sentara a mear estaba a escasos quince centímetros de un país del tercer mundo.

Tesje se metía cada vez más a menudo en el baño. Tan a menudo que mamá me explicó cuáles eran los síntomas de una cistitis y me pidió que averiguara si Tesje padecía una.

A veces la oía susurrar en el váter. Nunca logré entender qué decía exactamente.

—¿Estás hablando sola? —le pregunté cuando acabó.

—No estoy hablando sola—me contestó Tesje dolida.

Yo comprendía el tono con el que se defendía. Era una pregunta ofensiva: mamá también hablaba consigo misma a veces.

Sólo lo supe con total certeza cuando vi el calendario vuelto del revés después de una de sus visitas al váter. El mes de febrero tenía la foto de una mujer negra sentada junto a una gran tina, con una bola de arroz comprimido en su mano negra y moscas en los labios.

—Estás hablando con el calendario —le dije.

Me puse en el vano de la puerta y coloqué las manos en el marco para que Tesje no pudiera pasar. Se quedó donde estaba.

Me explicó cómo había llegado hasta allí. El mes de enero tenía la foto de un buey en una extensa reserva natural, con un hombre que miraba huraño a la cámara. Durante todo aquel mes, Tesje se había sentado de costado en la taza del inodoro para que aquel hombre no pudiera verle los genitales.

Entonces por fin llegó febrero. La mujer que comía arroz había tranquilizado de inmediato a Tesje. Delante de ella no sentía vergüenza y le contó cosas sobre sí misma. Fue un buen mes. Se habían hecho amigas.

Pero luego llegó marzo. Alguien había girado la página del calendario, la mujer ya no estaba allí y eso a Tesje le pareció terrible: ya no tenía a nadie que la mirara, que la escuchara.

—Sería lo mismo si alguien tapara todas nuestras ventanas con cartón y nos dejara así hasta que volvieran a tocarnos tener vistas —me dijo—. Nosotros tampoco queremos pasarnos once meses a oscuras, ¿verdad que no?

La comprendía mejor de lo que ella podía imaginarse. Podría haberle explicado qué rostro tenía mi conciencia. Arranqué para ella el mes de febrero del calendario y colgamos la foto en el dormitorio, a los pies de su cama.

LAS 14.15

Circulo por la Vlierstraat mientras busco una rampa de entrada que me permita maniobrar y dar la vuelta. En esta calle también hay dos tipos de casas, las acostadas y las levantadas.

Yo crecí en una casa levantada, de aspecto algo más distinguido que una casa de obreros. La granja blanca de Pim estaba arrellanada junto a los establos, como un gato junto a una ruidosa estufa. La carnicería de Laurens, un edificio grande e imponente con ventanas panorámicas en ambas plantas, siempre daba la impresión de querer acostarse.

Desde que he visto la diferencia no puedo evitar pensar que los pueblos tienen sobre todo casas acostadas, mientras que las ciudades tienen sobre todo edificios levantados, y que la expresión «una ciudad que nunca duerme» no dice nada sobre sus habitantes.

La antigua casa de la señorita Emma es un edificio levantado. Al lado se encuentra «el bosque del bosque», detrás están los prados de los padres de Pim y un poco más allá hay un extenso parque natural.

Este bosque se llama así porque en el pueblo había dos bosques y por tanto necesitábamos dos nombres. Uno era nuestro bosque junto a la Poza, con bancos y papeleras y embarcaderos de madera que habíamos hecho nosotros; el otro era este bosque en un terreno privado y que tardamos en descubrir porque lo rodeaba un arroyo ancho y cenagoso. Los árboles de este bosque no tenían clavos en el tronco para colgar hamacas ni campamentos entre sus ramas, las ortigas y los acantos crecían salvajes. Este bosque era de sí mismo.

En los meses de invierno tras la muerte de Jan, me paseé a menudo con el perro por la senda que bordea este arroyo. No sólo porque allí no podían entrar los coches y apenas pasaba nadie, sino también porque delante del bosque se extendían los prados de los padres de Pim. Iba allí a inspeccionar: el estado en el que se hallaban las vacas me permitía deducir cómo estaba la familia. Apenas cuidaban de los animales, por las noches no los metían en los establos ni los cepillaban. Las vacas permanecieron todo el invierno en el prado, primero en la nieve y después bajo la lluvia intentando protegerse entre ellas, sólo con agua helada o verdosa en el bebedero.

Cada vez que pasaba por allí, los animales mugían quejumbrosos con las cabezas vueltas hacia mí, las panzas hundidas y el pelaje mugriento. Al igual que los demás habitantes del pueblo, no me atrevía a decir nada al respecto y esquivaba sus miradas.

Sólo a finales de marzo de 2002 llegó al ayuntamiento una denuncia por maltrato animal. El remitente era un observador de pájaros que había visitado el parque natural colindante: el hombre no era del pueblo y por tanto no conocía la historia. Pero el padre de Pim aún no estaba preparado para perdonar, e incluso el ayuntamiento fue capaz de comprender eso. La denuncia se archivó.

He avanzado quinientos metros. Sigo sin encontrar una rampa de entrada que me permita girar. Sé quién vive en cada una de estas casas, o al menos quién vivía en ellas hace nueve años. Sé si estas personas clasificaban sus residuos, con cuánta frecuencia cortaban el césped, cómo recibían la comunión en la iglesia o si era antiguos maestros. En algunas casas reconozco incluso los adornos navideños.

Quiero evitar que alguna de estas personas sepa que estoy aquí, que corran las cortinas o que sus perros me ladren; quiero evitar que quienes hoy no esperan visita me miren con recelo hasta reconocirme. No quiero que salgan para charlar, tantear el terreno con unas cuantas frases sobre el mal tiempo y preguntarme cómo está Tesje mientras echan miradas indiscretas para intentar ver lo que llevo en el maletero.

Sigo circulando en línea recta. Después de apenas un kilómetro, la calle dará al camino de piedra y podré girar a la izquierda. Sé que tendré que pasar por delante de la carnicería y me resigno.

Tomo la suave curva con el coche.

A lo lejos aparece el edificio en el que se encuentra la tienda. La fachada está estucada de naranja oscuro. Esto es nuevo.

Me acerco para echar un vistazo al interior, pero las persianas del escaparate están bajadas. Veo que hay pegado un papel con un mensaje. Sigo avanzando con el coche hasta estar lo más cerca posible. EL 30/12/15 CERRADO. SE ACEPTAN ENCARGOS POR TELÉFONO. 03 475 64 32. Está escrito a mano con grandes letras en dos páginas.

En el jardín delantero hay un letrero nuevo y grande sobre dos palos. Dos focos lo iluminan con una luz difusa. Debajo de una sencilla ilustración de tres cerdos sonrientes pone: CARNICERÍA LOS TRES CERDITOS.

Ya sabía que la carnicería tenía un nuevo nombre. Se lo dieron en 2004, cuando yo aún vivía en casa, justo después de que abrieran un burdel a tiro de piedra de aquí, al otro lado del canal. El dueño del burdel era un holandés con un Mercedes blanco. Pese a que en el pueblo no había otro club de tales características y, por consiguiente, no daba lugar a confusiones, él no llamó a su establecimiento El Burdel, sino La Felicidad, por analogía con el bar La Bienvenida y el bar La Noche, con la esperanza de poder convertirse en una apuesta segura. Los bares, La Panadería, La Carnicería, El Colmado y las demás tiendas de Bovenmeer consideraron inadmisibile aquel negocio. Pero dado que ninguno de ellos estaba dispuesto a ir de puerta en puerta pidiendo firmas para la petición «No al puticlub» o «No a La Felicidad», optaron por seguir su ejemplo y todos ellos —incluidos los padres de Laurens— buscaron un nombre adecuado para su establecimiento.

Posteriormente me enteré por otros de que en casa de Laurens dudaron mucho sobre el nombre. Quizá «Los Tres Cerditos» se le ocurriera al propio Laurens, pues yo consideraba a su madre capaz de pensar algo mejor. En la Poza también colgaron un gran letrero: EL EMBARCADERO.

Quizá idearan aquellos nombres más que nada para que los padres de familia pudieran dejar bien claro adónde iban. «A Los Tres Cerditos» o «A darme un chapuzón en El Embarcadero», lo cual —a diferencia de «A buscar carne» o «A zambullirme en la Poza»— no podía malinterpretarse.

En la luz de los focos que iluminan el nuevo letrero veo que vuelve a nevar. Me acerco todo lo que puedo al aparcamiento y leo las palabras garabateadas en la persiana cerrada: es la caligrafía de Laurens.

Puedo imaginarme exactamente lo que está pasando ahí dentro, la actividad febril con la que se están tramitando los pedidos. De niños, Pim y yo ayudamos muchas veces a los padres de Laurens a llenar las bandejas de aluminio debidamente distribuidas por todas las superficies libres de la planta baja —aparadores, mostrador, sillas, alféizares— salvo en la tapa cerrada del váter.

El padre de Laurens nos daba a cada uno diferentes recipientes con filetes de carne recién cortados. Nosotros hacíamos rondas para distribuirlos proporcionalmente entre todas las bandejas: a los buenos clientes podíamos ponerles una chuleta de cordero de más, mientras que a los malos clientes les

colábamos trozos con bordes de grasa.

La madre de Laurens hacía la primera ronda para colocar un lecho de lechuga en cada bandeja y se encargaba también de la penúltima ronda para comprobar que tuvieran una presentación impecable; añadía aquí y allá una hoja de perejil o un puñadito de cebolla picada. Luego todos mirábamos desde la línea de banda cómo el padre de Laurens completaba la última ronda: en cada bandeja clavaba una broqueta con la bandera belga.

Aquellas tardes estaban impregnadas de un entusiasmo que yo nunca había percibido en casa y trabajábamos con una eficacia impensable en mis padres.

En una ocasión, al final de la jornada laboral, el padre de Laurens me tendió su mano manchada de hilos de carne; yo no capté que quería chocar los cinco, pero por la manera en que entonces me apretó la mano fría con aquellos grandes dedos hasta convertirla en un puño, sentí que no le habría parecido mal tenerme por hija.

Para que nadie me vea, aparco el coche unos metros más allá, delante de la rampa de entrada de los vecinos de Laurens, que seguro que se han ido a esquiar, pues todas las persianas de la casa están bajadas. Desde aquí tengo excelentes vistas a la puerta de la carnicería y al letrero con las tres cabezas de cerdo que, además de la hora, indica también la temperatura exterior. Exactamente cero grados, las dos y dieciséis minutos.

Me quedan por lo menos tres cuartos de hora.

Llamo a Tesje. Dejo que su teléfono suene. A esta hora no tendrá gran cosa que hacer. ¿Qué le impide contestar?

Tres tonos. Cuelgo justo antes de que suene el cuarto. No quiero dejarle un mensaje de voz. De todas formas, los mensajes se escuchan siempre en un momento inoportuno, cuando el contenido ya ha dejado de ser importante.

31 DE JULIO DE 2002

—Los chillidos que oyes en el jardín son de una gata —me dice papá para tranquilizarme cuando bajo por la escalera una hora después de acostarme para comprobar si le pasa algo a mamá—. El pene de los gatos tiene pinchos —me dice abriendo lentamente el puño hasta formar una garra—. Tú también chillarías.

De vuelta a mi cama tranquilizo a mi vez a Tesje, asegurándole que los chillidos que resuenan desde hace tres cuartos de hora por el jardín no son de mamá.

—Los gatos tienen que defender su territorio —me dice.

—Sí —le contesto.

Son las once y dos. Casi me he acostumbrado a la idea de que Laurens esté en Francia. Quizá me haya acostumbrado porque sé que volverá esta misma noche.

Como siempre, Tesje empieza a desear las buenas noches a todo y a todos. Al ropero, a los niños del tercer mundo, a los objetos del dormitorio, a los maestros que le gustan, a Nancy *Jabón*, a Agnes de El Colmado, a *Nanook*, a las estrellas y planetas más cercanos, a su conejo *Stamper*. Tarda cerca de un minuto y medio. Acabará con Dios y conmigo. Lleva ya casi dos años repitiendo este ritual cada noche sin excepción. Recita las palabras con la salmodia de un juego de contar. Antes añadía a veces nombres a la lista, pero ahora la despedida ha adquirido una forma definitiva.

Miro mi radiodespertador, que no descuenta el tiempo con un tictac sino que va acumulando cada minuto que pasa, como si aún pudiésemos aprovecharlo.

—... buenas noches, Dios; buenas noches, Eva —dice por fin Tesje a las once y cuatro.

Ahora me toca a mí. Tengo que permanecer en silencio durante dos segundos exactos.

«Tienes que contar dos cocodrilos», me aconsejó Tesje en una ocasión. «Se tarda justo un segundo en pronunciar *cocodrilo*.»

Después de los cocodrilos tengo que responder en nombre de todo y todos con un «Buenas noches, Tes» y entonces sólo me queda esperar que no pase un avión, que no suene el claxon de un coche, que no ladre ningún perro ni chille ningún gato o que por desgracia se me ocurra decir «Tesje» o «hermanita» en lugar de «Tes», pues en ese caso ella suspirará furiosa y empezará desde el principio el ritual entero de desear las buenas noches siguiendo exactamente el mismo orden.

Un cocodrilo. Dos cocodrilos.

—Buenas noches, Tes.

Durante un rato no se oye una mosca, ni en el cuarto ni en el jardín.

¿Le habrá mostrado papá la soga a Tesje? ¿Le habrá desaconsejado vivir a ella también?

Vuelve a sonar un chillido, esta vez más agudo. Viene de la parte trasera del jardín. Por supuesto, Tesje también lo ha oído. El blanco de su ojo brilla en la penumbra. En la mano que sale de debajo de la sábana sostiene una bola de malabares que aprieta treinta veces para luego descansar dos segundos. Espero a que vuelva a empezar a desear las buenas noches, pero poco después, a las once y catorce, oigo

que la bola llena de pepitas cae sobre el vinilo que protege el suelo de parqué. Ésa es precisamente la idea de la bola de malabares. El truco se me ocurrió a principios de invierno, entonces a Tesje ya le costaba conciliar el sueño.

Funciona de una manera muy simple: se trata de pensar en algo, una tarea poco importante que sea más aburrida que quedarse dormido, como por ejemplo sostener una bola. Hay que dejar la muñeca colgando del borde de la cama y cerrar los ojos. El sueño empezará a colarse lentamente en la tarea, hasta que muy lejos, entre sueño y recuerdos, la idea de sujetar la bola se escapará, los músculos se relajarán, la bola se caerá. La tarea se convierte en una obligación; el sueño, en un derecho. Un cuerpo tumbado preferirá elegir lo que puede y no lo que debe.

Al principio, Tesje realizaba esta tarea con naturalidad y el ruido de la pelota al caer al suelo llegaba bastante rápido después de que hubiese acabado de desear las buenas noches. Aquel sonido era el disparo que marcaba el inicio de mis horas a solas.

Últimamente, Tesje aprieta la bola con más furia y de forma más calculada, como si realizara un masaje cardiaco. Tarda cada vez más en soltarla. Sólo respiro aliviada cuando oigo el ruido sordo y sé que se ha acabado. Puedo volver a estornudar, toser y moverme sin que eso traiga consecuencias.

Es una noche calurosa. Dejo mi bola junto a mí en la cama. La sábana se me pega a las piernas, a los brazos y hace que me pese la piel. Aparto la sábana hasta la cintura. Levanto las rodillas como una rana a punto de saltar, separo las piernas y apoyo las rodillas sobre el colchón fresco, hasta que se destapan. Debe de resultar un espectáculo ridículo para el que me esté mirando desde arriba: llevo la sábana enrollada como un pañal alrededor de la cintura.

Debajo de mi almohada hay un lápiz que se me clava en el hombro. Está allí porque le conté una mentira a Elisa y tengo que ponerle remedio. Debo hacerlo antes de que vuelvan Laurens y Pim. Cuanto más espere, más incuestionable será que aún soy virgen.

Normalmente guardo mis lápices en una caja de metal en la que hay varias tonalidades de cada color; en la tapa pone BRUYNZEEL en letras doradas.

El día después de volver de De Lilse Bergen, hace cuatro días, saqué la caja de la mochila. Me la llevé lo más discretamente posible a mi cuarto, aunque tanta precaución no era necesaria pues nadie miraba, e incluso si alguien se hubiese fijado, no le habría parecido sospechoso que me metiera en el dormitorio con una caja de lápices de colores: a menudo dibujo sentada al escritorio.

Ayer elegí el color: el rojo que está más cerca del marrón, un color que nadie en la clase querrá pedir prestado nunca porque es feo y precisamente por este motivo sigue teniendo la punta afilada del principio.

Lo saco de debajo de la almohada, escondo la punta en la palma de la mano, deslizo el extremo romo por el ombligo, por debajo de la sábana arrugada, hasta llegar a la parte interior de mis muslos.

Oigo ruidos en el piso de abajo, seguramente es papá.

Me detengo. Sale al jardín y llama a mamá. Ella le responde gritando. Los tonos graves parecen entrar sólo por la ventana abierta, mientras que los tonos agudos entran por la puerta del dormitorio. Las voces se cruzan justo en este cuarto.

Espero un poco con el lápiz en el muslo: no quiero tener más tarde la sensación de que uno de ellos estuvo presente.

Tesje sigue durmiendo profundamente. Los vehículos que pasan escanean con sus faros el dormitorio, su pelito corto, la página arrancada del calendario en la pared. Luego vuelven a reinar el silencio y la oscuridad.

Me meto el lápiz por el extremo romo.

Marrón rojizo parece más adecuado que verde o amarillo.

No pienso en un chico, sino que me imagino que soy una chica cualquiera, que mi vagina no es mía. Esto es importante. Si éste no es mi cuerpo, la vergüenza tampoco será mía.

Introduzco el lápiz lentamente, siguiendo el camino que el señor Rudy recorrió con su tiza sobre el dibujo de la almeja en la pizarra mientras toda la clase debía repetir en voz alta las partes que él señalaba. Los labios mayores. Los labios menores. El lápiz se queda atascado a unos cuantos centímetros de profundidad. Cuando ejerzo presión sobre el extremo siento que se propaga el dolor. La punta se me clava en la mano. Esto podría ser el himen: tengo que atravesarlo con fuerza.

Le doy la vuelta al lápiz apuntando con el extremo afilado hacia el interior. Golpeo el otro extremo con la mano y despejo el camino. El lápiz entra profundamente. El dolor disminuye poco a poco.

Ya está. Ya no he contado una mentira. Podría detenerme aquí.

Sin embargo, sigo empujando el lápiz, para ver hasta dónde puede llegar. Es demasiado fino, apenas lo noto, sólo siento la punta que pincha.

Un lápiz errante en una cavidad holgada, ¿es eso todo? Yo quiero que me llene, que quepa a duras penas, que tenga que abrirse camino a la fuerza. Lo muevo, pero tampoco noto gran cosa.

Por algo los penes son más grandes y romos. ¿Qué grosor deben de tener de promedio? Calculo que el de seis o siete lápices.

Me saco el lápiz de entre las piernas. La madera está igual de caliente que después de colorear una hoja entera con él. No huele a nada y no tiene sangre pegada. Lo seco con la sábana, lo vuelvo a colocar debajo de la almohada. Saco medio cuerpo de la cama e intento acercarme al estuche de los bolígrafos, que está sobre el escritorio. Justo cuando empiezo a conseguirlo —lo tengo cogido por una de las esquinas—, la bola de malabares que tenía junto a la almohada se cae desde la cama alta al suelo emitiendo un sonoro plof.

Me quedo colgando sin hacer ruido. Tesje se mueve debajo de su sábana, se vuelve hacia mí.

—¿Tesje? —pregunto.

Parpadea, pero no me oye. Se gira y continúa durmiendo.

Yo retomo lo que estaba haciendo y vacío el estuche sobre el colchón.

El Pritt es suave y liso. Entra más fácilmente, pero sigue siendo más fino que los dedos de Jan que me daban empujoncitos debajo del agua de la Poza. Junto al Pritt también cabe la regla: penetra más profundo y choca contra la parte superior del útero. La muevo rápido y con fuerza. Por un instante me imagino que soy Elisa, que tengo una larga cola de caballo que se balancea, que estoy sentada sobre el lomo de un caballo que galopa; sin embargo, me va mejor pensar en Jan.

Dibujé ochos y empujé la entrepierna contra la mano. Aún queda sitio para un dedo.

Mientras me muevo, empiezo a hacer un chasquido suave. Me seco los dedos con la sábana.

De repente Tesje se incorpora y se sienta.

Me mira raro. Yo dejo de retorcerme, me cubro con la sábana y junto las piernas.

—¿Qué pasa? —le pregunto alzando demasiado la voz.

—Tengo que mear —me dice.

Me quedo tumbada sin moverme. Tesje se levanta de la cama y sale al pasillo. La luz que entra en la habitación desde el rellano me recuerda lo pequeña, torpe y fea que soy.

Tengo un útero lleno de rayas de lápiz rojo que nunca podré borrar.

Tesje está fuera más tiempo del que se tarda en orinar. Seguro que ha vuelto a escribir algo en el teclado. Regresa arrastrando los pies por el pasillo, apaga la luz, se tumba en la cama, comprueba que la sábana cuelga igual por ambos lados.

Después, vuelve a recitar su lista de deseos de buenas noches.

Yo sigo sin atreverme a moverme. Mañana tendré que tirar el lápiz marrón rojizo, junto con el Pritt y la regla. No puedo presentarme con ellos en clase después de las vacaciones.

Tesje se enfadaría si descubriera lo que he estado haciendo con el material de dibujo. Le resultaría insoportable pensar que un lápiz va a quedar separado para siempre de sus compañeros y que yo haya sido capaz, por mero placer, de dejar un vacío en la preciosa caja de metal.

Miro el reloj. Las doce y dos. Ya es miércoles. Puede que Laurens esté durmiendo en el asiento trasero, puede que sus padres estén conduciendo hacia casa y se paren al despuntar el día en un restaurante de carretera para comer cruasanes recién hechos.

Un cocodrilo, dos cocodrilos.

—Buenas noches, Tesje.

El tono de mi voz deja claro lo mal que me encuentro.

—¡No tiene gracia, Eva!

—¿El qué?

—Has dicho «Tes-je».

Los músculos de mi vientre se tensan. No sé si mi vagina se contrae o si se hincha la regla mojada.

—No. No es cierto.

—Que sí.

Tesje empieza de inmediato a desear las buenas noches, con más insistencia que antes. Ya no suena como una salmodia, sino como un reproche.

A las doce y seis reparto sus dos últimas buenas noches, a Dios y a mí. Yo cuento los cocodrilos y esta vez pongo mucho cuidado en hacerlo bien.

Aparto la cabeza lo más lejos posible de mí misma, con la mejilla apoyada en el colchón. La sábana huele a sudor.

Sólo me atrevo a sacar el Pritt y la regla de entre mis piernas cuando los movimientos de Tesje me permiten deducir que se ha quedado dormida. Siento el mismo dolor que cuando he llevado todo el día una goma alrededor de la muñeca.

Escondo el material de dibujo debajo de la almohada.

En las horas que permanezco despierta parece que algo se pierde. No coincido con la imagen que Tesje tiene de mí. Soy una embustera más grande que antes. Y no me merezco en absoluto que mi nombre aparezca al final de una lista.

LA CONFIRMACIÓN

La confirmación se celebraba en último curso de primaria. En sí no confirmaba nada, era simplemente una ocasión más para recaudar aportaciones: no para una bicicleta infantil, sino para un modelo más grande con el que poder ir pedaleando al instituto.

En el pueblo había madres que consideraban cualquier cosa una buena excusa para ir a hacer manualidades a la casa del párroco y se ofrecían de voluntarias para ayudar en los preparativos de la confirmación en la parroquia. Cada dos martes, Laurens, Pim y yo íbamos con ellas a hacer cerámica, pintar nuestro nombre, hacer cruces de madera o velas redondas o cuadradas. Lo esencial es que siempre tuviésemos presente «lo que significaba recibir la confirmación».

Los dos últimos meses fuimos al grano: practicamos la postura que debíamos adoptar y lo que tendríamos que leer en voz alta. Nos recordaron rápidamente la forma correcta de tomar la hostia y nos indicaron qué mano debíamos colocar debajo del plato, con cuál debíamos hacer la señal de la cruz y que no debíamos decir «gracias» sino «amén».

Para que los alumnos de quinto —la clase a la que nos habían acoplado— no perdieran tiempo, nosotros nos preparábamos para la confirmación sobre todo durante la pausa del mediodía. Odette, una mujer del pueblo muy comprometida con la iglesia y con una voz muy aguda, venía a enseñarnos cánticos. Cada semana al mediodía nos retirábamos con ella al gimnasio, desde donde teníamos una vista panorámica al patio y al campo de fútbol colindante.

«Señor, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, setenta veces siete, setenta veces siete, el Señor me ha perdonado.» Así cantábamos lo más rápido posible para poder aprovechar unos minutos del recreo.

«Cuatrocientas noventa oportunidades parecen muchas, pero se acaban antes de lo que uno cree», recalcó Pim el resto del curso escolar cada vez que fallaba un gol.

Puesto que no sabíamos cantar canciones a varias voces, nos dejaron elegir un instrumento de la caja de objetos musicales. A Laurens y a mí nos dieron dos mitades de coco, Pim se adjudicó un rollo de papel higiénico relleno de arroz, Odette cogió el triángulo.

—Todos los ojos estarán puestos en vosotros. Así que no debéis ir a comulgar como si desfilaseis por una pasarela. Y cuando hayáis recibido la hostia, no la traguéis enseguida. Recordad que es el cuerpo de Jesús, con eso no se juega —nos advirtió la directora Beatrice, que se presentó durante nuestro ensayo general al oír los golpes de coco, que según ella sonaban como una manada de caballos desbocados.

Como de costumbre, llevaba puesta ropa con estampado de leopardo. Debía de creer que la ayudaría a defender su lugar en la jerarquía.

Pese a los numerosos preparativos, el día de la confirmación no hubo forma de llenar la iglesia por mucho que cambiásemos la distribución de nuestras tres familias en los asientos.

Yo llevaba un vestido confeccionado por mi madre cuya tela habíamos escogido juntas. En la tienda, mientras nos paseábamos entre las piezas de estampados de colores y la pana, ella se había empeñado en que me pusiera algo femenino. Durante todo el día me sentí desnuda pensando que el viento podía levantarme la falda.

En aquella gran iglesia, con el gigantesco crucifijo y los confesionarios de roble, el sonido de los cocos no recordaba a una manada de caballos como en el gimnasio, sino a dos becerros nerviosos recién nacidos.

Por mucho que golpeásemos y sacudiésemos, nuestros instrumentos sonaban insignificantes y nosotros éramos invisibles. Al menos hasta que, con tanta sacudida, la tapa del rollo de papel higiénico de Pim se soltó y el arroz salió volando hasta el confesionario.

Odette intentó salvar la celebración elevando tanto el tono de su voz que me produjo una sensación incómoda, como cuando miraba a las de ballet, que en el patio presumían exhibiendo su *spagat*.

La misa se acabó antes de lo previsto.

En el aparcamiento nos esperaba un fotógrafo listo para tomar instantáneas de las familias. Yo quería ser la primera en salir para que los demás no miraran cuando fotografiara a la mía, pero mi apellido era el último del alfabeto, así que no me quedó más remedio que posar con la faldita bajo las miradas de los demás. El fotógrafo intentaba hacer fotos en las que Jolan, mamá, papá, Tesje y yo saliésemos bien.

—Sonreíd un poco más —dijo unas tres veces.

Justo antes de que el flash nos deslumbrara, vi a Laurens detrás de la directora abriendo mucho la boca para enseñarle a Pim que seguía sin haberse tragado la hostia.

Entonces supe con total seguridad que, por muy confirmado que estuviera, Laurens no tenía arreglo.

Ateniéndome a la teoría de Jolan de que la gente daba siempre más dinero si sabía cuál era su finalidad —pues ya no se trataba de un regalo sino de una inversión—, convertí una caja de zapatos en una gran hucha sobre la cual pegué la fotografía de una bicicleta negra.

Guardé los sobres y las tarjetas que recibí durante la fiesta en la caja sin abrirlos; los metí todos salvo uno: el sobre que la madre de Laurens me había dado al salir de la iglesia. Al llegar a casa, lo puse en el ropero sin mirar cuánto dinero había dentro porque no quería saber cuánto valía yo para ella. Quería atesorarlo y al mismo tiempo quería esconderlo por vergüenza: mis padres no le habían dado nada a Laurens.

Al día siguiente, puse el dinero que había en las demás tarjetas de la caja de zapatos sobre la mesa de la cocina. Era muchísimo, resultaba increíble que con tanto dinero sólo se pudiera comprar una bicicleta.

Antes, el hombre que reparaba las bicicletas tenía una tienda en el pueblo; se encontraba junto a la gasolinera de un solo surtidor, que también estaba cerrada. Puede que se hubiese enriquecido con tantas confirmaciones, pues se había mudado a Nedermeer para abrir allí una tienda con sala de exposición.

Siguiendo su consejo, elegí la bicicleta con el sillín más blando: veintidós mil francos.

—No compras una bicicleta cualquiera, compras una Gazelle —me dijo mientras contaba el montoncito de billetes por segunda vez.

Puesto que hubiera sido raro llevarse la Gazelle en el maletero del coche, me dejaron volver a casa en bici. Salí sobre las dos grandes ruedas.

Mientras cruzaba Nedermeer, disfrutaba pedaleando. ¡Qué sensación tan formidable y desconocida! Era como cuando me ponía las aletas para nadar: cada movimiento que hacía tenía más efecto.

Pensé que me acostumbraría rápido, que después de unos minutos ya no me daría cuenta de la diferencia. Lo mismo me sucedía con las aletas, entonces tenía que esperar a quitármelas para comprender lo diminutos, finos e ineficientes que eran los pies.

Pero no llegué a acostumbrarme, porque en Bovenmeer, al cruzar por delante de las casas por las que pasaba cada día, ya no me sentía formidable, tampoco diminuta, sólo extraña e incómoda; mis manos apenas abarcaban los anchos puños, y yo miraba por encima de las coníferas, los setos de tejo y boj de jardines ajenos, no había nada que pudiera escapar a mi vista: porquería, montones de ropa sin planchar sobre las mesas de cocina, la jaula de un hámster sobre la encimera, mujeres que pasaban la aspiradora con enérgicos movimientos. El entorno que conocía desde hacía años se me mostraba de repente desde otra perspectiva. Yo ya no cabía en él como siempre había cabido. Yo era el hombrecillo de Duplo en una casa de Lego.

Después de comprar la bicicleta, me dieron a elegir —al igual que a Laurens y a Pim— entre dos opciones. O recorría a diario los doce kilómetros de distancia hasta el instituto de Vørselaar o elegía una escuela de formación profesional en Nijlen, a apenas tres kilómetros de Bovenmeer.

Tenía gracia que Laurens y yo —que queríamos estudiar economía y lengua— tuviésemos que pedalear doce kilómetros con viento en contra, mientras que Pim —que quería trabajar con las manos, con destornilladores y empleando la fuerza— pudiera ir a su escuela a pie y sin embargo ya en primero aprendiera a trucar una motocicleta.

Para cogerle el tranquillo al camino hasta la nueva escuela antes de que empezara el curso, lo recorrimos por primera vez con el hermano de Laurens, Jan Torfs, al que llamábamos simplemente Torfs porque entonces aún había dos Jans.

Unos años antes, el propio Torfs había ido al instituto de Vørselaar, pero ahora estaba en el ejército, sólo volvía a casa cuando no le quedaba más remedio y siempre con ropa de camuflaje. Nos iba a mostrar los mejores atajos.

Torfs nos consideraba a Laurens y a mí como una versión imperfecta de sí mismo. Llenó nuestras mochilas con adoquines, que venían a pesar lo mismo que los libros de clase con los que tendríamos que cargar. A lo largo de dos kilómetros nos prohibió sentarnos en el sillín y el que se atreviera a afirmar que un sillín servía para sentarse tendría que aumentar la resistencia de sus marchas. Al final del día, apestando a sudor y con las pantorrillas duras como piedras, nos sabíamos de memoria el orden de los pueblos que debíamos cruzar en ambas direcciones, así como sus códigos postales.

Nos había enseñado dos rutas. La primera seguía el canal, siempre en línea recta, siempre con el viento en contra, y resultaba práctica por la mañana cuando preferíamos no pensar, cuando aún no estábamos bien despiertos. La segunda ruta atravesaba los campos con suaves curvas y hondonadas, pero en los tramos rectos las mansiones que se sucedían una tras otra ofrecían protección contra la intemperie.

—Si tenéis previsto pinchar a menudo una rueda, será mejor que vayáis por la segunda ruta —nos advirtió Torfs—. Así podréis llamar al timbre de alguna casa.

Laurens y yo escogimos un lugar donde nos encontraríamos cada mañana a las siete y media en punto. Quedaba justo a medio camino entre nuestras dos casas, debajo del puente sobre el que pasaba la E313. Durante seis años tendríamos que recorrer a diario aquella ruta, pasando siempre por delante de

las mismas mansiones. Por ello, tal como nos aconsejó Torfs, dejamos las cosas bien claras desde el principio: el que estuviera enfermo o saliera más tarde debía llamar al otro a las siete y cuarto de la mañana. Y si uno de los dos no aparecía, el otro sólo lo esperaría cinco minutos como mucho.

Recorríamos los kilómetros con rapidez y facilidad, salvo en los días en que el viento en contra era fuerte, las gotas de lluvia nos golpeaban la frente como granos de arroz y los mechones de pelo se me quedaban pegados a la boca. En aquellos momentos, Laurens y yo pensábamos que Pim era un cobarde.

—Cuando tengamos un título universitario en el bolsillo, viviremos en una de estas grandes mansiones con piscina —decía yo.

—Entonces llamaremos a Pim para que venga a desatascarnos las cañerías bajo la lluvia.

En realidad, el trayecto que Laurens y yo debíamos recorrer cada día no tenía doce kilómetros. Nuestros predecesores, los que habían hecho a diario esta ruta, habían exagerado las distancias y nosotros nos limitamos a hacer lo mismo.

Aunque yo prefería ser sincera, a veces llegué a decir: «Veintiocho, catorce de ida y catorce de vuelta» cuando llevaba la bici a una revisión y el hombre que reparaba las bicicletas me preguntaba con admiración cuántos kilómetros tenía que recorrer cada día para ir al instituto.

Mentía, pero decía la verdad. Los metros con Laurens junto a mí eran más largos que cuando los recorría sola.

Durante el segundo año, aquello no hizo más que empeorar. Los atajos no suavizaban nada, porque ya no era el entorno monótono el que empezaba a irritarme, sino el propio Laurens, que se movía siempre conmigo por el paisaje como una mosca sobre el parabrisas de un coche. A menudo me hablaba de su madre. De lo insoportable que podía ser cuando se ponía a dieta. Los pedales de Laurens estaban oxidados. El derecho se bloqueaba con cada vuelta y emitía un crujido audible cuando él lo pisaba.

Poco a poco nuestro silencio empezó a poner de manifiesto que no pedaleábamos juntos a la escuela para hacernos compañía mutuamente, sino porque sabíamos que en verano el instituto cerraría sus puertas durante dos meses y que nuestros nuevos amigos no estarían dispuestos a recorrer la distancia hasta Bovenmeer para vernos. Entonces tendríamos que recurrir al pueblo, a los tres mosqueteros, a nosotros. Esta amistad era el cebo para Pim.

De repente, cuando Jan murió, dejó de avergonzarnos hablar mucho de Pim, de admirarlo, y empezamos a competir: quién lo comprendía mejor, quién había logrado sonsacarle algo, quién podía explicar algo sobre cómo se sentía cuando murió su hermano, cómo era su vida lejos de nosotros, qué nuevos amigos había hecho, si ellos tenían mejores cualidades que nosotros.

Laurens afirmaba que el accidente de Jan había afectado mucho a Torfs, su hermano.

—Perder a un tocayo es peor que, por ejemplo, perder a un paisano cualquiera —me dijo.

Laurens pensaba que tener un hermano con el mismo nombre también le daba derecho a él a sentir más dolor que yo.

Me callé y me lo tragué. Por supuesto, no podía contarle lo que sabía sobre Jan. Mientras Laurens no supiera la verdad, mantendría su desventaja con respecto a Pim y a mí.

—Pim tiene una motocicleta. Una Honda —gritó Laurens cuando me vio llegar en bici.

Era la mañana de nuestro penúltimo día de instituto de 2002. Yo tenía examen de alemán y biología. En la mano llevaba escritas las declinaciones que quería seguir estudiando por el camino.

Por primera vez me dio asco verlo esperándome a lo lejos. Porque sabía que había estado allí cientos de veces y que seguiría allí otros cuatro cursos escolares. Hubiese querido borrarlo.

Una motocicleta... La posibilidad de que Pim quisiera pasar tiempo con nosotros aquel verano era cada vez más remota. Hasta entonces, Pim no tenía amigos en su escuela que consideraran que mereciera la pena ir hasta un pueblucho de campesinos como Bovenmeer. Pero todo cambiaba si lo que decía Laurens era cierto: entonces las calles abandonadas y los anchos prados resultarían atractivos y ellos fardarían de motocicleta en el patio de la granja.

—Pues yo no le he visto nunca pasar con una Honda —le dije, aunque no sabía qué aspecto tenía una Honda y hacía mucho tiempo que no veía a Pim.

—Es roja. Una PS 50k. Sé de esas cosas. Cosas de chicos —sentenció Laurens.

—¿Jugamos a la palabra prohibida? —pregunté.

El estrecho carril bici se ensanchó. Hubiera sido más fácil colocarnos uno al lado del otro, sin embargo, Laurens se mantenía ligeramente rezagado. Empecé a repasar las declinaciones.

—Por mí, vale —dijo—. Dame un tema.

El hecho de que Laurens fuera bueno jugando a la palabra prohibida no suponía ninguna amenaza para mí, sino más bien un alivio: significaba que él era capaz de hablar sin tener que pensar.

—El tema es Carnaval. La palabra prohibida es *Pim* —le dije.

Laurens empezó a hablar del año en que se suspendió el desfile por el pueblo debido a la lluvia y Pim disparó un cañón de confeti en clase.

Yo apenas escuchaba lo que me decía, aunque oía que mi nombre aparecía muy pocas veces en las frases importantes, que mi presencia en la fiesta de Carnaval era más borrosa de lo que yo misma recordaba. Fui yo la que disparó aquel cañón de confeti, no Pim.

De repente supe a qué se debía: Laurens elegía a quién enfocaba para decidir cuáles serían sus recuerdos y siempre había enfocado a Pim. Si me hubiese mirado a mí desde el principio, quizá no me habría sentido tan borrosa con el paso de los años.

Empecé a pedalear más despacio, Laurens seguía hablando. Y aunque le costaba mantenerse detrás de mí, no me adelantó ni una sola vez.

En Zonnewende seguíamos de exámenes. Esa parte del instituto estaba formada por barracas que tendrían que haber sido derribadas cinco años atrás para levantar el nuevo edificio. A la derecha estaba el gran patio vacío que se llenaba de inmediato en cuanto sonaba el timbre del recreo.

Era un examen oral. Me hicieron una pregunta sobre la hipófisis.

Mientras explicaba cómo ésta era capaz de controlar las hormonas del cuerpo, tomé una decisión: al acabar cogería la bici, me marcharía y pasaría de Laurens. Emprendería una acción bien clara que él no podría olvidar ni negar.

Después de responder a todas las preguntas, me apresuré a salir al aparcamiento. Laurens ya estaba esperándome junto a las bicicletas. Sostenía un vaso de chocolate con leche de la expendedora.

—He acabado pronto, ha sido superfácil. Pero te he esperado —me dijo.

En el pueblo, nuestros caminos se separaron un poco antes de lo que era técnicamente necesario, a la altura de la perrera-crematorio. La encargada estaba entrenando a uno de sus perros favoritos. Con una mano se protegió los ojos del intenso sol para poder seguir nuestra despedida, como si ya supiera que algo había cambiado entre nosotros.

La mañana del último examen salí de casa a una hora absurdamente temprana: poco después de las siete. Pasé por debajo de la autopista. Sin nosotros, el puente parecía vacío y desangelado. Nada permitía deducir que era un punto de encuentro.

Noté que me flaqueaban las piernas, pero aceleré, seguí el estrecho carril bici con el que empezaba el camino al instituto.

Durante la subida y el descenso del puente del canal aún pensaba que hacía lo correcto, que debía librarme de Laurens.

Miré alrededor, esperando que él apareciera de repente detrás de mí, al tiempo que me irritaba pensar que pudiera suceder de verdad. Pero no sucedió. Dejé el puente y el pueblo desapareció lentamente. Laurens no tenía ni idea de que yo me hubiese ido, quizá estuviera en casa comiendo tan tranquilo pan con mortadela.

Pensé en el teléfono que colgaba en la tienda de sus padres y consideré la posibilidad de parar en una de las mansiones para avisarlo.

Sin embargo, esa posibilidad se iba alejando con cada pedaleo; era demasiado tarde.

Dieron las siete y media. Yo sabía que, debajo del puente sobre el que pasaban coches y camiones a toda velocidad, Laurens esperaba con los hombros caídos, mirando a la lejanía de la que yo nunca emergería.

Pensé en el Carnaval, en el disfraz de Pantera Rosa con el que Laurens se presentaba cada año en la escuela. Una vez, Pim le arrancó la cola. Laurens le dijo con lágrimas en los ojos que su abuela se la volvería a coser. La cola se quedó colgando el resto del día en el perchero del pasillo. Al año siguiente, se disfrazó de carnicero.

Pensé en los crujidos de su pedal derecho.

Era como si no me sintiera culpable frente a él como persona, pero sí frente a cada uno de los detalles que lo convertían en Laurens.

Al llegar al instituto tenía las piernas igual que el día en que Torfs nos había hecho cargar con los adoquines.

No sentía alivio, pero sabía que lo peor había pasado. Laurens debía de estar ya de camino. Empecé a idear una buena explicación, dejé mi bici aparcada junto a las otras y esperé su llegada.

Sonó el timbre. Los exámenes empezaron. No había ni rastro de Laurens.

Hice el examen lo más rápido que pude, rellené justo las respuestas necesarias para sacar un suficiente. Laurens no salió de Zonnewende hasta la tarde. Lo seguí hasta las bicicletas.

Sin decir palabra, sujetó su mochila al portaequipajes. Habían empezado las vacaciones. Normalmente lo habríamos celebrado con caramelos, habríamos comido bolas de chicle hasta quemarnos la boca.

El tensor con el que intentaba sujetar su mochila se soltó y le dio derecho en la cara. Laurens se tambaleó, se puso una mano en la mejilla y permaneció un tiempo quieto con los ojos cerrados. Yo me obligaba a mirarlo. Del corte en su piel no salía sangre, pero sí un líquido turbio. No lloraba, pero eso no significaba nada.

Volví a casa pedaleando unos cien metros por detrás de él. Laurens no advirtió que lo seguía. O quizá sí me vio pero no dijo nada. El pedal crujía a un ritmo más rápido que de costumbre.

Comprendí que Laurens había sido el mejor amigo que tendría jamás.

LAS 15.00

Cierro los ojos durante unos minutos. No me quedaré dormida. Hace media hora que me he puesto las manos entre los muslos para calentarlas. Las manoplas están en casa, erguidas sobre dos ganchos del perchero, saludando a un apartamento abandonado donde a estas horas debe de hacer un calor sofocante. Esta mañana he olvidado apagar el termostato.

Me miro los labios en el retrovisor. Me sangran un poco. Siempre me pasa cuando estoy nerviosa: me muerdo el labio inferior hasta que aparecen pieles que arranco dejando trozos en carne viva, como ahora. El frío me alivia un poco y sólo siento la tirantez de las costras sobre las heridas más antiguas. Los labios se recuperan más rápido cuando no sonrías mucho.

Antes de que pueda quitar la nieve con los limpiaparabrisas una vez más, advierto que la persiana automática de Los Tres Cerditos se pone en movimiento. Alguien pasa por debajo sin esperar a que se haya abierto del todo. Bajo la ventanilla, ahora lo veo mejor. Es Laurens. Gira la llave para cerrar de nuevo la persiana. ¡Cómo ha engordado! Eso les pasa a los que mojan los terrones de azúcar en el té y se los acercan a los labios para absorber el Earl Grey tibio, pensando que así sólo notarán el sabor dulce pero no las calorías.

Lo reconozco sobre todo por su forma de andar: unas piernas que preferirían negarse a dar un paso pero que acaban dándolo porque ya están levantadas. Sus relucientes zapatos caen pesadamente en la nieve.

Son innumerables las ocasiones en que Laurens repitió que jamás sería carnicero, que no procesaría carne como su padre. Después de los estudios de secundaria, que no acabó en Vörselaar, intentó estudiar Ingeniería. Lo deduje por las fotos de su muro de Facebook. Estudió en la Universidad de Lovaina y estuvo viviendo en un piso de estudiantes.

Sin embargo, cuando murió su padre hace dos años, Laurens volvió para trabajar en la tienda con su madre. En su momento, papá nos envió un correo electrónico sobre el fallecimiento: el hombre se había desplomado junto al camión frigorífico durante una entrega de carne. Rotura de la arteria coronaria. Papá incluyó un enlace a un artículo sobre la influencia de la carne roja en el nivel de colesterol.

Por la puerta lateral sale ahora una segunda persona: es la madre de Laurens. Lleva una bolsa transparente con el logotipo de la tienda, llena de lo que parecen pequeños envases de plástico: las sobras. Las asas son demasiado largas y la bolsa se arrastra por la nieve. Ella da pasos precavidos, procura mantener los anchos hombros bien erguidos, pues al más mínimo movimiento abrupto se le rajará el abrigo.

No ha envejecido mucho, sólo parece tener más grasa alrededor del vientre, pero quizá se deba a la falta de luz.

Los dos se quedan remoloneando en la rampa de entrada. Discuten. Apuntan a la calle, al cielo, al coche. Por sus movimientos deduzco que debaten sobre cuál es la mejor opción para salvar la corta distancia con este tiempo.

De pronto me da un vuelco el corazón. ¿Qué pasará si Laurens y su madre no van a la fiesta de Jan, sino que salen hacia otro lado, hacia otra celebración? ¿Qué pasará si resulta que soy la única que ha sido tan tonta como para ir a la granja a recordar a Jan? Necesito la presencia de Laurens en la fiesta.

Laurens empieza a rascar el hielo del parabrisas. Su madre entra en el coche. Se pone la bolsa en el regazo.

Menos de dos minutos más tarde, el BMW arranca y deja un rastro de neumáticos y un rectángulo sin nieve en el aparcamiento. Los sigo lentamente con el coche. Salimos a la calle, giramos a la izquierda. Es la dirección correcta para ir a la granja.

Apenas miro la calzada; me concentro en el retrovisor que tengo delante y en la parte posterior de las dos cabezas que asoman por encima de los asientos. El lugar vacío a la derecha del asiento trasero era el mío. Me gustaba apoyar la barbilla en el respaldo del acompañante y mirar las manos de la madre de Laurens que, con pulso firme, nos llevaba a algún lugar. Su coche nunca se salía de su carril.

Durante todo el trayecto procuro no perder de vista la distancia entre el coche de Laurens y el mío. Sigo el ritmo de las luces de freno. Cuando se encienden y cuando se apagan. No quiero patinar en las huellas de sus neumáticos. Este recorrido no puede acabar con un golpecito seco contra su maletero. Si los tocara, lo haría a toda velocidad.

Enfrente de la entrada de la iglesia, junto a los contenedores para el vidrio que hay en el cementerio, entramos en el Steegeinde. Si aún quedaba alguna duda, ahora está clarísimo que nos dirigimos a casa de Pim. Nuestro destino se encuentra al final de esta calle.

Las luces de freno de Laurens se encienden. Gira para acceder a la granja delante de mí. El coche se detiene junto a la cerca del antiguo corral de las ocas, que está separado del camino de entrada con estacas. Yo sigo avanzando un poco más. Elijo un lugar que está escondido pero que me permite ver quién llega. Debajo de un árbol con grandes acículas de color verde oscuro que en verano proporciona las sombras más cerradas y en invierno debe de ofrecer cobijo del frío.

Laurens sale del vehículo. Se vuelve un instante, en busca del coche que lo ha estado siguiendo. Desde donde estoy, soy invisible. La bolsa de plástico con los rellenos para sándwiches se balancea entre él y su madre cuando caminan hacia la parte trasera, donde están los establos. Allí tendrá lugar la fiesta. Unos cuantos focos rojos y azules envían de vez en cuando un débil haz de luz que se pierde en la oscuridad, como la sombra de alguien que vuelve una y otra vez sobre sus pasos.

Me quedaré sentada hasta que hayan llegado todos los invitados. Incluidos los que se presenten un poco tarde.

En la primera media hora, los invitados van llegando de uno en uno a la granja. El corazón se me acelera al ver las sombras de algunas mujeres. «¡Elisa!», pienso entonces. Hasta que cada una de ellas se convierte en otra mujer con las formas de Elisa.

Miro tres veces el móvil para ver qué hora es, pese a que el coche tiene un reloj que indica la hora exacta.

Son más de las tres. Elisa ya no vendrá.

Eso puede significar tres cosas: ha llegado antes de que yo me colocara debajo de este árbol, no ha recibido ninguna invitación y no vendrá, o ha recibido una invitación pero por fin comprende que no se le ha perdido nada aquí.

Hace ya algunos minutos que no llega nadie más. Ningún viejo conocido, ninguna sombra.

Salgo del coche para mirar por encima de la cerca al otro lado del patio. Detrás, junto a los establos, se encuentra el montículo de hierba almacenada, cubierto con neumáticos, tal como esperaba.

De repente llega alguien con prisas. Me agacho para esconderme, golpeándome la rodilla contra el parachoques del coche. Doy un respingo del dolor. La persona me ve, mira hacia donde estoy. Es Anne, mi antigua canguro.

—Hola, Anne —le digo.

Anne me echa una mirada amable, demasiado amable, no tiene ni idea de quién soy. Sigue avanzando sobre sus tacones de aguja con paso vacilante. Recuerdo el periodo en el que pasó de las bambas a este tipo de zapatos de tacón y a minifaldas debajo de las cuales, según Jolan, no siempre llevaba ropa interior. Por entonces ya no nos hacía de canguro sino de colega. La última vez que vino a casa llegó con un escarabajo pinchado en el tacón. A cada paso que daba dejaba un rastro de sangre parda en el suelo de la cocina. Jolan la ayudó a sacarse el bicho.

Por la noche, antes de ir a dormir, quiso mostrarnos lo que hacía con su novio cuando sus padres no estaban en casa. Nosotros acabábamos de cepillarnos los dientes, pero ella insistió en que volviésemos a sentarnos en las sillas y nos bebiéramos un vaso de leche semidesnatada. La leche tenía un sabor amargo.

Anne desvistió a Ken y a Barbie, sacó todo lo que necesitaba de nuestra bolsa de deporte llena de accesorios de Barbie. Se dispuso a desplegar el plano de su propia vida repartiendo por el suelo de la cocina la peluquería, el coche de Barbie, la sala de estar, la cocina y algunos muebles sueltos. A continuación, nos mostró todo tipo de posiciones, contorsionando los muñecos en poses poco naturales.

—Una persona es el nueve, la otra el seis —nos dijo—, y básicamente se trata de hacer más números.

Continuó haciendo números hasta que se soltó una de las cabezas, que rodó por la cocina y se detuvo contra la pata de la mesa.

—Ya veréis: en realidad es mucho más divertido. Y ahora a la cama.

Seguí a Tesje en una línea lo más recta posible hacia el dormitorio. Jolan se quedó con Anne para enseñarle su carpeta de escarabajos.

Hoy, Anne lleva un abrigo marrón holgado que descansa como un escudo sobre sus hombros. Hunde los tacones en la nieve para subir la suave pendiente de la entrada, llega sin resbalar hasta el grupito de hombres que fuma debajo del pequeño alero delante de los establos. El humo de sus cigarrillos se colorea alternativamente de azul y de rojo.

Me quedo observando al grupito, escondida de nuevo detrás de mi coche. En torno a mí flota el olor de antaño, el estiércol mezclado con el heno. Aspiro profundamente. Me provoca náuseas y al mismo tiempo aumenta mi determinación.

De repente, los cigarrillos se apagan uno tras otro. Se inicia la visita guiada. El robot de ordeño dará un espectáculo. Anoche estuve viendo documentales, puedo imaginarme lo que está a punto de suceder, sé qué hace exactamente un robot de ordeño. No es necesario que entre en los establos para saber que no tiene el más mínimo interés.

La puerta se cierra. Ahora me toca a mí. Tengo que apresurarme.

1 DE AGOSTO DE 2002

A la mañana siguiente de llegar a casa, Laurens me llama. Yo enrolló el cable del teléfono alrededor del dedo índice y me propongo dejarlo así hasta que él me pregunte cómo me ha ido la semana.

—Indira no está de suerte —me dice sin saludarme siquiera—. He pasado por su casa. Todas las persianas están bajadas. Nos la saltaremos. No podemos seguir esperando, lo más probable es que pase todo el mes con su padre en Asia.

Se hace un breve silencio.

—Lástima de sus ojos rasgados —añade entonces.

Yo asiento con la cabeza.

—¿Sigues ahí? —me pregunta Laurens.

—Sí, lástima —repito.

Laurens tiene razón. Las chicas como Indira son el melón en la macedonia de frutas, siempre escasean en puebluchos como Bovenmeer. Indira sólo tiene padre y se vinieron a vivir aquí después de nacer ella. Mandaron construir una casa, un gran cubo de madera sobre cuatro grandes pilotes también de madera, delante de la escuela primaria. Le hubiese bastado con cruzar la calle para ir a clase, pero su padre la envió a otra escuela, no lejos del lugar donde él trabajaba. Una lástima.

Durante las noches de acampada, Laurens y Pim fueron a mearse alguna vez en uno de los pilotes. Un acto que consideraban una inversión para el futuro: después de diez años, la madera se pudriría, el cubo se derrumbaría, y de repente, una noche, Indira se encontraría en pijama en la calle, indefensa. Sonaba a venganza, aunque yo no tenía ni idea de lo que podían tener en contra de Indira, salvo el color de su piel.

—¿Qué tal en Francia? —le pregunto.

La punta del dedo se me está poniendo cada vez más oscura.

—Hacía sol y habían reformado la piscina. Por lo demás, han sido unas vacaciones de mierda. El año que viene ya no me dejarán ir con ellos. Lo he conseguido.

—Guay.

—No, no es guay.

—Me refería a lo de la piscina.

El tiempo ha cambiado. Detrás de la ventana que mamá ha protegido con un visillo y cuatro chinchetas veo un cielo de nubes que se desliza como el hormigón gris recién vertido. Los vehículos que pasan de largo hacen temblar el buzón y luego el visillo. Sus neumáticos rebotan en las rayas negras que separan las placas de asfalto.

—Eva, ¿sigues ahí?

—Sí.

—¿Vendrás mañana al cobertizo hermético?

—¿A qué hora?

—A las catorce horas —decide él—. O mejor no, espera...

En la pausa que se crea oigo a alguien gesticular al otro lado de la línea.

—... mejor a las dos y media.

—¿Y por qué no hoy mismo?

—Aún tengo que deshacer la maleta.

Escucho el crepitar de un paquete y, sin embargo, Laurens no habla con la boca llena.

—¿Qué comes?

—Patatas fritas.

—¿Qué sabor?

—Pimentón.

Estoy segura de que Pim está a su lado. Pim siempre come patatas al pimentón.

—Qué buenas. Hasta mañana, Laurens.

Cuelgo y finalmente desenrollo el cable que me aprieta el dedo. La sangre se retira de la punta hinchada.

No voy en bicicleta, sino a pie. Me duele sentarme en el sillín. Durante todo el día he notado el Pritt. Mientras camino, siento la vagina rígida, como unos zapatos nuevos con los que habrá que dar un largo paseo.

En cada esquina escruto las calles adyacentes por si veo a Pim volver rápidamente a casa. En la carnicería todo está tranquilo, no hay coches ni bicicletas en el aparcamiento. La mayoría de los vecinos está de vacaciones o todavía no sabe que la familia Torfs ha regresado de Francia.

El padre de Laurens también necesita tiempo para volver a asumir su papel. El mostrador sigue estando vacío, pero no por mucho tiempo: la puerta lateral que da al jardín está obstruida por un camión frigorífico y veo a un tipo robusto sacando cadáveres de él.

La madre de Laurens me hace una seña indicándome que puedo atravesar la tienda. Cuando paso por delante de ella, me da una cucharada de ensaladilla, por encima del mostrador.

—Es nueva, ¿qué te parece?

El bocado se compone de fibras de algo, carne o pescado, con un fondo salado y viscoso.

—Está rica —le digo, tragándomela antes de poder probarla realmente.

—Los chicos están detrás, en el cobertizo —me dice.

—¿Cómo han ido las vacaciones? —le pregunto.

—Acampar es genial. Ya te contará Laurens.

—Sí.

—Por cierto, ¿quieres hacer algo por mí? —me pregunta, tendiéndome otra cucharada de ensaladilla de pescado—. Si los chicos tuvieran intención de fumar, me lo dirías, ¿verdad? De ti puedo fiarme, ¿no es cierto?

Acerca más la cuchara en mi dirección. Yo me la meto en la boca. Por lo visto, ya ha olvidado y perdonado la sombra del pez plano.

Aparte del crujir de las bolsas de patatas fritas, en el cobertizo no sucede gran cosa. A través de las pequeñas ventanas no logro ver dónde se han metido Pim y Laurens, qué están haciendo o quién está con ellos. Están justo en un rincón del cobertizo.

Espero fuera, mientras pienso con qué noticias o con que anécdota me presentaré.

—No, no apartes la vista, Lau —ordena de repente Pim.

Suena como si me invitara a pasar.

Empujo suavemente la puerta y me cuelo dentro. Debido al tiempo sombrío, el cobertizo está más oscuro que en días anteriores. En el rincón hay un pequeño televisor que emite un resplandor cálido.

Laurens y Pim están justo delante de él, con los pantalones bajados hasta las rodillas. El color de la piel de sus nalgas se funde en el color de la carne de los cuerpos que aparecen en la pequeña pantalla. Laurens está exageradamente moreno, salvo en la marca del bañador; Pim tiene la palidez de siempre.

Sus movimientos rítmicos siguen el vaivén de las caderas negras contra las nalgas blancas en la pantalla. Laurens y Pim están a unos treinta centímetros el uno del otro, entre ellos se interpone una mesita sobre la cual hay un cuenco con patatas, pimentón y sal. Sostienen delante de sí las bolsas de patatas vacías.

No se han percatado de que he entrado. Retrocedo unos cuantos pasos, me agacho y apoyo la espalda en la pared, junto a un viejo sillón. Tengo que saber lo que hacen estos dos cuando yo no estoy. Quiero ser capaz de emular cada acto del que creen tener derecho a excluirme.

Les bastaría con girarse para verme. Sin embargo, dada la naturaleza de las imágenes de la pantalla, hay pocas posibilidades de que lo hagan.

Pim es el primero en correrse, lo veo por sus nalgas que se abren y cierran suavemente, como los ollares de un caballo al galopar.

—¡No! —grita una vez que ha acabado.

Por extraño que parezca, detecto cierta decepción en su voz.

Pim le da una palmadita en el hombro a Laurens y cuando aparta la mano se queda colgando un hilo fino y baboso.

Toma un puñado de patatas, se sienta sobre la mesa con el pantalón por encima de las rodillas y sigue mirando la pantalla, no a Laurens.

Quiero que advierta mi presencia y que acabe este juego, para no tener que ver a Laurens correrse en la bolsa de patatas, pero no me atrevo a intervenir.

Laurens mira su reloj de pulsera sin dejar de masturbarse. Lo hace de forma distinta a Pim, con más paciencia y sin embargo más rabia, como alguien que no encuentra el principio de un rollo de celo.

—*Fourteen minutes and still counting* —dice con ese simulacro de inglés que tan bien se les da a los holandeses en los campings.

Se corre con la alegría de quien marca un penalti en el último minuto del partido. Enseguida se sube el pantalón hasta los muslos, se limpia la punta del pene con la parte interior del bolsillo y acaba de vestirse. Luego acerca la bolsa de patatas a la nariz de Pim.

—Mira cuánto había. Esto significa que no he hecho trampa haciéndome pajas antes de venir aquí.

Pim coge las pruebas de Laurens, sopesa ambas bolsas delante de sí, sosteniéndolas entre el pulgar y el índice. Es evidente que hace pesar más la bolsa con su propio esperma.

—La mía tiene más esperma, la tuya no tiene más que moco y aire —le dice.

—Eres un mal perdedor —contesta Laurens levantando el dedo corazón.

En segundo plano, las nalgas del negro se mueven y embisten cada vez más rápido y más fuerte. Entonces le da la vuelta a la mujer, igual que se hace después de batir las claras a punto de nieve para comprobar si están bien montadas.

—No se trata de cuánto tardas en correrte, sino de cómo te corres —dice Pim, golpeando suavemente la pantalla con el pene flácido, entre los pechos de la actriz. De inmediato vuelve a ponerse duro—. ¿Reponemos el nivel de sal y volvemos a empezar?

Laurens toma un puñado de patatas fritas y escoge sobre todo las saladas.

—Hagamos una pausa.

—¿Puedo preguntarte algo, Lau? Entre nosotros. ¿Cuál es tu táctica? ¿En quién o en qué piensas cuando intentas no correrte?

Aprieto la cara contra el sillón que está a mi lado. Huele a mohó, a perro húmedo. Me agarro fuerte, siguiendo el ejemplo de la actriz que veo en la pantalla.

—Es mejor que no lo sepas —dice Laurens.

—Que sí, venga.

—Tú primero.

—No.

—¿Piensas alguna vez en mi madre? —dice Laurens medio preguntando, medio afirmando.

—¡Qué asco!

Pim coge la bolsa de patatas, se la acerca a los labios, sopla hasta tensarla y mantiene bien cerrada la abertura. Con la bolsa hinchada trata de acercarse a Laurens. Sigue teniendo el pantalón bajado hasta las rodillas. Cuando está justo delante de Laurens revienta la bolsa. El esperma salta por los aires, un pegote aterriza en el suelo delante de mis pies.

De repente los dos me miran.

—¿Eva? ¿Qué haces aquí? —dice Pim, subiéndose el pantalón.

Suena más sobresaltado que avergonzado.

En realidad, yo ya sabía desde hacía tiempo el aspecto que tenían sus penes. Recuerdo como si fuese ayer las semanas en que remodelaron las cabinas de baño y tuvimos que desvestirnos juntos al borde de la piscina. El sexo de Pim era largo, esbelto y fuerte, como sus manos. El ejemplar pardusco de Laurens ya tenía por aquel entonces las características de una pequeña longaniza.

—Nada. —Es la única respuesta que se me ocurre.

—Has llegado un poco pronto —me dice Pim.

—¿Un poco? ¡Un día entero! —le corrige Laurens.

Se hace un silencio.

—¿De qué marca son las patatas que estáis comiendo? —pregunto.

—Pirato —responde Pim, y me pasa la bolsa que todavía no ha reventado.

Me niego a meter la mano dentro.

—No debes tomarte esto demasiado en serio.

—Éstos son nuestros preparativos para agosto —dice Pim.

—No queremos decepcionar a Elisa.

Asiento. No digo ni una palabra sobre mis propios preparativos.

—¿De dónde habéis sacado esa película?

Echo una mirada al estuche, sobre la que han colocado el cuenco de patatas fritas. Todavía lleva adherida la etiqueta con el precio. Diecinueve euros.

—La compré a escondidas en una gasolinera cuando regresábamos de Francia, mientras mis padres dormían —dice Laurens.

—Eso equivale a setenta y cuatro bolas de chicle o trescientos ositos ácidos —le digo.

Seguro que en aquella gasolinera, mientras elegía entre diferentes películas y revistas, Laurens no tuvo en cuenta este dato.

Laurens y Pim me miran perplejos.

Vuelvo a casa caminando. Pim pedalea lentamente a mi lado, unos metros por delante. Espera a que le diga que no hace falta que me acompañe. Como voy a pie, hoy no doy el rodeo habitual por su casa.

Guardamos silencio. Seguro que en el pantalón tiene una sensación desagradable. Pegajosa.

Pienso en la noche en que mi padre intentó explicarme la diferencia entre los hombres y las mujeres. Me sacó de la cama. Como me vio con cara de sueño, me sirvió Coca-Cola. Tenía más cara de sueño que yo, pero él no bebía refrescos.

Esperó a que vaciara el vaso y con el lápiz dibujó el contorno de la parte inferior de su lata de cerveza. Dos círculos iguales sobre una hoja. «Pechos», pensé primero. Hasta que dibujó una cruz debajo de uno de los círculos y una flecha apuntando hacia arriba en el otro.

—¿Sabes lo que significa esto? —preguntó.

Eran las dos y dos.

De alguna manera me pareció más importante recordar eso.

EL CONCURSO DE ASOCIACIONES

Unos días antes de que fuera a producirse el efecto 2000, nuestros padres nos dieron a elegir: ir con ellos al concurso de asociaciones o quedarnos en casa. Yo quise ir con ellos. Tesje y Jolan prefirieron quedarse. Por primera vez no vendría ninguna canguro.

—Ya sois lo suficientemente mayores para cuidar solos de la casa, ¿verdad que sí? —preguntó mamá.

Luego se fue al sótano, no regresó con la habitual lata de tomates ni con una nueva botella de agua con gas, sino con una gran bolsa de galletas de letras.

Mamá solía tener el aspecto arrugado de una prenda que ha estado mucho tiempo mal doblada en algún sitio; sin embargo, aquella noche no, aquella noche parecía recién planchada. Se había maquillado y se había peinado. Llevaba las gafas con la montura cuadrada. Sus tacones sobre el suelo de baldosas convertían cada paso en una decisión certera.

Soltó la bolsa de galletas sobre la encimera y cogió los sujetamangas, que estaban encima del fregadero.

—No hace falta que os las acabéis —dijo nuestro padre justo antes de salir.

Como otros años, las propias asociaciones se encargaron de organizar el concurso: la edición del milenio en la sala parroquial, frente a la iglesia.

—Y tú estate calladita, porque no estás inscrita —me dijo papá.

Mamá se puso el abrigo. Él no.

—Hace calor para esta época del año —le oímos decir.

En Bovenmeer casi todos vivíamos a tiro de piedra de cualquier sitio, de ahí que cuando había que ir a algún lugar, si decían «Mejor ponerse un abrigo», significaba que íbamos lejos, una definición que en realidad no decía nada sobre la distancia real, pues era más bien una valoración de la resistencia de la persona.

La sala se veía aún casi vacía. Las mesas estaban agrupadas de dos en dos, diez cuadrados en los que podrían sentarse ocho personas.

Justo en el centro de cada mesa había un plato con la misma cantidad exacta de dados de queso y una brocheta con una banderita. Los que tuvieran sed tenían que agitar la banderita para llamar la atención de una de las camareras que se paseaban por el local con una bandeja y una libreta para anotar los pedidos.

En la sala sólo vi a otro niño. Mathias, el niño indio raquítrico, estaba sentado junto a su padre adoptivo a una mesa aún vacía. Se dedicaba a clavar cada vez más rápido la banderita entre sus dedos separados. Por primera vez, junto a los dados de queso nos habían obsequiado con lonchas de salami y las puntas afiladas de los palillos no estaban envueltas con celo. Podían caer heridos.

En la escuela les había preguntado a Laurens y Pim si pensaban ir al concurso. Me contestaron que les parecía una bobada y que no les apetecía en absoluto; yo me limité a asentir con la cabeza.

Era posible que ellos, al igual que yo, hubiesen mentido y que esta noche se presentaran a pesar de todo.

Mamá y papá jugaban con asociaciones distintas. Fui a sentarme a la mesa de mamá. Me dediqué a mirar cómo la sala se llenaba de vecinos. La mayoría de ellos daba la impresión de haber salido de casa a sacar la basura y haber acabado en esta sala sin querer. Sólo algunos se habían esmerado, como mamá, para acicalarse.

La nuestra era la mesa de la Asociación Católica de Mujeres Rurales. La madre de Laurens fue una de las primeras en unirse a nosotras. El padre de Laurens no había venido. No le gustaban las asociaciones, salvo que fueran asociaciones de personas que se dedicaran de forma autónoma a la misma especialidad. Había decidido quedarse en casa con Laurens, comiendo patatas fritas y viendo una película de fin de semana.

La mesa se fue llenando poco a poco con mujeres de pueblo, todas con formas diferentes pero todas con sujetamangas exactamente iguales. En eso se reconocía que eran unas pueblerinas: habían acordado llevarlos como si fueran accesorios de moda. Los de la madre de Laurens no llegaban muy arriba, sólo a la mitad de los antebrazos, ya no daban más de sí.

La única que no encajaba pese a llevar el equipamiento correcto era mamá. Papá le regaló los sujetamangas en algún momento, pero ella nunca se los puso para fregar los platos. Lo que no iba con ella no eran los sujetamangas, sino el intento de formar parte de algo. Ella misma debió de percatarse. Al principio, cuando todavía era la única en la mesa y tomaba sorbitos de su primera copa, se la veía esperanzada, pero se fue encogiendo a medida que llegaban personas que apenas advertían su presencia y que olvidaban saludarla adecuadamente. Mientras la sala se llenaba, ella pidió otra copa y optó por un comportamiento que también yo reconocía: encogerse cuando sí la veían.

El concurso debía empezar a las ocho en punto.

Pim y Laurens cumplieron su palabra y no se presentaron. Los pocos niños que sí habían venido, incluido Mathias, se retiraron a la bodega de cerveza de la parte trasera del edificio, donde habían instalado una pequeña pantalla en la que pasaban dibujos animados.

Se celebrarían ocho rondas de preguntas, cada una de ellas duraría cerca de un cuarto de hora.

Hasta las diez estuve preguntándome si no debería haberme quedado en casa como Laurens y Pim. Intenté imaginarme lo que habría hecho entonces, pero no se me ocurrió otra cosa que pensar que allí también me habría dedicado a hacer conjeturas sobre cómo iría el concurso y cuáles eran las probabilidades de que mamá se sentara junto a la madre de Laurens.

Al fondo de la sala había dos grandes puertas abatibles de color verde en una pared blanca, todas las demás paredes blancas tenían ventanas con gruesas cortinas de color beis que estaban cerradas y formaban curiosos pliegues. Impedían que el humo de los cigarrillos saliera por las ventanas abiertas. En la sala hacía cada vez más calor, pero yo no quería quitarme el jersey de manga larga, pues entonces mis rollizos brazos llamarían demasiado la atención.

Entre las nueve y las diez, mamá agitó tres veces la banderita.

En ocasiones, mientras se celebraba el concurso, ella se quedaba varios segundos con los ojos cerrados. Otras, como la madre de Laurens, podían pensar entonces que simplemente reflexionaba sobre las respuestas. Pero yo sabía muy bien que no se preguntaba quién era el inventor del zepelín. Lo más probable es que no se preguntara prácticamente nada.

Mientras ella mantenía los ojos cerrados, yo no le quitaba los míos de encima. Se lo debía, alguien tenía que hacerlo, alguien tenía que seguir mirándola en los momentos en que ella no podía juzgar qué aspecto presentaba.

A las once leyeron una pregunta cuya respuesta supe casi antes de que acabaran de formularla: «¿Qué hecho excepcional tuvo lugar en Bovenmeer en el año 1988?».

Los diferentes equipos pensaban en voz alta. Mamá se inclinó hacia delante y tomó la palabra.

—Aquel año hubo una fuerte tormenta. Una gota fría. Cuarenta centímetros de agua. Faltaban tejas en nuestro tejado —dijo con decisión—. Aún recuerdo que le pedí a Karel que subiera a echar un vistazo.

Era su primera contribución al concurso. Se hizo un silencio en el que se intercambiaron miradas. La madre de Laurens sostenía el bolígrafo y no se atrevió a replicar. Apuntó la respuesta de mamá en la casilla destinada a tal fin.

El círculo de teatro, el equipo de papá, opinaba que tenía algo que ver con los dos hermanos dueños del castillo junto a la cervecería. Era de dominio público que poseían tantas tierras que podían ir paseando hasta la frontera holandesa sin abandonar sus propiedades. Casi todas las granjas destartaladas de la región de Noorderkempen eran suyas. Los hermanos solteros llevaban toda la vida viviendo juntos, cada cual en un ala del castillo. No tenían electricidad, ni calefacción central, se lavaban en un barreño de agua y patrullaban por sus dominios armados con una escopeta de caza.

—¿No fue en 1988 cuando se celebraron aquellas famosas elecciones municipales? —preguntó alguien del equipo de papá.

En aquellas elecciones, el hermano mayor había creado un partido de un solo miembro cuyo objetivo era conseguir cambios en la recogida de residuos domésticos. Su partido sacó un único voto y fue así como descubrió que ni siquiera su propio hermano le había votado.

—Intentó meterle una bala en la cabeza, ¿cómo se llamaba aquel tipo? —oí vociferar a papá.

Sólo al final de la ronda de preguntas se leyeron las respuestas correctas.

—Pregunta nueve: «¿Qué hecho excepcional tuvo lugar en Bovenmeer en el año 1988?» —La voz del animador a través del micrófono sonaba unas veces muy lejana y otras, muy cercana—. La respuesta era más obvia. Por desgracia, no podemos dar los tres puntos a ningún equipo.

A medianoche el concurso había acabado y llegó el turno de la tómbola. El primer premio —un televisor en color— llevaba toda la velada expuesto sobre un soporte cubierto por telas blancas. Sería lo último en rifarse.

Los niños pequeños salieron de la bodega acompañados por el cura para ayudar en la rifa. Algunos tenían los ojos llorosos por el sueño, otros por la tristeza: Pocahontas acababa de despedirse de su amado.

—Vaya, Eva, nos hemos equivocado con la pregunta sobre tu año de nacimiento —me dijo mamá.

Eché la silla hacia atrás. Mientras se levantaba se tragó el último resto de cerveza para impedir que nadie le quitara el vaso en su ausencia. Se subió los sujetamangas, que se le volvieron a bajar de inmediato.

—Que nos hayamos equivocado no es culpa de Eva —dijo la madre de Laurens a las demás mujeres—, deberíamos haber tenido más hijos.

Se oyeron risas. Debajo de la mesa, me puso una mano sobre la rodilla y la apretó suavemente.

Los niños más pequeños correteaban por la sala, llevando los premios a las mesas afortunadas. Empezaron rifando las cosas de menos valor: bolsas de globos, bolígrafos, cactus. El penúltimo premio era una cesta de cerveza.

La hija de uno de los miembros del jurado se paseaba con la cesta por la sala. Vi a mamá consultar el número de su boleto. La niña pasó por delante de ella y le entregó la cesta de cerveza a la madre de Laurens, que aceptó casi de inmediato la propuesta de un vecino de cambiarla por un juego de fiambreras.

Mamá levantó la brocheta, pidió otra cerveza a una de las camareras que pasaba por allí y me entregó un puñado de monedas para que pagara.

Acto seguido, se fue tambaleante detrás de la primera persona que se dirigía a los aseos. Al salir de la sala, se dio de bruces con la puerta abatible que acababa de soltar el que la precedía, justo antes de que procedieran a entregar el primer premio.

Yo vi perfectamente cómo sucedía. Sin embargo, tuve que asimilar el golpe y el subsiguiente silencio para darme cuenta de lo mucho que debió de dolerle. Fue un ruido seco, como el que hace una manzana cuando cae desde gran altura y se magulla.

Algunas personas volvieron la vista. Mamá perdió el equilibrio y se cayó de culo sobre las baldosas. Se quedó sentada así durante unos instantes, demasiado mareada para tocarse la parte del cuerpo que más le dolía. Se levantó como pudo. Sus gafas habían ido a parar un poco más lejos, detrás de ella, y no las vio. En la cara no se le notaba nada. No tenía ni un rasguño, nada de sangre.

Pero, después de haber recibido tantos balonazos en la cara en los penaltis, yo sabía cómo se sentía: notas la nariz hinchada y ridículamente grande, aunque todos digan que no se te ve nada.

Mamá no parecía recordar por qué no estaba sentada en la silla y qué estaba haciendo junto a aquella puerta, o puede que ya no le importara. Se quedó de pie sin moverse durante diez segundos. Pensé que se mearía en las bragas, se lo había visto hacer en alguna ocasión, sabía cómo se anunciaba eso: unas manchas oscuras empezaban a bajar por la parte interior de sus perneras. Sin embargo, no pasó nada.

Su inmovilidad se prolongó durante otros tres segundos. Dio unos primeros pasos vacilantes buscando la compostura y el equilibrio correctos, y volviendo la cara hacia la sala. Entonces soltó la vomitona con una reverencia.

Todo el mundo enmudeció, incluso las personas que se habían esforzado por ignorar el suceso porque tenían niños pequeños.

Una de ellas empezó a aplaudir, tres pequeñas palmadas. Eran manos femeninas. Seguramente una mujer que aprovechaba la situación para poner en su sitio a su esposo. Los aplausos se interrumpieron antes de que yo pudiera ver quién era.

Al oír el aplauso, mamá levantó un poco los párpados y empezó a moverse de forma más coordinada, eso también tenía una explicación: era la adrenalina que seguía a la vergüenza. Sin embargo, aún no había recuperado el dominio de su estómago. Se volvió hacia la pared y vomitó de nuevo. Sobre el fondo blanco, los coágulos de sangre resaltaban claramente entre los posos de cerveza.

Nadie se levantó para ayudarla. Ni siquiera Nancy *Jabón* se acercó con un cubo de agua.

Por primera vez, yo tampoco tuve el reflejo de ponerme de pie y acudir en su ayuda. Nunca antes había visto a mamá comportarse con tanta torpeza. No me atrevía a mirar a la madre de Laurens. Finalmente, fue papá quien se levantó y me dio unos golpecitos en la espalda.

—Ve a buscar la carretilla —me ordenó. En la mano sostenía el boleto ganador.

Las campanas de la iglesia no sonaron cuando abandoné la sala, sin embargo eran justo las doce y media: la hora punta para los delincuentes, pero la oscuridad era lo que menos miedo me daba.

Eché a correr, no para poder volver cuanto antes, sino para no tener que oír el creciente murmullo de la sala. Pasé por delante de los buzones de la Kerkstraat. La luna llena que brillaba en el cielo iluminaba tenuemente los jardines delanteros, como una lámpara de bajo consumo que todavía no ha alcanzado su plena potencia.

Al regresar con la carretilla, pasé debajo de la misma luna y delante de los mismos arriates, ahora más despacio y jadeando. Al salir de la Bulksteeg vi las sombras.

Mamá y papá habían iniciado el camino de vuelta a casa. Ella avanzaba a cuatro patas por la acera. Él cargaba con el televisor. La caja era pesada y no le cabía en los brazos de lo grande que era.

Empecé a apretar el paso a medida que me fui acercando a ellos.

Mamá no quiso que la ayudase.

—¡Ya llegaré sola! —me gritó.

Llevaba las gafas en la mano, un cristal se había roto y cada vez que se apoyaba sobre esa mano, las patillas se doblaban bajo su peso. Tenía las rodillas despellejadas. Intenté inclinar la carretilla de forma que sólo tuviera que dejarse caer hacia atrás para sentarse dentro, pero ella se apartó de mí yendo hacia la calzada.

Papá dejó el televisor en el suelo. Cogió a mamá por las axilas y la metió en el cajón de la carretilla. Ella se golpeó la nuca contra el borde. Soltó las gafas. Yo las recogí. Papá colocó la caja de cartón encima de mamá. Ella no rechistó.

—¿No pesa demasiado? —le pregunté.

Mamá no asintió ni negó con la cabeza.

Papá se tambaleó al hacer fuerza para levantar las patas de la carretilla del suelo, pero logró ponerla en movimiento. Tuvo que acostumbrarse a la desigual distribución del peso en el cajón.

—Un televisor es más pesado de lo que cabría pensar —me dijo.

Puede que él también hubiese bebido mucho, pero tenía un cuerpo más grande por el que se repartía mejor la cerveza. Desde la sala parroquial seguían oyéndose voces hablando por el micrófono. Eran los agradecimientos a los últimos patrocinadores. El alcalde acababa de ser abuelo e «invitaba a todos a una última ronda». Se oyeron aplausos. Manos masculinas. Manos femeninas.

El camino de la sala a casa no tendría mucho más de cuatrocientos metros en línea recta. Apenas hacía falta que yo ayudara con la carga, con una mano sostenía las gafas y, con la otra, el borde del cajón. Papá lanzaba un grito en cuanto yo intentaba corregir el rumbo o cuando hacía ademán de soltar la carretilla.

No compartíamos el peso, sí la vergüenza.

Mamá abrazaba el televisor. No daba muestras de oír lo que decíamos.

—Hemos disfrutado mucho de ese congelador de ahí —murmuró de pronto mientras recorríamos los últimos metros de la Bulksteeg y entrábamos en el jardín lleno de trastos.

Papá llevó la carretilla hasta el jardín trasero, junto al gran castaño. Allí apoyó las patas en el suelo, se llevó el televisor adentro y dejó a mamá atrás.

—Si eres capaz de ponerte ropa interior limpia y subir sola la escalera, puedes venir a la cama —le dijo justo antes de cerrar la puerta trasera.

Mamá tenía los ojos cerrados. Vi las manchas de humedad en la parte interior de su pantalón corto, y de repente también lo oí.

Seguí a mi padre hasta la casa. Dentro, todo estaba sumido en el silencio y la oscuridad, salvo el trozo iluminado por la luz del extractor. Tesje y Jolan ya se habían ido a la cama, quizá a su hora. Sobre la encimera encontré la prueba: la bolsa de galletas intacta.

Dado que tenía que esperar a que papá saliera del cuarto de baño, me quedé delante de la ventana de la cocina, mirando fuera. Aún sostenía las gafas de mamá. Sin ellas, seguro que no lo conseguiría, tendría que encontrar el camino hacia arriba a tientas.

Primero no me atreví a volver con mamá.

Entonces, el perro salió de su caseta y empezó a ladrar. La luz del jardín se encendió automáticamente al detectar el movimiento. Abrí la puerta, le quité los zapatos a mamá, la cubrí con la primera manta que había encontrado en casa. Dejé sus bonitos zapatos de tacón junto a la carretilla, las gafas encima con las patillas bien cruzadas, justo como lo haría ella.

A mitad de la escalera hacia los dormitorios, en el descansillo, eché un vistazo por la ventana que daba al jardín. Mamá seguía allí. Yo sabía que a veces vomitaba sangre, aunque nunca antes la había visto sobre un fondo blanco. Mientras continuara teniendo ojo para los detalles, no habría nada a lo que pudiera acostumbrarme.

Trepé con dificultad hasta mi cama. Estaba hecha polvo, aunque apenas había tenido que empujar la carretilla. Tesje se incorporó. Me había estado esperando.

—¿Han visto la bolsa de galletas? —me preguntó.

Fuera, el perro empezó a ladrar de nuevo como un histérico. La luz volvería a encenderse.

—Por supuesto —le contesté.

—¿Quién ha ganado el concurso?

—Nadie.

—¿Hubo empate?

—No —le dije.

—¿Y aun así no ha ganado nadie?

—Nosotros hemos ganado un televisor.

Tesje se levantó de un salto. Cuando encendió la luz para poder ver si yo lo decía en serio, comprendió que la bolsa intacta de galletas había pasado desapercibida.

Durante el resto de la noche hicimos guardia delante de la ventana del descansillo para ver si mamá se las arreglaba. Esperábamos que nuestra mirada ayudara a cambiar algo su situación.

—Así, sin gafas, no se parece a mamá —dijo Tesje.

Yo no dije nada. Nunca antes había observado de verdad la carretilla. No habría podido reconocerla en una fila de diez. Tenía que asegurarme de conocer cada detalle. Las empuñaduras rojas, el pequeño neumático medio desinflado. Nos quedamos mirando hasta que se acabó la noche, hasta que fuimos capaces de distinguir la carretilla incluso entre miles.

A veces yo veía que Tesje abría los ojos de par en par, para no quedarse dormida, para obligar al sol a salir a escena.

—¿Qué te parecería más grave? —me preguntó Tesje. El perro había dejado por fin de dar vueltas sin parar, mamá se había quedado sola en la oscuridad—. ¿Que se muriera el perro o que se muriera papá?

Por la manera en que me lo preguntó, supe cuál era su respuesta.

Aunque me daba mucha pena por el perro, que se había esforzado tanto acercándose a la puerta para que mamá tuviera luz, le contesté «Papá». Así me aseguraba de que él tuviera al menos un voto.

No dijimos ni una palabra de lo que sucedía allí fuera y que resultaba más triste y más evidente a medida que clareaba el día.

El sol había tomado el relevo, pero nosotras seguíamos sin movernos. Sólo nos metimos en la cama cuando mamá se dio la vuelta para protegerse los ojos de los primeros rayos de sol. Teníamos que concederle eso: la posibilidad de incorporarse a rastras fuera de nuestra vista, entrar descalza en la casa, atravesar las habitaciones que había abandonado antes sobre tacones, en busca de unas bragas secas y sus gafas. La posibilidad de poder afirmar durante el desayuno que no pasaba absolutamente nada. Al menos le quedaría esa dignidad. Eso y el televisor en color.

LAS 16.30

Ya empieza a atardecer. A mitad de la rampa de entrada, delante del corral de las ocas, está la jaula de los perros. En las rejas han atado un nuevo letrero con un cable. AQUÍ VIGILO YO. Debajo del texto hay una foto de un perro agresivo que enseña los dientes en la que no me he fijado antes. En el suelo, debajo de la foto, veo un labrador dócil que ni siquiera levanta la cabeza y que se limita a observarme pasar con una lentitud que también se aprecia en los conserjes de Bruselas a los que les dan un techo pero no comida.

Un poco más allá veo algunos vehículos aparcados junto al gran tractor amarillo. En los últimos metros entre el camino de entrada y los establos, unas velitas metidas en vasos de Nutella señalan el camino. Las llamas las están pasando moradas con estas temperaturas. Yo libero de su sufrimiento a las que siguen encendidas.

El último vaso está a menos de diez metros de la puerta del establo. Podría entrar sin más. Saludar a la gente, estrechar manos, decir lo que otros quieren oír, lo mucho que sus hijos se les parecen.

—¿Por qué haces esto?

Detrás de mí aparece un niño de unos cinco años, bien abrigado y con unos guantes demasiado grandes. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva observándome. Sostiene una cuerda larga y gruesa con la que tira de un trineo vacío que se desliza hasta golpearle en la parte posterior de las piernas, por lo que pierde el equilibrio y cae de rodillas sobre la fina alfombra de nieve. El trineo lleva una banderita fluorescente como las de las bicicletas que se agita en el viento.

No sé de dónde ha salido de repente este hombrecito. Los niños son como ratones: consiguen colarse en cualquier sitio.

Lo levanto agarrándolo por la capucha.

—¿Por qué no llevas pantalones? —me pregunta.

Primero no sé a qué se refiere, luego comprendo cómo debe de verme desde su perspectiva: la falda corta cubierta por un abrigo largo.

—Llevo medias.

Separo los pantis color carne de mis piernas para que pueda verlos. El niño se acerca, quiere tocarlos. Le dejo. Me acaricia el muslo con los dedos vacíos y flojos de su guante.

Aparte del trineo, todo lo que rodea a este niño tiene que expresarse con diminutivos. De alguna manera, eso hace que el roce sea agradable.

Nos quedamos así un instante.

—¿No quieres ver el robot? —le pregunto.

Él sacude la cabeza.

—Ese robot ni siquiera sabe hablar, sólo ordeñar.

—¿Cómo te llamas?

Antes de que el niño abra la boca para decir su nombre, se oye un sonido agudo procedente del establo. Un micrófono que alguien acerca demasiado al monitor. Eso desencadena una serie de ruidos de animales nerviosos en toda la granja: el roce de lenguas sobre piedras de sal, el balanceo de pezuñas

sobre rejillas y el golpeteo de los bebederos.

—La fiesta va a empezar —dice agitando la mano.

—Entra tú primero, yo iré luego —le digo.

El niño deja el trineo y vuelve a los establos, al rumor de voces.

Me apresuro a esconderme detrás del tractor, paso a hurtadillas por delante de los establos hacia el montículo de hierba almacenada. Me encaramo a él sin perforar el plástico. Me cuesta subir pues mis músculos están agarrotados por el frío, salvo en la pierna que acaban de tocarme.

Una vez arriba, espío a través de la gran abertura que hay entre el tejado y la pared del establo para dar aire fresco a las vacas. De esta manera tengo una bonita vista superior de la fiesta. Contemplo las coronillas de la gente. Un calefactor de aire. Una modesta discoteca. Una mesa con una bandeja de minitostadas y cuencos con patatas fritas. Alguien se dirige con decisión a los refrigerios y no tarda en dar media vuelta. Quizá las tostadas ya estén blandas. Junto a la bandeja está la bolsa de plástico con la que Laurens cargaba hace un rato. La madre de Laurens no está hablando con nadie. Se sujeta la ancha cintura con los brazos cruzados, como un niño a punto de saltar al agua de la piscina.

Cuanto más tiempo miro, más claro me queda que esta fiesta ya ha empezado y que nadie se pregunta dónde estoy. Mi presencia no cambiaría nada en absoluto.

Escruto el establo hasta que veo a Pim. Su rostro tiene una expresión alegre. Aunque eso podría deberse al contraste con su austera camisa azul oscuro. Sus hombros no son robustos, sino fibrosos y estrechos. Un granjero automatizado de pies a cabeza.

Dirijo la mirada hasta el ángulo al que mis ojos apenas llegan; allí acaba el brazo de Pim y veo que su mano sujeta algo: el niño con el que acabo de hablar. Está intentando dormirse apoyado en la pierna de Pim. Sólo la presión de la mano lo mantiene en pie.

Dos cabezas con los mismos rizos. ¿Cómo es posible que Pim tenga un hijo y que nadie, ni siquiera mi padre, me haya puesto al corriente? Resulta difícil adivinar quién es la madre.

Hace un momento ya me ha pasado con Laurens, y ahora vuelve a pasarme con Pim: supongo que esperaba encontrarme únicamente con la versión de catorce años, la versión con la que tengo una cuenta que saldar, el adolescente con calcetines del revés, no este hombre de hombros caídos que sostiene en pie a su hijo.

Me desplazo sobre los neumáticos hasta llegar al otro lado del montículo. Desde este lugar también puedo echar un vistazo. Ahora veo lo que está mirando la gente allí abajo. Un cañón proyecta sobre la pared lisa de los establos las fotos recopiladas, que se suceden con ayuda de efectos anticuados y arrojan un resplandor cálido sobre todo lo que hay en el interior.

Las fotos que se muestran fueron tomadas en su mayoría con cámaras desechables, han sido escaneadas y procesadas y colocadas por orden cronológico; una de las fiestas de cumpleaños de Pim en la que también estamos Laurens, Jan y yo: cuatro niños en fila, bufandas rojas con pompones blancos anudados sobre nuestras cabezas. Esta foto acaba cortada en tiras que se intercambian con tiras de otra foto en la que yo no aparezco. Son Jan y Pim en el jardín, con dos manoplas atadas en torno a la cintura con el cinturón de una bata: dos indios alrededor de un tipi construido con ropa de cama.

Esta imagen se difumina después de unos segundos y se funde en una foto de la primera comunión de Pim en la que salimos Jan, Laurens y yo. Alrededor de nuestro cuello cuelga una cruz de madera, yo llevo un atuendo colorido, ellos van vestidos de beis. Jan rodea con un brazo mis hombros y los de Pim.

Laurens abre la boca desmesuradamente, en el paladar tiene pegada una hostia celosamente guardada. Nuestros rostros delatan orgullo: acabamos de admitir al Señor en nuestras vidas. Ahora recuerdo que de verdad Jan puso su brazo en mi nuca.

Antes de que haya acabado de observarla, la foto se abre en zigzag para dar paso a la siguiente imagen: el espectáculo de *playback* en las fiestas parroquiales. El fotógrafo captó a Jan de perfil sobre la tarima. Sus piernas dobladas, el pulgar metido en el cinturón y el sombrero negro delatan que intentaba hacer el *playback* de *Smooth Criminal*. Cada año hacía una canción de Michael Jackson; este concurso era la única ocasión en la que él y su padre bajaban al pueblo. Nunca ganó el primer premio.

Me llaman sobre todo la atención las dos cabecitas que hay en la parte inferior de la imagen. Tesje y yo, sentadas entre el público, compartimos una bolsa de patatas. Estamos más atentas a la comida que a la actuación. Tesje lleva un pichi. Yo soy la de la cara roja y sudada: la única en la sala entera que lleva un jersey de manga larga y cuello vuelto. Parecemos bastante felices. Aunque puede que estas fotos contengan ya el germen de todo.

Aparto la vista, contemplo el resto de la granja, busco un buen lugar para instalarme luego. Nada ha cambiado en los establos y los cobertizos. Miro por última vez la proyección de la foto, antes de que la sustituyan por otra imagen. Tesje y yo. Ella está metiéndose patatas en la boca, yo sostengo la bolsa. Si fuera posible, ahora me volvería unidimensional, viajaría en el tiempo, entraría en esta foto, me colaría en ese instante y avisaría a Tesje de lo que le espera, le diría: lárgate. A Jan le diría: no te preocupes, eres el mejor Michael Jackson que conozco.

Podría decir esto, pero cambiaría poco. Si hace veinte años hubiese aparecido de repente una versión de mí misma de treinta años que me dijera: «Sé lo que va a suceder, vete de aquí», yo no me habría movido ni un centímetro. Tesje y yo nos habríamos quedado donde estábamos, no porque fuésemos felices, sino porque las cosas tienen que suceder para que puedas arrepentirte de ellas y también porque la bolsa de patatas fritas aún no estaba vacía.

2 DE AGOSTO DE 2002

Fuera se oye el ruido del cortacésped de los vecinos. Sin embargo, lo primero en lo que pienso cuando me despierto es en las nalgas desnudas y contraídas de Laurens y Pim delante de la pequeña pantalla repleta de sexo. La cama de Tesje está vacía y hecha de cualquier manera. Eso también es preocupante. Bajo la escalera corriendo. El aire se vuelve un poco más fresco con cada escalón.

Encuentro a Tesje en la planta baja. Sus manos descansan en el centro del teclado. Está descalza delante del aparador. Lleva su pijama preferido con flecos rosados, que le queda raro ahora que ya no tiene el pelo rubio y largo. No levanta la vista.

Antes teníamos una Barbie rapada que sólo usábamos para representar el papel de enemiga o paciente de cáncer.

—No te metas en el váter para escucharme, Eva —me dice.

Tengo muchas ganas de mear, pero me aguanto.

Pim está junto a Laurens en el patio, esconde algo debajo de su camiseta.

—¿Qué tienes ahí? —le pregunto nada más llegar, antes incluso de haber aparcado la bicicleta.

Él mira alrededor antes de atreverse a mostrármelo. Su padre no está por aquí cerca. El patio está vacío, las vacas están en los establos. Pim saca una cinta de vídeo de debajo de su ropa.

—Creo que en esta película la chupan.

Laurens también acaba de llegar, aún tiene las manos en el manillar. No le he visto pedalear en el Steegeinde, eso podría significar que ha tomado una ruta distinta a la habitual para llegar hasta aquí.

Lanzo una mirada a sus pantalones cortos, veo que ambos tienen vello en las pantorrillas. Les debe de haber crecido cuando yo no miraba, puesto que al principio de las vacaciones no lo había advertido aún.

—La encontré en el cuarto de Jan.

Pim pronuncia el nombre de Jan más bajo que el resto de las palabras.

No fue Pim sino yo quien encontró esta película, una vez que me escondí en la habitación de Jan mientras jugábamos. Observé la carátula y luego volví a dejar rápidamente la cinta tal y como la había encontrado, antes de que nadie notara que había estado en su cuarto. Pero eso no puedo contarlo ahora. Tampoco puedo explicarles que el día del entierro de Jan la volví a ver: justo donde la había dejado dos años antes.

—¿No habíais quedado con tu madre en que dejaríais intacto el cuarto de Jan? —le pregunto.

—Jan puede darme las gracias de que haya retirado esta prueba. Dentro de unos días, mamá volverá a casa. Vaciarán su habitación y lo meterán todo en cajas. No querrás que mi madre vea esto, ¿no? Por no hablar de mi padre.

—¿Por qué vais a hacer eso? —pregunto.

—¿Entonces tu madre volverá? —pregunta Laurens.

Pim no contesta. Entra en la casa delante de nosotros, cierra con llave la puerta trasera para que su padre no pueda molestarnos. Para ser una casa habitada sólo por dos hombres está sospechosamente limpia. La salita de estar se encuentra en la parte trasera, dentro hay un gran armario de madera oscura y dos sillas con respaldo de madera y asientos tapizados de piel.

Laurens y Pim se sientan en el sofá, uno en cada extremo. Yo no digo nada, me dejo caer en el sillón. Está colocado en un lugar extraño en la habitación, no delante del televisor, sino al lado del sofá.

Cuando me siento, me doy cuenta de que el sillón está orientado hacia la pared donde cuelga una foto aérea de la granja. Es el asiento de la madre de Pim. Aquí solía tejer calcetines y bufandas, no porque alguien fuera a llevarlos algún día, sino porque desde ahí podía admirar a su familia, que estaba viendo la tele.

Por algún motivo, nunca me había sentado en este sitio. Hemos visto la tele aquí otras veces, pero antes nos sentábamos juntos en el sofá de tres plazas.

—Yo soy éste. ¿Cuál quieres ser tú? —pregunta Pim.

Le muestra a Laurens la carátula del vídeo, en la que aparecen tres actores y una actriz de pechos redondos vestida de pícara enfermera. Pim señala al actor de la izquierda: el hombre más moreno y más musculoso. Saca la cinta de la caja y la introduce en el reproductor.

Laurens señala a otro de los personajes de la cubierta.

—Yo éste.

Pim vuelve a sentarse, se estrechan la mano.

A mí no me preguntan nada.

Hoy vendrá Mientje, pero, según nos ha dicho Laurens, será más tarde. Primero tenía que ir al dentista y con una dentadura como la suya tardará al menos una hora.

Mientje iba a clase con Jolan y Jan, pero repitió quinto dos veces, por lo que en el último curso estaba en la clase a la que nos acoplaron. Es la hija menor del tornero, tiene seis hermanos. Se decía que después de tener seis varones, sus padres habían seguido intentándolo: total, qué más daba uno más o menos. Además, partían de la suposición de que sería otro varón y que el rey Alberto II apadrinaría al niño, tal como hacía cada vez que alguno de sus súbditos tenía siete hijos seguidos, y que, continuando la tradición, la reina les entregaría una bandeja de plata con iniciales.

A pesar de que el nacimiento de Mien no fue una decepción, siempre la habían vestido con ropa de chico, sin que quedara claro si era un castigo o si simplemente les parecía más sencillo.

Mien tenía un rostro fino y unos rizos rojizos que descansaban sobre sus hombros como una madeja con la que hubiese jugado un gato.

Mien era un nombre poco frecuente para alguien de Bovenmeer y durante años fue la niña cuyo nombre no recordaba nadie y que casi siempre pasaba desapercibida.

Eso se acabó cuando en una fiesta de cumpleaños en la que aún no había abierto la boca, dejó el tenedor y el cuchillo y se puso de pie en la silla para anunciar alto y claro: «Me voy a parir un negrito». En aquel momento estaban cortando la tarta en presencia de tías y abuelos, y un tío con una cámara capturó el instante: en primer plano, la anfitriona, estupefacta, que por poco se corta la mano; en segundo plano, borrosa, una pelirroja de diez años, subida a la silla, con los dedos en el vientre.

Después de ir al váter y lavarse las manos en el grifo de la cocina, Mien volvió a la mesa en silencio y se comió su tarta a mordisquitos.

«Parir un negrito» se convirtió en sinónimo de cagar uno de esos zurullos para los que hay que apretar mucho. La expresión fue adoptada por los niños de pueblos vecinos. Todos afirmaban que habían sido sus niñas tímidas las que la habían pronunciado y que el «parir un negrito» había surgido en una de sus fiestas de cumpleaños. Nosotros les dejábamos que siguieran en su error, pero sabíamos la verdad.

Gracias a ello, Mien se volvió popular de repente. La invitaban a todo tipo de celebraciones; todo el mundo esperaba que volviera a decirlo o, mejor aún, que hiciera otras declaraciones impactantes que acabaran convirtiéndose en expresiones usuales y que más tarde dieran fama a la fiesta en cuestión. Pero Mien no hizo nada más. Se limitaba a comer los trozos de tarta con bocaditos de ratón. Y no volvió a mostrar lo profundas que eran sus aguas tranquilas. Sin embargo, aquellas palabras lograron que los chicos la desearan. Entonces se dieron cuenta de quién había sido Mien durante todo aquel tiempo y de lo hermosos que eran en realidad sus rizos rojizos.

Desde el sillón observo a Laurens y a Pim, que a su vez miran el vídeo. Pim busca a tientas el mando a distancia, sube el volumen; los jadeos y chupetones ahogan todos los ruidos de la granja y la respiración excitada de Laurens.

En sus caras puedo leer lo que está sucediendo. Los cuerpos de la pantalla destellan en el blanco de sus ojos, que muestran la dirección del movimiento. Puedo ver por la tensión de sus cuerpos cuándo le toca el turno al personaje que ha elegido cada uno.

En realidad, el final de sus comprobaciones está al caer, ya ha desfilado más de la mitad de las chicas. Después de Mien sólo quedarán dos, y todavía no estamos a mitad de las vacaciones. Al final del verano aún nos quedará tiempo para estar los tres juntos como antes.

Fuera, el perro y las ocas dan el grito de alarma. Pim se sobresalta y baja el volumen de la película.

—¿Ya ha vuelto tu padre? —pregunta Laurens.

—Y yo qué sé. —Pim aprovecha el tumulto para recolocarse el paquete—. Ve a ver, Eva.

Me levanto, giro la llave en la cerradura de la puerta trasera, voy a comprobar quién entra en el patio. Es Mientje, que llega demasiado pronto. Pasa lentamente por delante de los establos vacíos. Mira alrededor con cautela.

Podría ir a su encuentro, decirle que tiene que marcharse, que aquí no hay nada interesante. Podría avisarla, ir a nadar con ella a la Poza, o más lejos aún, a otro pueblo.

Justo cuando quiero poner mis pies en movimiento, la veo subir por la escalerilla de un tractor para poder mirarse en el retrovisor. Se arregla el pelo.

Esto no encaja con la teoría de Pim. Según él, las chicas más guapas a menudo no saben que lo son y están menos dispuestas a desvestirse, y eso es lo que las hace tan atractivas.

—¡Mien está lista! —grito tirando de la campana que cuelga de la puerta trasera, únicamente para llamar la atención, como un árbitro que anuncia el segundo asalto de un combate.

Voy al encuentro de Mientje.

Ella me da un beso. Desprende un olor aséptico a pasta de dientes.

—Los chicos vendrán ahora —le digo.

Tiene un aspecto mucho más afilado que en la última foto de clase. Tiene la nariz alta y los ojos saltones.

Juntas observamos cómo Laurens y Pim se acercan. Los dos tienen una extraña forma de caminar a la que no estoy acostumbrada. Laurens avanza con los brazos separados del cuerpo, como si lo hubiesen inflado demasiado.

El resto de la tarde me recuerda a una película que sólo se proyecta en segundo plano, porque todo el mundo sabe cómo acabará.

Laurens y Pim se han vuelto más eficientes, pero también están más tensos que otras veces. Todo va rápido. Mien acepta las ocho oportunidades. Le digo el acertijo. Mien hace lo que puede. No lo adivina.

—Ahora llega el momento de un castigo. —Pim se cruje las falanges de los dedos—. Desvístete.

—Tengo la regla —dice ella—. No pienso desvestirme delante de nadie.

—¿Y por qué íbamos a creerte?

—Que lo compruebe Eva —dice ella.

—Eva, compruébalo.

Laurens no sabe dónde meter las manos. Todavía no se afeita. Ahora, su personaje en la película se habría tocado el bigote.

—Aquí no. Donde no nos veáis.

Mien y yo nos escondemos para que no se les quiten las ganas. Mientje no me muestra nada. Se limita a sonreír encantadoramente como lo hacen las chicas entre ellas.

Sobre el labio superior aún tiene una mota de dentífrico. La creo de inmediato.

Cuando regresamos, Laurens y Pim ya tienen una alternativa, lo sé por la pose que adoptan.

Pim también parece estar inflado.

—Incluso las chicas con la regla pueden servir. Basta con ver las películas. No me harás creer que esas actrices se toman una semana de permiso.

—No una semana entera, pero sí cuatro días —le contesto.

Mien me mira con gesto interrogante, se aparta los rizos de la cara. No sé adónde quieren ir a parar los chicos.

—Así que será una mamada —dice ella—. Vale. Lo haré.

Se arrodilla en la paja.

—No os daré más de diez segundos —les digo.

Esta vez, Laurens quiere ser el último, seguramente para poder ver lo que hace Pim y no ser el que salga peor parado. Juguetea un poco con sus pelotas mientras espera su turno.

Yo cuento, no demasiado rápido, pero tampoco demasiado lento.

Pim se baja los pantalones, tira tres veces hacia atrás de su prepucio, con el movimiento de un vaquero que carga su pistola. Justo cuando la piel está retirada, empuja el capullo entre los dientes de Mientje.

Ella se la chupa unas cuantas veces, su fina cara se vuelve aún más estrecha.

—Y diez. ¿Por qué lo llaman *mamada* si no se da de mamar? —pregunto.

Es el turno de Laurens. No quiere contestar a mi pregunta.

Su picha no está del todo tiesa y me recuerda a las salchichas baratas que hay en la tienda, que no contienen mucha carne sino sobre todo grasa, por lo que se arrugan cuando están erguidas. Tampoco son apetitosas, pero se pueden utilizar para repartir garrotazos que nunca duelen de verdad. Durante diez segundos, Mientje hace lo que puede.

—Listo —digo justo cuando Laurens empieza a excitarse—. Ya he contado hasta diez.

—Será mejor que no les cuente esto a mis hermanos —dice Mien.

Vuelve a darme un beso en la mejilla, el mismo tipo de beso que cuando llegó. No toca a los chicos.

El aliento le huele a picha.

—¿Cuál es la solución del acertijo? —me pregunta ella.

—No puede contártela —dice Pim casi de inmediato—. Aún tienen que venir algunas chicas. La revelaremos sólo cuando hayan venido todas.

Ha vuelto a meter el pene en el pantalón; el prepucio se le ha quedado atrapado debajo del elástico y el capullo se asoma por encima. A su lado cuelga un rastro viscoso, como el de un caracol.

Por un breve instante, tengo que reprimir el impulso de darle unos golpecitos, como hace el padre de Pim con los topes, para que salgan de la topera y luego poder machacarlos con una pala.

Mien y yo nos marchamos juntas en bici. Los chicos se quedan solos en el pajar.

Ella apenas me dice nada y a la salida de la granja toma casi enseguida otra dirección. Podría haber pedaleado más rato conmigo, pero la comprendo: debería haberle dado al menos la respuesta al acertijo. Sus rizos ondulan en el viento.

Unos minutos más tarde veo pasar un helicóptero. Sólo puedo seguir pedaleando y confiar en que no haga ninguna foto en este preciso instante; que este paisaje no quede inmortalizado y acabe colgado en una sala de estar: Mien y yo convertidas en dos puntos que se separan.

EL RESTAURANTE DE DOS SILLAS

Jan desapareció dos días antes de cumplir los dieciséis años, el 28 de diciembre, el último sábado de 2001, poco después de que Laurens me preguntara qué superpoder me gustaría tener.

Las vacaciones de Navidad estaban llegando a su fin. Laurens y yo estábamos sentados en el trepador de su jardín, él una barra por debajo de mí. Le había crecido el pelo. Desde mi posición le veía la coronilla. Laurens siempre llevaba la raya más o menos en ese mismo sitio, pero ahora los mechones eran más largos y pesados, y la raya se veía más ancha. Aquella muesca lo hacía vulnerable, señalaba el punto donde yo podría romperlo. En los últimos días no habíamos hecho mucho más que estar sentados en el trepador. En el interior de las casas había árboles de Navidad medio pelados, abrigados con luces y adornos.

Por primera vez, los padres de Laurens tenían más pedidos que vecinos y eso los llenaba de orgullo. Venían clientes de todas partes y el aparcamiento que había en la entrada de la tienda se les había quedado pequeño.

—Yo elijo la teletransportación —dijo Laurens, contestando su propia pregunta al ver que yo me lo pensaba demasiado.

—¿Adónde irías? —le pregunté.

—A una isla —repuso él.

—¿A qué isla?

—Me da igual.

La gente a la que le da igual adónde ir no quiere ir a un sitio concreto, simplemente no quiere quedarse donde está.

El reloj de la iglesia dio las tres.

—Tengo hambre —me dijo.

Cada vez que sonaba la campanilla de la tienda, Laurens miraba hacia el patio con la esperanza de que apareciese Pim. Nos había prometido venir a las dos. Íbamos a darle una nueva oportunidad a nuestro restaurante.

El restaurante de dos sillas era un juego que había inventado el propio Laurens y que combinaba lo mejor de sus dos mundos: la comida y la competición. Consistía en poner dos sillas de cocina en el centro de la habitación donde debíamos sentarnos Pim y yo con los ojos vendados. Laurens empezaba haciendo de chef. La tarea del chef consistía en preparar combinaciones novedosas y estrambóticas en una cucharilla de café que luego daba a probar a los otros dos. El primero que fuera capaz de adivinar correctamente los ingredientes se convertía en el nuevo chef, podía ocupar el puesto de Laurens y preparar la siguiente degustación del menú. El restaurante quebró el día en que Pim nos sirvió riñón de conejo crudo con chocolate y pimienta de cayena.

Mientras miraba la raya del pelo de Laurens, volví a sentir pena por él al recordar aquel momento.

Yo noté el gusto de la sangre y escupí de inmediato.

—Es un riñón —aventuró Laurens, pero Pim quiso que adivinara de qué animal se trataba, así que Laurens mordió el órgano frío y lo masticó con parsimonia; sin embargo, no fue capaz de identificarlo por su sabor.

—¿Conejo? —me la jugué yo. Y gané.

Pasaba ya un cuarto de hora de las tres.

—Venga, vamos a llamar a Pim.

Laurens se levantó y entró en la casa. Me acerqué al auricular para poder escuchar también la conversación.

—¿Dónde estás? —le preguntó Laurens, apartándose de mí. Escuchó la respuesta con el ceño fruncido—. ¿Tenemos que ayudaros a buscar? ¿Podemos echarte una mano con las vacas?

Se despidió con un suspiro y colgó el teléfono.

—Jan se ha ido esta mañana sin haber ordeñado las vacas y ahora le toca a Pim ocuparse de sus tareas y, encima, ayudar a buscarlo —me resumió la conversación—. No quiere nuestra ayuda.

Dudé de que el propio Pim lo hubiera dicho por ese orden, que encargarse de las tareas de Jan fuera peor que su desaparición.

Regresamos al jardín, esta vez me senté en una de las barras inferiores del trepador. Eché en falta la vista de antes, poder mirar a Laurens desde arriba.

—¿No te parece injusto? Pim es el que no ha venido y precisamente es el único que sabe lo que hay que hacer —se lamentó.

Yo asentí.

—¿Adónde crees que habrá ido Jan? —le pregunté.

—Y yo qué sé —contestó Laurens—. Me rugen las tripas.

Me dio un golpecito en la cabeza con la punta del zapato. ¿Quería que le dijese que yo también tenía hambre para que él pudiera proponer que jugásemos al restaurante de una silla?

—Pues ve a comer algo —le dije.

Laurens suspiró, se levantó y volvió a cruzar el jardín arrastrando los pies. Su figura fue encogiéndose poco a poco hasta que acabó engullida por la puerta trasera. Tan fácil era desaparecer. A veces bastaba con sentir un hambre repentina. Salió en una ocasión en el periódico: un hombre fue a por patatas fritas y no lo encontraron hasta años más tarde en un complejo de vacaciones de Suecia donde trabajaba de jardinero. Llevaba unas gafas con vidrios falsos.

—¿Qué cenaremos hoy, mamá?

Desde el jardín oí los berridos de Laurens. Ya sabía lo que ella le contestaría. Tenían mucho trabajo, así que le diría «Caca de vaca» o «Vómito de oso». Laurens jamás había sabido apreciar el valor de tener una madre con sentido del humor.

Volvió a recorrer todo el camino con una bolsa de pan de gambas y un san Nicolás de chocolate que había sobrado de principios de diciembre. Se puso la bolsa en el regazo y me lanzó la figurilla de chocolate.

Me comí la cabeza del santo de un bocado, una muerte rápida, así lo hacía Tesje también. «Se reconoce al verdugo porque empieza por los pies», aseguraba.

El pan de gambas se contraía en la lengua de Laurens con un crujido.

A las cuatro y media, la madre de Laurens salió al jardín. La bolsa de pan de gambas estaba casi vacía y él la escondió deprisa en la capucha de mi anorak. Su madre venía de la cocina, llevaba un entrecot grande y fino en las manos. Con el rostro casi tan pálido como el borde de grasa de la carne. Su aliento cálido y agitado, que en aquella época del año debería haber formado nubecillas redondas pero que ahora no provocaba nada, no encajaba con la vacilación del resto de su cuerpo.

Se acercó a nosotros y quiso abrazarnos, pero entonces se dio cuenta de que aún tenía algo en las manos. Miró alrededor y dejó el entrecot en una de las barras del trepador, posó las manos en las rodillas de Laurens y le acarició las piernas. Entonces reparó en mí y me estrechó entre sus brazos, apoyando mi cabeza en su pecho. Era la primera vez que me tocaba de forma cariñosa desde la noche en que vio la silueta de mi pez plano en las sombras. Aspiré el olor agrio del delantal. La bolsa medio vacía de pan de gambas crujió en mi capucha. Ella no dijo nada.

—Niños, queridos niños. Han encontrado a Jan —anunció.

Supe de inmediato lo que eso significaba. ¿Por qué no había elegido ningún superpoder poco antes, cuando Laurens me lo había preguntado?

—Ha fallecido. —Guardamos silencio—. Muerto —añadió como si eso ofreciera más información.

—¿Cómo?

Laurens preguntó justo lo que yo también quería saber.

—El cura no me lo ha dicho. Lo más probable es que haya sido un accidente.

La campanilla de la tienda sonó con insistencia. La madre de Laurens permaneció allí de pie un instante más.

Lo que yo debía asimilar no eran las palabras en sí, que dolían, sino todo lo demás, todo lo que quedaba aún, todas las cosas fútiles que simplemente seguirían existiendo.

—Pim nos necesita —dijo Laurens con determinación. Ya se había puesto en pie.

—Yo en vuestro lugar dejaría a ese muchacho en paz por el momento. Si acaso, ya lo llamaremos dentro de un rato. ¿Entráis conmigo? —nos preguntó—. Os calentaré un poco de leche.

Después se marchó del jardín con el paso más resuelto que tenía al llegar. No iba a calentar leche. Debía ayudar a difundir la noticia, eso era lo que había que hacer ahora: informar del asunto a tanta gente como fuese posible.

Me pregunté a quién llamaría primero. En situaciones como ésta, siempre quedaba claro cómo se relacionaba la gente del pueblo entre sí, cómo funcionaban las estructuras sociales, del mismo modo que sólo después de una fuerte tormenta se veía cómo los árboles habían permanecido aferrados al suelo durante todo ese tiempo. ¿Quién llamaría a mis padres para contárselo? ¿Habría alguien que los pondría al corriente?

Me levanté. El entrecot seguía colgado del trepador. Me senté en el columpio para que Laurens no me viera llorar. Él sólo ponía morritos, aunque quizá eso ya fuera mucho para él, más que suficiente.

Me miré los zapatos, luego volví a mirar el entrecot colgado en la barra, que oscilaba a causa de nuestros movimientos en el trepador. Laurens se puso de pie y se acercó a mí. Sacó la bolsa de mi capucha. Cogió un pan de gambas y se sentó en el césped. Yo no podía decir nada. La figura de chocolate se derretía en mis manos. Le arranqué los pies de un mordisco. Ese san Nicolás tampoco tendría ya escapatoria.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Laurens. Se tumbó sobre el césped.

Mi estómago volvió a expulsar de inmediato los pies de chocolate. Vomité en la boca, una pequeña regurgitación con un regusto agrio y amargo que volví a tragar deprisa. No podía vomitar. Morirían más personas, personas que yo conocía mucho mejor que a Jan, que veía todos los días, y entonces tendría que poder estar más triste de lo que estaba ahora. Tenía que dejar reservas, para Jolan, para Tesje.

—¿Monopoly? —propuso Laurens.

Yo asentí porque quería alejarme del jardín, del entrecot.

Entramos en la casa, pero no fuimos a la tienda, sino al piso de arriba. Hacía tiempo que no subía allí y en otras circunstancias nada me habría gustado más que sentarme de nuevo en el sillón blandito al lado de la madre de Laurens para ver la televisión.

Ahora no podía dejar de pensar en Jan, aunque no sabía exactamente qué debía pensar, con qué detalles. Cómo había sucedido el accidente, quién lo había descubierto, dónde lo habían encontrado.

Tampoco sabía por quién tenía que lamentarlo, si por el propio Jan, que ya no sentía nada, o por las personas que lo habían encontrado, que debieron de ser los padres de Pim. Siempre se habían mostrado partidarios de rechazar toda clase de ayuda, sin duda hoy también, así que lo más probable era que hubiesen salido a buscar a su hijo ellos mismos.

Laurens abrió el tablero, yo me limité a mirar lo que hacía mientras él lo disponía todo: las fichas, las cartas de la suerte, los billetes. Contaba deprisa y de cualquier manera.

¿Podíamos hacer eso en un momento así, ponernos a jugar? ¿No deberíamos hacer otra cosa? Como no se me ocurría algo que sí fuera apropiado, seguí tirando los dados.

La tienda se encontraba justo debajo de la sala de estar. Cada pocos minutos, entre los campanilleos de la puerta, oíamos a la madre de Laurens difundiendo la noticia, y a continuación sonaban exclamaciones de incredulidad y el tintineo de la caja.

Era muy probable que mientras Jan se estaba muriendo, Laurens y yo estuviésemos sentados en silencio en el trepador y que la caja también tintinease. Quizá no habríamos podido evitar el accidente, pero por lo menos habríamos podido hacer algo más que estar sentados esperando de brazos cruzados.

Saqué tres seises seguidos. Laurens puso mi ficha en la cárcel. Yo me eché hacia atrás un momento. Pensé en los muebles del cuarto de Jan.

Recordaba mejor el aspecto que tenía su habitación que su cara. Desde que me enteré de que le gustaba, ya no había vuelto a mirarlo de verdad. Una vez, mientras jugábamos al escondite, me metí en su cama. Permanecí media hora allí, al lado de un par de pañuelos acartonados, debajo de la colcha infantil con el estampado de un tractor. Había camisetas planchadas encima de una silla y una vela intacta en su mesita de noche. Jamás había estado tan cerca de un chico al que le gustara. Apreté la cara contra su almohada, saqué la lengua de la boca y le dejé un beso.

Después de un par de turnos, Laurens sacó mi ficha de la cárcel.

¿Cuántas cosas cambiarían ahora? Primero las cosas más tontas: los trapos que estaban repartidos por toda la granja, especialmente las camisas viejas de Jan hechas jirones, que se usaban para limpiarse la suciedad de las manos y la leche derramada en el suelo. Esos trapos que durante años no habían tenido ningún valor —en una ocasión llegué a llevarme uno a casa para olisquearlo— se conservarían ahora con devoción.

Las cosas más tontas que aún quedaban de él, las fotos más feas, los pañuelos acartonados en su cama adquirirían de pronto significado.

En la sexta ronda ya no pude pagar el alquiler de la carísima Nieuwstraat.

—Contemos el dinero —ordenó Laurens, y se abanicó con sus billetes de quinientos, a pesar de que en la sala de estar no hacía calor.

¿Era por las personas como él que en un momento así, en el que algo se merecía el dolor de ambos, las personas como yo nos creíamos obligadas a sentirlo todo por partida doble?

Aquella noche no nos sentamos a cenar hasta las ocho. La hora de la cena no tenía nada que ver con la muerte de Jan, sino con el hecho de que la carne no había acabado de descongelarse.

Yo no estaba segura de que se hubieran enterado de la noticia sobre Jan. Sospechaba que no: al llegar a casa, mamá no estaba más borracha de lo que solía estarlo a esa hora. La luna se veía pequeña y alta. Nuestro reflejo en la puerta corredera de la cocina era muy nítido. Al final, la carne se había acabado descongelando en el microondas y por eso se había puesto dura. Desde que mamá tuvo que ir a comer con el perro en Nochebuena, no había vuelto a esforzarse en la cocina.

Por los silencios de Jolan y Tesje, por la forma en que cogían los cubiertos, deduje que ellos sí se habían enterado. Comer parecía fuera de lugar. Alguien debía decirlo.

—No estaría mal que nevase —comentó mamá.

A su espalda parpadeaban las lucecitas del último árbol de Navidad que llegaríamos a tener.

Yo masticaba la carne muy despacio. El bocado se eternizaba.

—Jan se ha ahogado en el pozo negro —dije cuando por fin vacié la boca.

Sobre la encimera que tenía a mi derecha, Tesje había colocado las figuritas de chocolate de san Nicolás. Eran cuatro y estaban todas de cara a la pared, pero tuve la sensación de que también ellas me miraban.

LAS 17.00

Veo a Jolan enseguida aunque esconda la cara detrás del cuello alzado de su abrigo para protegerse de las ráfagas de viento gélido que se levantan de vez en cuando entre los establos. Lo quieras o no, a los hermanos los reconoces de inmediato, porque te identificas con ellos.

Camina al pie del montículo de hierba donde estoy yo, y antes de entrar, remolonea junto a las puertas del establo como sólo él sabe hacerlo, a ser posible con los ojos cerrados. Por un momento, él mismo se convierte en el insecto estudiado. Se vuelve y mira una vez más en la dirección por donde ha venido, donde ha aparcado su flamante Range Rover. Luego se endereza la corbata, se alisa el chaleco y entra en los establos.

La última vez que pasé la Navidad con Jolan fue hace dos años, en 2013. Aquel año, al igual que todos los anteriores, Tesje, él y yo la celebramos juntos. No quedamos el día de Navidad mismo sino unos días más tarde, porque Tesje se reunía con su familia de acogida y Jolan tenía por entonces una novia, una compañera del laboratorio a la que le había robado la bicicleta y con la que después jugó la carta del romanticismo para salvar el pellejo.

Jolan pasaba primero por casa de Tesje, la recogía y juntos venían a Bruselas a buscarme a mí. Íbamos a un restaurante del centro de la ciudad que escogía yo y dábamos un gran rodeo por el Atomium, porque a Jolan le gustaba conducir, a Tesje le gustaba que la pasearan en coche por la ciudad y yo podía explicarles qué barrios me parecían más acogedores. Siempre elegía el mismo restaurante porque sabía que había muchas personas que iban a comer allí solas. Así nosotros nos sentiríamos más completos.

El año pasado no lo celebramos juntos ni este año tampoco. Tesje anunció que ya no podría seguir pasando la Navidad con nosotros. «Mejor no celebrarlo que hacerlo a espaldas de papá y mamá.» Dijo que siempre le dolía imaginárselos solos en casa sin nosotros, creyendo que no celebrábamos nada.

El día de Navidad mismo recibí un mensaje: «Feliz Navidad, Eva». Jolan me mandó una postal virtual con dos renos cantando. Los sobres con dinero llegaban después.

A estas alturas ya he recibido más de treinta. Salvo el primero, hasta ahora ninguno iba acompañado de una sola palabra de explicación. Ni una nota, ni una aclaración; debía bastarse a sí mismo. Eso sí, siempre contenía un pósito pegado en el primer o en el último billete donde se especificaba la cantidad: «200 euros». O: «100 euros».

En el primer sobre con dinero, Jolan escribió: «Úsalo bien y a veces no tanto. No tienes que devolvérmelo». Todavía hoy sigo sin entender muy bien a qué se refería con lo de «Úsalo bien» y lo de «no tanto». Tampoco sé cómo debo calificarlo: de donación, contribución, regalo, asignación o compensación. He decidido no utilizar el dinero mientras no lo sepa.

A veces hablamos por WhatsApp. Hace algún tiempo miré las conversaciones anteriores, intentando averiguar quién había buscado contacto con quién en más ocasiones. Vi que a lo largo de un año, yo había salido siete veces con la misma pregunta.

«¿Cómo va por ahí? ¿Y con los saltamontes?» Con «por ahí» me refería a Tesje, a la nueva casa en la que vivía, a su nueva hermana, a su nueva madre, y «con los saltamontes» me refería a Jolan, que está al frente de un laboratorio donde investigan algo relacionado con el aparato digestivo de los insectos.

Unas veces me respondían los dos, otras lo hacía sólo uno de ellos.

Enseguida me arrepentí de no haber preguntado algo distinto en más ocasiones, de no haber sido más original.

Vi que de vez en cuando ellos también me habían hecho preguntas a mí: «¿Cómo te va por Bruselas?», «¿Qué tal estás en tu apartamento?». Siempre preguntaban cosas relacionadas con lugares determinados, como hacía yo con ellos, jamás me preguntaban cómo me iba a mí y sólo a mí, porque temían que me atreviera a contarles la verdad.

No sabía que Jolan iba a venir hoy. No confirmó su asistencia a través de Facebook.

En realidad, era lógico que lo hubieran invitado; conocía a Jan mejor que yo. Habían ido a la misma clase. Era uno de los pocos que quería ir a las fiestas de cumpleaños de Jan. Los dos sentían fascinación por los animales. Jolan era el único que se mantenía al margen del acoso, aunque eso no se lo reconocieron, porque por lo general se mantenía al margen de todo lo que tuviera menos de cuatro patas, y ni siquiera entonces era siempre bondadoso: en una ocasión se fumó uno de nuestros insectos palo después de que éste hubiese muerto, apretándolo entre los dedos como si fuera un elegante cigarro.

A través de la rendija que hay en el establo, lo veo deambular por la fiesta entre los demás. Está solo, coge algunas patatas fritas, se frota la cabeza con la mano, se atusa un poco el pelo para ocultar su incipiente calvicie.

Con Jolan nunca llegué a tener el mismo vínculo que con Tesje, quizá porque nunca compartí habitación con él. En algunos momentos lo pagó caro; por ejemplo, aquella vez que se rompió el jarrón caniche.

Aquel día, papá nos convocó a todos en la sala de estar.

—¿Quién ha sido? —preguntó señalando el armario que había hecho él mismo, sobre el cual estaba el feo jarrón hecho añicos. Tenía un color para el que no existía ningún nombre, un tono entre azul y marrón, aunque no era caqui. No estaba hecho para poner una flor. Los bordes eran muy quebradizos y se curvaban hacia fuera.

Era una desafortunada variante de jarrón, igual que el caniche es una variante de perro. Lo había hecho a mano un amigo suyo con el que había perdido el contacto. Eso hacía que el pequeño jarrón fuese más delicado aún. Y ahora había llegado el momento de que pagáramos el pato por la pérdida de aquella amistad.

—Pero si no es más que un jarrón, ¿por eso he tenido que salir de mi baño? —dijo Jolan tiritando, con sólo una toalla alrededor de la cintura.

Se ganó un bofetón. Unas gotitas de agua salieron despedidas de su oreja, salpicaron la pared y tiñeron de gris claro la capa blanca de cal que nunca había recibido una mano de pintura.

—La verdad siempre acaba saliendo a la luz —dijo papá.

Mamá no hizo nada, ni siquiera asintió con la cabeza. Fue una de las escasas veces en que ninguno de los dos intentó socavar la autoridad del otro.

—Os quedaréis aquí de pie hasta que nos digáis quién es el responsable de esto —dijo ella, y salió de la habitación sin volver la vista.

—Yo no he sido, de verdad —musitó Tesje.

—Yo tampoco —dijo Jolan.

—Pues yo tampoco he sido —dije yo. Eso era lo único de lo que estaba segura.

El gato se nos acercó y se restregó contra nuestras piernas. Jolan se fue secando poco a poco. Ninguno de nosotros miraba a los demás por temor a dar pie a las difamaciones.

A las seis, oímos los aullidos implorantes de *Nanook* desde la cocina: mamá se había puesto a preparar la cena, probablemente había descongelado carne de cordero para la ocasión. Algo más tarde se oyó el ruido de los cubiertos en los platos de mamá y de papá. Vimos al perro moviéndose por delante de la entrada de la sala de estar: comía con tanta avidez que cada vez que metía el morro en el cuenco lo alejaba un poco más.

Por primera vez en meses, oímos reír a mamá.

—Tienes que romper un jarrón más a menudo —le dijo Jolan a Tesje.

Tesje se mordió los dedos y le enseñó las marcas de los dientes.

—Pero no he sido yo. Lo juro.

No mordérselos equivaldría a una confesión. Luego nos tocó a Jolan y a mí.

A las ocho aún no se había aclarado el asunto y nos mandaron a la cama sin cenar.

—Consultadlo con la almohada. Si mañana todavía no lo sabéis, ayudaréis los tres a cortar el césped.

Desde nuestra habitación oíamos el canto de los grillos en el jardín.

—De verdad que no he sido yo —susurró Tesje—. De verdad.

—Alguien habrá tenido que hacerlo —repuse yo.

—Pues habrá sido Jolan.

—Probablemente.

Al día siguiente, Jolan cayó en la cuenta:

—Fue el gato.

Demasiado tarde: acabábamos de echarle la culpa a él convincentemente delante de mamá. Aunque después ayudamos a cortar el césped, seguíamos siendo unas traidoras.

Tengo las manos completamente congeladas. Ya no siento la parte inferior del cuerpo. Podría estar de pie o sentada y no supondría ninguna diferencia. El frío me penetra la piel de los muslos a través de los pantis. Tengo miedo de que se me estén atrofiando las piernas sin que me dé cuenta. Tengo que moverme. No sólo para protegerme del viento, sino para dejar de mirar a Jolan. Cuanto más lo miro, más empieza a faltarme el valor para sacar el hielo del coche.

Bajo con cautela del montículo de hierba, paso por la parte de detrás para que nadie pueda verme y vuelvo al coche. El hielo apenas se ha derretido. Resulta difícil levantar la caja porque una de las asas se ha roto. Ahora recuerdo cómo sucedió: fue al tomar la curva cerrada a la salida de la autopista cuando llegué al pueblo. A duras penas consigo sacarla del maletero, la fuerza de la gravedad me echa un cable. Por un instante pienso en el vecino. En sus brazos, sus manos.

Hace poco me agarró de la cabeza mientras le estaba haciendo una mamada. No comprendió por qué le hiqué los dientes en el glande hasta que me soltó.

Vuelco la caja con cuidado junto al coche. El bloque se suelta del fondo y cae al suelo.

Retiro lentamente la caja de plástico.

El agua derretida cae sobre mis zapatos y hace que se funda la nieve de alrededor.

Vuelvo a meter la caja vacía en el maletero y lo cierro. Dejo el coche abierto con las llaves puestas.

Cuesta mucho mover el bloque de hielo. Abro otra vez el maletero, saco la manta de cuadros roja, la extiendo en el suelo, pongo el bloque en el centro, agarro los cuatro extremos y arrastro el fardo detrás de mí como si fuera un saco.

En los últimos metros, el bloque se desliza con más facilidad porque la nieve se compacta debajo de la manta.

Al llegar junto al viejo ordeñadero, me vuelvo a mirar el ancho y sinuoso rastro que he dejado a mi paso. Podría tratarse de un animal enfermo y moribundo que se hubiera arrastrado por la nieve.

5 DE AGOSTO DE 2002

Pocas veces he visto a Pim poner una cara tan seria. Laurens y yo nos asomamos también a la buhardilla del pajar para poder ver lo mismo que ve él: dos formas extrañas que entran tambaleantes en la finca. Una de ellas debería ser Heleen, ocho puntos y medio en el muro del cementerio. No logramos identificar a la otra figura.

Nada más llegar, cuando aún no habíamos subido la escalera del pajar, Pim ya nos había advertido que Heleen vendría acompañada de alguien. Desde donde yo me encontraba podía verle los orificios de la nariz. Dentro tenía granitos de polvo marrón en los mocos.

—¿Eso son buenas o malas noticias? —le pregunté. No respondió.

Pim se había empeñado en quedar de nuevo en el pajar contraviniendo el sistema de turnos. No dio ninguna explicación para ello, pero yo sospechaba que si hoy nos reuníamos en su casa, no habría ningún motivo para que la próxima vez no pudiéramos quedar en el gallinero de la mía, seguro que para Elisa sería mejor que las paredes no tuvieran ojos.

Observamos cómo las chicas entran en los establos y se encaraman a la escalera, lo que resulta difícil porque llevan una cantidad exagerada de ropa. No se aprecia si la amiga de Heleen tiene buen tipo, aunque, por la forma de sus ojos, esta vez no se trata de una retrasada.

—Jamás lo conseguiré —dice mientras se aferra con ambas manos al último peldaño de la escalera.

—Haced un esfuerzo —les dice Pim—. Vais bien protegidas. Si os caéis, no hay ningún riesgo de que os rompáis algo.

Habrán oído en el pueblo lo que les esperaba aquí. Tal vez Melissa o An —esas cuatro chicas suelen salir juntas— les hayan aconsejado venir con mucha ropa como única forma para poder descifrar el acertijo. Por supuesto, las chicas anteriores no estaban al corriente de las nuevas reglas.

—¿No podríais bajar vosotros? —pregunta ella ahora.

—Por cierto, ésta es Lente —dice Heleen.

Miro a Pim. Mueve la cabeza negativamente.

—Vale, Lente —le digo—. Ahora vamos.

Pim nos guía por su granja a regañadientes, pasamos por delante del pozo negro hasta llegar a un lugar que hay detrás del ordeñadero, un cobertizo diminuto donde está acumulado el serrín para los terneros, debajo de un tejado negro, plano y bajo. Heleen se tropieza con sus cinco pares de pantalones. Aquí hace el triple de calor que en el pajar. Por eso Pim explica muy despacio las nuevas reglas del juego.

—No estáis de suerte —les dice—. Sólo son ocho preguntas, no hay más.

—En ese caso, sois vosotros los que no estáis de suerte, porque no jugamos.

Heleen hace ademán de irse.

—Exacto, ¿por qué tendríamos que prestarnos a esto? —añade Lente.

—Porque, si ganáis, podréis pedirnos lo que queráis —dice Laurens.

—¿Podría pedirte que te mees en el tanque de leche recién ordeñada? —le pregunta Heleen a Pim.

—Sí —contesta él.

—¿Y tú nos darías carne gratis cada vez que fuésemos a la carnicería? —dice ella con un gesto de cabeza hacia Laurens—. ¿Todo el año si fuera necesario?

—Sí —accede él.

—Un intento por cada prenda de ropa, no lo haremos por menos.

Lente se cruza de brazos, lo que no acaba de conseguir completamente con tantas capas de mangas superpuestas.

Pim y Laurens intercambian gestos de asentimiento.

—Vale —decide Pim.

Heleen se saca de pronto unos guantes del bolsillo del pantalón y se los pone también.

Empiezan con dos intentos razonables, pero llevan tanta ropa encima que al final, en vista del calor que hace, eso juega más en su contra que a su favor. A medida que van sintiendo más calor, quieren ir quitándose capas de encima y se vuelven más descuidadas y menos tácticas. En una ocasión llegan incluso a repetir prácticamente la misma pregunta.

Cuando se quita el gorro, los rizos de Heleen, que en condiciones normales le habrían hecho valer más puntos, están pegados a su frente en húmedos mechones. Las gotas de sudor se agolpan en las sienes de Lente. Quizá habrían meditado mejor sus preguntas si hubieran venido sólo con un bañador y unas chancletas, y hubieran tenido dos intentos por cabeza.

Cuando se quedan casi desnudas, sólo con la ropa interior, parecen más aliviadas que avergonzadas. Hay dos grandes pilas de ropa entre nosotros, encima del serrín.

Por un momento temo que esto no sea más que una maniobra de distracción. Quién sabe, quizá Melissa y An no sólo les hayan aconsejado que se pongan mucha ropa, sino que les han contado también el acertijo, de modo que ellas puedan haber buscado la solución en la biblioteca o en internet. A lo mejor resulta que Lente es amiga de Elisa y ésta sencillamente le ha dado la solución y ahora nos están tomando el pelo.

Heleen y Lente se interrogan con la mirada.

—Lo dejamos —decide Lente—. Este acertijo no tiene solución.

Yo respiro aliviada.

—Claro que tiene solución, y no podéis dejarlo así como así —replica Laurens—. Sería como comprar un bistec, comerse la mitad antes de pagarlo y luego devolverlo, ¿verdad, Eva? —Me mira.

—Nunca me he comido un bistec antes de pagarlo —respondo.

—Por cierto, ¿qué pintas tú aquí? —pregunta Lente.

Nadie reacciona, así que yo tampoco.

—¿Qué nos propones, Eva? —me dice Pim, y luego añade para las chicas—: Eva siempre decide lo que hay que hacer. Lo que hagamos con vosotras depende de ella.

—Pues en ese caso jugaremos al pañuelo —comenta Heleen señalando el dibujo del oso de mi jersey.

Pim suelta una carcajada.

—¿Queréis seguir intentando adivinar el acertijo? Todavía os quedan algunas oportunidades.

Les señalo sus bragas y sujetadores.

—Danos la tarea, Eva, así no tendremos que quitarnos la ropa interior. De todas formas, no podremos solucionar ese estúpido acertijo tuyo.

—Vale, entonces tendréis que hacerles una paja dos veces seguidas —respondo yo de inmediato.

Heleen da un respingo.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Dos veces —remarco con la esperanza de que la segunda vez sean más descuidadas y les hagan daño—. ¿Tengo que mostraros cómo? —les pregunto rápidamente.

Se hace un silencio. Laurens y Pim me miran con asombro.

—¿Quién lo hace con quién? —Heleen se tira hacia abajo el sujetador con relleno, de modo que sus pechos sobresalgan más—. ¿Quién me toca?

—Eso podéis decidirlo vosotros —digo yo.

La areola le asoma por el borde.

Se hace otro silencio. Ellos intercambian miradas, reflexionan sobre quién debe ir con quién, sobre la puntuación del otro. Los ochos no deben combinarse con los seises: ésa era una regla que Laurens y Pim plantearon en su día. Sin embargo, nadie se atreve a repetirla en voz alta.

—Vale, Laurens, yo creo que Heleen debe ir con Pim, y a ti te toca con Lente —digo.

Laurens reacciona como si le hubiesen soltado un bofetón. Primero busca el apoyo de Pim y Heleen, pero ellos están satisfechos y se sonríen. Luego nos mira a Lente y a mí alternativamente.

—Propongo empezar con Lente, pero luego cambiamos, ¿vale? —dice.

Pim niega rotundamente por detrás de Laurens.

—No, las chicas no se intercambian —digo.

Laurens sacude la cabeza y le da un puntapié al montón de ropa que hay en el suelo.

—Mejor estate calladita, Eva de Wolf. No es casualidad que fueras la más rápida haciendo la carretilla —dice.

Pim vuelve a juntar con el pie el montón de ropa desperdigada para que las chicas tengan una base blanda sobre la que arrodillarse.

No me espero a que terminen. Me voy inmediatamente a casa en la bici.

Sé muy bien a lo que se refería Laurens con su comentario sobre la carretilla. Hablaba de las clases de gimnasia en primaria, cuando nos mandaban ponernos por parejas y hacer carreras por el gimnasio. Intuitivamente, las chicas se ponían de rodillas y arqueaban la espalda formando un signo de interrogación, y a los chicos les faltaba tiempo para agarrar el primer par de pantorrillas bonitas que veían.

Pim me cogía de inmediato las pantorrillas a mí para no tener que ir con Laurens, que pesaba el doble que yo. Y no me soltaba hasta que habíamos completado el recorrido de ida y vuelta. Siempre acabábamos los primeros.

Al principio creí que nuestras victorias se debían a la fuerza muscular de Pim, a mi capacidad para mover los brazos con rapidez y al hecho de que me mantuviera tesa como una plancha. Hasta que me di cuenta de qué iba la cosa: para los demás chicos, la carretilla era la oportunidad de atisbar las bragas de las chicas a través de los holgados pantalones cortos de gimnasia.

Pim prefería mirar todo el rato hacia donde teníamos que correr.

—Aquí apesta a sudor —dice papá—. ¿Me pasas las croquetas?

Es muy probable que por una vez papá haya recorrido en bicicleta la distancia entre la parada del autobús y nuestra casa, porque por primera vez en mucho tiempo llega puntual.

—Quizá eres tú el que apesta —le dice mamá.

Papá, que aún tiene el brazo extendido para coger una croqueta, mete la nariz bajo la axila. Yo le tiendo la bandeja.

—Yo creo que es Eva —dice papá dirigiéndose a mamá—. Raro sería que no fuese así, con esas patas de elefante.

Me cuesta seguir manteniendo en alto la bandeja mientras él se sirve las croquetas; sin embargo, aguanto porque es el cumpleaños de Jolan. El fondo de la bandeja está cubierto con papel de cocina. Si yo fuera mamá, habría escogido un color más festivo.

Tesje se levanta de la mesa para ir a buscar otro cuchillo. Corta sus croquetas una a una de arriba abajo, les quita el relleno con la punta del cuchillo y lo limpia en el borde del plato. También hace lo mismo con el exceso de mantequilla que debe volver a la mantequera.

Pone los seis barquitos ahuecados uno al lado del otro. Pide los guisantes para poder dotar cada barca de una tripulación de tres miembros y añade una cucharadita de salsa de carne.

Nadie le pide que se coma esa obra de arte.

Por la noche no puedo dormir. Pasa una hora antes de que Tesje decida que la habitación está lista por fin. Ha permanecido todo ese rato junto a su cama, cambiando las cosas de lugar unos milímetros y alisando las arrugas de la sábana. Cada noche, su colchón es una fiera distinta, cuya confianza debe ganarse.

Le propongo que venga a acostarse conmigo en la cama.

—¿Quieres que cambiemos de sitio? ¿O te refieres a que quieres compartir la cama? —me pregunta.

—Lo que tú quieras.

Tesje hace lo inesperado, sube por la escalera y se echa a mi lado, dejando justo suficiente sitio para que no nos toquemos. Empieza a pasar la lista de buenas noches. De vez en cuando, el nudo en la garganta distorsiona sus palabras.

—Buenas noches, Tes —concluyo.

Querría hacer algo más, decirle algo cariñoso, preguntarle algo, acurrucarme contra ella, pero no quiero ser yo la que rompa el silencio y la obligue a comenzar de nuevo.

No se queda dormida de inmediato, pero ya es mucho que se quede tumbada.

Por la mañana, compruebo que en algún momento de la noche logramos conciliar el sueño. Por primera vez en meses, me despierto antes que ella. Me aparto de su lado con cuidado. Está echada de espaldas, con las manos sobre la sábana, justo como el padre de ese juego de mesa que se llama ¡No despiertes a papá!, que tiene un muelle en la espalda del muñeco que se tensa cuando lo tumbas y puede saltar de pronto en cualquier momento del juego, catapultando el gorro de dormir y enviando a los jugadores de vuelta a la casilla de salida.

Bajo por la escalera, el resto de la casa aún está vacía. El pasillo es un lugar frío y húmedo que resulta deprimente. La pantalla del ordenador y el teclado están encima del aparador. Huele a moho y a sueño.

Nadie, salvo Tesje, permanece en este pasillo más tiempo del necesario. Y, estrictamente hablando, ella tampoco, pues para ella teclear es algo necesario.

En vez de entrar en el baño, me detengo junto al aparador, pongo las manos sobre el teclado. Primero pulso algunas teclas al azar, luego escribo: «¡Hola, Tesje! ¿Cómo te va?». Me parece una bobada porque mi saludo se pierde al instante y nadie lo contestará. Y de pronto, sin necesidad de haberlo pulido en la cabeza durante meses, tengo listo un buen plan.

Aparto con cuidado el pesado aparador de la pared. Las baldosas rechinan bajo las pequeñas patas puntiagudas. Espero un poco, aguzo el oído para ver si alguien se ha despertado. Todo permanece en silencio.

En la parte posterior del mueble hay unos agujeros redondos. Los hizo papá antes de que nacióáramos nosotros, cuando aún importaban los acabados, para disimular los cables del equipo de música.

Desde que lo jubilamos, el viejo ordenador está dentro del aparador, en el estante superior, pero no queda espacio detrás de las puertas para meter también la pantalla y el teclado. Paso los cables con dificultad por los agujeros y los enchufo. Luego vuelvo a empujar el aparador contra la pared con mucho sigilo y enciendo el ordenador, que arranca con desgana, como un perro viejo pero fiel que se levanta al oír su nombre. Lo tapo con una toalla para evitar que se oiga el ruido del ventilador a través del mueble y se perciba el calor que desprende. El ruido se apaga un poco, ahora sólo es audible para quien sepa qué escuchar. Cierro las puertecitas. La vieja pantalla que está encima del aparador se ilumina despacio.

El escritorio está vacío. Eliminamos todas las cosas, todos los programas, carpetas y documentos salvo una vieja versión de Word, unos pocos juegos y la carpeta llamada *Fun Stuff*.

Trasteo la configuración, apago el protector de pantalla, desactivo la hibernación, abro un archivo de Word vacío y lo guardo con el nombre de «TES.doc». El cursor parpadea en la hoja en blanco. Apago de nuevo la pantalla y desde lo alto de la escalera me vuelvo para mirar por última vez: nada parece haber cambiado. Sólo la lámpara de bajo consumo delata el tiempo que he estado aquí, porque emite una luz fría e intensa que acaba engullida por el primer sol de verano.

EN BARBECHO

Debía empezar a las diez. Era el primer funeral al que asistía, y sin embargo reconocí todos los clichés. Vi filas de personas que permanecían de pie delante de la iglesia a pesar de que en el interior había sitio de sobra. Eran padres que en el funeral de un adolescente preferían no sentarse, vecinos de otros pueblos que habían oído los rumores y gente que pasaba por allí por casualidad y consideraba que no iba adecuadamente vestida para la ocasión. Esa muchedumbre se dividió en dos para dejar paso al coche negro —algo entre un vehículo de guerra pequeño y un escarabajo grande— que se acercaba lentamente por la calle. Detrás iban Pim y sus padres, que no avanzaban lo bastante despacio, por lo que a veces tenían que pararse un momento para dejar que el coche fúnebre les sacara un poco de ventaja. La madre de Pim tenía la mano sobre el hombro del hijo que le quedaba, no estaba claro si se aferraba a él o intentaba frenarlo.

Tesje vino conmigo al funeral. Caminamos con desánimo hasta la iglesia la una junto a la otra. A mamá y a papá les dije que los padres de Laurens tampoco irían y ellos no se molestaron en oponerse a esa dispensa.

Nos sentamos junto a Laurens en la tercera fila de la nave central, justo al lado de la imagen de la Virgen María, que tenía una expresión extraña: una gran sonrisa pero una mirada triste. Probablemente, el escultor había empezado por la boca y luego había cambiado de opinión.

La madre de Laurens estaba a nuestra derecha, al lado de Tesje y de mí. Detrás de nosotros había un grupo de maestras. La señorita Emma había vuelto al pueblo expresamente para asistir a la ceremonia, pero había elegido un lugar en la nave lateral, junto al paje negro, lo más lejos posible del resto del profesorado.

Jolan también estaba presente en algún lugar. Apenas vi a otros antiguos compañeros de clase de Jan. Los que habían asistido permanecían modosamente sentados junto a sus padres, confiando en que eso cambiara su condición, que ya no serían los compañeros que poco antes habían decidido colectivamente no presentarse a su fiesta de cumpleaños.

Pim estaba sentado en primera fila entre sus padres. Bajo el redoble de las campanas de la iglesia, cuatro chicos entraron el ataúd de Jan. Detrás de ellos iba una señora con un ridículo sombrero negro, guantes negros, un ajustado y formal traje sastre y una manera de andar que no era alegre pero que evidenciaba que se trataba de dolor ajeno.

Se oyeron toses. Empezó un anciano. Carraspeó y les contagió a los demás la idea de que eso los haría sentirse mejor, como suele suceder con los bostezos. Pasó un buen rato antes de que volviera a hacerse el silencio.

Depositaron con cuidado el ataúd de Jan junto al altar, encima de un soporte especial para tal fin. La maestra de ceremonias hizo una señal a sus cuatro ayudantes para que se retiraran. Ellos pusieron una expresión afligida, pero estaba claro que saldrían afuera a fumar hasta que volvieran a llamarlos, a mí me habría parecido menos lamentable si hubieran sido sinceros al respecto.

El cura se levantó del asiento y encendió los velones que había junto al altar. Todo el mundo sabía que eran velas falsas. Sólo estaban cubiertas de cera por la parte exterior, por dentro había un depósito de aceite que se rellenaba.

El cura esperó a que se hiciera el silencio.

—Querida familia de Jan, queridos feligreses —dijo abriendo el oficio—. Nos hemos reunido hoy aquí, junto al Señor, para recordar a Jan y para despedirnos de él. Es reconfortante que hayáis venido tantos de vosotros.

Carraspeó brevemente, el micrófono amplificó el sonido, tal como hacía con su voz.

—Creo que no hay mucha diferencia entre las personas y la tierra. De vez en cuando, ambas tienen que descansar, estar en barbecho, para poder seguir después.

Había hecho todo lo posible por acercar el concepto de duelo a la familia de Pim. Me pregunté si habría escrito el texto él mismo o si los padres de Pim habrían podido elegir aquellas extrañas comparaciones e historias sobre sembrar y cosechar. ¿No temía mancillar lo único que aún le quedaba a esa gente, su forma de sustento?

Yo apenas escuchaba lo que decía; miraba a Pim, sentado dos filas delante de mí.

Llevaba una camisa negra y un pantalón negro satinado: parecía alguien que aún tenía algo que perder. Su padre estaba encogido a su lado, vestido con un viejo traje con el que aparentaba tener unos hombros exageradamente anchos. Le caía un mechón rebelde por la nuca.

Aquella era la iglesia donde nos bautizaron, donde hicimos juntos nuestra primera comunión, donde nos dieron la confirmación. Pero jamás habíamos practicado para esta ceremonia y sin embargo todo fue fluido. Después de un cuarto de hora más o menos, pasaron las cestitas por primera vez. Yo no llevaba ninguna moneda en el bolsillo.

No quería llorar. Sabía que era perfectamente posible, que podía hacerlo, podía derramar mis lágrimas.

Le pidieron a la madre de Pim que se acercara al altar. Mientras avanzaba, desplegó su nota. Vestía unos pantalones negros más estrechos de abajo que de arriba y calzaba unos tacones anchos de unos cuatro centímetros de altura. Su papel era lo único de color blanco en toda la iglesia. Caminaba despacio, utilizando los tacones como apoyo.

¿Existía alguna palabra que expresara en quién o en qué se había convertido? ¿Una palabra como *huérfana* o *viuda*, que designara a una madre que ha perdido a su hijo? ¿Serviría de algo que no existiera un nombre para ello, o sólo conseguiría que la pena fuera más furiosa e indomable?

Tenía la voz ronca. Le temblaban las manos. Me eché a llorar antes incluso de que hubiese empezado a hablar.

Me daba mucha pena, por Pim, por su padre con los hombros engañosamente anchos sobre los que nadie se atrevía a posar la mano. Pim y sus padres estaban solos, y yo estaba demasiado lejos para poder hacer algún gesto de consuelo.

No había nadie que hubiese ido a la granja tan a menudo como yo, nadie que pudiera hacerse una idea de lo terriblemente vacía que se había quedado. Laurens no pensaría en ello, así que me esforcé el doble por recordar los montículos grandes y blancos, los establos donde estaban encadenadas las vacas que iban a parir, la cámara conectada a una pantalla que estaba en el dormitorio de los padres de Pim para que pudieran ver desde la cama lo dilatada que estaba la vaca preñada.

La madre de Pim leía despacio las frases que había escrito, sin desviarse de ellas.

Volví a pensar en la cámara que seguía grabando el establo mientras ella hablaba, en las imágenes que se proyectaban en la pantalla en su dormitorio vacío.

Tesje también empezó a llorar.

No me sorprendió. Había acumulado mucha pena durante los últimos días, la Navidad siempre era difícil.

La madre de Laurens acarició el brazo de Tesje, el mío no. No sé por qué tenía que llorar Tesje por Jan, apenas lo conocía, no conocía la granja, él jamás le había hecho ningún cumplido y ella jamás había besado su almohada.

No miré a Tesje ni tampoco la consolé. Ya se cuidaba de ello la madre de Laurens. Tal vez eso fuera lo mejor: Tesje tenía que ir vaciando su reserva.

La madre de Laurens nos dio una moneda para la segunda colecta. Laurens cogió la moneda y la deslizó en el bolsillo de la pechera.

Temí echarme a reír. A fin de cuentas, no había tanta diferencia entre llorar y reír. La relación entre ambas cosas podía compararse a la de partir y volver al hogar: para eso bastaba con una sola casa.

El funeral duró aproximadamente una hora. Pim no leyó nada aunque tenía un folio preparado en el bolsillo de la camisa. No nos miró, ni siquiera cuando sacaron el féretro; los cuatro chicos cambiaron de lado para no acabar con los hombros asimétricos.

—¡Bien! ¡Comida! —susurró Laurens al entrar en la sala parroquial sobriamente decorada.

Sonreí aunque las hileras de bocadillos ofrecían un triste espectáculo. Pasara lo que pasase, la gente siempre comía.

Fuimos a sentarnos delante, en el borde de la tarima. Desde ahí podíamos verlo todo. Aparte de las servilletas blancas, no había nada decorativo en toda la sala. Sólo objetos neutros que estaban a disposición de la parroquia y que podían utilizarse tanto para una boda como para un funeral o un concurso: cestas de mimbre, manteles de encaje, bandejas cromadas, ceniceros, extintores, tenedores de postre, tazas de café con el logo de una marca. Las mesas estaban apartadas a un lado, formando una larga fila. Las sillas estaban apiladas de tal forma que parecía que estuvieran sentadas unas encima de otras.

En las paredes de color rosa salmón había paisajes desvaídos, banderines de las asociaciones locales, unas cuantas figurillas, un arco y una flecha del club de arqueros, fotos de bautizos, primeras comuniones y fiestas. Merodeaban por ahí algunos niños a los que se les había prohibido divertirse demasiado.

Miré a Pim. La gente se acercaba a hablar con él, algunos le estrechaban la mano. Desde donde yo me encontraba, parecía como si lo estuvieran felicitando por algo.

—¿Te acuerdas de aquella vez en que la ropa de Jan desapareció del vestuario durante la clase de natación? —me preguntó Laurens.

Acababa de comerse un bocadillo y disparó la goma que traía alrededor intentando darle a alguien en la espalda. Se le había quedado pegada una hojita de berro en los dientes delanteros.

—No.

No quería pensar de nuevo en Jan subiéndose al autocar con los pies descalzos, vestido con la ropa de recambio demasiado grande del profesor de natación, con la marca que le había dejado el bañador mojado porque se había negado a ponerse unos calzoncillos que estaban entre los objetos perdidos.

Semanas más tarde, encontraron su ropa y su toalla en los lavabos de hombres.

—Voy a buscar otra goma —dijo Laurens.

Tomó impulso, saltó de la tarima y se alejó cojeando por la sala. En cuanto Laurens se hubo ido, Pim se acercó a mí.

—Eva, ¿quieres leerte esto? —me dijo.

Me tendió la nota doblada que había llevado todo el día en el bolsillo de la camisa. Noté que apenas tenía fuerza en los dedos para desdoblar el papel. Lo leí dos veces. La primera lo ojeé deprisa para hacerme una idea de qué iba el asunto. No era lo que había esperado: no era ningún mensaje de Jan para mí, ninguna declaración de amor que hubieran encontrado en su habitación, ningún poema en el que saliera mi nombre, nada. Sólo la caligrafía de Pim, unas pocas frases cortas, encabezadas con las palabras «Querido Jan».

Leí de nuevo el mensaje que Pim había escrito para su hermano.

De pronto me pregunté si el día en que cruzamos a nado la Poza Jan me habría dado empujoncitos igualmente aunque su madre no le hubiera ordenado devolvernos sanos y salvos a casa.

—Bonito. Apropiado —dije.

Mis pulmones exprimían todo el aire que respiraba. Un nudo me subía lentamente por la laringe como una piedra rasposa.

Pim volvió a guardarse el papel en el bolsillo.

En silencio observamos a Laurens. Había hecho caso omiso de tres bocadillos de queso. Por mucho que insistiera en que sólo estaba interesado en las gomas elásticas, era evidente que andaba buscando un bocadillo con carne.

LAS 17.45

Los relojes no deberían poder pararse sin más. Son los que marcan el compás de los corazones humanos.

Encima de la puerta del ordeñadero hay un reloj parado con un dibujo de Mickey Mouse. Los brazos de la figurita representan las manecillas de la hora y de los minutos. Está inmóvil, la manecilla grande en las once y la pequeña en las dos, como si alzara las manos con muy poca convicción. Por un momento me olvido del bloque de hielo, le doy un golpecito al cristal del reloj a la altura del segundero. Sin resultado.

Antes, este pequeño ordeñadero era el centro de la granja, ahora ya no entra ahí ni el gato, ni real ni figuradamente. La sala delantera ha sido completamente desmantelada. Durante años, aquí estaba el gran tanque de refrigeración donde almacenaban la leche fresca hasta que los grandes camiones cisterna llegaban al pueblo. Lo que sucedía cada pocos días. Bajo la mirada de los niños, maniobraban por las estrechas callejuelas, dándose aires de camión de anuncio navideño de Coca-Cola. En pocos minutos lo vaciaban todo (lo saqueaban, según los padres de Pim, porque el precio de la leche no había hecho más que bajar con los años). Los tanques desaparecían rumbo a las fábricas de Inza. Allí, el producto era esterilizado y embotellado, para luego, a través de los mayoristas, acabar en El Colmado. En una ocasión, Jolan calculó que era tan probable que la leche que desayunábamos procediese de «nuestras propias vacas» como que encontrásemos una cuenta de cristal en el jardín.

Jan habría mirado a menudo ese reloj. Para seguir con el plan establecido, cada diez minutos tenía que entrar cuatro nuevas vacas, alinearlas y ponerles las ventosas.

El tanque estaba justo donde acabo de colocar el bloque de hielo, en el centro de la sala. Aún pueden verse en el suelo los seis agujeros donde estaba atornillado aquel enorme trasto. A la derecha, detrás de la puerta, había una cavidad alargada de metro y medio de profundidad y dos metros de anchura, parecida al foso de engrase de los talleres de reparación de coches. Desde ahí, Jan y su padre podían fijar las ventosas a las ubres sin tener que arrodillarse cada vez.

Hoy hay seis iglúes en ese foso. En cinco de esas cúpulas blancas hay terneros durmiendo sobre un lecho de paja lleno de excrementos, cada uno bajo su propia lámpara de calor. La parte delantera de las jaulas está cerrada con barrotes en los que han colgado un recipiente lleno de leche amarillenta con una tetina de goma en un extremo, que parece más un falo que un pezón. Cojo una de las lámparas de calor sin usar. Los terneros no se mueven.

Vuelvo a la sala delantera.

Me subo con cuidado al bloque de hielo. Lanzo el cable por encima de una de las vigas del techo y hago descender la lámpara de calor hasta que queda suspendida justo encima del bloque. Hago lo mismo con la cuerda que acabo de quitarle al trineo. Dejo la longitud suficiente para poder alcanzarla después.

Los que vivimos en la ciudad tenemos pocas herramientas porque casi nunca las necesitamos y de todas formas los vecinos jamás vendrán a pedirnoslas. Por supuesto, sabía que aquí encontraría el material necesario. Pero el hecho de que fuese el hijo de Pim quien me suministrase la cuerda era casi tan poco probable como encontrar una cuenta de cristal en un jardín.

Cesa la música que sonaba en los establos de al lado. Se oyen voces en el patio, a escasos metros de aquí, griterío y mugidos, críos pequeños que quieren espantar las vacas o intentan hablar con ellas.

¿Estará también el hijo de Pim? ¿Qué pasará si entran aquí y corren al establo de atrás para ver a los terneros? ¿Qué pasará si me descubren?

Vuelven a poner música, una canción country, probablemente la habrá elegido la madre de Laurens o alguna de las integrantes de la Asociación Católica de Mujeres Rurales que sigue yendo cada semana a la sala parroquial cargada con el reproductor portátil de CD y vestida con una camisa de hombre a cuadros para practicar el baile en línea.

Le doy un tirón seco a la cuerda, el nudo es lo bastante fuerte. Llamo a Tesje por última vez. Su teléfono da tono. Una vez, dos veces, tres veces.

Justo cuando estoy a punto de colgar y ya me he despegado el teléfono de la oreja se oye una voz que no es la de Tesje. Probablemente será Nadine. Cuelgo deprisa.

Lo primero que hice cuando me enteré de que Tesje se iría a vivir con una madre de acogida que se llamaba Nadine fue buscar si estaba en Facebook y si tenía hijos propios, y miré todas sus fotografías. Luego busqué qué significaba exactamente lo de «madre de acogida». La gente puede acoger a todo tipo de personas: ancianos, inmigrantes, asesinos..., pero no acoger a un hijo, pensé al principio, hasta que conocí a Nadine. Era muy simpática y solícita, tenía una panadería, me recordó a la madre de Laurens, era igual de redonda e independiente. El único problema es que sus buenas intenciones habían llegado demasiado tarde.

Llevaron a Tesje a casa de Nadine por petición propia, después de que Jolan y yo hubiésemos dado nuestro consentimiento. Yo me había trasladado a Bruselas hacía poco, hasta entonces me había preocupado por ella constantemente, y pensé: «Ahora está en otras manos». Ya no seguiría consumiéndose en el grupo donde había pasado los dos primeros años después de que la ingresaran en el hospital y en el que continuaba porque no quería volver a Bovenmeer con mamá y papá. Se sentaría a la mesa con otra familia, con hermanos y hermanas normales. Al principio me pareció una idea tranquilizadora, dado que yo misma estaba en un piso de estudiantes. Así podría concentrarme en mi propia vida, hacer amigos y vivir sin preocupaciones. Durante un breve periodo, una fuerza dejó de tirar de mí. Di por sentado que Tesje había sido la razón de que yo hubiera permanecido invisible durante todos esos años: había estado sólo pendiente de ella.

Al cabo de un tiempo, cuando tenía cada vez menos noticias suyas, intenté imaginarme en qué clase de cama dormía, con quién compartía la habitación, y si esa persona también conocía la regla del cocodrilo y acababa con un «Buenas noches, Tes», cómo servían la comida, quiénes eran sus nuevos amigos, cómo le iba en el instituto, si ella también recorría muchos kilómetros con alguien como había hecho yo, si también se le acababa la conversación con los amigos y si entonces tendría el coraje de darle la espalda a esa gente, si había alguien que ideara trucos para que pudiera dormir más fácilmente, si por las noches se acurrucaba en el sofá junto a su madre de acogida.

Nadine me dijo que podía ir a verlas siempre que quisiera. Cuando le contesté que no quería ser una carga, ella no me contradijo ni lo negó. Así que no volví más a su casa.

Los fines de semana eran especialmente duros, cuando todas mis compañeras se iban a casa. Yo ni siquiera era una carga, era un lastre del que todo el mundo deseaba poder desembarazarse cuanto antes. Esperaba a que llegara el lunes, a que pasara el tiempo, a que la ciudad volviera a llenarse.

En cuanto acababa mis tareas, me ponía a diseñar casas en las que vivir. Con un dormitorio para Tesje, un cuarto de invitados para Jolan y espacio para una amplia cocina. Le daría un diseño tan minimalista que apenas podrían inventarse rituales en ella.

Decidí colgar los estudios de Arquitectura poco antes de terminar segundo, unas semanas después de una conversación telefónica con papá.

Me había llamado siete veces mientras estaba en clase y no había dejado ningún mensaje en el buzón de voz. Media hora después, mandó uno solo: «Lláname. Urgente. Saludos cordiales, Karel de Wolf, consejero financiero de Dexia, Amberes».

Después de jubilarse, papá nunca se tomó la molestia de cambiar la firma automática que aparecía al final de sus mensajes. En cada correo electrónico y en cada SMS nos recalaba que en otros lugares había sido útil, había merecido el reconocimiento de otras personas y había realizado su trabajo razonablemente bien.

—Eva. Nadia ha telefoneado hace una hora —me dijo cuando lo llamé—. Tesje, tu querida hermana, nuestra querida hija, ha intentado suicidarse.

Enfatizando el parentesco, intentaba compensar los años de falta de implicación.

—¿Quién es Nadia? —pregunté.

—Me refería a Nadine —repuso—. Ha encontrado una botella de desatascador de tuberías debajo de la cama de Tesje.

Pensé en cómo se habría tragado Tesje aquel líquido abrasivo. Cómo le habría corroído la boca y los labios al primer contacto. Cómo habría descendido por el esófago destrozando cuanto hallara a su paso. Sentí que me ardían las entrañas.

—¿Sabes el daño que podría haberle hecho? —me preguntó—. No tendré que hacerte un dibujito, ¿verdad?

—¿Cuál es la gravedad? —pregunté.

Papá hizo una pequeña pausa para darle más dramatismo y aplazar un poco la decepcionante verdad. Oí la voz de mamá de fondo, gritando cosas.

—Nadia llegó justo a tiempo —me dijo él.

Respiré hondo. Volví a soltar el aire. Me apoyé contra la pared del pasillo de la facultad. Mis compañeros de clase pasaron a mi lado para ir a tomar algo juntos a la cafetería.

—¿Está mamá por ahí? Pásamela.

—De acuerdo, aquí viene.

Noté la decepción en su voz: había perdido mi atención, yo preguntaba de nuevo por mamá. Era justamente esa decepción la que lo incitaba una y otra vez a anteponer su deseo por el drama al bienestar de los demás, a nosotros, a la verdad.

Papá pasó el auricular.

—¿Eva?

La voz de mamá sonaba pastosa. Colgué sin decirle nada.

Nunca le hablé a Tesje de aquel asunto, porque no sabía si podía creer a papá, porque, en el caso de que no se le hubiera ocurrido aún esconder material corrosivo en su cuarto, no quería darle la idea.

El pequeño ordeñadero parece vacío, pero es porque las esquinas de una habitación siempre son las más oscuras y es precisamente ahí donde se arrincona el material que ya no se usa: soportes para lavabos, tuberías desconectadas, armarios vacíos. Y por encima de todo eso suena incansablemente la música country.

¿Seguirán pasando todavía el PowerPoint? ¿Se irán repitiendo esta noche sin cesar las mismas fotos de Pim, Laurens y mías, que darán cada vez una historia equivocada, sin mostrar cómo acabó de verdad nuestra amistad, sino deteniéndose demasiado pronto, con la última imagen de Jan, más de medio año antes de aquel verano de 2002?

Entro rápidamente en Facebook.

Jolan está conectado desde el móvil. Veo de inmediato la bolita verde junto a su nombre. Yo tengo el chat desconectado salvo para las personas de las que quiero saber con qué frecuencia se conectan, para poder valorar cómo les va, si también ellas desean vivir cada día la vida de otra persona. Tanto Laurens como Pim llevan tres horas sin conectarse. No quieren estar en ningún otro lugar que no sea esta fiesta póstuma. Tesje también está conectada, no desde el móvil, sino desde la línea fija de internet.

Los tres estamos mirando una pantalla en estos momentos. Tesje en el gran chalé blanco de Nadine, Jolan a menos de veinte metros de mí. Está escuchando la misma música que yo, es probable que piense las mismas cosas, quizá él también se haya pasado antes por casa de papá y mamá.

Los dos pueden ver que estoy conectada. Entonces ¿por qué no me dicen nada?

Abro una antigua conversación de grupo.

«Chao, Tesje, chao, Jolan», escribo. Le doy a la tecla «Intro». Parece una despedida, aunque mi intención es que sea un saludo.

7 DE AGOSTO DE 2002

Llevo ya dos días comportándome como uno de los pescadores que Laurens y yo veíamos antes sentados en el dique del canal Alberto cuando cruzábamos el puente para ir al instituto. Mientras el sedal no se tensara, no lo sacaban jamás para ver si había picado algún pez. No querían espantar a los peces más grandes que se acercaban.

Los mejores pescadores no son nunca los que llevan los impermeables más caros, ni los que lanzan el sedal con más estilo, sino los que tienen más paciencia. Después de cada lapso de tiempo en que el cebo permanece quieto, deben convencerse a sí mismos una vez más de que en los próximos minutos picará un pez grande, que vale la pena esperar otro rato. Sólo ven el agua que golpea contra el dique y el pico de la botella de cerveza que se llevan a los labios.

Así es exactamente como intento pasar el día hoy. Sin mirar el reloj para no tener que ver la lentitud con la que transcurren las horas, lo poco que sucede. Leo cómics con vistas al jardín, y cada vez que Tesje está en el pasillo o yo tengo que pasar por delante del ordenador para ir al baño, consigo no volverme para mirar si ya hay palabras en el documento en blanco.

Ayer me pasé el día entero con una extraña desazón en el vientre. Sólo entonces fui plenamente consciente de lo que había hecho a primera hora de la mañana. Al crear aquel documento vacío, había convertido al amigo más fiel de Tesje en un cebo, un agente doble.

Estaba segura de que ya habría escrito algo, era lo que siempre hacía en cuanto se levantaba, no podía evitar cruzarse con el ordenador al bajar. Tampoco cuando iba del baño a la cocina para desayunar, o cuando iba al váter, también entonces habría tecleado algo y habría picado mi anzuelo.

Evité a Tesje durante todo el día. Tenía miedo de que notara en mis gestos, en la forma en que la miraba, que había sido yo la que le había tendido la trampa. No tenía ni idea de si el documento aún estaba abierto, si el ordenador había fallado ni si ella había descubierto mis intenciones y había desconectado el teclado.

Hoy también espero que el ordenador siga registrándolo todo. Encontrarme con Tesje por el pasillo es más difícil de lo habitual. Quizá tenga miedo de que precisamente estas últimas horas hayan sido demasiado para ella, de que mi ayuda llegue demasiado tarde.

Pienso en Elisa casi tan a menudo como en Tesje. Existe la posibilidad de que uno de los chicos la invite ahora, que no me esperen para celebrar la gran final de este verano, que ya no me necesiten para contar el acertijo.

¿Habrá recordado Elisa la solución, se habrá hecho la tonta al principio para percatarse de pronto de lo valiosa que era la información que le di en De Lilse Bergen? ¿Me llamará para darme las gracias y surgirá algo nuevo de esa gratitud, una amistad que a la larga pueda reemplazar a Laurens y Pim?

Cada vez que pienso en Elisa, en que quizá ahora esté frente a Pim y Laurens, en lo guapa que es, siento cómo el doble sujetador me oprime el tórax. Estoy engañando a todo el mundo.

Al final de la tarde se me presenta por fin la oportunidad de ir a mirar el documento: Tesje acompaña a mamá al supermercado. Mamá espera que *caganidos* quiera comer si ha podido escoger ella misma la comida.

El coche acaba de salir por el camino de acceso cuando me lanzo hacia el aparador, pongo la mano en el ordenador, que está ardiendo debajo de la toalla. Aún funciona. Conecto la pantalla. El documento sigue abierto. La página blanca está escrita.

Con las flechas voy desplazando el cursor por las páginas para llevarlo arriba. Para volver al comienzo del documento tengo que seguir apretando el cursor medio minuto. En la parte inferior pone: «Página: 26 de 28».

Todavía no leo nada de lo que hay escrito, sólo veo pasar las letras detrás del cursor que sube.

Tesje y mamá no estarán mucho rato fuera. No me es posible leerlo todo en la pantalla.

Voy a buscar la impresora. Después de trastear y forcejear un poco con los cables y los cachivaches, consigo imprimir el documento. Elijo la impresión por las dos caras. Eso refleja cómo ha estado en su cabeza. Cientos de líneas, divididas en dos hemisferios cerebrales.

Lo recojo todo sin dejar rastros. Me llevo afuera la pila de papeles. Allí busco un lugar donde nadie me moleste: junto al peral, al fondo del jardín, donde antes me refugiaba para hojear los catálogos de moda y hacer crucecitas a lápiz, no junto a la ropa que quería tener, sino junto a las mujeres que me gustaría ser.

Me he llevado un par de cómics para poder esconder el montón de papeles debajo. Me dejo caer apoyando la espalda contra el tronco. Durante unos minutos contemplo el paisaje que tengo ante mí, el camino de acceso y los prados. El semental de Elisa, que está pastando, no tiene ni la menor idea de que en otro tiempo hubo otro caballo más querido.

La pila de papeles blancos que descansa en mi regazo refleja la luz del sol. No es que tenga demasiadas ganas de ponerme a leer. Las letras me repelen y me atraen.

Estas páginas registran los pensamientos de Tesje como un cardiograma registra el ritmo del corazón. En realidad, yo no debería ver esto, no soy médico, no puedo ayudar.

Sin embargo, no tengo elección como tampoco la tengo cuando veo las palomas atropelladas, sus cráneos aplastados, sus intestinos serpenteantes; debo mirarlas por lo menos diez segundos, porque sería más terrible aún que nadie se espantara por su muerte.

En la primera página todo está escrito en minúscula, letra Arial 12, tal como yo lo había predeterminado. Leo despacio para poder ir asimilándolo.

Pero pronto resulta que no es una lengua conocida, no es un texto, no hay contenido. Lo único que se entiende son las cifras; de vez en cuando se cuenta hasta diez, alternando entre cifras pares e impares.

Como nunca se reparó el teclado después de que Jolan derramara Coca-Cola encima, a veces la A se quedaba pegada al apretarla. Hacia la mitad de la primera página, cada vez se cuelan más aes y cada vez en tiradas más largas. En la sexta página, ocupan casi una tercera parte del total de letras. A partir de ahí, todo el mensaje se lee como un largo grito.

Después de quince páginas, se activan las mayúsculas. A juzgar por la cantidad de hojas que me quedan, debió de suceder ayer por la noche. Tesje no pudo darse cuenta, porque no se enciende ningún indicador luminoso al pulsar la tecla de las mayúsculas. El paso de minúsculas a mayúsculas forma una clara división entre lo que escribió el primer día y el segundo. Sigue careciendo de contenido, no hay

frases concretas, no hay ningún mensaje, ninguna información, ninguna explicación de su extraño comportamiento. Pero las mayúsculas le confieren un tono extraño, más fuerte, peor. Levanto la vista del papel.

El semental está orinando con la cola levantada. El hecho de que Elisa no esté con el caballo podría significar que está con Pim y Laurens.

Me pongo de pie, vuelvo a entrar en la casa, cojo una libreta y un rotulador. Debo desentrañar lo que se pueda desentrañar. Debo saber cuán grave es lo de Tesje. Porque lo que se esconde en ella también podría haber estado presente en mí; hemos vivido las mismas cosas. Sin embargo, yo no me paso todo el santo día tecleando como una loca en un ordenador desenchufado. Yo me he librado de eso pero no recuerdo cómo lo conseguí, cómo logré escapar.

Empiezo por marcar las letras que están entre las numerosas aes, hasta que emergen del texto sólo las letras originales, las intencionadas. Busco conceptos con sentido, nombres. Una a una, voy anotando en la libreta las palabras que encuentro. Lo que aparece más de una vez, lo numero con una rayita en el margen.

La mayoría son artículos, algunas palabras sencillas de las que no queda claro si están ahí por casualidad: va, luz, por, piel, cama, pan.

En la segunda página veo de pronto tres letras. *Eva*. Mi nombre se repite muchas veces, más que cualquier otra combinación de letras. Cada vez que pongo una marca junto a mi nombre, noto una punzada en el vientre. Veinte veces. *Jolan* no aparece ni una sola vez.

Puede que la disposición de un teclado favorezca que la gente pulse más a menudo la E y la V al teclear de forma aleatoria, y esa A..., bueno, la A aparece muy a menudo en el documento. Mi nombre es cuestión de que un par de letras coincidan en el lugar adecuado. Para *Jolan* se necesita mucha más casualidad.

Cuando voy por la mitad del documento, el coche con mamá y Tesje aparece por el camino de acceso. Se ponen enseguida a descargar la compra del maletero. Tesje lleva una caja de cerveza hasta la puerta del taller, la deja fuera junto a otras cajas vacías. Los omoplatos le sobresalen de la espalda como si quisieran abrirse para dejar pasar el aire.

Mamá empieza a coger las bolsas menos pesadas.

Tesje vuelve al maletero del coche a por la siguiente caja de cerveza. En ese instante se percató de mi presencia. Yo escondo el fajo de papeles debajo de los cómics. Me saluda con la mano, no le devuelvo el saludo: no puede venir hasta aquí.

Con la espalda recta, lleva la siguiente caja de cerveza hasta la fachada de atrás. El pantalón le queda demasiado grande, no tiene las manos libres para subírselo. A cada paso que da, va enseñando más las lumbares hasta que le asoma la raja del culo.

Vuelvo a sacar las páginas. Debe de haber algo que destilar: un mensaje, un secreto, un plan de huida, una serie de saludos como los que recita cada noche.

Ese Windows no es ninguna instancia ante la cual Tesje vaya a rendir cuentas, se ha convertido en su propio sistema operativo.

Ha pasado medio día desde que estoy aquí sentada. Acabo de percatarme ahora mismo: al principio, la sombra del fino tronco caía a mi izquierda, y ahora está a mi derecha.

Tesje viene corriendo. Vuelvo a esconder rápidamente los papeles entre los cómics.

—Mira —me dice. Abre la mano. No tiene nada—. ¡Uy! Había cazado un saltamontes. Se ha escapado.

Se sienta a mi lado. Juntas contemplamos los prados. Y de pronto, Elisa aparece en el campo frente a nosotras. Ensilla el semental y lo monta con facilidad. Es muy probable que todavía no haya ido a ver a Pim y a Laurens.

—¿Sabes de lo que me he enterado? —me dice Tesje.

Me mira fijamente. Los párpados parecen mecerse sobre las inmensas bolsas grises que tiene bajo los ojos. Se diría que su rostro ha adoptado esos pliegues de la piel y no volverá a renunciar a ellos jamás por mucho que duerma.

—Dime.

—Dicen que la tía envenenó al caballo anterior.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque unos días antes fue a comprar matarratas a la tienda de Agnes.

—¿Es que Agnes vende matarratas?

—Entonces aún vendía.

—¿Y por qué habría hecho eso?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella. Tal vez salía demasiado caro mantener a *Twinkel* si de todas formas ya nadie lo montaba. Lo único que sé es que ella no quiso que un veterinario le hiciese la autopsia. No te digo más.

—Creo que tenemos que ir a comer —digo.

—Ahora voy —dice para que yo entre primero y ella pueda utilizar la puerta trasera sin fisgones.

Tesje es la última en llegar, los demás ya hemos empezado a comer. Ha aprovechado que todos estábamos sentados a la mesa para teclear un poco más, para compensar los pocos pasajes que lleva hoy.

Mira la tabla de madera con el salchichón, el queso y la mortadela. Mamá ha presentado el queso en lonchas superpuestas para que parezca de mejor calidad y lo ha aderezado con finas rodajas de pepino. Hay un plato de caballa ahumada con una picada de cebolla. Papá va sacando las espinas del pescado desmenuzando con el que ha cubierto generosamente el pan. En una esquina de su mantel individual va dejando todas las espinas que saca: puntos negativos para mamá.

—¿Qué quieres comer, Tesje? —pregunta Jolan.

Tesje se lo piensa durante un buen rato.

Papá empieza la cuenta atrás en voz alta. Empieza por cinco. Cuando llega a uno, Tesje coge rápidamente una rodaja de pepino.

Antes, la amenaza preferida de papá era: «Un azote en el culo delante del pueblo entero». La utilizaba a menudo, casi cada semana, para mantenernos a raya.

Cada vez me imaginaba cómo iría la cosa: yo con el trasero al aire, tumbada sobre las rodillas de papá en la escalera de la iglesia. Me preguntaba quién vendría a mirar.

Papá estuvo a punto de hacerlo una vez con Tesje. Por entonces era aún lo bastante pequeña para auparla. Se había portado mal en la mesa, ya no recuerdo bien qué hizo, quizá volcó un vaso de leche o soltó alguna impertinencia.

Papá se levantó, le bajó los pantalones, se la cargó sobre los hombros y salió de casa con ella a cuestas.

—No os mováis —nos espetó mamá a Jolan y a mí.

El perro gimoteaba y hundía el morro en la ventana corredera. Permanecemos sentados, podíamos oír cómo Tesje lloraba y gritaba mientras papá caminaba con ella por la Bulksteeg en dirección al centro del pueblo, el pelo de papá con su mechón blanco y las piernecitas desnudas de Tesje asomaban por encima del seto a cada paso. Nosotros estábamos seguros de que él no se atrevería jamás a hacerlo de verdad, pero no estábamos tan seguros de que Tesje lo supiera. Los gritos no cesaron hasta que salieron de la calle.

Era sábado, como hoy. También aquel día comíamos caballa.

—¿Me pasas la mantequilla? —pregunta papá.

Tesje se la da rápidamente. Su plato sigue estando vacío salvo por la rodaja de pepino. No hay nada sobre la mesa que tenga la combinación de colores adecuada. A estas alturas ya conozco algunas de las reglas: no hay que combinar nunca el amarillo con algo verde.

—¿Puedo sacar la crema de cacao? —pregunto.

Sé de sobra que, según las reglas de esta casa, para cenar sólo podemos comer cosas saladas.

—Mañana para desayunar comeré queso en vez de chocolate. Vendrá a ser lo mismo. Y así Tesje también podrá comer algo dulce ahora —añado.

—No se trata de la cantidad de chocolate que comas —dice papá.

Puede que se reconozcan por eso: las familias que fallan en lo esencial lo compensan con una gran cantidad de reglas y principios ridículos.

Me pongo en pie, voy hasta el armario, alcanzo la crema. Dejo el bote sobre la mesa con un golpe. Jolan baja los ojos. Mamá y papá siguen callados. Por supuesto, mientras no estén sobrios, nosotros tenemos contraargumentos más poderosos.

Veo que Tesje titubea. Quiere honrar mi rebeldía, pero no quiere herir innecesariamente a papá y a mamá. Me mira a mí. Mira a mamá. Yo esbozo una sonrisa alentadora.

Unta el pan con una fina capa de crema de cacao.

Por segunda vez en la historia de esta familia, papá no pregunta si es pan con crema de cacao o crema de cacao con pan.

ROER UNA PATA

Después del periodo en que empezamos con nuestras acciones solidarias, Tesje me pedía que le contara una historia todas las noches antes de acostarnos.

—¿No eres un poco mayor para eso? —le preguntaba yo cada vez.

—Jamás —decía ella.

Lo que le interesaba no era la aventura, sino el hecho de que mientras yo hablara y utilizase muchos diminutivos, el mundo a nuestro alrededor ya no importaba; nos aislábamos de las voces que se peleaban en la planta de abajo. Las historias eran a menudo variaciones sobre el mismo tema: alguien vivía a salvo y en paz, acechaba la amenaza de un desastre natural y al final todo el mundo se salvaba.

Del día en el que pasaron a Elisa a sexto y yo no me atreví a meterle el dedo a un tarro de mermelada de moras delante de todo un grupo de chicas, recuerdo que al volver del colegio a casa pasé frío porque aquella mañana le había prestado mis guantes a Elisa y que por la noche comimos sopa de guisantes. Mamá siempre hacía esa sopa con ese tiempo. Entonces prometía invitar al cartero a entrar y tomarse un tazón, pero al final acababa congelando las sobras.

Aquella noche, Tesje me dio la lata para que le contara una historia, pero no se me ocurría nada.

—Puedes elegir. Una historia o dos —decidió ella.

Siempre me había parecido que Tesje sabía negociar, pero de pronto comprendí que era yo la que no sabía decir que no.

Me inventé una historia sobre dos conejitos más infantil de lo normal para que me dijera: vale, déjalo ya. Sin embargo, estaba pendiente de mis palabras.

—Los conejitos daban saltitos sin sospechar para nada lo que se les venía encima.

Dejé caer un silencio y me senté muy recta en la cama para aumentar la amenaza que acechaba en la distancia.

—Una gigantesca ola de metros de altura, tan grande como nuestra casa.

Otro silencio.

—Total, que los dos animalillos estaban a punto de salir corriendo hacia su madriguera cuando el conejo más grande metió la pata en el cepo de un cazador. El pequeño quiso ayudarlo pero no lo conseguía, no había tiempo. El conejo grande no podía moverse y la enorme ola estaba cada vez más cerca. «¡Róeme la pata!», le suplicó el conejo, pero el otro no se atrevía. Jamás había roído nada que no fueran zanahorias. El conejo grande siguió implorando ayuda, pero el pequeño no pudo hacer nada salvo dejarlo atrás. Se metió justo a tiempo en su madriguera y cerró la puerta hermética para evitar que la ola lo arrastrase. Fuera, el agua barrió todo cuanto halló a su paso.

Se hizo un largo silencio.

—¿Y luego qué? —preguntó Tesje.

—¿Luego qué de qué?

—¿Qué pasó con el conejo grande?

—La historia se ha acabado.

—¿Estás completamente segura?

Por la voz de Tesje supe que estaba al borde de las lágrimas.

—Sí —dije—. Es el final.

—¿Se ha acabado del todo?

Lo preguntó dos veces.

—Sí, Tes. Se ha acabado del todo.

Oí cómo se frotaba los pies.

—¿Y no podría ser que hubiera aparecido una águila ratonera muy hambrienta? ¿Una gran águila ratonera que tirase del conejo, lo levantara en el aire, y que accidentalmente lo dejara caer del pico un poco más lejos, donde ya no llegaba la ola? —preguntó—. Eva. ¿No podría ser?

De pronto parecía tener de nuevo seis años en vez de nueve.

—No, Tesje, no puede ser.

—¿Y el cazador? ¿Dónde estaba ese cazador? ¿No podría haber liberado él al conejo justo a tiempo, haberlo metido en un saco de yute?

Cuanto más improbables eran sus opciones, más irritada me mostraba yo.

—No —repose—. Piénsalo bien. Ese cazador tampoco habría podido salir de allí a tiempo. Esa opción tampoco vale.

—El pequeño podría haber acabado royéndole la pata, ¿no, Eva? Que te roan la pata ya es suficiente desgracia, ¿no?

—No —repliqué con brusquedad—. No basta con que te roan la pata.

Tesje no dijo nada más. Tardó más de una hora en conciliar el sueño. Lentamente se fue disolviendo también el nudo que yo tenía en la garganta.

Después de aquella noche, Tesje dejó de negociar con los cuentos. Muy de vez en cuando, me pedía explícitamente que le contara uno «con final feliz», pero yo le decía que ya no podía garantizárselo, por su propio bien. Creía que de ese modo conseguiría hacerla más fuerte, prepararla para algo.

Así fue como, por falta de historias, empezó a ampliar su lista de buenas noches y yo acabé la última, después de Dios.

A finales de 2001, la noche después de que la madre de Laurens hubiera aparecido en el jardín con las malas noticias sobre Jan, tanto Tesje como yo nos pasamos toda la noche en vela. Yo tenía la cabeza embotada y era incapaz de pensar debidamente.

—¿Quieres que te cuente algo sobre Jan? —me preguntó.

LAS 18.30

En el ordeñadero debe de hacer tanto frío como fuera. El hielo se derrite a ojos vistas en el lugar donde le da la lámpara de calor. Las suelas de mis zapatos también dejan una huella en la superficie, pequeños hoyos, como en un colchón en el que han dormido durante mucho tiempo las mismas personas.

Ya falta poco. El agua derretida corre por las juntas de cemento del suelo en pendiente. Los pequeños canales desembocan en una ranura más ancha y profunda que está en un lateral de la sala, donde antes se acumulaba la leche que goteaba de la espita para deleite de los gatos y las moscas.

Miro de nuevo el reloj. No sé cuántos minutos han pasado exactamente. Estaría bien que el mecanismo volviera a funcionar de pronto, que las manecillas dieran la impresión de existir, que Mickey Mouse ya no saludara, que dejara caer los brazos. Ahora esto durará el tiempo que dure. Desde que estoy aquí, han sonado dieciocho canciones en los establos. Calculando un promedio de tres minutos por canción, son cincuenta y cuatro.

En ese rato podría haber vuelto a Bruselas. Así, ahora estaría llamando a casa del vecino para preguntarle si le apetecería pasar la Nochevieja conmigo.

—¿En mi casa o en la tuya? —me preguntaría él.

—Me da igual —le respondería yo, aunque preferiría celebrarlo en su apartamento, porque ahí no hay nada que me recuerde a mí misma, ni siquiera un cepillo de dientes.

Podríamos picar el bloque de hielo con un martillo, conservar los trozos en su gran congelador y refrescar con ellos nuestras bebidas durante años.

Al menos el periódico regional hablará de mí. Me convertiré en una anécdota o en un chismorreo.

Un chismorreo porque también esto será una historia sobre alguien al que le ha pasado algo. Los chismorreos son las historias sobre conocidos que a la gente del pueblo le gusta ayudar a propagar, porque así pueden distinguirse en algo, pueden pertenecer al grupo de personas que se han escapado de algo.

Las anécdotas son distintas. Son chismorreos que no pierden actualidad. Son historias que uno puede contar sin problemas porque no conoce a la persona en cuestión. Habladurías sobre borrachos que cruzan la calle con su carretilla, se topan con dos agentes que les hacen soplar y se quedan sin el carné de conducir durante diez días.

Si pudiera elegir, me gustaría ser ambas cosas.

De todos modos, esta noche seguiré helando. Así que aún hay alguna posibilidad de que mañana temprano, a plena luz del día, alguien le preste atención al sinuoso rastro que acabo de dejar por la finca.

Si el hijo de Pim es tan curioso como lo fue Jolan a su edad, querrá averiguar la clase de animal que se esconde detrás de ese rastro. Lo seguirá primero en el sentido equivocado, saldrá del patio y llegará hasta mi coche, que está aparcado un poco más lejos en la calle, y verá que se acaba allí. Entonces, el niño se dará la vuelta, vendrá hacia aquí, empujará la puerta y verá el agua derretida.

Posteriormente, se reconstruirán las piezas del rompecabezas: el coche que estuvo aparcado con las luces encendidas tanto rato en el aparcamiento de la carnicería y que luego permaneció en la calle con la llave en el contacto, el vecino que ayudó a congelar el bloque de hielo, la caja de zapatos con los sobres de dinero en mi cama.

La gente se preguntará qué sucedió exactamente, cómo pudo ser que la cosa llegara tan lejos.

Y entonces la madre de Laurens hablará por fin, porque no será capaz de ayudar a propagar un chisme falso por segunda vez.

Estoy segura de que desde el verano de 2002 se pregunta de vez en cuando cómo me va. En una ocasión le puso un «me gusta» por equivocación a una de mis fotos de Facebook, lo quitó enseguida, pero yo ya había recibido la notificación.

Llegó a abordar una vez a Jolan para preguntarle cómo nos iba a Tesje y a mí. Me lo contó él hace dos años por Navidad.

Lo que sucedió a finales del verano no llegó a convertirse jamás en un chisme o una anécdota sólo porque ella no ayudó a difundirlo. Lo comprendí demasiado tarde: ella era el eje alrededor del cual surgía todo, todas las historias en este pueblo, todos los chismes sobre Tesje, sobre Jan. Ella decidía lo que acabaría siendo realidad y, finalmente, también recuerdo.

Después del verano de 2002, Laurens estuvo un tiempo sin salir de casa y se dedicaba sobre todo a ayudar en la tienda, donde buscaba la protección de su madre. Cada vez que alguien preguntaba en la carnicería cómo se había hecho aquel profundo corte sobre el ojo, ella respondía: «Se dio contra el canto de la bandeja mientras limpiaba la vitrina refrigerada», y entonces señalaba la bandeja más afilada que tenían en la tienda, y la gente asentía y callaba.

Ésa fue también la respuesta que le dio a Jolan cuando fue a comprar la carne en mi lugar, sin que él hubiera pedido ninguna explicación. El descuento que le hizo después delató que estaba mintiendo, que sabía perfectamente lo que su hijo había sido capaz de hacer.

10 DE AGOSTO DE 2002

Fuera hace un calor asfixiante, se nota por el comportamiento de *Nanook*. Mira sin inmutarse cómo un pájaro se da una larga zambullida en su bebedero. Tesje y mamá han salido juntas, tienen una cita con el mismo médico, especializado en varices.

Estoy sentada a la mesa de la cocina con mis anotaciones. Llevo ya mucho rato mirándolas, pero sigo sin saber lo que estoy buscando. Sin lápiz ni rotulador a mano, me siento como si hubiera desistido de querer entender a Tesje. Mis ojos sólo se detienen en las numerosas rayitas detrás de mi nombre.

Eva. Empieza y acaba con las mismas letras que *Elisa*. Saco un lápiz del estuche, que está sobre la encimera, escribo su nombre junto al mío. «*Elisa*» da mucho más trabajo, tiene casi el doble de letras. El mío suena a un tipo de goma, a unas siglas, a una solución para algo. Una palabra incompleta.

Oigo un golpecito contra la ventana de la cocina que está a mi espalda. Oculto rápidamente los papeles. Me doy la vuelta. No es ningún pájaro que se haya estrellado contra el cristal, sino Laurens. Intenta llamar mi atención. La bolsa de plástico que le cuelga de la muñeca choca contra la ventana y hace el mismo ruido que acabo de oír.

Escondo mis anotaciones en el bolsillo del pantalón. La puerta de atrás está apenas a dos pasos, sin embargo me dirijo hacia la ventana. La abro un poco. Pim también ha venido.

—¿Podemos pasar? —Laurens mete la cara por el hueco.

—Si lo que querías era entrar, sólo tenías que llamar a la puerta —digo.

Aún es temprano, el sol está bajo y me da en los ojos.

—Eefje, perdón por lo de la semana pasada.

Pim avanza unos pasos. Es la primera vez que me llama utilizando el mismo diminutivo que mi padre.

—¿Perdón por qué? —pregunto.

Quiero saber si hablamos de lo mismo.

—Hoy le toca a Elisa, Eef —dice Laurens.

—Hemos quedado aquí —añade Pim.

—Vendrá a adivinar tu acertijo. Sólo ha aceptado venir con la condición de que fuera en tu casa.

—Es la última de nuestra lista.

Por un momento, el sol se esconde tras la cabeza de Pim para volver a cegarme al instante siguiente.

—Bueno, es la primera de la lista, no la última, ya me entiendes. La que tiene la puntuación más alta.

—Tenemos que acabar esto juntos, Eva.

—Tú también lo entiendes, ¿no?

Callan y esperan. Tienen el rostro sudoroso. Han venido juntos hasta aquí en bicicleta. Han repasado este discurso con antelación. En la bolsa de plástico que cuelga de la muñeca de Laurens hay refrescos. Latas de Coca-Cola. No dos, sino tres.

Cierro la ventana de golpe, me pongo los zuecos de mamá, que están apoyados contra la pared, para no tener que pisar descalza los huesos de cereza del jardín.

Laurens y Pim caminan por delante de mí hacia el gallinero. A la altura del cerezo se detienen para mirar el prado de Elisa. El caballo está pastando. Lleva trenzas en las crines y en la cola. No se ve a Elisa por ninguna parte. Eso podría significar que ya viene de camino.

Ahora que Laurens está parado, las latas que cuelgan de la muñeca se balancean de un lado a otro. Lleva la bragueta abierta. La tela de calzoncillo sobresale un poco. Un pequeño bulto blando. No le digo nada.

A pesar del bochorno de fuera, me alarma el calor que hace dentro del gallinero. El pequeño cobertizo está a pleno sol y tiene un tejado plano negro de placas onduladas. Hace tanto calor que el aire pesa, se vuelve más denso a medida que dejas de moverte.

Laurens y Pim se sientan cada uno a un lado de la paca de paja. En la esquina del cobertizo hay una gallina empollando.

—A estas alturas, su huevo debe de estar ya duro.

Laurens abre la primera lata de Coca-Cola. La espuma efervescente se derrama sobre sus manos, él se sobresalta y la deja caer. El líquido va a parar a la paja.

—Genial —dice Pim.

—Vale, pues a partir de ahora te traes tú tu bebida —le espeta Laurens.

Por el momento, no toca las dos latas que quedan.

Pim lleva un pantalón vaquero cortado. Diría que se lo he visto puesto a Jan alguna vez. También puede ser que me lo haya imaginado. Los tres tenemos las rodillas separadas de la misma forma. El calor corporal sobra.

Pim se pasa la parte inferior de la camiseta por la abertura del cuello, hace un nudo en la tela y deja la barriga al aire. Laurens sigue su ejemplo.

Yo voy a sentarme delante de ellos sobre un tronco. Las lorzcas de Laurens y el sudor en el ombligo de Pim los hacen de pronto más accesibles. Ya siento pena por lo que les espera.

Con este calor me cuesta más callarme que hablar.

Laurens abre otra lata, se la pasa a Pim y se reserva la otra para sí. Entre sorbo y sorbo se ponen la lata fresca contra la frente. Cada vez que quiero echar un trago, tengo que pedirlo. Las latas se acaban enseguida.

—La Coca-Cola light está asquerosa. —Pim me da el último resto de refresco tibio sin que yo haya levantado la mano—. Sabe a Coca-Cola que alguien se ha bebido y ha escupido después.

—Mamá vuelve a estar a dieta. La Coca-Cola normal no entra en casa —explica Laurens—. Todo lo que lleva azúcar vale puntos. Anota cada comida en una libreta, pero eso sí, todas las noches se come una lata de fruta y se va bebiendo el almíbar a sorbitos, porque la fruta no cuenta. —Infla las mejillas.

—¿Qué clase de dieta sigue? —le pregunto—. ¿La de Weight Watchers?

Me la imagino en la cocina bebiendo de una lata de conserva.

—Ni idea.

—Todo viene a ser lo mismo: cuanto más bueno está, más puntos tiene. —Pim sonrío. Laurens suelta una risa forzada.

—Aquí dentro apesta, Eva. A caca de gallina cocida —dice.

—¿Quién ha llamado a Elisa? —les pregunto.

Pim levanta un dedo.

—Me dijo que vendría.

—¿Seguro?

—Sí.

Pim arruga la nariz y luego se encoge de hombros. Se echa para atrás y cierra los ojos. Veo que duda. Lo sé porque reconozco la sensación. He invitado a Elisa a casa a menudo pero no ha venido ni una sola vez.

La gallina en su nido mira con nerviosismo de un lado a otro, desde la paca de paja donde están sentados Pim y Laurens hasta donde estoy yo, y vuelta. Casi gira la cabeza ciento ochenta grados. Por un momento ya no sabe hacia qué lado debe volver a girar.

—¿No podríamos esperar fuera? —pregunto.

—No —dice Pim.

Consulta su reloj. Intenta distintas poses, no está seguro de cómo prefiere que lo encuentre Elisa al entrar. No aguanta la postura perfecta más de dos minutos sin tener que limpiarse el sudor de la frente.

—Así que esto se acaba. —Laurens se recuesta hacia atrás para que su barriga tenga un michelín menos—. ¿Qué haremos mañana?

Pim se queda pensativo, abre la boca.

Siento curiosidad por saber lo que va a decir, pero justo cuando va a decidir algo llaman tres veces a la puerta del gallinero. Por cómo suenan los golpes con el puño, resueltos, autoritarios, estoy segura de que es Elisa y de que se ha pasado toda la mañana montando a caballo.

Sólo se abre la mitad inferior de la puerta, que golpea con fuerza el barril de grano para las gallinas. Al mirar hacia allá, el sol nos deslumbra.

Poco a poco, mis ojos se acostumbran. Elisa aún lleva puestos sus pantalones de montar, que realzan más sus formas. Las líneas interiores de sus muslos forman una curva repentina justo por debajo de las ingles. Aunque esté de pie con las piernas bien cerradas, le queda un hueco debajo de la entrepierna donde cabría un puño sin problemas. Dentro de los ceñidos pantalones negros con ribetes brillantes, los labios de sus genitales están bien recogidos y no revelan nada de su secreto. A contrasol, la parte inferior de su cuerpo ya vale los nueve puntos y medio.

Elisa abre la mitad superior de la puerta. Por fin le veo la cara. Lleva el pelo largo recogido en una cola de caballo muy tirante, tan tirante que casi le altera la forma de los párpados. Desde la semana pasada, sus cejas parecen más finas que antes. Tiene los pechos duros y firmes, altos y pegados al cuerpo.

Laurens se relame.

—Puuaj, qué peste hace aquí —dice Elisa.

—Yo he dicho lo mismo. —Pim deshace rápidamente el nudo que se había hecho en la camiseta.

—¿No podríamos ir a algún otro cobertizo?

Antes de que pueda decirle que no hay ningún otro cobertizo adonde podamos ir, Elisa ya ha dado media vuelta y se dirige con paso decidido al taller. Pim y Laurens van tras ella. Yo recojo las latas vacías de Coca-Cola y las meto en la bolsa de plástico. Poco antes de cerrar la puerta del gallinero detrás de mí, veo que la gallina guiña el ojo.

—Tu padre está absurdamente bien equipado —me dice Elisa cuando entro detrás de ellos.

Mira asombrada todas las herramientas que están colgadas de la viga del techo. Aquí el ambiente es más húmedo y fresco.

—Sí. Gracias —respondo, aunque en realidad no sé si hay algo que deba agradecerle.

La soga oscila justo por encima de la cabeza de Laurens. Si no se conoce su finalidad, se diría que sirve para colgar herramientas. Papá ha tenido un verano entero para pasar de la palabra al hecho. A estas alturas, la cuerda resulta más bien patética. La enésima tarea pendiente.

—Bueno, decidme, ¿qué hago yo aquí?

Elisa da una vuelta a las cuchillas de la desbrozadora que cuelga en la pared. Pim está detrás de ella, le mira bizqueante el ribete dorado que tiene entre los muslos, mientras gesticula como si maniobrara: si fueran las líneas de una plaza de aparcamiento, conseguiría aparcar sin problemas.

Tras intercambiar algunas miradas llenas de excitación, Laurens y Pim deciden quién tomará la palabra. Buscan contacto visual con Elisa, pero ella sólo me mira a mí.

Laurens y Pim llevan todo el verano preparándose para este momento. Creen que después serán hombres de verdad, que volverán a casa en bici pavoneándose con aire triunfal. Sus caras no dejan lugar a dudas: van a conseguir a una de nueve puntos.

El sol me da en la coronilla a través de la ventana.

Pim expone las reglas del juego, que han cambiado otra vez. Vuelven a la apuesta de una prenda por intento, pues ha demostrado ser la más efectiva.

—Así que tienes tantas oportunidades como prendas de ropa lleves. Si acabas desnuda, habrás perdido. En ese caso, deberás hacer lo que te ordenemos. Si adivinas el acertijo, nosotros haremos algo para ti. Lo que tú quieras.

—¿Qué pasa si no me interesa nada de vosotros?

—Tiene que haber algo. —Laurens se seca el labio superior con el pulgar y el índice y se huele el sudor.

—¿Estáis dispuestos a limpiar la cuadra de mi caballo lo que queda de verano?

—¡Pues claro! —responden Laurens y Pim casi al unísono.

—¿Y cuál es el acertijo?

—Te lo diremos cuando decidas si participas o no.

—Eso no es muy justo.

—Podemos decírselo de todos modos —propongo yo.

Pim no sabe qué hacer, sopesa los pros y los contras.

Aprovecho su indecisión y expongo el acertijo. Ahora estoy segura de que Elisa se quedará.

Procuro repetirlo tal como se lo conté cuando estábamos en De Lilse Bergen.

—Encuentran a un hombre en una habitación, ahorcado, con una soga alrededor del cuello, encima de un charco de agua, muerto. No hay nada más en esa habitación salvo él, la cuerda y el agua. No hay ventanas, ni muebles. Ahora viene el acertijo: ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha muerto ese hombre exactamente?

Se produce un silencio.

Me doy cuenta de que el ahorcado ya no es un hombre cualquiera. Lo veo ante mí, a unos cincuenta centímetros por encima del charco de agua, dos piernas que se balancean, unos vaqueros con bolsas a la altura de las rodillas.

—¿Ése es el acertijo? —pregunta Elisa. Me mira.

—Sí —respondo.

Elisa suspira profundamente. Está actuando. No delata ningún alivio.

—Ni hablar, no puedo solucionarlo.

—Pues claro que sí —dicen Laurens y Pim a la vez—. Sólo tienes que pensar un poco.

—Bueno, estoy dispuesta a intentarlo.

Pim se mete la mano en el bolsillo y recoloca algo. Elisa me mira fijamente a los ojos y esboza una leve sonrisa.

—Júralo —le dice Pim.

—¿Qué es lo que tengo que jurar?

—Que seguiremos las reglas del juego.

—Lo juro. Por mi caballo. —Elisa levanta categórica la mano—. Pero tú también tienes que jurarlo.

—¿Por quién o por qué quieres que lo jure? —pregunta Pim.

—Por la tumba de Jan.

Laurens y yo intercambiamos una mirada. Es la primera vez que alguien de fuera pronuncia el nombre de Jan. Pim aparta los ojos de ella, mira las horcas, las palas.

—¿Es necesario que juremos? —pregunto yo—. ¿No podemos confiar los unos en los otros sin más?

—Lo juro —me interrumpe Pim—. Por Jan.

—¿Y tú qué? —le pregunta Elisa a Laurens—. ¿Por cuál de tus muertos vas a jurar?

Laurens mira alrededor desesperado. No tiene nada comparable.

—Jura por cualquier cosa, por tu madre, si hace falta —le ordena Pim.

—Vale, pues lo juro por mi madre —decide Laurens.

—Bien. ¿Y tú, Eva?

Elisa me dirige una mirada de complicidad. Yo le sonrío con cautela.

—Di lo primero que se te ocurra, Eva. —Laurens tiene la cara colorada por el calor.

No se me ocurre nada.

—Vamos, Eva, di algo —me apremia Pim con impaciencia.

—Por Tesje —juro.

El sol se esconde detrás de una nube. De pronto hace más fresco. Un escalofrío me recorre la espalda hasta el coxis.

Dudo unos segundos. ¿Hice bien dándole a Elisa la respuesta al acertijo? ¿No me habría vengado más de Laurens y de Pim dejando que todo sucediera tal y como estaba planeado? En ese caso, habrían descubierto lo fea que era su vagina y esa verruga en la espalda. Verían la verdad con sus propios ojos: que habían pasado un verano entero esperando para llegar a ese anticlímax. Por fin se darían cuenta de lo poco fiable que había sido su sistema de puntos durante todos esos años.

—Llevas seis prendas de ropa, así que dispones de seis intentos —digo.

Elisa reflexiona antes de formular la primera pregunta.

—¿El agua del suelo es orina? —pregunta como si estuviera probando suerte, sin desviarse de su papel.

—No —dice Pim. Sabe que no es correcto porque ya se ha repetido muchas veces—. Quítate algo.

Elisa se agacha y se quita una bota. La parte inferior de la pernera del pantalón está arrugada.

—¿Las botas valen un punto o dos? —pregunta.

Esa minuciosidad, la confianza con la que se quita las prendas, es lo que me tranquiliza y me inquieta a la vez: no sospechaba que Elisa fuera tan buena mintiendo.

—¿Es que alguna vez sales sólo con un zapato? ¿A que no? —le pregunta Pim—. Porque los zapatos van juntos.

—Si tú lo dices, Pim.

Elisa se quita también la otra bota, las deja de pie, una al lado de la otra, entre nosotros. Conservan la forma de sus pantorrillas. Se endereza, vuelve a sacar pecho. Antes incluso de formular la siguiente pregunta, empieza a quitarse el jersey por la cabeza, por lo que de pronto da la impresión de que eso es lo que quiere: perder el juego, ser dominada por unos palurdos. Veo que Pim aprieta los puños por detrás de su espalda.

—¿Lo ha hecho el propio hombre o hay alguna otra persona implicada?

Su cola de caballo se carga de electricidad estática, los pelos se dispersan hacia todos lados. Pim quiere alisárselos, pero ella se le adelanta.

—Sólo puedes hacer preguntas que se contesten con sí o no —digo.

—¿Estaba solo? —Elisa reformula su pregunta.

—Sí —respondo.

—¿Podría ser que se hubiera caído atravesando el suelo del piso de arriba?

Pim me mira. Yo niego con la cabeza.

—Nones —repite Laurens en tono triunfal.

Elisa me mira fijamente, se quita la camiseta, destapa su torso. Sus firmes pechos quedan al descubierto. La costura rígida del borde de su sujetador de encaje los comprime. Me guiña un ojo.

Entonces permanece unos segundos en silencio, sólo lleva puestos el sujetador, los calcetines y el pantalón. Deja que Pim y Laurens se la coman con sus miradas hambrientas. Soy la única que se pregunta si no habría sido más lógico que se hubiera quitado primero los calcetines.

—Bueno. Otro intento. ¿Fue accidental o premeditado? —pregunta.

—No fue ningún accidente —digo.

Elisa se agacha. Con la mano en el ribete del calcetín cambia de opinión; mueve los dedos hacia el gancho del sujetador y lo suelta. Por un momento, cuando la cola de caballo se hace a un lado, se distingue la gran verruga en forma de uva en la parte superior de la espalda. Laurens y Pim no se fijan, sólo siguen los tirantes que se deslizan por sus hombros. Sus pechos conservan la forma redondeada incluso cuando está inclinada hacia delante. Se yergue de nuevo y la verruga vuelve a quedar oculta bajo la cola de caballo.

Elisa tiene los pechos más bonitos que he visto en la vida. Están más llenos que la vez que los vi en el vestuario.

No debo sentir celos. Lo hace por nosotras, por ella misma y por mí. Cuanto más se les haga la boca agua a Pim y a Laurens, mayor será su decepción cuando no puedan tocar esos magníficos ejemplares.

—¿Tiene que ver con algún otro tipo de líquido corporal que no sea orina? —aventura Elisa.

—No —digo.

Ahora sí se quita los calcetines, primero el derecho, luego el izquierdo. Los pechos acompañan sus movimientos. Arruga los calcetines y los mete dentro de las botas de montar, que se mantienen de pie en medio del taller.

—¿Estaba la habitación llena de agua al principio, por eso el hombre ha acabado con la soga al cuello, y después la habitación se ha ido vaciando?

Pim cambia de postura. Laurens se cruza de brazos. Es la primera pregunta que va bien encaminada.

—¿Es correcto, Eva? —me pregunta Pim casi chillando.

—No —digo.

A Elisa no le queda más remedio que quitarse sus ceñidos pantalones. Debe tirar de las perneras de lo mucho que se le ajustan a la piel. Tiene muslos pálidos, cubiertos de un fino vello. Lleva un tanga celeste, está pegado a la entrepierna. Los labios de la vagina le cuelgan como la hoja flácida de una coliflor. Se aparta rápidamente las braguitas de la raja. Ahora apenas se le ve nada.

—De acuerdo —dice—. Dejad que me lo piense bien.

Despacio, va repasando todo lo que le hemos dicho.

—No es orina, no hay escalera, no hay una segunda persona, no es un accidente, no hay ninguna piscina.

Se rasca debajo del pecho izquierdo, por un instante se lo masajea. Laurens intercambia una mirada de orgullo con Pim. Sólo entonces ella hace su última pregunta:

—¿Podría ser quizá que el hombre se hubiera subido sobre un trozo de hielo con la soga alrededor del cuello y hubiera esperado a que el bloque se derritiera?

Se produce un largo y profundo silencio.

Laurens y Pim me miran. Nadie había formulado antes esa pregunta. A lo lejos, el semental relincha, probablemente a alguien que pasa en bicicleta.

—¿Es correcto? —pregunta Elisa.

—Eva, di algo.

La excitación en el cuerpo de Pim se transforma en desconcierto. Laurens se quita el sudor de la frente, vuelve a olisquearse la punta de los dedos.

Doy un paso atrás. Dudo por un instante. Podría decir que es incorrecto. Al fin y al cabo, la guardiana del acertijo yo soy. Puedo asegurar lo que quiera.

—Eva. —Pim masculla mi nombre—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Lo miro y luego miro a Laurens. En la esquina del taller está la pala grande de pie con la hoja vuelta hacia la pared, como si estuviera castigada.

—Es correcto —digo—. El hombre se ha subido a un bloque de hielo.

Laurens y Pim miran atónitos a Elisa, luego a mí y de nuevo a Elisa.

—¿Cómo puedes ponerte de pie sobre un bloque de hielo? Es demasiado resbaladizo —gime Laurens.

—¿Es que ese hombre iba descalzo? ¿No deberías haberlo dicho? —añade Pim.

—Ese hombre sólo tuvo mucha paciencia —respondo yo.

—Vaya mierda de acertijo, Eva. Es malísimo.

Pim se sorbe ruidosamente la nariz aunque no tenga mocos.

Elisa vuelve a ponerse el sujetador, despacio. Pim y Laurens observan cómo se levanta los pechos uno a uno y los deja caer en las copas preformadas. Es lo único que les queda: mirar con impotencia cómo vuelven a empaquetar el regalo.

Elisa se abrocha el sujetador por la espalda, saca la cola de caballo, que se le ha quedado enganchada detrás, y la mantiene en alto más tiempo del necesario.

—Así que, si lo he entendido bien, he ganado yo, ¿no?

Acto seguido, introduce con dificultad las nalgas en el estrecho pantalón de montar, da unos saltitos primero con una pierna y luego con la otra.

Pim mira a Laurens. Lo han jurado. Se encoge de hombros, asiente. Si limpiar los establos es la única manera de poder servir a Elisa, que así sea.

—Ya sé lo que quiero de vosotros. Desnudaos delante de mí.

Laurens y Pim enderezan la espalda.

—¿Los tres? —pregunta Laurens.

—No, sólo Pim y tú, desnudaos —les ordena Elisa.

En cuanto Pim y Laurens se inclinan para quitarse los zapatos, Elisa me guiña un ojo.

Yo me relajo tanto como puedo. Ha llegado la hora de la verdad. Podré humillar un poquito a Laurens y a Pim, lo justo para que los dos pongan los pies en el suelo, para que vuelvan a ser los chicos de antes.

—Ésas no son las reglas —murmura Laurens.

Pim le hace un gesto para que se calle. Probablemente cree que aún pasará algo divertido. Ya se ha quitado la ropa.

—Lo has elegido tú mismo. Ahora no te quejes —le dice Elisa a Laurens.

Él se quita la ropa, de mala gana. Va deprisa. No lleva nada más aparte de un pantalón corto y una camiseta holgada. Laurens mira a Pim para saber si es necesario que se quite los calzoncillos. Es el que más vergüenza tiene. Ahora que vuelvo a verlos juntos casi desnudos, comprendo también por qué.

—¿No preferirías que te pagara un abono para el solarío? —pregunta Laurens antes de deshacerse de los calzoncillos.

—¿Y quién va a pagarlo? —lo critica Pim.

—Mi madre. Tiene un montón de dinero negro debajo de la caja, que sólo cuenta una vez por semana.

—¿Y por qué no lo dijiste antes, cuando necesitábamos dinero?

Laurens y Pim están uno frente a otro, levantando cada vez más la barbilla.

Elisa agita una brocha extraviada para reclamar su atención.

—Si quiero dinero, se lo pido a mi padre y se acabó. Quitáoslo todo. Los calzoncillos también —dice en tono imperativo.

Arroja la brocha a una esquina.

Pim tira de las perneras de los calzoncillos, que se deslizan primero por las caderas hasta las nalgas, la tela se queda atascada en el pene. Éste aparece de pronto, medio empalmado.

Elisa le echa un vistazo rápido al pene de Laurens, que le cuelga, tímido, en la entrepierna. Permanece más rato mirando el de Pim. Cuanto más explícita es su mirada, más duro se le pone a él. Elisa da un paso adelante, pone el dedo índice sobre el pecho musculoso de Pim y luego en el tejido fofo de Laurens.

La semana pasada se comportaban aún como hombres. Al final, todos los hombres no son más que niños dominados por algo. Elisa retrocede unos pasos para poder mirarlos de arriba abajo.

—Muy bien. Tendréis que hacer lo que yo os ordene —dice—. Sin rechistar. Ése era el trato.

A Laurens se le ha erizado el vello de los brazos. Desvió la mirada hacia los dos montones de ropa tirados sobre el sucio suelo de hormigón del taller.

—¿Y Eva qué? —suelta Laurens con desdén—. ¿Eva no tiene que hacer nada?

—Eva no ha hecho nada malo.

—¿Y nosotros sí?

—Fuisteis vosotros los que os inventasteis este juego. No Eva.

—Eva pensó el acertijo —dice Pim.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué saca ella de esto?

—Le hemos enseñado cosas. Debería darnos las gracias.

Laurens asiente sin reservas mirando en mi dirección.

—Deberías darnos las gracias.

Elisa fuerza una risotada alta y rotunda.

—¿Pero qué sabréis vosotros? ¿Con cuántas chicas os habéis acostado, a ver?

Laurens se mira los dedos de los pies. Fugazmente, por un instante, pienso en nuestro último día de clase. Así debió de estar también en nuestro punto de encuentro cuando comprendió por fin que yo ya no aparecería.

—¿Eva nunca te ha confesado que fue ella la que envenenó a tu caballo? —dice Pim.

Mira fijamente a Elisa. Está completamente empalmado. Una boa constrictor, lista para atacar. Si esa cosa tuviera ojos, creería que me estaba mirando.

Yo niego con la cabeza.

—No sucedió así.

Elisa me mira.

—¿Es eso cierto?

Yo intento negarlo con convicción, pero de pronto ya no sé si debería decir que no o que sí para negarlo.

—A comienzos del verano lo admitió mientras jugábamos a verdad o reto. Le dio golosinas. Pobre *Pinkel*.

—*Twinkel* —lo corrijo—. No murió por las golosinas. —Ahora los miro uno a uno a los ojos—. Sé lo que pasó en realidad.

Pim no me deja acabar la última frase.

—¿Te acuerdas de la mierda en el buzón de tu tía, Elisa? —Pim hace un gesto con la cabeza en mi dirección—. Pues fue idea suya.

—¡No es verdad! —exclamo, levantando la voz el doble. Es mi palabra contra la de ellos.

Las cejas de Elisa son ahora dos líneas rectas encima de sus ojos. Se vuelve y nos da la espalda. No puedo ver lo que piensa. Se lleva las manos a la cola de caballo, se quita la goma y sacude el pelo.

Debería bastarme con negarlo puesto que llevo más tiempo siendo amiga de Elisa que los chicos, y a ellos los conocí mucho antes que a ella. Les he vaticinado el futuro incontables veces de forma desinteresada, soy el eslabón que los mantiene unidos. No pueden negarlo sin más.

—Uno para todos y todos para uno, Eefje —suelta Pim con desdén.

Mosqueteros. Eso ya no significa nada, no es más que un vestigio del pasado, un nombre que compartíamos cuando aún sabíamos cómo debíamos dar vida a los soldaditos de juguete en el arenero.

—La idea fue de Pim y la caca era de Laurens —digo—. Yo sólo estuve presente.

Elisa vuelve a hacerse la misma cola que llevaba antes, sólo que más tirante aún. Se da la vuelta.

—Eso importa poco. Fuiste cómplice. Quítate la ropa tú también, Eva.

Pego la espalda a la pared, tengo ambos pies sobre una antigua mancha de pintura en el suelo. La mancha blanca siempre ha estado ahí, pero ahora me fijo en que tiene forma de trébol.

—Es verdad que le di chuches a *Twinkel*, pero eso no pudo ser fatal —digo—. El azúcar puede causar ceguera a los perros y a los gatos a la larga, pero un caballo aguanta mucho más. Son animales muy fuertes. —Desvió la mirada de Elisa a los chicos—. ¿Visteis alguna vez a *Twinkel* de cerca? Era enorme, no podías tumbarlo así como así. Jolan lo buscó en internet.

—Qué sabrá Jolan —dice Laurens.

Estoy segura de que ha oído el chisme sobre el matarratas —si Tesje lo sabe, él mucho más—, sin duda Agnes se lo contaría también a su madre.

—Tú también lo sabes, Laurens, reconócelo. No fui yo la que lo envenené.

—¿Cómo es eso? —pregunta Elisa.

Laurens me mira sin comprender tampoco, no dice nada. Creo que realmente no sabe de qué estoy hablando.

—No seas tan mojigata, Eva —dice Elisa—. Deja ya de mentir.

¿Puedo echarlos de aquí? ¿Volverían alguna vez si lo hago? No pienso quitarme la ropa. Están en mi terreno. Es el taller de mi padre. Soy yo quien puede poner las reglas.

—También puedo hacer la tarea con la ropa puesta, ¿no? —digo.

—Claro. Propongo que esperemos a Tesje y que sea ella quien deba adivinar el acertijo.

Elisa se quita la suciedad de debajo de una uña y la tira, no en dirección a los chicos sino a mis pies.

Miro a Pim, luego a Laurens. Deberían ser ellos los que mediasen ahora. Saben bien que Tesje no tiene mucho que enseñar, salvo piel y huesos.

—O mejor aún: le contaremos que su hermana mayor ha engañado a todas esas chicas —dice Pim.

Elisa se echa a reír.

Sin cómplices ya no me quedan argumentos.

Me quito la ropa, no tengo ni idea de a quién quiero complacer más con ello.

Me quito la chaqueta, me desabrocho el pantalón y me lo bajo con dificultad. No sé cuál es la mejor forma de desvestirme, despacio como Elisa hace un momento o de forma rápida y chapucera, como se desenvuelven los regalos comprados en el súper para no generar demasiadas expectativas.

De momento me dejo puestas las bragas. Meto para dentro la barriga y me saco la camiseta por la cabeza. Entonces noto las miradas de extrañeza y de pronto caigo en la cuenta de que llevo los dos sujetadores con relleno, uno encima de otro. Tan acostumbrada estoy ya a verme los pechos más grandes.

Quiero soltar los dos cierres a la vez, pero es complicado, lo haré con torpeza y acabaré llamando aún más la atención. Así que me los quito uno a uno, deprisa. Con el primer sujetador pierdo la mitad del volumen. Después del segundo, apenas queda nada. Meto los sujetadores debajo del montoncito de ropa arrugada. Elisa mira divertida mis tetitas, saca más su par de melones. Laurens y Pim desvían la mirada a la camiseta debajo de la cual he metido los dos sujetadores, cuatro bultos sobre el suelo de hormigón, mis pechos. No comprenden del todo lo que acaba de ocurrir, o peor aún: les trae sin cuidado.

—Faltan las bragas —dice Elisa.

Permanezco lo más cerca posible de la pared, encima del trébol blanco, para estar un poco a cubierto.

Éstos son mis amigos y éste es un juego que se nos ha ido de las manos, nada más.

En cualquier caso, los labios de mi vulva están mejor que los de Elisa, tengo un bonito paquete cerrado. Dejo caer las braguitas, las doblo rápidamente y las meto en la pernera del pantalón arrugado con la esperanza de ocultar el flujo blanco. Me peino el vello púbico con los dedos, deprisa, dos veces, para asegurarme de que no está apelmazado. Me faltan manos para cubrir todo aquello de lo que me avergüenzo. Al igual que Pim y Laurens, dejo que los brazos se balanceen junto al cuerpo.

—Bueno, ¿ya estás satisfecha, Elisa? ¿Has visto bastante? —pregunta Pim.

Pronuncia su nombre de una forma extraña. Se tapa con las manos el sexo, que entretanto vuelve a estar flácido ahora que me ha visto desnuda. Entre nosotros hay tres montoncitos, la ropa con la que yo podía distinguir de lejos a Laurens y Pim. Todas esas tardes en las que ellos llevaban esas camisetas, los rotos que tenían. Ahora que todos nosotros nos hemos quitado esa piel, nos hemos deshecho de nuestras máscaras, ¿por qué deberíamos mantener lo que juramos, cumplir nuestra promesa, como corresponde a unos mosqueteros?

Elisa pasea la mirada por el taller, con los ojos entornados observa el techo, los objetos que hay colgados. Se concentra en la estantería atornillada a la pared.

—¿Sabéis lo poquísimo que se utiliza un taladro durante toda su vida útil? —pregunto.

—¿Diez minutos? —aventura Laurens, el único en contestar.

—Once minutos —digo yo.

Elisa arquea una ceja, irritada. Desplaza la vista hasta el rincón del taller y coge la pala plegable apoyada a la pared. Aún está llena de tierra seca. En la parte posterior tiene pegada una lombriz de tierra.

—¿Qué habría hecho *Twinkel* con Eva si hubiera podido vengarse de ella? —les pregunta Elisa a Pim y a Laurens.

—Ni idea, nunca he hablado con un caballo —dice Pim.

Me miran. Eso debe decidirlo la propia Elisa, ellos no quieren tener nada que ver. Elisa pone la pequeña pala de pie entre los chicos, busca el punto de equilibrio.

—Eva aún es virgen —dice sin mirarme—. O bien solucionáis eso vosotros o lo hace ella misma.

Quiero decirles que ya no soy virgen, que entretanto ya he resuelto esa mentira, pero antes de que tenga la oportunidad de hacerlo, Elisa suelta la pala.

Por escasos segundos, la pala se mantiene en pie. Entonces se inclina hacia Laurens. Él no se molesta en cogerla. Sé perfectamente lo que Elisa quiere: concederme el honor. Me acerco a Laurens. Recojo la pala y regreso donde estaba antes. Laurens y Pim retroceden, se encuentran casi en el extremo opuesto del taller, colocados como una barrera de jugadores ante una falta, las manos en la entrepierna y las miradas al suelo.

Me pongo de puntillas. El mango encaja justo entre el suelo y mi pelvis. Con una mano lo agarro y con la otra me separo los labios de la vulva. Procuero parecer lo más experimentada posible. La madera del mango está barnizada. Al menos no me clavaré ninguna astilla.

Con cuidado, doblo las rodillas. Al principio no lo consigo, el extremo del mango es más grueso que la barra de Pritt y la regla juntas. No entra, estoy demasiado seca. Me escupo en la mano, la paso por el mango con movimientos circulares, justo como hizo la actriz en la película antes de entrar en acción. Escupo una vez más y me humedezco la entrepierna. Lo intento de nuevo. El mango me penetra a duras penas.

Miro a Elisa. Ésta es la única oportunidad que tendré. Tampoco puedo decepcionar a Laurens y Pim. Esto determinará cómo me recordarán, cómo apareceré en las historias, como una mujer o una inútil.

Me paso la lengua por los labios.

Me cuesta mantener la sonrisa cuando pienso en las tumbas que hemos cavado con esta pala. Puedo notar el lugar en el que el anillo de boda de papá rayaba la madera cada vez que le daba por plantar los árboles de Navidad.

Me deslizo arriba y abajo sobre el mango. Gimo, no demasiado alto, no demasiado bajo. Intento imitar la pose de Elisa cuando monta a caballo, su grácil forma de cabalgar. Jamás tendré la elegancia de un jinete, ya losé. Laurens y Pim desvían la mirada tanto como pueden, sólo miran a Elisa, con la

esperanza de que pronto ponga fin a todo esto.

No soy una mujer, no soy una niña, pero tampoco soy uno de ellos. Soy el caballito de un tiovivo que siempre seguirá moviéndose a sacudidas, siempre en la misma barra, año tras año en la misma órbita, en la misma feria, para los mismos niños.

Cuento las gorras azules de Maes apiladas en un rincón. Así no tengo que contar las veces que he subido y bajado.

Elisa es la única que mira divertida. En Laurens y Pim sólo percibo vergüenza ajena.

No me atrevo a mirar sus penes. Es la parte más sincera de un cuerpo: su flacidez delata lo que los chicos piensan realmente de mí, si les parezco guapa y si serán capaces alguna vez de verme como a una chica.

Pim esconde el pene detrás de un calcetín que acaba de coger.

—¿Estás a punto de correrte, Eva? ¿Podemos empezar ya con la cuenta atrás? —me pregunta Elisa.

Asiento, aunque no siento nada. Cuanto más me muevo, más seca estoy. La madera absorbe la humedad, se hincha, los nervios se dilatan. Elisa ya tiene la mano lista con los dedos levantados.

—Cinco veces más —dice.

Con cada movimiento descendente, ella baja un dedo.

Tras el cuarto y el quinto dedo vuelven a levantarse dos dedos más, como si fueran velas de broma.

Elisa ríe. Pim se ríe también. En el caso de Laurens, no sé si está más cerca de la risa o del llanto.

Consigo ver lo que se oculta detrás del calcetín de Pim, sus pelotas, no están del todo caídas, parecen más levantadas y tirantes de lo normal. Podría significar que no la tiene completamente floja.

Yo no me muevo dos veces más, sino cinco. Sólo para superar la humillación. Elisa vuelve a dejar caer las manos.

Cuando ya no siento nada más, me bajo de la pala. Me tiemblan las rodillas, me arde el vientre, me siento mareada; sin embargo, permanezco de pie.

La pala aterriza en el suelo junto a nosotros. Todas las miradas están dirigidas al extremo. En la madera oscura y humedecida se ve perfectamente lo hondo que ha llegado el mango.

Yo fuerzo una sonrisa. Me agacho para enrollar mis sujetadores en mi camiseta, para recogerlos.

Elisa aparta el resto de la ropa de una patada.

Me quedo quieta. Nada de lo que suceda ahora puede ser peor.

—Bueno, ahora les toca el turno a estos dos amigos —dice Elisa—. No van a librarse así como así.

Yo asiento.

—¿Qué les ordenaremos que hagan? —pregunta.

Mira alrededor. Veo manchas azuladas titilando en mi retina. Es el mareo mezclado con los obsequios promocionales de Maes. Tengo frío. Se me entumecen los músculos de las pantorrillas y los muslos. Empujo las piernas para juntarlas y me siento en una silla. Quizá sirva de algo sentarse encima del dolor, quizá eso calme la sensación de ardor.

Detrás de la escalera hay un cubo con cola. Lleva bastante tiempo ahí, desde cuando mamá quiso empapelar de nuevo el cuarto de baño pero se sintió demasiado cansada para hacerlo.

—¿Algo con esto?

Mi voz suena muy tranquila. Señalo el cubo. De todas formas, la cola ya está casi inservible.

Elisa retrocede unos pasos, apoya la espalda contra la puerta.

—Muy bien, Laurens y Pim, ya habéis oído lo que ha dicho Eva. Algo con la cola de empapelar.

Laurens y Pim se miran mutuamente y luego miran el cubo.

—Por mí no hace falta —digo. Tesje y mamá estarán a punto de llegar—. Volvamos a casa y ya está. Elisa se ríe.

—¿Sabéis qué? —dice—. Proporcionadle a Eva un orgasmo. Se lo merece después del duro trabajo que acaba de hacer. Demostrad que podéis. Si lo conseguís, podréis follarme a mí, primero uno y luego el otro.

A Pim se le empalma con sólo oír la palabra *follar*.

Elisa coge algunos objetos que están en el rincón junto a la puerta. Los tira a los pies de Laurens y Pim. Un rollo de alambre de hierro, una púa, la agujereadora. De pasada, roza el glande de Pim con la mano. Luego vuelve a situarse delante de la puerta.

—Por supuesto, también podéis usar las manos.

Pim agarra de inmediato la herramienta metálica en forma de cono. Laurens busca fugazmente contacto visual conmigo, intenta apartar a Pim, hacerlo entrar en razón.

—No vale la pena. Venga —le dice.

Le da un manotazo en el hombro, pero no lo bastante fuerte. Pim no se deja frenar.

—Colabora, Eva, y así se acabará enseguida —me dice—. Sé lo que me hago.

¿Debo levantarme de la silla, ponerme entre ellos de modo que ya no estemos separados físicamente?

—Puedes estar contenta de que tu padre no haya comprado nunca un hacha —bromea Elisa.

Sólo le hace gracia a Pim.

Permanezco sentada en la silla, me parece lo más seguro, engancho las piernas alrededor de las patas.

—¿Vas a ayudarme, Lau, o vas a portarte como un crío? —dice Pim.

Se me acerca empuñando la agujereadora. Le encaja perfectamente en la mano, no como a Tesje cuando preparamos el huerto hace poco. La picha dura se balancea de un lado a otro contra su vientre.

Laurens aparta sus ojos de mí y los va oscilando entre Elisa y yo. Lo veo dudar, ¿quiere salir de verdad en mi defensa o quiere follarse a un nueve y medio por una única vez en su adolescencia?

Entonces Elisa empieza a tocarse los pechos delante de él a través del sujetador. Se descubre el pezón derecho.

Yo me niego a tumbarme.

Pim le va dando órdenes a Laurens. Él derriba la silla de una patada. Yo suelto el respaldo para amortiguar la caída. Laurens me empuja los hombros contra el suelo, se sienta encima de mí a horcajadas con todo su peso, mirándome. Me sujeta las muñecas.

Tengo la gravedad en contra.

Pim me abre las piernas. Yo pataleo y me retuerzo con la esperanza de darle en la cabeza, en las pelotas.

—¿No podrías usar los dedos y ya está? —sugiere Laurens—. Ponte esto si hace falta.

Le lanza un par de guantes de trabajo a Pim.

—A mí no me meteréis mano luego con los dedos sucios —dice Elisa, interfiriendo entre los dos—. No quiero hongos o virus de plantas.

—Colabora, Eva. Así acabaremos enseguida —repite Pim.

Deja la agujereadora, se pone los guantes y luego vuelve a empuñar con fuerza el chisme.

Éste es nuestro castigo por los actos que ellos han cometido este verano. Yo soy su castigo.

Doy por supuesto que ellos también se habían imaginado algo distinto, que habrían preferido utilizar a otra persona. Sólo soy un sucedáneo. La Coca-Cola light de la experiencia sexual.

Elisa coge un nivel, mueve la burbujita de aire entre las dos rayitas. Le tiemblan las manos. Se lo pone sobre los pechos, intenta nivelarlos. Pim deja de moverse por un momento y observa la escena, pero en cuanto ella retira el nivel, actúa con más furia y rudeza que antes. Laurens me empuja las muñecas contra el suelo.

Yo dejo de resistirme, no quiero que sea peor para ellos, para mí. Cuanto más patalee, más me mereceré esa brusquedad.

Ahora Laurens también tiene una erección, su pequeña salchicha se empina justo encima de mi cara, el glande reluciente apunta hacia arriba. Está tan cerca de mi cara que podría arrancarle la punta con los dientes.

—¿Estás seguro de que quieres que lo haga yo o lo haces tú? —le pregunta Pim a Laurens. Sostiene en alto la agujereadora.

—Venga, tío, hazlo ya.

Laurens sigue sentado sobre mi cintura, aunque apenas tiene que sujetarme. No quiere ensuciarse. Quizá quiere reservar sus fuerzas para después, para Elisa.

Pim maldice. No puede ver lo que está haciendo porque Laurens está en medio, pero yo sí lo siento: intenta meterme la agujereadora, forcejea con la punta redondeada contra mi entrepierna y mi ano, como los perros hacen a veces con el morro húmedo al oler la sangre menstrual, buscando de dónde viene exactamente. Presiono, aprieto los músculos, como solía hacer antes cuando mi madre intentaba ponerme un supositorio a la fuerza, pero no sirve de nada. No puedo competir con la punta afilada, que se desliza hacia dentro con facilidad. Al principio apenas noto nada, este objeto es menos ancho que el mango de hace un rato. Sólo noto la fricción de la arena, la punta que me golpea la pared abdominal y me causa dolor, justo el mismo dolor que tengo con la regla, pero más intenso.

—¿Te gusta, Eva? —pregunta Pim.

Yo callo. Con cada empujón recuerdo el orden en el que hemos plantado el huerto. Zanahorias. Patatas. Menta. Flores silvestres variadas. Unas cuantas amapolas, porque Tesje las quería. Las semillas llevaban un par de años en el lavadero. Con un poco de mala suerte no florecerán nunca.

—Ten, me parece que está demasiado seco por ahí abajo.

Elisa arrima a Pim el cubo con la cola de empapelar.

Él titubea un momento, moja la punta del chisme en el resto de cola pegajosa. Yo me tenso, pero ya no sirve de nada. Laurens aparta la vista. Fugazmente entablo contacto visual con Pim, que está de rodillas, mira con determinación, tiene la misma mirada que en el funeral. Mira más allá de mí. También Elisa parece entretenerse de forma extraña, los dos tienen la misma expresión de excitación.

Nunca antes había estado tumbada de espaldas en este taller. Habré estado así en casi todos los demás lugares de la casa. El tejado está compuesto por placas enmohecidas. Entre el moho hay telarañas, de una de ellas sale una gran araña doméstica, mira de dónde vienen todas esas sacudidas y vuelve a refugiarse de inmediato. Justo encima de la cabeza de Laurens están colgadas las podaderas.

Entre mis piernas se oyen unos ruidos sordos, como el chapoteo que hacen las botas de agua al correr.

Espero que las podaderas se caigan y le den a Pim en la cabeza, que Laurens salga ligeramente herido y todo esto se acabe.

La probabilidad de que suceda algo así es pequeña. Casi tan pequeña como la probabilidad de que la señorita Emma nos esté viendo en estos momentos. No hay nadie, sólo nosotros. Y también queda cada vez menos de nosotros.

La cola de empapelar se seca, se vuelve granulosa y áspera. Ahora no sólo siento ardor, sino también picor.

«Las cicatrices pican a menudo y ¿sabes por qué? El picor es el primer grado en la escala del dolor», me dijo Jolan en una ocasión. No sé si aún lo creo. Quizá el picor es lo que sobreviene después de alcanzar la cota máxima de dolor, la luz de emergencia en un apagón.

Pim hunde la punta cada vez con más violencia, de cuando en cuando me mira la cara para saber si me gusta o no al empujar más fuerte.

—Vamos, Eva, esfuérzate. Hasta puedes gemir si quieres.

Vuelve a empapar la herramienta con la cola, me la mete por detrás. Allí tengo más músculos o mejor control. Haciendo acopio de mis últimas fuerzas, lo tenso todo. Él gira, empuja, intenta llegar a lo más hondo, debilitando mi esfínter. Al principio siento frío, luego ardor, luego ambas cosas. Grito, pataleo. El metal no cede, es como Laurens, no se ablanda. Es un dolor desconocido que me provoca nuevos reflejos. Me tapa la boca con la mano. La muerdo.

Laurens grita. Pim saca la agujereadora, mete la punta de nuevo en mi vagina. Puedo oler mi propio trasero.

—Venga, Eva. Si hace falta, imagínate que soy Jan —susurra.

No sé cómo se ha enterado de eso Pim. ¿Cómo puede saber que he tenido fantasías con Jan? ¿Quién se lo ha contado? Quiero decir algo pero no me salen las palabras, mi cabeza está vacía, apenas puedo recordar qué aspecto tenía Jan, qué aspecto tengo yo misma, apenas me acuerdo de cómo hablar.

Miro la barbilla de Laurens, sus fosas nasales. También él debería poder olerlo, el hedor de excrementos viejos. Tiene los ojos cerrados. El sudor que le cae por la frente me gotea en la cara, sabe salado.

¿En qué estará pensando? ¿En Elisa? ¿En aquella vez por Navidad en la que tuvimos que rellenar sesenta pavos, metiendo ciruelas en el trasero de cada animal que luego empujábamos con un vaso? Después estuvimos meses haciendo bromas como: «¿Quién quiere un plato de “aves folladas”?»

Pim sigue embistiendo. Los labios de la vulva se me endurecen y a causa de la sequedad se meten para dentro con el metal. Siento como si se desgarrasen, como si apenas pendiesen ya de mi cuerpo. Las pulsaciones de dolor se alternan con los latidos de mi corazón y ambos aumentan con cada golpe.

¿Qué es mejor? ¿Aguantar o fingir que me corro para que paren? Pero no sé cómo hacerlo de forma convincente, no sé qué sonidos tengo que hacer, ni cuánto tiempo suele durar eso en una chica. Además, les daría a Laurens y a Pim la satisfacción de estar con Elisa.

Quiero cerrar los ojos, pero no puedo. Si dejo de registrar lo que pasa, me sentiré verdaderamente sola. Entonces ya no habrá testigos, sólo autores. Y sin un testimonio veraz sería como si no hubiera pasado jamás.

Oigo cómo se cierran las puertas de un coche. Pim también lo ha oído, se detiene de pronto, ordena a Laurens que me tape la boca. Las manos le huelen a sudor.

No tenía la menor intención de gritar. No querría que Tesje viera esto, ni mamá tampoco.

Están hablando, dan un rodeo por la casa. Por la rendija que hay debajo de la puerta del taller aparecen los zapatos de Tesje, el filo de la caja de cerveza toca el suelo, las bolsas de la compra. Mamá se mete en la cocina. Tesje empieza con sus rituales: se oye cómo teclea, escupe, canturrea. Elisa y Pim intercambian miradas desdeñosas. La puerta de atrás se cierra. Todo se queda en silencio. No hay moros en la costa.

Pim empieza a hurgar de nuevo, cada vez más fuerte, cada vez más rápido. Si fueran fuegos artificiales, esto sería la traca final, el punto en el que se lanzan a la vez los cohetes más caros y más ruidosos en una última búsqueda de exclamaciones de admiración.

—Vamos, Eva, coopera un poco —me implora Pim.

Se pasa la herramienta a la mano izquierda para estirar los dedos de la mano derecha, me aprisiona la pierna debajo de la axila para poder hacer más fuerza.

Laurens se pone pálido, mira paralizado a Pim.

Elisa se aparta un poco más. Grito su nombre para que me mire. Tiene que acordarse exactamente de esto cuando luego les enseñe su almeja a Laurens y Pim. Tiene que saber que antes los labios de mi vulva eran más bonitos que los suyos.

Pero ella sólo mira las puntas de sus botas, el blanco de sus mejillas contrasta con el color de sus labios.

—¡Pim! ¡Para! —ruge Laurens de pronto—. Basta.

Se separa de mí. Sólo ahora veo por qué están tan pálidos: Pim tiene sangre en las manos, en las muñecas. Su vientre desnudo está tan manchado como el delantal del padre de Laurens después de toda la tarde fileteando carne. Pim se echa para atrás, sigue arrodillado, suelta la agujereadora metálica, que cae junto a él con un repiqueteo sobre el suelo de hormigón.

Me incorporo. Sin el peso de Laurens, noto mi cuerpo ligero, parece quedar sólo la mitad de mi figura anterior. Unos grumos pegajosos resbalan por el interior de mis muslos. Dejo un rastro de cola rosada.

No me atrevo a bajar la vista.

Pim mira a Elisa. ¿Se ha ganado follarla?

Ella se desabrocha de nuevo el botón del pantalón.

Mis manos buscan la pala, que todavía está en medio del taller. El mango ya se ha secado. Quiero golpear con ella a Pim en sus partes, no puedo, aún está sentado, sigue siendo el hermano de Jan, el que ya ha perdido tanto. Así que tomo impulso y apunto entre los ojos de Laurens con el filo de la pala. La hoja se dobla por el ímpetu del movimiento y sólo la parte plana le golpea la ceja con un ruido sordo aunque no lo bastante fuerte.

Laurens cae de rodillas y se lleva las manos al ojo. Las aparta para ver cuánta sangre tiene en los dedos, qué clase de grito le corresponde dar.

La pala le ha abierto una brecha. Al principio no mana nada de sangre, pero puedo ver el hueso de la cuenca de su ojo. La carne es rosada y jugosa. La herida no tarda en organizarse y envía una partida de sangre en la cantidad adecuada. Brota de dos hilillos del lugar donde la herida es más profunda, manchas de un rojo vivo.

Dejo caer la pala.

Mientras salgo, echo mano a algunas prendas. Debo coger el pantalón. Ahí están mis anotaciones sobre Tesje. Fuera, delante de la puerta del taller, me visto rápidamente con lo que tengo. Mi pantalón, la camiseta de Laurens, me seco precipitadamente las lágrimas de la cara. He dejado atrás mis dos pares de

sujetadores y la chaqueta.

Los quejidos de Laurens se han convertido entretanto en maldiciones.

Me subo con rapidez a la bicicleta, que estaba contra la veranda.

Salgo a la Bulksteeg a toda prisa. Curvo los pies descalzos alrededor de los pedales para poder empujar con más fuerza. La entrepierna empapada del pantalón se pega al sillín. Me arde. No es grave, sólo es arena.

Mis ruedas dejan un rastro en el asfalto caliente por el sol. Pedaleo sin saber adónde voy. Avanzo y avanzo, noto algo en la pernera derecha. Forma un bulto en la pantorrilla. Mis bragas arrugadas, que descienden con cada movimiento. Después de pedalear unos cien metros, al llegar a los sauces desmochados, se salen de la pernera. Se quedan enganchadas al pedal durante dos vueltas y luego caen a la calzada, a un lado del camino. No quiero dejarlas ahí tiradas, pero no puedo detenerme y bajar de la bicicleta.

Tengo que ir a casa, lavarme. Al llegar al parque natural de Bovenmeers Gebroekt, ahí donde el nivel de agua del canal está más bajo cuando persiste el tiempo soleado, no puedo más. Uno de los pescadores, que busca protección bajo un impermeable asegurado con unas cañas de bambú, levanta una mano. Sólo entonces me doy cuenta de que mi casa es el lugar de donde vengo. En todo el pueblo no queda ningún otro lugar adonde pueda ir.

EL POZO NEGRO

Ni en Bovenmeer ni en los alrededores se habían cortado jamás trescientos gramos de carne de caballo en lonchas tan finas como durante la semana que siguió al funeral de Jan.

—La gente siempre se pone a contar historias mientras estoy cortando carne —contestó la madre de Laurens cuando le pregunté cómo había llegado a saber tanto sobre el accidente.

Yo sabía que mentía, que sucedía lo contrario. Ella deslizaba el jamón con lentitud y aplomo por las afiladas y relucientes cuchillas para que los que hacían cola empezaran a hablar o se quedaran a escucharla. Era como si se hubiera tragado una cinta de casete; y ellos sólo podían elegir entre ponerla en marcha o no.

La precisión con la que la madre de Laurens vendía la carne —afinando hasta el gramo aunque para ello tuviera que sacrificar un trocito de queso o un pedacito de paté— contrastaba con las libertades que se tomaba a la hora de contar historias. Ésas venían gratis con la carne y a ella le bastaba con que cuadraran las líneas generales, las décadas y los apellidos.

La culpa de que corrieran veinte versiones distintas de la historia de Jan, a cual más espectacular, no era solamente de la madre de Laurens. La compartían todos los que fueron a comprar longaniza o paté en las semanas posteriores al accidente sólo para poder oír las historias, incluida yo.

No me había atrevido a preguntarle a Pim cómo encontraron y sacaron a Jan, sabía que él se limitaría a repetir lo que había aparecido en el periódico regional, que me daría el mismo escueto resumen, con la esperanza de que a la larga eso fuese lo que quedase de su trauma: apenas tres frases sencillas debajo del titular «El hijo de un granjero (17) se ahoga en un pozo negro».

El 5 de enero de 2002, el primer sábado del año, me presenté en la carnicería poco después de la hora de cierre. Era el primer día de frío intenso de aquel invierno y salían volutas de humo prácticamente de todas las chimeneas. La madre de Laurens me dejó pasar aunque en realidad acababan de cerrar la tienda. Me dio un dado de queso curado de su modesto nuevo surtido, no sin antes quitarle con cuidado la corteza.

Había sido un buen día. Lo habían vendido casi todo. Las historias sobre la familia de Pim seguían contribuyendo a las ventas: cuando se hablaba de tragedias y de muerte, la gente solía pedir unos cientos de gramos más, agradecida de poder comérselos en casa con la familia al completo.

Yo sabía que a la madre de Laurens se le soltaba la lengua siempre que vaciaba el mostrador. La versión que me contaría estaría sazonada de mentiras, pero eso era justamente lo que yo quería, no la verdad, sino que alguien volviera a hablar de Jan con pasión, que lo ensalzara dando por supuesto que se había tratado de un accidente.

—¿Sabías que el día de su desaparición Jan vino a la carnicería para hacer un pedido? —me preguntó.

Decir «no» equivalía a apretar el botón «Play».

—Tenía buen aspecto ese día, tan lleno de vida. Me sorprendió incluso que no saliera con ninguna chica, porque, aparte de los granos, era un chico majo y educado —prosiguió—. Jamás se me habría ocurrido pensar que una hora más tarde estaría muerto.

El chico majo había comprado carne por valor de treinta euros por lo menos: salchichas de ternera, queso, paté, picadillo e incluso un poco de su deliciosa cebolla confitada.

En sus historias, la madre de Laurens incluía siempre sutiles mensajes publicitarios sobre sus productos.

Era probable que aquella mañana tuvieran la intención de desayunar plácidamente con la familia al completo entre el ajeteo de las tareas cotidianas.

—Por cierto —dijo la madre de Laurens—, es importante saber que al principio sus padres querían una docena de hijos, varones preferiblemente, aunque alguna hija tampoco les habría ido mal. Por eso tenían una mesa de cocina tan larga en casa. La compraron sin imaginarse las complicaciones que estaban por venir: poco después del nacimiento de Pim, a la pobre mujer le salieron quistes en los ovarios y tuvieron que quitarle la matriz...

Calló un instante, escurrió bien el trapo encima del cubo de agua.

Lo haría en más ocasiones: dejar caer silencios de vez en cuando. Había contado aquella versión de la historia tantas veces que ya sabía cuándo eran necesarios, cuándo los oyentes tendrían que asimilar algo, cuándo suspirarían, cuándo cambiarían el bolso de brazo. Yo no llevaba ningún bolso, así que cada vez que se hacía un silencio mordía un trocito de queso.

Aquella mañana al levantarse, Pim y sus padres no habían sido conscientes de que pasara algo malo. Encontraron los panecillos y el embutido sobre la mesa y empezaron a desayunar, dando por sentado que Jan se les uniría cuando acabara de ordeñar las vacas.

No apareció.

No lo esperaron para recoger la mesa y guardar las cosas en la nevera.

Dos minutos después de que el padre de Pim saliera al patio para empezar sus tareas, regresó a la cocina. «Las vacas aún no están ordeñadas», dijo en un tono ligeramente alarmado. La madre de Pim quiso verlo con sus propios ojos. A pesar de que estaban seguros de que Jan estaba despierto, pues habían oído su despertador y el chico había ido a la panadería, fueron a mirar a su cama.

—Aquella cama vacía y deshecha tuvo que ser el principio, el punto en que una madre piensa: «¿Y si le ha pasado algo...?».

La madre de Laurens pronunció aquellas últimas palabras en un tono más agudo, por lo que no sonó para nada como algo que hubiese dicho la madre de Pim.

Las botas de Jan habían desaparecido. Por eso llegaron a la conclusión de que había salido a dar un corto paseo.

Al cabo de unas horas tuvieron que abandonar también aquella esperanza. Su hijo no se había llevado nada, ni la bicicleta, ni el coche ni dinero ni el tractor. Ya debería estar de vuelta.

—Si uno piensa estar fuera mucho tiempo, deja un mensaje, ¿no?

La madre de Laurens sacó el portaprecios de la carne, limpió el palito y volvió a clavarlo exactamente en el mismo agujerito de antes.

—Desde luego —dije yo.

El queso me dejaba un sabor fuerte en la boca, como si llevara tres años sin tragar saliva.

—Y Jan no era de los que se largan sin más, ni alguien que diera sorpresas; era un chico la mar de normal, sin secretos —dijo.

—Así es.

Me temblaba la barbilla. Apretando los dientes con fuerza, seguí los movimientos del trapo y de los ojos de la madre de Laurens.

—¿No te parece verlo aún, rubio y flaco, con sus tirantes y sus granitos? —me preguntó.

—Sí.

Intenté imaginarme a Jan donde ahora mismo estaba yo, el sonido de su voz. Lo evoqué todo: sus botas, la forma de la nariz, sus brazos musculosos.

—Si mi hijo hubiera tenido tantos granos, lo habría llevado a un dermatólogo. Está claro que un chorrito de zumo de limón no sirve de nada para el acné. Pero, en fin, que quede entre nosotras: los granjeros son así, poco aficionados a los productos de belleza. Quizá crean que son demasiado caros, pero a ellos no les falta el dinero, si parcelaran sus tierras, serían los más ricos del pueblo.

Yo asentí sin convicción.

La madre de Laurens pronunciaba *grano* con mucho tiento —como si la palabra misma estuviera rematada por un punto blanco que fuera a reventarle en la boca—, y al recalcar tanto cada letra parecía como si hablara de muchísimos más granos de los que había en realidad.

Quise ser capaz de llevarle la contraria en eso.

—Al cabo de unas horas, los padres de Pim habían buscado por todas partes: los establos, el pajar, los graneros, el tanque de leche. Sólo entonces descubrieron la rejilla suelta en un rincón del patio, sobre uno de los albañales donde se drena el estiércol de los animales, ¿cómo se llama eso?, seguro que tiene algún nombre..., en fin, un pozo negro —concluyó.

El padre de Pim fue removiendo con un palo en el pozo, pero no pudo descartar que hubiese algo. Llamaron enseguida a una empresa para que viniera a vaciarlo.

—Hoy en día te lo hacen por ciento cincuenta euros, aunque por lo general el precio no incluye el IVA ni el desplazamiento, pero eso no lo dicen en la web, claro. Tampoco ponía nada de que hubiera que pagar en efectivo.

El hombre de aquella empresa había venido nada menos que de Brasschaat. Así que, antes de empezar, quiso ver el dinero. La madre de Pim subió deprisa y corriendo al coche para ir al cajero automático más cercano, en Zandhoven.

Siempre que la madre de Laurens añadía detalles a los hechos y se desviaba del relato original, miraba en mi dirección. Entonces empezó a hablar más rápido y con más vehemencia.

El padre de Pim no le había advertido al hombre que podía encontrar el cuerpo de un adolescente ahí dentro. Sólo le había insistido en que debía darse prisa. Metieron el cabezal del aspirador en el pozo y pusieron en marcha el sistema de aspiración. La cantidad de estiércol empezó a bajar hasta que, en un momento dado, la máquina se atascó.

—Debió de hacer un ruido como el de una aspiradora que se queda taponada con un calcetín, un pañuelo o algo por el estilo. Sabes de qué ruido estoy hablando, ¿no?

—Sí —dije.

Encontraron una pala que habían perdido hacía tiempo, pero nadie se alegró con el hallazgo.

—Y eso que, por lo general, el padre de Pim es de los que se preocupan por sus herramientas y es muy cuidadoso con ellas; todos los autónomos tienen eso en común.

Habían seguido aspirando, el nivel de estiércol descendió otro metro. Estaban hacia la mitad del pozo y la máquina empezó a fallar de nuevo. Mientras tanto, la madre de Pim había vuelto también con un montón de billetes en la mano.

«No puede ser —dijo la mujer—. No hemos perdido dos palas.»

La madre de Laurens tomó aire, miró por encima de mi hombro a un punto que estaba en la pared a mi espalda, a la pila de tarros de compota.

—Sacaron primero su bota izquierda. Entonces el hombre del servicio de pozos debió de comprender por fin qué era lo que estaban buscando. Se echó para atrás y quiso llamar a los servicios de emergencia, pero el padre de Pim no se lo permitió. Cogió él mismo el aspirador e intentó vaciar el pozo tanto como pudo. De vez en cuando tenía que apartarse un poco porque los vapores tóxicos pueden ser mortales, uno los aspira sin darse cuenta.

Dos minutos después, vieron un cuerpo en el fondo. El padre de Pim bajó tapándose la boca con un trapo. Sacaron a Jan a la superficie. Pim izó a su propio hermano del pozo con unos ganchos.

La madre de Pim había gritado que sólo le clavaran los ganchos en la ropa, no en la piel, tenía que permanecer intacto. Una vez arriba, lo llevaron hasta la entrada del jardín y allí lo dejaron sobre la hierba, tumbado de espaldas. El padre de Jan se arrodilló tosiendo junto al cuerpo y enseguida empezó a hacerle la reanimación, cada vez que empujaba con fuerza, la mierda de vaca burbujeaba en la garganta del chico.

Su madre había ido a buscar una toalla con la que le limpió la cara a Jan para asegurarse de que aquél era su hijo, aquel muchacho flacucho de piernas largas, pies grandes y abundante melena, y entonces fue cuando la madre de Pim empezó a gritar, muy fuerte, como sólo las madres pueden hacerlo. Después se hizo un profundo silencio en toda la granja.

Podía imaginarme perfectamente aquel silencio: un silencio en el que hasta las ocas dejaban de graznar. También veía claramente al padre de Pim, arrodillado sobre la hierba, con la marca marrón que le había dejado el boca a boca alrededor de los labios. Las costillas de Jan fracturadas por la violencia de sus movimientos.

El hombre declaró más tarde que Pim había permanecido muy tranquilo. Como si hubiera ayudado al parto de un ternero muerto. Cuando los de los servicios de emergencia confirmaron el fallecimiento, le sacó la otra bota a Jan, limpió ambas y las dejó a la entrada del establo, donde habrían estado si Jan no se las hubiera puesto aquella mañana.

La madre de Laurens se detuvo delante del rollo de film transparente para envolver y tiró de él hasta tener unos tres metros. Entre las dos fuimos cubriendo todas las bandejas con los rellenos para sándwiches que había en el mostrador. Limpié con el dedo un pegote de salsa de cerezas de la encimera, sólo para quitarme de la boca el sabor del queso curado. Al pasar, ella me cogió por los hombros.

—¿No habías venido para ver a Laurens? —me preguntó.

No me atreví a decirle que no.

—Laurens está en casa de su abuela, pero podemos llamarlo, si quieres.

Me encogí de hombros.

—Al final, el hombre del aspirador se portó muy bien y no quiso cobrarles —añadió antes de que yo saliera de la tienda.

Sabía perfectamente en qué estado me iba de allí y creyó conveniente acabar con una nota positiva.

Jan, flotando sin vida en un enorme pozo lleno de mierda de vaca mientras yo estaba en un trepador con Laurens sin hacer nada; aquella idea seguía dándome vueltas por la cabeza, se apoderaba de todo mi cuerpo. Por supuesto, él no estaba consciente al morir, eso lo sabíamos todos, los padres de Pim lo habían repetido de sobra: los vapores tóxicos del estiércol bastaban para acabar con cualquiera. Pero, inconsciente o no, el cuerpo debió de hundirse. La porquería entró por cada orificio y él se sumergió a la velocidad de una tetera en el agua de fregar. Los pulmones, el esófago, el canal auditivo: cada cavidad de su cuerpo debió de llenarse por completo.

Con las piernas temblorosas, me dirigí a los campos entre Bovenmeers Gebroekt y el bosque del bosque: los prados de las vacas.

Había una veintena de animales muy juntitos que apenas tenían hierba para pastar.

Mientras permanecía de pie a poca distancia de los pastos, vi cómo varios animales levantaban la cola y aliviaban su malestar. Se limitaban a soltar sus heces sin darse cuenta de mi presencia, del hecho de que yo, al igual que muchos otros, no podría dejar de añorar a Jan así como así.

Los padres de Pim se habían pasado la mayor parte de sus vidas trabajando en los campos de maíz, pasto y grano para alimentar a aquellas criaturas. Si querían seguir vendiendo leche, tendrían que seguir manteniendo a los animales después de la muerte de Jan. Mientras los alimentasen, ellos seguirían produciendo excrementos, pero aquel estiércol era también necesario para abonar los campos y que dieran suficiente maíz, pasto y grano.

Los padres de Pim no tenían elección. Yo habría hecho lo mismo en su lugar: dar a las bestias la mínima cantidad de comida, no más.

Unos días después de aquel primer sábado de enero, Laurens me llamó. Había vuelto de visitar a su abuela y tenía algo que contarme: la madre de Pim se había ido de la granja con una gran maleta llena de ropa. Se iba a casa de su hermana, que vivía en Lier con su familia. Disponían desde siempre de un cuarto de invitados que resultaba idóneo para ese tipo de situaciones.

Aquellas eran buenas noticias para la carnicería. La historia del accidente de Jan ya se había repetido demasiadas veces, se necesitaban nuevos chismorreos. Unos granjeros que se divorcian, ¡qué fuerte! ¿Quién se encargaría ahora de mantener a flote el negocio?

Fue una tía de Pim la que se pasó por la carnicería. Compró unas lonchas de queso y al pagar dio algunos detalles en un intento por decidir ella misma lo que se rumoreaba sobre su hermana.

—No se trata de un divorcio —aclaró—. La madre de Pim necesita otro entorno para poder hacer el duelo. No tiene intención de abandonar a Pim ni al padre de Pim, sólo quiere cambiar de aires por un tiempo.

Los detalles jugosos no salieron a la luz hasta poco después: los padres de Pim habían tenido una pelea en la cama. Su padre había jurado no dejar la granja, se lo debían a su hijo, Jan siempre había cuidado de los animales con todo su corazón, no podían renunciar a eso así sin más.

La madre de Pim se había levantado y había salido de la habitación. Su padre pudo seguir perfectamente lo que sucedió después, recostado en la cama, a través de las imágenes de la cámara. La madre de Pim apareció en la pantalla. Había hundido la pala, que durante todo aquel tiempo había permanecido apoyada contra la pared del establo, en el vientre de una de las vacas preñadas.

LAS 19.00

Lo había buscado en wikiHow. Había un cuadro de texto encima del artículo: «Puedes utilizarla como adorno de jardín en Halloween o para pescar o navegar. Si la utilizas como decoración, asegúrate antes de conocer la legislación, porque en algunos lugares mostrar una soga se considera una amenaza y por tanto es ilegal. JAMÁS te pongas esta soga alrededor del cuello, ni siquiera de broma».

No lo probé en casa, paso a paso, porque me resultaba ofensivo aunque no sabía para quién. Leí las instrucciones de la pantalla en voz alta hasta que estuve segura de que ya no podría olvidarlas.

La he atado bien. Si doblo las piernas, se me corta la respiración de inmediato.

Está muy oscuro, sin embargo aún no es noche cerrada. Los niños acaban de salir de nuevo de los establos para ir a jugar, echo de menos sus vocecillas. En realidad me sorprende lo silencioso que está todo, salvo por el murmullo de la fiesta en el establo contiguo. Quizá lo haya olvidado por los años que llevo en la ciudad: también las vacas se cansan.

Otra vez acaba de marcharse gente de la fiesta. Un par de coches se han ido, las voces se han apagado, el ruido de los motores se oye cada vez más débilmente.

Si me esfuerzo y me pongo de puntillas, puedo ver a través de la ventana qué coches quedan aún.

Laurens todavía está. Jolan ya se ha ido. Acabo de verlo dirigiéndose a su coche. Por la forma con la que ha abierto la portezuela, he comprendido que quería desaparecer sin llamar la atención, hasta que la madre de Pim ha salido corriendo detrás de él. Han hablado un poco, no he podido entender lo que estaban diciendo. Jolan se ha subido al coche, ha arrancado el motor pero no se ha ido de inmediato. Entonces me he dicho: ahora vibrará mi móvil, me llamará. La nieve acumulada en el parabrisas se ha derretido lentamente y lo he visto iluminado por la luz de lectura abriendo torpemente el envoltorio de un gofre y dándole un mordisco.

Nunca le he preguntado qué quiere averiguar con su trabajo de investigación en Lovaina, no creo que pueda explicarse con lenguaje corriente. En una ocasión me contó que los saltamontes se cagan de miedo en sus guantes cuando los saca del terrario y que, una vez terminado el experimento, les corta la cabeza con unas tijeras.

Cada vez que lo veo, pienso en eso: una bandeja llena de insectos decapitados y agonizantes.

Jamás le he contado a Jolan lo que sucedió al final de aquel último verano. No hubo chismorreos al respecto, así que él tampoco pudo enterarse por nadie. Elisa, Laurens y Pim eran una tumba. El único chisme que se propagó fue la excusa utilizada para justificar la profunda herida en la frente de Laurens. Bastó con explicar los daños visibles.

Las primeras semanas del nuevo curso escolar, me iba al colegio tan tarde como podía, más tarde que Laurens, para que él no tuviera la posibilidad de alcanzarme o —peor todavía— pedalear ostentadamente a mi lado. Sabía que se pondría a hablar con la esperanza de arreglar las cosas, me preguntaría sobre el ingreso de Tesje. Pero yo ya no tenía nada que contarle, menos aún sobre ella.

Una y otra vez pasaba por delante del trozo de tela azul con un rastro de flujo blanco que seguía descomponiéndose junto al camino.

Los doce kilómetros en dirección al instituto que venían después duraban una eternidad. Me compré un discman con mis ahorros. Me obligaba a mí misma a llegar antes de que acabara el CD. Mientras lo consiguiera, el día habría salido bien.

Por supuesto que quería preguntarle a Pim por qué me había hablado de Jan mientras me clavaba la agujereadora. Si aquel comentario había sido completamente casual o si Jan había reconocido alguna vez que yo le parecía guapa.

Sin embargo, después de aquel día de verano no volví a hablar nunca más con Laurens o con él. A nadie le sorprendió. No era la primera vez en el pueblo que una gran amistad acababa sin muchas palabras. Esperaba que a ellos les resultara en parte difícil ignorarme, pero sabía que era una vana esperanza, que en realidad ya nos habíamos perdido de vista antes de ese último verano.

En el instituto, veía a Laurens todos los días en algún sitio, a lo lejos, entre los otros cientos de estudiantes. Tenía una mochila nueva y ya no llevaba el pelo peinado con la raya en medio. El primer día de clase aún llevaba una tirita en la cara, pero pronto dejó de cubrirse la gruesa costra. En una ocasión, una multitud alborotada rodeó a Laurens en el patio, lo animaban mientras él se sacaba por la nariz una tira de regaliz que se había tragado. Yo también me acerqué, quería saber exactamente lo fea que era su cicatriz. La madre de Laurens no lo había llevado a urgencias, no había hecho que le dieran puntos en la herida, sino que le juntó la carne en casa con algunas tiritas. Lo consideré un favor, un gesto hacia mí: ella había visto la sangre sobre el suelo de la carnicería, justo donde yo me había puesto de rodillas. Debió darse cuenta de lo que había pasado y quiso castigar a Laurens de algún modo, encargarse de que también a él le quedara algo de forma permanente.

A veces pasaba con la bicicleta por delante de la carnicería para ver desde lejos cómo atendía a los clientes, ayudada de vez en cuando por Laurens. A menudo sujetaba un adoquín en la mano. Podía elegir: tirar la piedra al escaparate de la tienda o ir desapareciendo lentamente en el fondo de sus pensamientos.

Tres meses después del primer día de clase, también desaparecieron las braguitas a un lado del camino, antes de que terminara su tiempo de descomposición previsto.

Calculo que ya debo de llevar aquí hora y media. En este tiempo podría haber hecho muchas otras cosas aburridas. Regar las plantas de mi apartamento. Contestar todos los mensajes que papá me ha enviado en estos últimos años. Comentar sus comentarios en la web familiar. Darle placer al vecino quince veces seguidas. Pasearme desde casa hasta el barrio de Marollen, dar algo a cada vagabundo, tomar el ascensor hasta el Palacio de Justicia, regresar. Eliminar el moho de las esquinas del cuarto de baño.

Pero no habría hecho ninguna de esas cosas si no estuviera aquí. No debo engañarme a mí misma. Ahora estaría en casa mirando por la ventana, viendo la nieve, que siempre cuaja mejor en el balcón de los demás que en el mío.

Tal vez también tendría que haber buscado en wikiHow cuánto tiempo tarda de promedio un bloque de hielo en derretirse. Naturalmente, no podía saber que hoy iba a ser el día más frío del año y que sólo dispondría de una pequeña fuente de calor. Ya noto tensarse la cuerda alrededor de la garganta, pero quizá sólo sea porque se me están cansando las piernas de estar de pie y cada vez las doblo más.

No quiero verme a mí misma desde arriba, imaginarme lo que la señorita Emma vería, sin embargo sucede: aquí estoy, pues. Una mujer joven con unas medias de color carne subida a un bloque de hielo, castañeteando los dientes debajo de una bombilla, con la esperanza de convertirse para siempre en un acertijo.

10 DE AGOSTO DE 2002 (2)

Aparecer en la carnicería de la madre de Laurens sin ropa interior podría considerarse como una desfachatez o una declaración de intenciones. En este caso, no es más que una sucesión de movimientos provocados por la falta de alternativas.

Se activa algo que me permite registrar con mucha precisión todo lo que encuentro por el camino: pescadores, árboles, casas, buzones, tendederos, aspersores de riego, sin que por ello se conviertan en pensamientos permanentes, mi mente se niega a generar recuerdos.

No hay clientes en la tienda. La bicicleta de Laurens no se ve por ninguna parte. Dejo la mía delante del escaparate. El soporte se hunde en una de las juntas musgosas que hay entre los adoquines. El manillar golpea contra el suelo, el timbre suena. Quiero recogerla y apartarla, pero el dolor que siento en el vientre me lo impide. La dejo tal y como está, Laurens tira siempre su bicicleta al suelo. Me acerco despacio a las relucientes salchichas que cuelgan de tres en tres de un cordel en el escaparate.

Me cuesta caminar. El suelo se ha transformado en una esponja. La campanilla de la puerta suena diferente de otras veces. En el reflejo de la ventana puedo ver las manchas de sangre en mi entrepierna.

La madre de Laurens está de espaldas al mostrador cuando entro.

—Buenos días —dice en cuanto se calla la campana, con una voz neutral, válida para todas las edades y para cualquier ocasión, ya sea fiesta o funeral.

Al no obtener respuesta, se vuelve rápidamente. No puede apartar los ojos del gran trozo de mortadela rosada y barata que tiene en la mano, embutida en un plástico rojo chillón, que está pasando por las afiladas cuchillas.

—Ah, Eva, eres tú —dice haciéndose oír por encima del ruido de la máquina y la radio.

¿Había esperado que fuera otra persona? ¿Se preguntaría dónde se habían quedado de pronto mis pechos?

Su mano en movimiento está enfundada en un guante blanco de látex que le queda demasiado pequeño. La pella de carne se va reduciendo a medida que aumenta el montón de lonchas.

La mortadela que está cortando no suena como si la deshilaran. Es de la más barata, no está hecha de carne, no tiene miles de hilos.

Cuando los clientes no los oyen, los padres de Laurens se refieren a ese embutido por otro nombre. Ahora no me sale. Es irrelevante, y sin embargo sigo esforzándome por recordarlo, eso hace que mis pensamientos sean menos fugaces.

Leo las etiquetas del selecto surtido de rellenos para sándwiches. Bandejas negras de plástico llenas de preparados de pálidos colores. Tampoco retengo esos nombres más que unos pocos segundos. El portaprecios de la mortadela barata que está cortando descansa sobre el mostrador.

Quiero saber qué pone, pero no consigo leerlo.

El aire que refrigera el mostrador de carne y que se escapa por una rendija que hay en el cristal de la parte delantera huele a todo lo que ha tocado a su paso. Mortadela fantasía, alitas de pollo. El aire me pasa justo entre las piernas, se cuela a través de la cremallera de mis pantalones y sólo consigue avivar

aún más la sensación de quemazón. Siento palpar los labios de la vulva. La cola de empapelar empieza a endurecerse. El vello púbico se seca formando nudos. Me tira de la piel en algunos puntos.

—Ven aquí, Evaatje.

La madre de Laurens me tiende una loncha enrollada de la mortadela rosada por encima del mostrador. Puedo olerla, es agridulce. Despojos con puntitos de carne de cerdo en medio. La boca se me llena de saliva, que se me cae por las comisuras. Me la limpio con el dorso de la mano. Vuelvo a dejar la mortadela en el mostrador. El rollito se abre. La madre de Laurens lo mira, ligeramente sorprendida. Por un momento desliza la mirada hacia el cristal del aparador a la altura de mi entrepierna. Probablemente se pregunta si la sangre es mía o si es un reflejo del chateaubriand.

Apenas he comido nada sólido hoy y sin embargo no tengo hambre. Lo único que aún me queda en el estómago son un par de tragos del refresco sin azúcar de esta tarde. La Coca-Cola es lo primero en salir, tibia y granulada: lubricante para la garganta.

El resto del vómito tiene que llegar de mucho más adentro. Tenía órdenes previas de salir de mi cuerpo por la dirección opuesta y no le ha dado tiempo de volverse líquido. Tengo arcadas, y devuelvo mientras retrocedo dos pasos. El vómito, una masa sólida y con forma de salchicha, aterrizo junto a mi cuerpo, igual que sucede con los gatos, que vuelven a comérselo para poder dejarlo luego todo limpiito.

No hay forma de distinguir qué alimentos eran.

La madre de Laurens deja sus quehaceres. Las cuchillas de la cortadora se detienen. Sólo la radio sigue sonando, muy lejana, detrás en el taller.

—¿Qué haces, Eva?

Al oír mi nombre vuelvo a tener arcadas, me inclino hacia delante, apenas queda nada en mi estómago. Sólo ahora se desata el verdadero nudo. Rompo en sollozos, pero no me quedan lágrimas.

La madre de Laurens sale corriendo de detrás del mostrador. Con ese pantalón corto se le ven las rodillas. Ha cogido un cubo con unos diez centímetros de agua de fregar, que chapalea a un lado y a otro. Me lo pone debajo de la cara, quizá para recoger las lágrimas. Con el trapo que hay dentro, me limpia la frente.

—Ven aquí, muchacha.

Un trozo de cáscara de huevo me cae encima de la ceja. Me lo quita. Aparta un poco la loncha de mortadela que está sobre el mostrador, me sostiene para sacarme de la tienda. Pero yo me niego a moverme. Caigo de rodillas. Me acurruco en el suelo. Quiero quedarme aquí sentada hasta secarme, con mi pez plano despellejado pegado al suelo. No debe enterarse de que no llevo ropa interior.

La madre de Laurens se acerca al escaparate de la tienda. Baja la persiana hasta la mitad. Yo vigilo la entrada, espero que Laurens no haya perdido demasiada sangre, porque, si no, vendrá directamente aquí para reclamar a su madre. Irá dejando su rastro por todo el pueblo.

La madre de Laurens limpia el vómito que hay junto al cubo con su mano enguantada, y del mismo modo que se hace al recoger una mierda de perro por la calle, se quita el guante del revés y luego le hace un nudo a la altura de la muñeca. A falta de un cubo con pedal, tira el guante lleno en el agua de fregar.

—¿Tienes más ganas de vomitar? —me pregunta, y señala el espacio entre donde estoy y el cubo.

—No.

Me froto los ojos. Ella se pone en cuclillas a mi lado, me acaricia el cuello, mira la sangre que hay en la entrepierna de mi pantalón. No tenía ni idea de que pudiera agacharse así. Sus rodillas dobladas son casi igual de anchas que mis muslos. Cabría dos veces en ella. Me mece suavemente. Ahora debería poder notar que no llevo sujetador. Debería hacerse preguntas.

—¿Es que te ha venido la regla por primera vez? —me pregunta—. No llores. En casa tengo las compresas que necesitas.

Me pone la mano sobre la frente. No deja de mecarme y le echa un vistazo a la camiseta que llevo puesta. En ese instante la reconoce.

—¿Cómo es que llevas puesta la camiseta de Laurens? —No digo nada—. ¿Y dónde se ha metido él? ¿No había ido a tu casa?

Vuelvo a callar. La herida de Laurens podría ser grande. Tal vez tengan que darle puntos. Vuelvo a sentir náuseas. Me reclino hacia atrás apoyando la cabeza en el frío mostrador.

La madre de Laurens es la única en el pueblo que sospecha lo mal que está la situación en mi casa, pero mientras mis padres sigan con vida, ella jamás intervendrá, por cortesía. Si le hablara de este verano, de las chicas a las que he humillado junto a Laurens y Pim, ya no se preocuparía por mí, sino por las otras chicas.

—¿Ha pasado algo en casa? ¿Quieres contármelo?

Después de cada pregunta, deja caer un silencio. Sin embargo, yo sólo niego con la cabeza.

—A algunas personas les resulta difícil hablar sobre sus sentimientos, Eva. Pero juntas lo solucionaremos. Lo haremos de otro modo: si la respuesta es «no», no digas nada; si es «sí», dame un apretón en el brazo —dice—. ¿Te parece una buena idea?

Le aprieto el brazo.

—¿Sucede algo en casa? ¿Con Jolan? ¿Con Tesje? ¿O es por tu padre?

Al oír la palabra *padre*, aprieto casi automáticamente.

—¿Ha sido él quien te ha hecho esto?

No funcionará si le doy un apretón a medias, así que me aclaro la garganta. En una larga frase, confieso que en casa hay una soga preparada que cuelga de una escalera plegable. Lo hago sonar como un asuntillo sin importancia, nada más, y se ha convertido en eso de verdad ahora que tengo la vagina en carne viva.

—Un padre que hace eso necesita ayuda, Eva. —Sigue acariciándome el cuello—. No tuya, ni mía, sino de un profesional —añade.

Noto su corazón laténdome en la mejilla. No recuerdo haber oído nunca el corazón de mamá palpar con tanta fuerza. El detergente del agua huele a limón. Hay trocitos de carne picada flotando. Las caricias constantes de la madre de Laurens me magullan la piel.

A lo lejos se oye el ruido de una cadena. Es la de Laurens. Reconozco enseguida el crujido de sus pedales bloqueados. Llega pedaleando furiosamente por la rampa de entrada. Su bicicleta cae en el empedrado junto a la mía.

Su madre aún no se ha percatado de nada. Tiene el rostro vuelto hacia mí y está de espaldas al escaparate de la tienda. Cuanto más dejo caer mis hombros, más rápidamente mueve la mano de un lado a otro.

Recuesto la cabeza sobre su pecho una última vez.

Laurens se queda paralizado al verme a través de las lamas de la persiana. Nos miramos. La sangre le corre por la sien. Lleva puesta la camiseta de Pim y sujeta mi camiseta contra la ceja, está llena de manchas. Tiene el ojo morado e hinchado. Cojea ligeramente, seguro que exagera.

Laurens da unos golpecitos en el cristal. Su madre se vuelve, ve la camiseta llena de sangre. Noto que su mano deja de moverse en mi cuello.

Sé que ahora sólo le quedan los reflejos de la madre de otro. Me aparta de sí y corre hacia él. Abre la puerta de la tienda y se queda inmóvil entre Laurens y yo. La estridente campanilla marca con insistencia su parálisis.

—¡Laurens! ¡Hijo! ¿Qué te ha pasado?

Laurens entra en la tienda. Me señala. Su dedo no deja de señalarme hasta que su madre también me mira.

—Lo que Eva te ha contado es una gran mentira. —Laurens parpadea con el ojo que está pegado de un lado por la sangre coagulada—. Esto me lo ha hecho ella. Al comienzo del verano ya me dejó colgado en el instituto y hoy me ha golpeado con una pala. Pim estaba allí. Pregúntaselo a él.

Los ojos de la madre de Laurens van pasando de la sangre de mi entrepierna a la sangre que tiene Laurens en la sien como si recitara una rima para echar a suertes a cuál de los dos elegir, pero no es imparcial y sus ojos acabarán siempre en Laurens. Aún puedo notar perfectamente el lugar donde me estaba acariciando hace un momento. Da un paso en dirección a Laurens.

—¿Es eso cierto, Eva?

Sacudo la cabeza. No sé qué más puedo hacer para que me crea.

Me agarro al mostrador e intento ponerme de pie para que también vea mi sangre. Me duele aún más que antes, como pasa después de hacer ejercicio, cuando empiezas a notar los músculos realmente entumecidos tras haberlos relajado por completo. Quizá la cola de empapelar se haya endurecido al llevar tanto rato sentada sin moverme y me he desgarrado algo.

Mientras intento ponerme en pie y busco el equilibrio, vuelvo a acordarme de todo, lo primero son las cosas que ahora se habrán acabado.

También me viene a la memoria el nombre de la mortadela barata: cara de mono.

Es lo único que no echaré en falta. Laurens baja el dedo índice y se limpia un moco que tiene en la nariz. No me mira. Su sangre se mezcla con el moco y las lágrimas y tiene el mismo color rosado que el rastro de la cola de empapelar que yo iba dejando poco antes. Se apoya contra el mostrador.

Los dos sentimos dolor. Ninguno de los dos hemos tenido a Elisa. Ninguno de los dos tenemos a Pim. Quizá nada de esto habría sucedido si en un momento dado nos hubiéramos conformado con tenernos el uno al otro.

La madre de Laurens le aparta el pelo a un lado, le mira la ceja e intenta consolarlo.

—Te quedará una cicatriz si no lo curamos.

Besa a Laurens justo por encima de la sien herida. Él me mira por encima del hombro de ella, en la parte interior del ojo tiene un grumo amarillo. Cojo el cubo que tengo a mi lado, aunque no voy a volver a vomitar.

—Cara de mono —digo, y entonces le arrojo a la cara el agua sucia de vómitos, pero antes de que le dé, él ya ha bajado la mirada y yo me pregunto cómo ayudará esto a mi causa.

El agua va a parar al cristal del mostrador, encima de las sandalias de la madre de Laurens. El guante lleno de vómito rebota contra el pecho de éste. Su madre mira con cara de pasmo el cubo vacío que tengo en las manos. ¿Tanto le sorprende ver de dónde ha salido de pronto esa agua? Entonces mira a Laurens. Ya no le queda sangre en la cara. Tiene carne picada pegada en el pelo. A sus pies está el guante vuelto del revés.

Ella me coge del brazo con brusquedad y me lleva hasta la puerta, aún tengo el cubo en la mano.

Al llegar a la puerta me resisto, de modo que la campanilla sigue sonando con insistencia.

El ruido se interrumpe: nuestro forcejeo ha acabado. Por un instante nos quedamos frente a frente, cada una a un lado de la puerta. Ya no siento el lugar donde hace poco me ha acariciado, sólo las huellas que han dejado sus uñas al clavarse en mi antebrazo.

—Ese cubo es nuestro y se queda aquí.

Miro alrededor. La mayor parte de lo que hay aquí les pertenece a ellos, a menos que aflojes la pasta. Dejo el cubo en el umbral, delante de ella. La campanilla suena por última vez.

¿Tendría razón Laurens? ¿La carne está verdaderamente compuesta de hilos que sólo hay que deshilar?

Me doy la vuelta, cojo mi bicicleta. Lo que más me duele al agacharme ya no es mi vulva desnuda al rozar la cremallera del pantalón, o la cola de empapelar que se seca en mi vello púbico y tira de él, sino los ojos de ambos, que me pesan en la espalda, en los hombros.

Seguirán mirando hasta que me vaya, hasta que haya desaparecido de su vista. Sólo entonces recogerán el cubo de la entrada y cerrarán la tienda, aliviados. Cuando la puerta se cierre, me quitarán algo para lo que llevo haciendo méritos toda la vida.

No sé si debo pedalear más deprisa o más despacio para que sea más soportable.

PINZAS PARA ESPAGUETIS

La tarde en que mamá y yo hablamos por primera vez sobre Tesje no había empezado nada bien. Al volver a casa del instituto, enero de 2002, resultó que la cabecera de la mesa estaba arrimada a la pared. Enseguida vi que ya no podíamos comer toda la familia junta.

No era miércoles, sin embargo la mesa puesta daba esa impresión. En el fuego se estaba descongelando un bote de salsa de espaguetis, además había una lata de maíz y cuatro platos hondos.

—Mira —dijo mamá, paseándose arriba y abajo por la habitación—, ahora podemos pasar de la mesa a la puerta corredera.

La llamó de pronto «puerta corredera», aunque hasta entonces sólo la habíamos utilizado para mirar afuera, nunca para salir por ella.

—Llevo todo el día con ganas de comer espaguetis.

Por primera vez en meses parecía contenta. Ninguno de nosotros se atrevió a preguntarle el motivo, o dónde se sentaría luego papá.

No había pasado ni media hora cuando se rompieron las pinzas para espaguetis, justo en el punto más débil que, al igual que en las personas, se situaba en el lugar donde se unen los dos brazos. Jolan y yo habíamos estado jugando con ellas. Juntamos los trozos para determinar cuál de los dos tenía más responsabilidad.

Jolan se declaró inocente y dejó rápidamente su parte en el colador con la pasta escurrida. Yo hice lo mismo. Esperamos en silencio a que mamá regresara de la cocina con el queso recién rayado.

Apareció, quiso servir la pasta pero las pinzas se le desarmaron en las manos. Se sobresaltó. Enseguida buscó la línea de fractura y encajó ambas partes, empujando una contra otra por lo menos diez veces. Ése era su truco. Intentarlo mucho rato, no para arreglar las cosas de verdad, sino para poder quejarse después durante más tiempo por no haberlo conseguido.

Las pinzas no tenían arreglo. Mamá se dejó caer en la silla.

—En su día me costaron setecientos cincuenta francos —suspiró—. No he hecho más que tocarlas y van y se rompen.

—Ya estaban rotas antes de que tú las cogieras —le dije.

Mamá ni siquiera se molestó en averiguar quién tenía la culpa.

—Os lo descontaré de vuestra paga.

Nos miró, bajó la vista hasta la hebilla de su reloj y aflojó un poco la pulsera.

—¿De la mía también? —preguntó Tesje.

—He sido yo —decidió Jolan de pronto.

Se sacó la cartera y, para sorpresa de todos, dentro había un fino fajo de billetes. Lo llevaba siempre encima desde que en una ocasión le desapareció dinero de la hucha el mismo día en que hubo que pagar al fontanero.

—Dime cuánto tengo que darte.

—No. He sido yo —dije.

Pasó alguien en bicicleta por la Bulksteeg. Nuestras miradas delataron que los tres esperábamos que no fuera papá. Aún era temprano, no era él. Jolan cogió su tenedor, intentó remover los espaguetis en el colador para demostrar que en realidad unas pinzas tampoco suponían grandes ventajas, pero aquel mazacote se resistía a girar.

Mamá se levantó, fue a la cocina y regresó con unas tijeras. Cortó la masa de espaguetis sin miramientos. Me recordó a la antigua peluquera del salón Sels, en Nedermeer, que cortaba los flequillos torcidos adrede para que la despidieran y así poder cobrar el paro.

Mamá echó en el plato de Tesje el primer trozo que logró arrancar: era un cubo perfecto salvo por un lado.

—¿Quién más quiere pasta? —ladró.

Jolan y yo no nos atrevimos a negarnos, pero tampoco nos pareció oportuno mostrar entusiasmo, así que nos quedamos callados. Nos puso a ambos un pequeño montón, justo la misma cantidad que se sirvió a sí misma. De todas formas, no tenía intención de tocar la suya, sólo iba a mirarla.

Como sólo la salsa disponía de una buena cuchara para servir, mamá echó primero y de mala manera el maíz en los platos, directamente de la lata grande.

Papá me comentó en una ocasión que era típico de mamá empezar algo y no acabarlo. Al principio creí que se refería a la hermana melliza de Jolan, pero no dijo ni una palabra más del asunto. Sólo entonces empecé a verlo: la colección de sellos sin clasificar de mamá, el gran tablero de espuma de poliestireno donde sólo había clavado tres escarabajos, las docenas de libros de cocina sin usar, los pendientes que compraba y no se ponía nunca, las pilas de tela con las que pensaba hacer cortinas, Jolan, Tesje y yo a la mesa. Con nosotros había tenido los mismos buenos propósitos, el único problema era que a nosotros no se nos podía despegar o secar, ni doblar: nosotros necesitábamos ropa limpia cada día y por lo menos tres comidas. Éramos la colección en la que su fracaso era más llamativo.

Mamá nos descargó a cada uno una cucharada de salsa de tomate encima del maíz. Como Jolan era el que estaba más lejos, a él le salpicó más. La salsa le dejó una mancha en su camiseta nueva. Vi cómo reprimía las lágrimas.

Yo había dejado de comer maíz poco antes. Un día, a la hora del recreo, delante de un gran corro de chicos, los compañeros de Jan habían demostrado con una mazorca de maíz cuál era la mejor técnica para reventarle los granos. Unos cuantos acordaron que en cada recreo meterían granos de maíz en los bolsillos de la chaqueta de Jan.

Procuraba llenarme el tenedor lo menos posible y en cada bocado iba apartando los granos con la lengua. Primero me tragaba de golpe todo lo que parecía crujiente y redondo y luego masticaba lo demás. Cada vez que un grano de maíz crujía en la boca, me entraban náuseas.

Le dije que la ayudaría a fregar los platos. Como de costumbre, había dos botellas de agua sobre la encimera, una con gas y la otra sin. También había un vaso de plástico opaco, pero ahí nunca se echaba agua.

Mientras fregábamos, no me atrevía a mirar a mamá a la cara, sólo miraba su reflejo en la ventana de la cocina.

Debido al doble cristal tenía dos reflejos: parecía elevarse dos centímetros por encima del otro, como cuando un personaje de dibujos animados moría y su alma, la forma del cuerpo un poco más transparente, se iba separando de él.

Mientras estaba así, con las manos en el agua caliente, me habló por primera vez de ello.

—¿Sabes, Eva? —empezó a decir, encogida delante del fregadero bajo, que la obligaba a agacharse—. Tenías una hermana mayor, ya lo sabes. Hoy hace justo diecisiete años que supimos que me había quedado embarazada. Así que celebro su cumpleaños hoy. No quería recordar su muerte el día del cumpleaños de Jolan.

Entendí lo que quería decir, pero me inspiró poca comprensión. También podíamos hablar de mis notas, de Laurens y Pim, de cómo podía ser que tantas chicas tuvieran ya la regla y yo aún no, y en todo caso, si teníamos que hablar de la muerte, podíamos hablar de Jan.

—Te lo cuento sólo a ti porque me recuerdas a mí —me dijo—. Lo que nosotras tenemos no es un don, no es un talento, es una responsabilidad que nos han endosado. Un radar para el dolor ajeno.

Se quedó callada un momento. La miré. Me costaba imaginarme que ella también había tenido trece años. Que hubo un tiempo en que aún podía ser todo lo que quisiera.

—Puede compararse con una cámara de infrarrojos, sólo que nosotras no buscamos el calor de los demás sino el frío, el vacío.

La miré de nuevo. En el reflejo de la ventana que había frente al fregadero parecíamos dos personas satisfechas normales y corrientes. Era una imagen sin matices. Apenas se veía que mamá estaba lavando los cubiertos con los ojos cerrados. También difuminaba la forma exacta de mis brazos gordos.

Fuera, en la oscuridad, las ramas del cerezo iban dando zarpazos. Llevábamos demasiado rato en silencio. Me tocaba a mí decir algo.

—¿Por qué no le pusisteis otro nombre a Tesje? ¿Tessa o cualquier otro nombre? —quise saber.

—¿A qué viene esa pregunta? —replicó.

Yo me encogí de hombros.

Si mamá estaba en lo cierto, si las dos teníamos el mismo radar, entendería lo que quería decirle.

Las semanas anteriores, Tesje había escrito su nombre siempre como «Tessa» en todos los exámenes y en la agenda escolar.

Ponerle a alguien de nombre un diminutivo y encima el de un muerto implica querer mantener a esa persona siempre pequeña, medio viva. Tal vez lo habían dispuesto así de forma inconsciente: Tesje sería la hija a la que había que someter y yo la hija en la que se podrían apoyar.

Mamá no dijo nada.

—¿Por qué bebes? —me atreví a preguntarle de pronto—. ¿Es por el radar o porque sabes que me lo has endosado a mí también?

Ahora ni siquiera me atreví a mirar el reflejo. Mantuve la vista fija en el fregadero. Mamá hundió la mano dentro.

De pronto me arrojó a la cara el trapo mojado. El agua me goteó por los hombros y el cuello. Se me quedaron pegados trocitos de espaguetis en la piel y en la ropa. El agua no estaba ni caliente ni fría. Rápidamente, di unos pasos hacia atrás.

También el perro vino a mirar, alarmado, y lamió los trocitos de pasta del suelo. No sé si tenía hambre o quería limpiar de inmediato el rastro de mamá. Esos dos estaban a menudo compinchados. Me ardía la garganta. Una piedra rasposa se abrió paso por el canal demasiado estrecho.

—Vete. Ya secaré yo los platos —dijo mamá.

Me sequé la cara con un paño de cocina que dejé sobre la encimera.

Me alejé, deseando que hubiésemos sido más tontas o menos sensibles como el resto de nuestros vecinos, como los padres de Laurens. En ese caso, me habría pegado más fuerte en la cara, con un cucharón de hierro, por ejemplo, me habría hecho suficiente daño para que pudiera odiarla, o al menos para que pudiera llorar. O bien no deberíamos sentir todo esto; así, al menos, no podríamos nombrarlo.

Fui a sentarme en la sala de estar, lo más lejos posible de la cocina, y me puse a hojear un cómic. Quería esperar despierta hasta que llegara papá.

Llegó tarde, y sin embargo mamá aún no había terminado de fregar los platos, no tenía ganas de salir de la cocina, quería empezar la discusión con las manos arrugadas y la espalda encorvada y dolorida. Llevaba todo el día esperándolo. Antes de saludar a mamá, papá bajó todas las persianas de la cocina y fue a llenar su cesta con cervezas. Era lo que hacía siempre: convertir todas las habitaciones en cajas cerradas.

—¿De verdad es necesario? —le espetó mamá—. Ni que fuésemos ratones.

—¿Cómo ha ido por aquí hoy? —oí que preguntaba papá en voz baja.

Mamá no dijo nada. No soltó ni una sola palabra sobre lo que había ido mal, tampoco sobre las pinzas para espaguetis. Esperó hasta que papá hubiera vuelto del taller con su cesta llena de cervezas, hubiera cruzado la cocina y hubiera visto la mesa con la cabecera contra la pared.

LAS 19.30

El cerebro no es muy distinto del sistema digestivo. Lo procesa prácticamente todo salvo unas pocas cosas. Esos cuerpos extraños y traumas afloran la mayoría de las veces en momentos inesperados, sea o no por la intervención de médicos especializados que en realidad están buscando otras cosas: un trocito de alambre, un amor de juventud, una pelota de ping-pong, una traición; cosas que a veces permanecen flotando durante años en un cuerpo.

No esperaba que la fiesta póstuma de Jan durara tanto tiempo. De pequeños, sus fiestas de cumpleaños siempre acababan antes de lo que ponía en la invitación porque él prefería ayudar a ordeñar las vacas. Tampoco me había imaginado que precisamente Laurens y su madre fueran de los últimos en marcharse. Tienen que irse a casa. Sólo después de que suban la persiana de la carnicería, crucen el taller desierto para llegar a la escalera que conduce a las habitaciones de la primera planta descubrirán lo que he estado haciendo entre las dieciséis y las diecisiete horas. Darán la alarma. Sin esa conmoción, pueden pasar días antes de que alguien venga a buscarme a este ordeñadero abandonado.

Miro por la ventana hacia el patio. Tanto mirar no ha servido nunca de nada.

Al final, Laurens tarda una media hora en dirigirse al coche, cogiendo a su madre del brazo. Ella ha bebido demasiado. Eso explica de inmediato su forma de moverse extraña y garbosa. Se golpea la cabeza al subir al vehículo. También esta vez Laurens toma asiento frente al volante. Probablemente, él quería irse antes, pero ella no tenía ganas de volver a pie, tambaleándose, así que él se ha quedado también un rato más.

Cuando lleguen a casa, no notarán nada sospechoso al principio, para entonces la nieve habrá borrado mis pasos en el aparcamiento, así como el rectángulo que quedó en el lugar donde dejé el coche aparcado con el motor en marcha mientras trajinaba en la carnicería.

Laurens dirige su coche con bastante brusquedad hacia la salida a pesar de lo resbaladizo que está el asfalto. Las luces traseras desaparecen en la noche. Ahora tomarán exactamente el mismo camino que al venir, el camino que yo he recorrido tres veces hoy.

A las cuatro volví a la carnicería yo sola, con un cubo lleno de estiércol en el asiento vacío de al lado. Había encontrado aquel cubo de cobre junto a la puerta del ordeñadero. No tuve que buscar mucho tiempo el largo gancho con el que hice descender el cubo hasta el pozo negro, sabía dónde tenía que mirar: en el garaje. Ahí también estaban los alicates que necesitaba para ir cortando uno a uno los alambres que sujetaban el enrejado sobre el pozo.

Eran ruidos alegres, primero el crujido del hierro, luego el chapaleo y el borboteo del estiércol en el cubo en el asiento de al lado. Casi se me olvidó que iba sola en el coche.

En mi juventud había realizado innumerables veces el recorrido entre la granja y la carnicería en bicicleta, y algunas andando porque no me quedaba más remedio, y por eso me parecía raro recorrer aquella distancia tan corta en coche. Me resultaba tan exagerado como trasladar un grano de arroz con una carretilla elevadora.

Aparqué el coche junto a la carnicería, sobre la marca que el BMW de Laurens había dejado en la nieve. Bajé del coche, abrí la puerta del acompañante y cogí el cubo. Sólo al sentir el aire fresco de fuera me di cuenta de lo mucho que apestaba el interior del vehículo.

La puerta lateral de la carnicería estaba cerrada. Primero pasé el cubo por encima y luego yo me escurrí por debajo.

Pronto estuve en el patio interior. La puerta trasera que daba a la casa y la de la tienda estaban cerradas, pero había una ventana abierta bajo del alero. Si fuera un ladrón, me asustaría de lo fácil que estaba resultando el robo. Pero yo no me asusté, tampoco estaba allí para robar nada, al contrario.

Cuando me colé por la ventana del taller, se encendió una luz automática. Empalidecí, aquella luz no estaba antes, por un momento pensé que me toparía con el padre de Laurens, pero por supuesto era imposible.

Por todo el lugar había bandejas desechables, cubiertas con montañas de carne y tapadas con papel de aluminio. Un mar de aluminio que destellaba bajo la luz estridente. Encima de cada bandeja estaban los datos de los clientes y sus números de teléfono. Cuando se trataba de un apellido bastante común, habían añadido el nombre de pila o un apodo. Junto a Nancy aparecía siempre *Jabón*. Al lado del nombre había una broqueta con una banderita de Flandes, un león negro sobre un fondo amarillo.

Vi los nombres de las maestras, del cura; los padres de Pim tenían una bandejita aparte de la de Pim y su mujer: ahora él celebraba la Nochebuena en la intimidad con su propia familia.

La ventana no estaba abierta por casualidad: toda aquella carne preparada se refrigeraba de forma natural. Dentro hacía un frío glacial.

Me parecía estar viendo lo ilusionados que debían de estar Laurens y su madre en la fiesta, pensando que al volver a casa contemplarían por última vez su duro trabajo, controlarían rápidamente, como ya solían hacer antes también, quién tenía aún una cuenta pendiente. Después se meterían en la cama, satisfechos, listos para el día más ajetreado del año, el día más social: los clientes no iban sólo a buscar sus pedidos sino que querían además algún chisme, una jugosa historia de Navidad que hiciera palidecer su propio dolor.

Gracias a mí, mañana no faltarían las historias jugosas, pero sí la carne apetitosa. Dejé el cubo en la repisa de la ventana, zigzagueé entre las numerosas bandejas cubiertas con papel de aluminio y terminé junto a la puerta abatible que daba a la tienda y que tenía una ventana redonda. Me puse de puntillas, miré el interior del local. Todo estaba tal y como me temía y esperaba a la vez: los rellenos para sándwiches seguían ocupando el mismo lugar en el mostrador. Lo único que había cambiado era la caja. Por primera vez en todo el día, me vi a mí misma en el reflejo, una mujer, de pelo largo, angulosa y descarnada. Adecuada sólo para hombres poco exigentes que querían apuntar más alto pero que se veían coartados por sus propias limitaciones. Entre ellos, un veinteañero picado de viruela en los aseos de la universidad, un modelo de las clases de dibujo con labio leporino y un profesor de historia francófono medio calvo.

¿De qué me servía arreglarme ahora? Sin embargo, me recompuse el peinado con rapidez.

No sabía cuánto tiempo tenía exactamente. La fiesta en casa de Pim podría acabar pronto, la madre de Laurens podría haber olvidado algo y regresar un momento a casa. Fui quitando una a una las banderitas flamencas y levantando el papel de aluminio. Luego eché generosas porciones de estiércol sobre las viandas que después repartí con cuidado con el dorso de un cucharón.

La mierda marrón amarillenta se iba filtrando entre las chuletas, los filetes y las piernas. Si veía nombres a los que podía ponerles rostro, me imaginaba su reacción cuando mañana les comunicaran que no había carne para las *raclettes* que ya tenían a punto.

No perdoné a la gente que no conocía: que no le hubieran encargado la carne a Laurens.

Cuando hube llenado una docena de bandejas, esparcir el estiércol se convirtió en un acto mecánico que ejecutaba sin necesidad de pensar. Hundía el cucharón en el cubo, levantaba el papel de aluminio, descargaba el contenido por encima, preferiblemente en los trozos de carne más selectos, y a continuación lo esparcía bien con el cucharón asegurándome de que no se pudiera eliminar fácilmente con agua. Flotaban restos sin digerir de serrín y pienso para vacas.

Mis movimientos rutinarios se detuvieron de pronto al toparme con el nombre «De Wolf» y el número de móvil de mi madre. Mantuve el cucharón inmóvil encima de la carne. De todas formas, resultaría sospechoso eximir a mi propia familia y no mancillar mi propio nombre. Debía procurar no salvar a mamá y a papá pues con eso sólo conseguiría convertirlos en sospechosos. Después de haber embadurnado también su carne, dejé a un lado el cubo de estiércol y me apresuré a salir. Por la ventana abierta vi aquel mar brillante de bandejas plateadas envuelto en un penetrante olor a estiércol. Cerré la ventana para que el hedor no se escapara. Ése era el detalle principal de cualquier plato marinado: cubrir bien la bandeja.

Me metí en el coche y bajé por la rampa. Al ver mis manos sobre el volante fui consciente de lo mucho que me temblaban. Podría haberme ido a casa, pero no lo hice porque repartir el estiércol no era más que el principio de mi plan.

Dentro de un rato, un Laurens fuera de sí llamará a Pim: el cubo y el estiércol sólo pueden haber salido de su granja y de sus vacas lecheras, no hay ningún otro granjero en el pueblo. Pim recuperará la sobriedad de golpe, colgará el teléfono e irá de inmediato a buscar el cubo que falta.

10 DE AGOSTO DE 2002 (3)

No siento la vulva. Para que no se me pegue más o empiece a sangrar de nuevo, pedaleo de pie desde la carnicería hasta casa, y aunque he desaparecido de su vista, sigo notando los ojos de Laurens y de su madre clavándose en mi espalda.

En los prados que hay delante de nuestro jardín pacen algunas terneras de la granja de Pim, no levantan la vista cuando paso por delante. Las vacas no se enteran. Quizá Laurens tiene razón y están compuestas sólo por millones de hilos.

¿Pero cómo funciona con las personas?, ¿también nosotros no somos más que un amasijo de hebras? Cada poro podría ser el reverso de un nudo, como un ombligo. Puede que eso explique el entumecimiento que noto en los miembros: por culpa del forcejeo y la brusquedad de Laurens y Pim se me han soltado los hilos.

Al entrar en la Bulksteeg, freno para poder ver por encima del seto si hay alguien a la vista.

No veo la bicicleta de Pim por ningún lado. La hierba, tan seca como la paja, se agita con la brisa estival. El columpio se mece suavemente. Sólo los abetos de Navidad conservan su color verde, como arbolillos de Playmobil. El perro se está lamiendo, la correa está atada alrededor del palo de un parasol plegado. Tesje está sentada a la mesa de plástico de la terraza, a pleno sol, de espaldas a mí. Abre el tablero del Monopoly.

Me quedo en el borde del jardín con el cuadro de la bicicleta entre las piernas.

Tesje empieza a contar el dinero concienzudamente. Mientras mueve los labios, va amontonando billetes naranjas. Luego coge los montoncitos con ambas manos, les da golpecitos contra el filo de la mesa hasta que están perfectamente alineados. Va poniendo en pulcras filas lo que ya ha contado y, a continuación, coge el capital inicial para dos jugadores: tres mil francos para cada uno.

Cuando ha terminado con los preparativos, lo suelta todo para rascarse la cabeza. Uno de los billetes de diez mil sale volando. Tesje también se da cuenta. Se levanta de la silla, coge el papelito lila que está en el césped y pierde el equilibrio. Así acaba en medio del jardín: un escarabajo boca arriba sobre su caparazón. La mano con la que agarra el billete se abre sin fuerza, pero no sopla viento y los diez mil francos se quedan donde están. Durante unos segundos Tesje parece estar inconsciente.

Entonces se pone en pie con dificultad. Después de sentarse de nuevo a la mesa, toma un trago de su vaso de agua. Sin el menor titubeo, devuelve a la banca el capital inicial junto con el resto del dinero. Empieza a contar de nuevo. Forma los mismos montoncitos, primero los de color naranja, luego azul, luego beis. Lo alinea todo perfectamente en el filo de la mesa.

Quizá estaba esperando aquel picor, aquel soplo de viento que haría volar un billete. Quizá éstos no sean los preparativos para un juego que quiere jugar en la mesa de la terraza, sino el juego en sí.

El sol me quema la piel. Mientras la mire, el comportamiento de Tesje será menos pernicioso. Yo soy el público que de algún modo justifica esos actos. Sigo mirando hasta que ella acaba de contar, pero también en esta ocasión algo sale mal. Empieza de nuevo. Cuanto más tiempo permanezco en el límite del

jardín observando esas repeticiones, menos real parece todo lo que está sucediendo. ¿Es el mismo día que esta mañana? ¿Es el mismo sol? ¿Soy yo la misma que tiene esta casa, tiene esta hermana, tiene este jardín? Nada ha cambiado, pero nada es igual.

Dejo la bicicleta contra la pared del garaje, paso por la terraza y entro en casa a través de las puertas correderas.

Tesje me sigue con la mirada sin parar de alinear con golpecitos los montones de dinero. Por la manera con la que se mueven sus ojos mientras me mira, yo también me doy cuenta: ando de forma extraña. Intento caminar de otra manera, pero cuanto más me esfuerzo en ello, más me tambaleo.

Tesje deja de contar hasta que yo he pasado.

—¿Qué haces con la camiseta de Laurens? —me pregunta justo antes de entrar en casa a través de la mosquitera.

Continúo adelante. Sus ojos descienden ahora hasta mi entrepierna. Por primera vez no me pregunta si quiero jugar con ella.

Mamá está durmiendo en el sillón. Sólo veo un mechón sobresaliendo por encima del respaldo. El gato intenta jugar con él.

Es lógico que las madres no tomen nunca partido por los hijos de otros. Por algo son madres.

Entro en el cuarto de baño, lleno un vaso y me lo bebo. El agua sabe a pasta de dientes. Me hundo en la silla en cuyo respaldo está colgada la camisa de papá, mis omoplatos presionan contra los bolsillos de la pechera. Hay un paquete de cigarrillos en cada uno. Ahora que estoy sentada, el dolor se expande por mi vientre con rápidas punzadas.

Sin quitarme la camiseta de Laurens, leo las grandes letras negras estampadas: JAMAICA. Al lado hay una palmera de colores chillones. Ha llevado esta camiseta en muchos momentos de este verano. El fin de semana de la feria, el día que se fue a Francia.

Se me llena la boca de saliva. Mamá nos tiene prohibido vomitar en el baño porque el desagüe se atasca. Me inclino sobre la bañera con la boca abierta. De todas formas, ya no sale nada más aparte de agua, bilis y lágrimas. Castañeteando los dientes, me quito la camiseta, me limpio los labios con ella y me pongo sobre los hombros la camisa que está a mi espalda. Huele demasiado a papá. Me la vuelvo a quitar.

No tiene mucho sentido levantarme de esta silla mientras no sepa lo que voy a hacer. No puedo ir a un médico. Quizá Laurens y su madre ya estén también en la sala de espera para que a él le den puntos en la herida. Y aunque ellos no estuvieran allí, tampoco puedo contar lo que ha sucedido, en ese caso tendría que confesar todo lo que ha pasado este verano. Quizá el médico me explore con una lamparita y quiera meter de nuevo algún instrumento para evaluar los daños.

Pongo el tapón en la bañera y abro el grifo.

Me bajo el pantalón para poder separar las piernas. Las manchas de sangre se han secado y se han teñido de marrón. Sólo puedo ver parcialmente el mal estado que tiene, necesito un espejito. Unas escamas rosadas de cola seca revolotean por la alfombra del baño. Cojo una manopla, dejo que el agua la empape y la aplico con cuidado entre las piernas.

De pronto me siento muy cansada, demasiado cansada para lavarme. El agotamiento de tres personas juntas. No puedo cerrar los ojos. No puedo dejar este cuerpo, estos brazos, estas piernas colgados en una silla, al alcance de cualquiera.

Se oye un ruido en el pasillo. Antes de que pueda hacer algo para evitarlo, Jolan entra en el baño. Me asusto. Él se asusta aún más y suelta la manija, echa un vistazo rápido a la sangre del pantalón, que tengo en los tobillos. Me lo subo rápidamente, me cubro el torso desnudo con la camiseta de Laurens.

Jolan duda si debe salir otra vez, pero ahora que yo estoy tapada de nuevo y él ha soltado la manija, eso no haría más que aumentar lo embarazoso de la situación. Acaba lo que ha empezado: pasa por mi lado mirando al suelo, abre el cajón y coge el primer par de calcetines que pillá, doblados por mamá.

De dentro del calcetín exterior negro saca otro blanco. Jolan suspira irritado, pero de todos modos se pone los dos calcetines distintos. Sigo sus movimientos rápidos y casi rutinarios; por mí puede moverse más despacio, ya empiezo a lamentar que vuelva a salir de aquí dentro de nada.

—¿Va todo bien? —me pregunta sin mirarme aún.

Vuelve a cerrar el cajón.

—Problemas con la regla —digo.

Hace un gesto de asentimiento con una profunda arruga en el entrecejo, como si supiera exactamente de qué le hablo.

—¿Te dejo unos pantalones cortos míos?

Al principio guardo silencio, estrujo la manopla que hasta hace un instante estaba entre mis piernas y la dejo de nuevo en el borde de la bañera. Asiento. Él me alcanza sus pantalones cortos, que están en el armario junto a otra ropa usada que aún no está lo bastante sucia para ponerla en el cesto de la colada. Desprende olor a hierba.

Jolan coge mi pantalón lleno de sangre y lo cuelga en el borde de la bañera. Ya hay más de veinte centímetros de agua, mucho más de lo que nos deja poner papá normalmente. Jolan echa un chorro de gel de ducha y de champú.

—Así no hará falta que te laves —dice—. Yo lo hago siempre.

Va hasta la puerta.

—Espera —le digo.

Él espera.

—¿Qué pasa?

No le digo nada más. Jolan se sienta en el borde de la bañera.

—¿Quieres que llame a mamá?

—No —respondo—. No pasa nada.

Alguien anda por el pasillo. Juntos oímos el repiqueteo sobre el teclado. Mientras Tesje pueda oírnos, guardamos silencio. En vez de hablar, Jolan pesca de su bolsillo trasero una libretita y un lápiz de IKEA. Me los da. Yo hojeo la libreta. En cada página hay un encabezamiento: «Croquetas», «Puerta trasera», «Calendario»; debajo hay un desglose de los gestos, listas de acciones con algunas correcciones y horas anotadas. Hacia la mitad hay un esbozo de nuestro huerto con la alineación de los tipos de plantas y la época de floración.

Reconozco todos los rituales. Busco en el pantalón mis propios apuntes. Aún están ahí. Desdoblo la página y se la tiendo a Jolan. Me mira directamente a los ojos por primera vez. Lee con rostro inexpresivo. Poco a poco empieza a sacudir la cabeza. Obviamente, no tengo que contarle lo que es.

Tesje se va del pasillo.

—Está empeorando —me dice Jolan.

—Sí —le digo yo—. ¿Qué hacemos?

El agua del baño alcanza su punto máximo, el exceso se derrama. El desagüe se atraganta y suena un ruidito como el de un gorgoteo. Jolan cierra el grifo.

—Tiene que verla un médico. Cuanto antes, mejor —dice—. En las últimas semanas he estado investigando un poco. Podríamos ir a urgencias a Lier. Allí no hace falta pagar de inmediato.

—¿Hoy? —pregunto.

—Antes báñate tranquilamente. No nos viene de una hora. Cuando estés lista, nos vamos.

Asiento. Me tiemblan las manos. Me siento encima de ellas. De pronto, el baño caliente con espuma me da miedo. Las heridas me escocerán por el jabón y el champú. Tanto para Tesje como para mí, la sala de espera del hospital es la mejor opción, en cualquier caso es preferible a quedarme aquí sentada en la silla del cuarto de baño, esperando a que Laurens o Pim me llamen.

—¿No sería mejor que despertáramos a mamá?

—¿La ves capaz de ponerse al volante ahora? Llegaremos antes en bicicleta.

—Vale —digo—. ¿Le preparas tú algunas de sus cosas: cepillo de dientes, cómics?

Jolan coge el cepillo de dientes de Tesje del tabique y sale del baño.

Me despego de la silla, quito el tapón de la bañera. En el armario de los medicamentos busco el bote de Betadine y gasas para desinfectar las heridas externas de la vulva. No deben infectarse. Al moverme me duele sobre todo en el bajo vientre, a unos diez centímetros de profundidad, pero no llego hasta ahí. Envuelvo una gasa limpia empapada con desinfectante alrededor de un par de bastoncillos para los oídos, con mucho cuidado intento introducirla en mi vagina, entre dos y tres centímetros, humedezco los bordes, intento limpiar algo de la arena. Es preferible aguantar ahora un poco de dolor que acabar después con una infección supurante.

Me cambio de ropa, no me pongo bragas limpias, el elástico me apretaría demasiado. No me miro ni una sola vez en el espejo.

Tesje levanta la vista cuando Jolan y yo salimos. Llevo puestos los pantalones cortos de Jolan, que me quedan estupendamente aunque he tenido que ponerme un cinturón para que no se me caigan. Puede que por la forma en que nos acercamos a ella se dé cuenta de que no permitiremos que se oponga. Jolan lleva la mochila de Tesje a la espalda con su cepillo de dientes, un pijama y dos cómics de *Tomás el Gafe*. Se detiene frente a ella y le da la chaqueta y los zapatos que ha elegido.

—Tesje, ponte esto y ve a por tu bicicleta.

—¿Adónde vamos?

—A buscar ayuda.

Sin preguntar nada más, como si acabáramos de proponerle jugar a un juego con ella, se pone en pie, se calza los zapatos y va al garaje. Jolan y yo esperamos con nuestras bicicletas junto a nuestro precioso huerto.

Tesje escupe sobre el sillín, lo frota con la manga hasta que el cuero reluce. Hace sonar tres veces el timbre de su bicicleta. Luego la encara en la dirección hacia donde nos dirigimos, pasa una pierna a cada lado del cuadro, con la tibia y el peroné corrige la posición de los pedales a izquierda y derecha con la precisión de quien está preparando un pastel y lo pesa todo al miligramo.

Jolan asiente en mi dirección en señal de conformidad. Todo eso está exactamente anotado en su libreta bajo el epígrafe «Bicicleta».

—¿Lista? —le pregunta Jolan después de que ella haya puesto los dos pedales exactamente a la misma distancia del suelo.

—Espera.

Tesje vuelve a repetir todo el ritual delante de la puerta del garaje casi con desfachatez. Sabe que será una de las últimas veces que podrá realizarlo sin que nadie se entrometa.

Vuelve a hacer sonar el timbre, tres veces, hace oscilar los pedales. *Nanook*, que sigue atado al palo del parasol con forma de cisne, se ha incorporado ante los repetidos timbrazos. El animal arrastra el cisne de hormigón hasta llegar al punto en que la terraza deja paso al verdadero jardín y la hierba silvestre dificulta el avance. Gime implorante.

El pobre no tiene la culpa de ser la mascota de esta familia. Jolan intenta tranquilizarlo.

—Acabará despertando a mamá.

El perro deja de llorar y empieza a tirar con más fuerza. La correa está tan tensa que un pájaro podría cortarse con ella en un vuelo en picado.

Salimos a la calle. Detrás del seto veo el parasol cerrado agitarse de un lado a otro.

Desde el primer momento, Tesje pedalea a toda pastilla. Ya en la Bulksteeg nos ha sacado ventaja, que mantiene durante un buen trecho. Jolan y yo no intentamos alcanzarla, pedaleamos en silencio el uno al lado del otro: él sentado, yo de pie sobre los pedales. Llegamos a la carretera de los sauces desmochados por donde he pasado hace una hora para ir a la carnicería. Aún noto las pantorrillas duras, todos los músculos de mi cuerpo están tensos, pero ahora mi atención se centra completamente en Tesje, los movimientos que hago son para ella y me cuestan menos esfuerzo.

Cuanto más nos acercamos al canal, más arrecia el viento en contra. Las solapas de la chaqueta de Tesje se inflan, lo que hace que parezca más robusta de lo que es en realidad.

Distingo mis braguitas desde lejos. El viento las ha levantado. Tesje pasa junto a ellas sin darse cuenta. También Jolan está a punto de pisarlas.

Podría señalárselas. Decirle que son mías y cómo han llegado hasta aquí, pero decido esperar hasta que Tesje esté en buenas manos.

Siguiendo una bajada pronunciada en el lateral del puente del canal llegamos al camino de sirga. Ahí el viento es más inconstante. Desde aquí podemos llegar al hospital prácticamente en línea recta, no hace falta pensar más.

A lo lejos se forma una tormenta. Los oscuros nubarrones cubren el cielo azul con la rapidez con la que una gota de tinta se extiende en un vaso de agua. Es difícil discernir si viene hacia nosotros o no. Por primera vez no me tranquiliza pensar que todos en el pueblo compartirán la misma lluvia.

Jolan y Tesje aumentan el ritmo. Yo pedaleo detrás.

Intento no preguntarme qué estarán haciendo Laurens y Pim, qué cenarán esta noche y si estará más bueno que lo que comeremos nosotros. Si en estos momentos un médico está curando a Laurens, desinfectando con cuidado el corte con gasas.

Empieza a llover fuerte. Está bien, así la tabla con puntos y nombres se borrará del muro del cementerio. Elisa dejará de ser la que encabeza la lista.

Nos detenemos debajo del puente del canal Alberto para guarecernos de la lluvia. Las ráfagas de viento soplan entre los pilares y apenas queda un sitio seco.

—¿Os enseñó una cosa? —pregunta Jolan.

Aparca su bicicleta y nos indica que hagamos lo mismo. Rodea las tres bicicletas con los brazos para atarlas con la cadena. Echa a andar delante de nosotras y se encarama por el empinado lateral del pilar con pasitos titubeantes y los pies enfundados en un par de calcetines de cada color.

La escalada es difícil, la posición en cuclillas me tira de los labios de la vulva. No puedo imaginarme ningún movimiento que no me haga daño en estos momentos.

En la parte superior del hormigón hay un estrecho saliente por el que nos metemos. El puente es hueco. Vamos a parar a la cavidad que hay a medio metro de altura entre el pavimento y la parte inferior del puente.

Está oscuro y huele a humedad. El aire es más denso aquí que fuera y la tormenta suena muy lejos y a la vez muy cerca. Lo que oímos no son sólo los truenos, sino también los coches que pasan sobre el asfalto, justo por encima de nuestras cabezas. Los ruidos se amplifican, parece que van a alcanzarnos y luego disminuyen de nuevo.

Diviso vagamente la silueta de Jolan, sigo su calcetín blanco. Es lo único que destaca en la oscuridad.

¿Será éste el escondite al que iba a los diez años cuando salía a la Bulksteeg con una caña de bambú al hombro de la que colgaba un trapo de cocina atado en un extremo como si fuera un morral, que contenía cerillas, una cuerda, unas tijeras y un zumo de frutas, decidido a no volver nunca más? Yo era demasiado pequeña para retenerlo, para seguirlo con mi pequeña bicicleta. Lo que sí hacía era ir a contar sus calzoncillos, nunca faltaban más de tres, así que estaba segura de que no tardaría mucho en volver. Todas las veces regresaba a casa poco después de que hubiera oscurecido y se iba a su habitación, decepcionado por que nadie hubiera llamado a la policía.

Continuamos arrastrándonos en fila india. Trozos de vidrio crujen bajo mis zapatos. A lo lejos hay luz, nos dirigimos hacia allá. Tesje se arrastra muy cerca de mí, se aferra a la capucha de mi chaqueta. Yo hago lo mismo con Jolan. En esta posición se reduce el ardor que siento en la entrepierna, o quizá sea la proximidad de Tesje y de Jolan lo que ahoga el dolor. ¿Cuándo fue la última vez que estuve tan cerca de los dos? Debió de ser cuando jugamos al juego del trencito.

Después de avanzar unos metros más, llegamos a la abertura en el suelo por donde entra la luz del día. Justo por debajo de nosotros el agua del canal fluye abierta y salvaje.

Sólo aquí, cuando dejan de pasar coches por un instante, pueden oírse bien los truenos de fuera. El relámpago se refleja en el agua casi negra.

—Desde aquí se puede ver el interior de los barcos que navegan por el canal —dice Jolan—. Mirad.

Nos asomamos por el agujero. Poco después, pasa un ancho buque de carga por debajo del puente. Primero la proa, luego un trozo de cubierta, a continuación la bodega con un gran montón de arena, la cabina de mando, un coche, una bicicleta, unas cuantas macetas con flores, un modesto camarote. Detrás, dos grandes hélices que provocan olas encrespadas. Jolan se asoma peligrosamente.

—Quizá este barco vaya rumbo a Francia. O a Dubái. O a Turquía —nos dice.

Nosotras asentimos y seguimos mirando el agua que continúa agitándose mucho después de que el barco haya desaparecido.

—¿Y dónde vamos a ir a buscar ayuda, exactamente? —Tesje empuja una piedra por el precipicio. Desaparece entre las olas.

—Al Sagrado Corazón. —La voz de Jolan suena decidida y retumba por la cavidad.

Tesje se encoge.

—¿No podríamos ir a la bolera? Eso me haría bien, y así vosotros también podríais divertirlos.

—Podemos ir también a la bolera, pero primero al Sagrado Corazón.

Jolan pasa delante y se arrastra de nuevo hacia fuera.

Espero a que Tesje lo siga y me pongo detrás de ellos.

Debajo del puente, les quitamos la cadena a las bicicletas. Hace más fresco que antes, todo huele a húmedo y a nuevo.

Esta vez pedaleo delante de ellos. El hospital ya no queda muy lejos. También Jolan acelera el ritmo. Casi se pone a mi altura, no deja demasiado espacio entre su rueda delantera y la mía trasera, de ese modo queda claro que los dos juntos nos encargamos de Tesje y no al revés.

—¿No es una lata pedalear así? —comenta Jolan.

—¿Así cómo? —le pregunto yo.

—Sin utilizar el sillín.

Me siento.

Me escuece, me remuevo en el sillín, una determinada presión reduce un poco el dolor, sobre todo si me froto con la punta del sillín hasta que la tela del pantalón se remete entre los labios y las pequeñas heridas no se rozan.

Llegamos al centro de la ciudad. Dejamos atrás la calle comercial, la piscina municipal y la bolera. Tesje va cada vez más despacio, pero no deja de pedalear. En menos de cinco minutos estamos ante la entrada principal del hospital del Sagrado Corazón. Dejamos las bicicletas apoyadas contra un pequeño seto.

Me pregunto si debería darle la mano, pero justo cuando creo que es una buena idea llegamos a la sala de espera.

Me siento a su lado en las sillas de plástico mientras Jolan aborda a la recepcionista, que, con un cigarrillo detrás de la oreja, se dispone a tomarse un descanso. Las puertas correderas entre la sala de espera y el mostrador de admisión se cierran detrás de nosotras, Tesje y yo no podemos oír lo que dicen. Busco las tarjetas de la seguridad social y de la mutua en el bolsillo del pantalón, probablemente nos las pedirán.

Voy hasta el mostrador y vacío mis bolsillos. Las puertas vuelven a cerrarse a mi espalda.

—¿Para qué te has traído también nuestras tarjetas? —me pregunta Jolan.

—Estaban en el mismo cajón —respondo.

La mujer sólo coge la de Tesje. Guardo las otras. Tesje está sola en la sala de espera, al lado de una gigantesca máquina expendedora de bebidas. Regreso con ella.

—¿Tienes sed? ¿Quieres beber algo? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza; mejor así, no llevo dinero.

Una enfermera con unas pantorrillas que sabes que jamás habría tenido si hubiera podido elegir nos guía a través del servicio de urgencias hasta una pequeña habitación. Allí extiende meticulosamente una gruesa capa de papel sobre la camilla.

Vuelvo a sentirme de pronto muy cansada, pero no quiero ser yo la que se tumbe.

Jolan le ofrece primero una silla a Tesje y luego otra a mí. Al final él acaba sentándose en un extremo de la camilla, porque sería extraño que no nos sentáramos los tres.

La puerta que tenemos detrás se abre una y otra vez. En cada ocasión, alguien asoma la cabeza buscando a otros que no somos nosotros.

Me doy cuenta de que Tesje tiene las orejas muy pequeñas. Quizá sea por la luz de neón.

—Esto no es más que un box de espera —digo—. Pronto nos atenderán.

Encima de la puerta cuelga un Jesucristo de yeso. Se le ha partido uno de los pies. Aún conserva el clavo, pero es demasiado grande para lo que queda de pie. Antes, Jesucristo me recordaba un poco a Jan: la cabeza grande, las costillas marcadas. Por primera vez el parecido tiene algo lúgubre.

Necesito ir al baño y ando de prisa por el aséptico pasillo blanco. Hay un asidero a ambos lados del váter. Me siento con cuidado en la taza. La orina me quema. Intento ver si tengo alguna astilla clavada por alguna parte, pero también para eso necesitaría un espejito; tengo tantas agujetas en los músculos de los muslos que apenas puedo sostenerme con las piernas flexionadas.

En el camino de regreso, espío por las puertas abiertas y entre las cortinas. Decido que a la primera doctora que me encuentre le preguntaré si es ginecóloga o si conoce a alguna, pero sólo me cruzo con personal de limpieza y médicos hombres. En una papelería hay un analgésico. Sólo es el envoltorio.

Hacia la mitad del pasillo hasta el box me encuentro a Jolan en la sala de espera.

—Ha llegado el médico —me dice.

—¿Es un hombre o una mujer? —le pregunto.

—Una doctora. Tesje quería quedarse a solas con ella.

—¿Qué clase de persona es?

—No lo sé. Tesje se ha echado a llorar al verla entrar. La doctora le ha preguntado su nombre y ella se ha equivocado y le ha contestado «once», su edad. Entonces la doctora ha dicho: «Muy bien, Once, ¿qué te pasa?». De pronto, todos nos hemos quedado sin habla.

Los dos reprimimos una sonrisa.

—Tesje sólo sollozaba y de cuando en cuando decía algo. Ha repetido dos veces que no quería volver a casa. La doctora ha dicho que era normal, que cuando alguien admite por fin que hace tiempo que no está bien se desatan de pronto muchas cosas.

Yo asiento.

—No debería haber ido al servicio —digo.

Vuelvo a repetirlo dos veces más en la media hora siguiente, hasta que Jolan me dice que ya es suficiente.

Cada vez que la puerta corredera de la sala de espera se abre nos llegan voces de todas partes. A través de las paredes falsas, todas las personas parecen resfriadas.

Me pregunto si Tesje le hablará de mí. De su dibujo mal hecho de la casa colgado en la pared de la mesa de la cocina, de mis historias de conejos, de todas las veces que le ordené tumbarse encima de las sábanas, expuesta al frío.

Me pregunto si debería darle a la doctora mis anotaciones, mi nombre seguido de veinte marcas.

—¿Quieres beber algo? —me pregunta Jolan.

Sé que él tampoco lleva dinero, así que le contesto que no.

En la sala de espera hay revistas, cómics, un cubo de Rubik resuelto que nadie quiere deshacer, tampoco yo.

Al cabo de media hora, una médica viene a buscarnos a la sala de espera. No se anda con rodeos, nos dice casi de inmediato que tienen que ingresar a Tesje, que lo ha pedido ella misma, pero que necesitan el consentimiento de los padres porque es menor de edad.

—¿Dónde están, por cierto? ¿O quién es vuestro tutor? —pregunta.

—Papá está en el trabajo. Mamá está en casa.

Jolan procura parecer todo lo mayor que puede.

—¿Están al corriente de esto?

Al ver que Jolan asiente, yo hago lo mismo.

—En cualquier caso, el hospital los informará de todo. Podéis esperarlos aquí —dice.

Nos quedamos parados entre ella y la salida y asentimos.

—Habéis hecho bien en traerla —remarca—. Puede ser que mañana la trasladen a Kortenberg, allí hay gente más especializada en este tipo de problemas.

—¿Este tipo de problemas? —pregunto.

—Trastorno obsesivo-compulsivo, trastorno alimentario, trastorno del sueño. De momento, tenemos una cama libre en una de las habitaciones dobles.

Le estrecha la mano a Jolan, él se siente adulto. Me estrecha la mano a mí, no le suelto los dedos. Ella los libera con suavidad.

—Os recomiendo que vosotros también tengáis una charla con la trabajadora social. No tiene por qué ser ahora mismo, podéis hablar antes con Once y luego concertar una cita. Por supuesto, para una charla no necesitáis la aprobación de vuestros padres.

—Tesje —digo—. Se llama Tesje.

—Sí, claro. Perdona.

Se saca un bolígrafo del bolsillo y vuelve a colocarlo casi en el mismo lugar.

—¿Queréis despediros de ella?

Me dejan entrar a mí la primera. Tesje está sentada en la camilla con su estrecha espalda hacia la puerta. Se está rascando el cráneo, primero a la derecha, luego a la izquierda, y después con las dos manos. Me pongo detrás de ella. Sus orejas parecen más pequeñas aún. La piel de detrás está arrugada, como la costura de un cojín que han cosido de cualquier manera después de introducir el relleno.

Tesje no se da la vuelta. Está recta, y sin embargo los hombros le cuelgan y tiene la espalda combada.

Saco del bolsillo trasero la hoja con mis apuntes. En el lado izquierdo están las palabras; en el derecho, las rayas de conteo. La dejo sobre el regazo de Tesje. Ella la mira un instante.

No lo reconoce. Le da la vuelta a la página otra vez. Espero el tiempo suficiente para que pueda asimilarlo.

—¿Qué es esto? —me pregunta ligeramente irritada—. ¿Es una lista en un lenguaje en clave?

Vuelve a mirarlo, lee en voz alta algunas palabras al azar y la cantidad de repeticiones, sin sacar nada en claro.

—No es nada, es un juego de palabras, pero quizá ahora no sea el momento —le digo.

Vuelvo a guardarme el papel con cuidado. En cualquier caso, esto no ha sido en vano, es probable que más adelante podamos repasarlo de nuevo, cuando ella esté lista para recibir ayuda.

—¿Cuidarás bien de *Stamper*? —me pregunta.

—Si tú me prometes cuidar bien de ti misma.

La abrazo con suavidad.

—Adiós, Eva. —Lo dice en voz tan baja que casi no cuenta.

Cuando yo salgo, entra Jolan. Se queda más rato con ella que yo.

Se entra y se sale del hospital por la misma puerta, sin embargo las flechas del pasillo aseguran que hay que seguir otra dirección. En un hospital hay que diferenciar claramente las llegadas de las salidas. Justo cuando nosotros salimos, entra un nuevo turno de trabajadoras, pertenecen exclusivamente al personal de limpieza y de enfermería. Van bien peinadas, el color de sus sujetadores se ve a través del uniforme blanco.

Podría preguntarle a Jolan de qué ha estado hablando con Tesje, o si ella le ha dicho algo importante, si le ha dado alguna explicación, pero no me atrevo.

El sol brilla sobre los charcos de lluvia a través de un agujero en las nubes. Siempre notas que el sol quema más en presencia del agua, porque allí se esfuerza el doble para formar un nuevo equipo para el próximo chaparrón.

Jolan y yo miramos el ala del edificio que abandonamos. Es gigantesco y en cada planta se agrupa una clase distinta de fallo, unas veces son fallos del propio cuerpo, otras son fallos del entorno de ese cuerpo.

Psiquiatría. Detrás de cada ventana hay locos esperando a otros locos con los que compartir habitación. A Tesje la están llevando a una de esas habitaciones.

Nosotros estamos fuera, en la acera. Por un momento pienso: menos mal que hemos vuelto a salir, pero no es un sentimiento duradero.

¿Con quién compartirá Tesje la habitación? ¿La conocerá esa persona mejor que nosotros, ahora que por fin ha admitido que quiere que la ayuden?

—Mira. —Jolan me muestra con orgullo un montón de algodones que saca del bolsillo y abre con cuidado. Dentro hay algo carnosos y sanguinolentos—. Lo he cogido de la basura de urgencias. Creo que es un trozo de lóbulo de oreja o un trocito de yema de dedo, aún tengo que analizarlo bien.

Yo asiento. Él envuelve de nuevo el paquetito, casi se aferra a él. Caminamos juntos hasta el aparcamiento donde hemos dejado nuestras bicicletas. Jolan propone que nos llevemos a casa también la de Tesje. Según él, no podemos dejarla ahí durante días y él es capaz de pedalear llevando otra. El plan no sólo me parece peligroso sino también triste: tener que hacer exactamente el mismo recorrido con una bicicleta vacía, como si nuestra hermanita se hubiera caído de ella y nosotros siguiéramos pedaleando sin más.

Dejamos la bicicleta aparcada allí, aunque sólo es un gesto simbólico, puesto que nosotros y no Tesje tenemos la llave para abrir los candados. Jolan asegura la bicicleta de Tesje con su cadena, yo le añado la mía. No lo hago por mayor seguridad, sino porque también quiero dejar algo de mí misma.

En el camino de vuelta, Jolan va delante y yo voy pegada a su rueda. Dejamos atrás la bolera, la piscina, la calle comercial, llegamos al largo camino de sirga junto al canal Alberto. Desde allí avanzamos en línea recta y podemos pedalear juntos sin problemas. A veces el aire es más frío en unos lugares que en otros.

Apenas intercambiamos palabras. En vez de hablar, busco cosas que sean distintas de hace un rato, ahora que Tesje ha desaparecido. El dolor en el cuerpo es el mismo, han aparecido algunas babosas en la calzada.

Mantengo la mirada fija sobre el asfalto e intento esquivar los rastros viscosos. De cuando en cuando, Jolan me cuenta algo sobre los hábitos alimentarios y el apareamiento de los moluscos. No me interesa en absoluto, pero como no me cuesta trabajo escuchar, lo hago.

Poco antes de volver a cruzarnos con mis braguitas, me propongo contárselo. Todo. Entonces él iría a la carnicería y pegaría a Laurens, iría la granja y pegaría a Pim.

Pero pasamos de largo y yo no puedo hacer más que constatar que no le estoy contando nada, porque no quiero confesar que me he pasado la tarde entera sin bragas debajo de su pantalón, y porque temo que no querrá volver a hacer el trayecto para que me curen.

DAÑOS

Me enteré de la verdad sobre el accidente de Jan el día del funeral. Los tres nos retiramos del almuerzo, Pim se subió en la bici detrás de mí. No podía montar en el portaequipajes de Laurens porque le faltaba un tornillo, además llevaba un bocadillo de carne en la mano.

Laurens y yo le habíamos prometido a la madre de Pim que lo dejaríamos en casa sano y salvo. Salimos del Steegeinde. Ese camino formaba casi una línea recta entre la granja y el cementerio. Los enterradores nos miraron durante todo el recorrido, habían detenido su pequeña excavadora y esperaron hasta que desaparecimos de la vista.

La primera parte del camino, Pim mantuvo sus brazos alrededor de mi cintura. Por un momento, a través de mi grueso abrigo de invierno, sentí cómo hundía su cara entre mis omoplatos. Creí que soplaría aire caliente, pero cuando me eché un poco para atrás en el sillín para poder arrimarme más a él, me soltó y puso las manos en el portaequipajes.

—*Fucking Steegeinde* —suspiró Pim.

Ya no volvimos a decir ni una palabra. El viento aún no había aireado el olor del café de nuestra ropa.

Nunca me había quedado claro por qué el Steegeinde se llamaba así: el Final del Camino. Antes pensaba que tenía algo que ver con la geografía: detrás de la granja estaba el límite del pueblo. De pequeños nunca habíamos ido más allá del Steegeinde, ahí se acababa todo, nos encontraríamos en el borde del mundo y nos precipitaríamos por él. Ahora sabía que el Steegeinde debía su nombre a lo que se encontraba al otro lado: el muro del cementerio, detrás del cual los gusanos y los insectos empezaban a comerse lentamente las mejillas de Jan.

Justo antes de llegar a la casa, en el límite del patio, Pim se sonó la nariz en la capucha de mi jersey. No le dije nada.

El resto de la tarde, Laurens y yo nos quedamos por la granja hasta que los padres de Pim acabaron todas sus obligaciones. Aunque nos sentíamos atraídos por la rejilla, que volvía a estar bien afianzada con alambre de hierro, y por la cinta policial que habían puesto para delimitar el patio y mantener a distancia a los curiosos, no nos despegamos de Pim; eso marcaría un nuevo comienzo, la renovación de nuestra amistad.

Sentados a la mesa de la cocina jugamos a Avioneta Pirueta, que era el juego preferido de Pim antes de que él mismo empezase a negarlo. Laurens me dio tres patadas en la espinilla por debajo de la mesa para dejarme claro que debíamos dejarle ganar, como si no se me hubiera ocurrido ya a mí misma. A mi lado estaba la gata, que a menudo se sentaba en el regazo de Jan. El animal daba vueltas maullando y luego volvía a sentarse un rato. Se restregaba la barriga contra la pata de la mesa.

—Pobre bicho —dije.

—Sólo está en celo —repuso Pim.

A mitad del juego salió al pasillo y volvió con un puñado de bastoncillos para los oídos. Se agachó debajo de la mesa y metió el extremo con el algodoncillo en el agujero de la gata. El bastoncillo de plástico desapareció en su interior hasta la mitad. La gata ronroneó satisfecha, se inclinó más sobre sus patas delanteras y puso el culo en pompa.

—¿Puedes hacer eso? —pregunté.

—¿Quién me lo iba a prohibir?

Pim empezó a hurgar con más vehemencia. La gata soltaba unos maullidos lastimeros y se retorció por el suelo, debía de sentir algo entre dolor y alivio.

Pim la acariciaba, sujetándola. Se acumuló un montoncito de pelo suelto en el lomo, cerca de la cola.

—Jan lo hacía todos los días. No quería que la esterilizaran sólo por esto, porque le gustaba satisfacer a las gatitas.

Pim metió el bastoncillo muy adentro por última vez y soltó a la gata, que emitió un grito y salió corriendo por la gatera de la puerta del porche con el bastoncillo aún clavado en el culo.

—¿Y ahora cómo va a sentarse? —le pregunté.

—Ése es su problema, no el nuestro —dijo Pim con los ojos muy abiertos.

El cuello de la camisa le había dejado una rojez en la piel.

Laurens y yo no nos atrevimos a llevarle la contraria. Quizá lo habríamos hecho si no hubiera estado vestido aún con la ropa del funeral.

En silencio, volvimos a guardar el juego y pusimos una vieja película de vídeo de Disney en la televisión. *Merlín el Encantador*. Pim y Laurens miraban la pantalla inexpresivamente. Yo tenía que ir a hacer pis y me escabullí.

La habitación de Jan estaba de camino al baño. Me detuve delante de la puerta, dudando de si entrar. En ese caso no sería mejor que esas personas que hoy habían estrechado la mano de Pim sintiéndose más atraídas ahora por la ausencia de Jan que antes por su presencia.

Quizá yo también debería haberlo mirado más a menudo para saber qué aspecto tenía en realidad y conocer todos sus detalles. Ahora ya era demasiado tarde, ahora sólo podría recordarlo como aquella única vez en que le di forma en mi cabeza en esta misma habitación, mientras presionaba la lengua contra su almohada.

Abrí la puerta. La sábana estaba intacta sobre la cama, había aún una marca en la almohada y manchas de granos reventados. Los primeros dos minutos no supe qué me había gustado en realidad de Jan. Sólo veía en él al hermano que Pim describía, el chico que se iba corriendo del patio para poder estar con las vacas, que toqueteaba las ubres y satisfacía a las gatas.

Entré en la habitación y moví algunas estatuillas, desplazé una libreta, cambié de sitio los pantalones planchados, moví sus zapatillas, registré todas sus cosas, le quité el capuchón al bolígrafo. Volvía a adueñarme de Jan.

Hojeé el planificador con calendario que protegía el escritorio, había algunos días marcados con una cruz. Seguramente indicaban cuándo tenía que parir alguna vaca. La hoja del mes de diciembre estaba vacía salvo por tres crucecitas: la última, el 28 de diciembre, el día de su muerte. Escribí mi nombre en el bloc, imitando la caligrafía de Pim.

Me senté en la cama de la habitación arreglada y reordenada. Presioné la cara contra la almohada. Al deslizar los brazos por debajo, descubrí una hoja doblada. Era de la libreta cuadriculada que estaba encima del escritorio. La desdoblé con manos temblorosas.

El mensaje no estaba dirigido a mí, pero tampoco a nadie en especial. No decía mucho: unas pocas palabras, sin mayúsculas ni signos de puntuación, podría haber sido un mensaje rápido en una felicitación de cumpleaños, garabateada sobre la caja del supermercado. «lo siento», fue lo primero que leí. ¿Por quién lo sentía?

Y luego: «no me busquéis ya me he ido cuidad bien de pim y de los animales».

Le di la vuelta a la hoja. Quizá ése no fuera el comienzo de su mensaje.

La otra cara estaba en blanco.

Apreté la cara contra la almohada, procesé la información, reescribí los recuerdos de los últimos días de Jan. Tal vez había forzado la rejilla que tapaba el pozo negro con un destornillador. Luego había mirado la oscura bahorrina que tenía debajo y después, sin pensárselo demasiado, había saltado con la desenvoltura de un gato que se adentra en la noche y no tiene hora para volver a casa. Quizá había sucedido todo en silencio, había aspirado al máximo los gases, ni siquiera las vacas se habían dado cuenta. Quizá las crucecitas del calendario no eran fechas de parto sino los días en los que tenía prevista esa acción, sin atreverse al final a llevarla a cabo.

Si era cierto lo que había asegurado Jolan la mañana siguiente de que yo hubiera recogido todos los objetos punzantes de casa para proteger a mamá de sí misma por orden de papá y de que él untara ostensiblemente la mantequilla en su tostada con una cuchara: que la gente en realidad no quiere morir sino que sólo quiere escapar de la vida que lleva, entonces ¿por qué Jan no me había llamado? De todos modos, no tenía nada que perder.

No me levanté de la cama hasta que no oí llegar a los padres de Pim. Era bastante probable que la madre fuera directamente al dormitorio de Jan. Dejé la nota rápidamente debajo de la almohada, donde la había encontrado, re Coloqué todo lo que había tocado antes, taché mi nombre en la libreta, le puse el capuchón al bolígrafo, devolví a su lugar las estatuillas, las zapatillas y los pantalones. Poco antes de salir, me volví para mirar. Lo único que no había podido dejar en su estado original era la marca sobre la almohada.

Nos fuimos. Laurens no me preguntó dónde me había metido todo aquel tiempo. Probablemente se alegraba de haber podido estar tanto rato a solas con Pim, o quizá ni siquiera se había dado cuenta de que me había escabullido en mitad de la película.

—¿Hasta el lunes a las siete y media junto al puente? —me preguntó cuando nuestros caminos se separaban—. Llámame si llegas demasiado tarde.

Lo hacía siempre después de un periodo de vacaciones, comprobar que nuestros acuerdos aún seguían vigentes.

Yo asentí.

Durante semanas, esa imagen se convirtió en lo último que pensaba al acostarme y lo primero que evocaba al despertar: la madre de Jan que conservaba con devoción la huella equivocada en la almohada.

LAS 20.00

Una vez busqué cuánto tiempo tardan en degradarse los recuerdos, igual que había hecho con las braguitas, pero no lo encontré. No puede ser más que el vidrio, porque, a diferencia de las botellas de vino, las personas —los portadores de recuerdos— no pueden permanecer vagando por ahí eternamente.

De los días de aquel verano aún sé que importaban todos y cada uno de los momentos, minuto a minuto, cómo sucedió, dónde sucedió. Que yací de espaldas sobre el suelo del taller y vi balancearse la podadera, que había piedrecitas en la calzada mientras pedaleaba con Tesje y Jolan hacia el hospital y que esquivamos babosas en el camino de vuelta. Parecía importante registrar todos los detalles para poderlos olvidar después y de ese modo ir borrando lentamente su recuerdo.

Sólo lo conseguí cuando me mudé a Bruselas. Ahí había otros carniceros, otras calles, ningún sauce desmochado. Lo que se dijo, de qué color era la camiseta que llevaba Pim, qué músculos me habían dolido más y cómo me había mortificado la arena por dentro, esa información fue quedando relegada poco a poco a un segundo plano, pero, indudablemente, el hecho de que aquello hubiera pasado y me hubiera marcado permaneció y fue tornándose más amargo día a día.

Laurens debería haber llegado a casa hace rato. Debería haber llamado a Pim hecho una furia.

Me vibra el bolsillo del abrigo.

Apenas puedo bajar la vista, puesto que la sogá me ciñe demasiado el cuello. Saco a tientas el móvil del bolsillo. Lo sostengo en alto para leer lo que pone en la pantalla. Tengo los dedos tan fríos que lo mismo podrían no ser míos.

Tesje. Un mensaje. La pantalla vuelve a apagarse de inmediato. Tengo que buscar tres veces el botón para conseguir que se ilumine.

«¿Todo bien? Me has llamado 16 veces. Saludos, Tessa.»

El mensaje es tan corto que cabe en la previsualización. Mi estómago vacío está hinchado, me comprime el diafragma. Son las ocho y siete. Más tarde de lo que creía.

Dieciséis veces es una exageración. La Tesje de antes jamás habría exagerado, apreciaba la exactitud, siempre acababa con un beso o como mínimo con saludos cariñosos.

Todo esto forma parte del proceso. Cambiar su nombre. Teñirse el pelo.

Al principio era difícil decir si se debía a su curación o a la adolescencia. En la mayoría de los casos, las dos cosas significan casi lo mismo; los adolescentes se recuperan de la idea de que puedes llegar a ser lo que quieras, desempeñar cualquier oficio que elijas, pero no en el caso de Tesje: no todos los adolescentes van a parar a una nueva familia. Ahora que ya tiene veinticuatro años, ha dejado de cambiar de gustos, hace dos años Nadine la convenció para que siguiera una formación de pastelería.

Tengo que llamar a Tesje. Decirle que los datos no encajan. Dieciséis llamadas... O bien se ha equivocado ella, o bien el operador de su móvil lo ha registrado mal.

Si la llamo ahora, contestará, seguro que aún tiene el teléfono cerca.

Me resulta difícil desbloquear la pantalla con los dedos agarrotados. Con dos segundos bastan para que suene su teléfono, para que la rápida línea luminosa pase por el pueblo y nos ponga en contacto, como los anuncios de televisión de las empresas de telecomunicaciones quieren hacernos creer.

Un primer tono. Sé dónde puede estar su teléfono. En algún lugar en la casa de Nadine. En el bolsillo del pantalón de Tesje. Tal vez en el banco del cuarto de baño, donde está pintándose las uñas. O encima de la cama, mientras busca un sitio en su habitación para los regalos de Navidad que le han hecho hace poco.

Ahora que puedo imaginármelo todo, la habitación, el papel pintado, las pequeñas uñas de sus pies, pero no sé exactamente qué hace con todo eso, la siento más lejos que cuando no podía imaginarme nada. Sucede lo mismo que cuando uno pierde el tren: el que alcanza a ver los vagones saliendo de la estación tiene una sensación de pérdida muchísimo mayor que el que llega diez minutos después de la partida.

Un segundo tono.

Es normal que no lo coja aún. Yo empalidezco por un momento cuando noto la vibración del móvil, y tardo algunos segundos antes de comprender que una llamada también debe contestarse. Eso es justo lo que está pasando ahora mismo. Tesje tiene que cerrar el bote de esmalte, intentar coger el aparato con las uñas todavía húmedas o sacarlo de entre las sábanas.

La última vez que mantuve una larga conversación telefónica con ella fue el año pasado, dos días después de Navidad, poco después de recibir su mensaje deseándome felices fiestas. A pesar de que había anunciado que ese año no nos reuniríamos, y aunque yo me había preparado mentalmente durante días, cuando llegó la noche y finalmente no pasó nada, di por sentado que Tesje y Jolan habían ido a comer sin mí, ya fuera con mamá y papá o sin ellos.

Salí de casa, envié a Tesje y a Jolan una fotografía por WhatsApp del restaurante donde habíamos ido juntos cada año. Yo, sola, alrededor de la medianoche, sentada a una mesa con una botella de vino vacía a mi lado y medio pavo. Me costó un poco conseguir encuadrarlo todo. La botella estaba ahí del cliente anterior.

Tesje fue la primera en llamar. Se pasó una hora entera hablando conmigo sin dejar silencios. Sacó a relucir recuerdos compartidos, pero pronto empezó a hablar de cosas de las que yo no sabía nada: el perro de Nadine, la nueva decoración de su cuarto, las clases de judo que quería seguir para poder defenderse en la calle, la exactitud con la que había que respetar las proporciones para preparar la masa de los pastelillos de nata.

Su voz no había cambiado. De alguna manera me sorprendió que Nadine no la hubiera convencido de que hablara de otra forma.

Durante nuestra conversación oí el aviso del buzón de voz del mensaje que Jolan estaba dejando. Así supe que no estaban en el mismo lugar. Sin embargo, eso no acabó de tranquilizarme.

La semana pasada, por Nochebuena, volvía a estar en el mismo restaurante de siempre. Esta vez no mandé ninguna foto a nadie.

El teléfono ya ha sonado tres veces.

¿Cómo tendrá guardado mi nombre en su lista de contactos? ¿Le aparecerá ahora?: «Hermana: 17 llamadas perdidas» o «Eva» o «Eva de Wolf»?

Sólo siento los nudillos. Cantos duros y blancos. Dejo caer el brazo con el móvil, deslizo ligeramente el pulpejo de la mano para detener la llamada con el pulgar. Sin querer, lo suelto. No noto cómo se me resbala el aparato de la mano, sólo oigo cómo golpea el hielo. Cae al suelo medio metro más allá, con la pantalla hacia abajo. No puedo ver si la llamada se ha interrumpido por el golpe, si Tesje ha respondido o si se está grabando un mensaje.

Por un momento me planteo bajar del bloque, pero aunque quisiera, ya estoy de puntillas, la sogá está muy tensa, el nudo está tan duro que no podría ensanchar el lazo para sacar la cabeza.

No hay marcha atrás. Me precipito pendiente abajo sin frenos.

Ahora puedo callar, estar con Tesje en silencio. Habría alguien conmigo ahora que el hielo se derrite cada vez más deprisa bajo mis pies.

Pero si dejo caer ahora un largo silencio, ella no seguirá escuchando hasta el final, no si entretanto ha contestado la llamada y tampoco si ha saltado el buzón de voz. ¿Quién escucha hoy en día a alguien que guarda silencio? Pensará que es un malentendido, que la estoy llamando desde el bolsillo del pantalón.

—¡Hola, Tesje! —grito antes de pensar si es buena idea hacerlo ahora que ya no suena música en los establos de al lado.

Tengo que ser consecuente y seguir llamándola Tesje. Jamás se curará por completo de ese diminutivo. Mientras yo la llame Tesje, le costará trabajo colgarme.

Podría contarle cómo me encuentro aquí, que esto es una locura, tengo los pies entumecidos por el frío que siento debajo y achicharrados por la lámpara de calor que está arriba; eso me provoca escalofríos por todo el cuerpo. Podría contarle que el hielo se derrite más despacio de lo que yo había pensado, pero que sin embargo va demasiado rápido. Que jamás había estado ante un abismo tan profundo de veinte centímetros de altura.

Podría hacer que sonara más desenfadado, hablarle del estiércol en la carne, y si esto no fuera un buzón de voz sino una conversación, oiría sus carcajadas.

—Tesje, soy Eva —le digo.

Tengo la voz ronca. La sogá me oprime las cuerdas vocales. Acumulo saliva, intento lubricarlas. La última vez que oí mi voz fue durante la breve conversación con el hijo de Pim. Los pensamientos siempre suenan de otro modo, más decididos, no en la lengua con la que me crie sino con el acento de Bruselas del vecino.

¿Tengo que darme prisa? No se puede estar hablando indefinidamente a un contestador automático.

Si el buzón de voz está grabando, me quedan aún unos dos minutos y medio más. El reloj que tengo delante sigue parado, Mickey Mouse es implacable y no me ayudará a controlar el tiempo, pero esto se me da bien. Es lo que he hecho tan a menudo en los últimos años durante las noches de insomnio. Poner en marcha el temporizador de mi móvil y, con la precisión de una centésima de segundo, parar en el minuto dos. Siempre supe que eso me sería útil en alguna ocasión.

—Estoy en la fiesta para Jan. Me he ido un momento al ordeñadero para llamarte.

Ahora me doy cuenta de lo ridícula que es la palabra. *Ordeñadero*. Pensándolo bien, como todos los nombres que hay en este pueblo para referirse a lugares. La Poza, el bosque del bosque, Kosovo.

Por supuesto, Tesje no sabe qué es un ordeñadero, ni dónde estoy exactamente. Es un vestigio de una historia en la que ella no participó, el antiguo centro de esta granja.

—Jolan también ha venido, aunque ya se ha ido. Me ha dado recuerdos para ti.

Quizá ya lo sepa. No obstante, no vendrá. Nunca me preguntó lo que hice después de que la hubiéramos acompañado al hospital y si conseguí arreglármelas.

No sabe que después de que ella ingresara empecé a dormir en su cama. Que cada día le daba de comer a *Stamper*, limpiaba su jaula, lo acariciaba como Tesje habría querido, repartiendo las caricias equitativamente en las dos orejas.

Que las primeras semanas después del verano esperé que sonara el teléfono y que Laurens y Pim me pidieran perdón. Seguí esperándolo durante cuatro años.

Tesje se quedó los primeros dos días en el Sagrado Corazón para recobrar fuerzas antes de que la trasladaran a una residencia de Kortenbergh.

Los fines de semana, yo iba a verla durante las horas de visita, unas veces en autobús, otras veces nos llevaban a Jolan y a mí. Entonces dibujábamos retratos, medíamos nuestras proporciones con un lápiz. Me aseguraba de que Tesje hiciera los dibujos más bonitos.

Mamá y papá no iban al hospital a menos que se lo pidiera Tesje, no porque los dejara fríos, sino porque no querían agobiarla. En la primera visita, eligieron una revista juvenil en la tienda de regalos, porque era una de las pocas cosas que no contenía hidratos de carbono ni grasas. Las veces siguientes, se infundían ánimos empujando el codo, aparecían media hora antes de que terminara la hora de visita y decían: «No os preocupéis, no nos quedaremos mucho rato». Permanecían en silencio en una silla en un rincón de la habitación, esperando que les dieran permiso para poder decir algo, algún comentario que un padre haría en una situación así, pero Tesje no les pedía nada. A veces parecía que sólo les quedaba la piel y la vergüenza, como esas casas que echan abajo y de las que sólo conservan la fachada para cumplir las normas. Después de la visita, caminaban por los largos y asépticos pasillos de vuelta a casa, dejaban pasar entre ellos a cualquiera que viniera en dirección opuesta.

Unos cuatro meses después de su ingreso, en el invierno de 2002, Tesje vino a casa por Nochebuena para cenar con nosotros. Ni siquiera entonces, en su propio terreno, papá y mamá se atrevían a hablar. Habían quitado el teclado del pasillo, habían retirado todo el jabón del cuarto de baño. No habían comprado ningún abeto, ni luces intermitentes que colorearan la sala de estar. Todos nos esforzamos cuanto pudimos, pero quizá eso lo hizo más doloroso, porque se notaba que ya no éramos una familia.

Las doce era la hora en que los ingresados debían regresar a la residencia.

Todos quisimos acompañarla. Ella se sentó en el asiento de atrás, entre Jolan y yo. Papá hizo cuanto pudo por mantenerse en su carril.

—También podrías haberte quedado a dormir en casa —le dijo papá poco antes de que ella bajara.

Miré cómo se dirigía a la puerta giratoria del gran edificio con la mochila en la mano y desaparecía. Cuanto más se alejaba de nosotros, más tranquila caminaba. Papá permaneció un rato de pie en silencio en el aparcamiento hasta que fue medianoche. No regresó ningún otro año.

A lo largo de 2003, en presencia de un psicólogo, Tesje informó a mamá y a papá de que sólo quería verlos si estaban sobrios, así que no volvieron.

—Ellos se lo han buscado. —Fue lo único que Tesje dijo al respecto, y yo asentí.

No mucho después salió el tema de la familia de acogida. Yo podía constatar el proceso de recuperación de Tesje en el contorno de los retratos que hacía de ella: poco a poco, sus hombros tomaban otras formas, había más relleno. Yo iba dejándole todos los dibujos en su habitación para que viera su evolución y la mía a lo largo de ese periodo. A veces me preguntaba si habría comparado nuestras series de retratos y se habría dado cuenta de quién había hecho posible su progreso: los kilos que ella había ido ganando poco a poco, los había ido perdiendo yo al mismo ritmo.

En 2003, Jolan se fue de casa para ir a la universidad. Mamá y papá sólo se sentaban a comer a la mesa durante los fines de semana que él venía. Mientras esperaba a que él regresara, a que volviéramos a poner la mesa, me adjudiqué su dormitorio y coloqué un televisor.

Me pasaba la mayor parte del tiempo arriba. Comía en esa habitación y dormía en la otra. Pronto Jolan dejó de venir a casa. Cuando lo llamaba, me contaba lo ocupado que estaba. Yo miraba a menudo las fotos que colgaba en Facebook, en fiestas, con una cerveza en una mano y una chica en la otra. La distancia entre Lovaina y Kortenberg se podía recorrer en bicicleta. Sospechaba que iba a visitar a Tesje a menudo, solo.

Meto con dificultad un dedo entre la cuerda y mi cuello, lo justo para aliviar la garganta. Suelto todo el aire. Se me escapa un eructo.

—*Pardon* —digo en francés—. Por cierto, Tesje, ¿te acuerdas de aquel día de verano en que te llevamos al hospital?

Dejo caer un silencio. Tres segundos, tres cocodrilos. Lo suficiente para recordar nuestra propia historia.

En esos últimos metros que Jolan y yo habíamos recorrido entre el hospital y la casa, después de que la hubiéramos dejado en urgencias, Jolan empezó a hablar de pronto.

Dijo: «Vamos a cuidar el uno del otro, tú y yo. El hospital habrá informado a papá y a mamá. El año que viene me iré a estudiar a Lovaina, y en cuanto tenga dinero, alquilaré un piso lo bastante grande para los dos, o si es preciso, para los tres».

Me pregunté a quién iba dirigido aquel «si es preciso», si a Tesje o a mí, pero en cuanto llegamos al final de la calle vimos la casa a lo lejos y ya no importó. Estaba claro que allí nadie se había enterado de nada: las persianas de la sala de estar estaban bajadas, mamá seguía durmiendo en el sillón y probablemente había descolgado el auricular del teléfono.

El prado que había junto a la casa estaba lleno de manchas de colores. Empecé a pedalear más deprisa porque sabía lo que era: el dinero del Monopoly que el viento había esparcido y la lluvia había mojado. La caja del juego seguía abierta sobre la mesa de la terraza. El tablero, un par de fichas sin usar y las cartas de la Caja de Comunidad no habían volado, pero estaban mojadas. Había un billete que el viento no se había llevado, estaba encajado bajo el borde de la tapa: cien francos.

El resto de las fichas estaba debajo de la mesa, junto al perro. Faltaba una.

—¿Llegué a decirte alguna vez, Tesje, que el día en que ingresaste en el hospital *Nanook* se comió el Atomium? Era tu ficha preferida, ¿verdad? —digo.

En la caja del juego había una capa de agua. Se rasgó cuando intenté levantarla. La tinta se había corrido encima de la mesa blanca de la terraza; creo que aún se ve la impronta invertida del Monopoly.

—Voy a contarle a mamá lo que ha sucedido, lo que hemos decidido. Esto no puede seguir así —dijo Jolan.

Entró en casa con paso decidido. Mientras tanto, yo me puse a recoger, a gatas por el jardín, recuperando todo el dinero disperso. Estaba pegado en los troncos de los árboles, contra los laterales de las macetas de flores, debajo del seto, en la hierba. Encontré una carta de Suerte contra el palo del parasol. VE DIRECTAMENTE A LA CÁRCEL SIN PASAR POR LA CASILLA DE SALIDA Y SIN COBRAR LOS 4.000 FRANCOS.

Puse todas las cartas en el fondo de la caja mojada. Mientras intentaba salvar la banca caí en la cuenta de que esa noche dormiría sola en nuestra habitación por primera vez en mi vida. Siempre había sido yo la que había ido de acampada. Tesje jamás se había quedado a dormir en casa de amigos.

Sólo después de haber recogido el dinero, levanté el tablero de juego. Debajo la encontré: la libretita con los puntos, que se había conservado bien gracias a la cubierta de plástico. Una tabla, muy bien dibujada con lápiz y regla. En la parte superior izquierda ponía «TES», en la derecha ponía «EVA».

Tuve que mirarlo bien tres veces, hojear las docenas de páginas, comprobar todos los resultados en varias ocasiones, antes de comprenderlo, antes de estar en condiciones de verlo: cada vez que Tesje había estado sentada a aquella mesa no había jugado contra sí misma sino contra mí.

Cada vez me había hecho perder.

Con la libretita en las manos entré en la casa. Estaba oscuro y no se oía ni una mosca. Mamá seguía durmiendo en el sillón. A través del techo oí que Jolan se había retirado a su habitación. Las ruedecitas de la silla de escritorio se desplazaban de un lado para otro por el suelo de madera. Era capaz de reconocer aquel ruido entre un millón: estaba trasteando con su microscopio, estudiando su recién adquirido botín.

—Tesje, aún estoy aquí. ¿Por qué te he llamado? Quería decirte que he pasado por casa hoy. Aún estaba la cesta de *Nanook*, aunque ahora sólo tienen un gato. No he hablado con papá y mamá, pero creo que les va bastante bien, o al menos no peor que de costumbre. Les he dejado un mensaje.

No miento. Así ha sido. El ruido que me pareció haber oído resultó ser una falsa alarma, quizá un gato se había quedado atrapado en algún sitio. Pasé horas sentada en aquella silla de cocina. Hasta que oí un ruido como si algo se rasgase. Eran mis nalgas que se despegaban del asiento de piel sintética. Con sigilo, con la precaución de un poli que no patrulla por su barrio, subí la escalera. En la habitación grande encontré a mamá y papá. Los dos estaban tumbados boca abajo, tapados con el edredón de plumas, sólo sobresalían sus cabezas. Tenían la cara vuelta el uno hacia el otro, medio hundida en la almohada. La habitación olía a masa fermentada. Por un instante pensé que no vivían, que se habían ido en paz mientras dormían, pero respiraban suavemente. Verlos tan juntos me hizo más fácil separarme de ellos.

Me apresuré a salir por la puerta trasera. El reloj del microondas parpadeaba, guiñaba el ojo.

Antes de dejar la casa atrás y adentrarme en la nieve, regresé y quité mi dibujo de la pared, mi detallado esbozo de la casa con las nubes celestes y un sol amarillo chillón y los nueve pajarillos encima del cable eléctrico. Dejé colgado el dibujo de Tesje. Pensándolo bien, ella lo había plasmado mejor.

Mamá se daría cuenta enseguida de que había desaparecido uno de los dibujos. Al final era su grito de guerra, con el que nos habíamos criado: estar presentes en alguna parte, simplemente para no faltar.

Debo controlar el tiempo.

En el pasado, papá me dejó varias veces mensajes interminables, por lo general era el propio sistema el que ponía fin a la grabación. En el minuto tres su voz se cortaba inexorablemente en mitad de una frase. A veces no acababa de escuchar el mensaje, no por su irrelevancia ni por mamá, que se oía de fondo gritando que me dejara tranquila, sino porque sobre todo no quería oír el corte, el punto en el que hasta la central telefónica lo dejaba colgado.

—¿Sabes, Tesje?, no me importa que me hicieras perder todas aquellas veces. Así gana otra persona. Ganar siempre no es bueno. Es casi lo mismo que vivir en una bonita casa con vistas a una fachada en ruinas.

Me parece ridículo no poder poner fin a la llamada ahora con un gesto, deslizando el dedo. Los tres minutos casi se han terminado.

—No, espera, Tesje, una última cosa. He ahorrado algo de dinero. Creo que bastará para renovar el baño de mamá y papá. ¿Qué opinas? Está dentro de una caja de zapatos debajo de mi cama. Que no escojan los grifos más baratos porque a los pocos meses empiezan a perder. ¿Vale? Adiós, Tesje.

De hecho, ahora sólo tengo que esperar. Lo demás sucederá solo.

Al final, con este día pasará lo mismo que con el día en que murió Jan. Al principio, mis padres y Tesje y todos los demás intentarán averiguar los detalles prácticos, querrán entender los motivos. Pero, a la larga, eso dejará de tener relevancia. Ya no importará si cerré la puerta de la casa de papá y mamá a las once o a las doce, a qué hora me subí a este bloque, cuánto tiempo estuve esperando aquí, qué ropa llevaba puesta, cómo embadurné la carne con el estiércol, por qué tenía el dibujo de la casa en el bolsillo, cuánta paciencia necesité exactamente y si deseaba que me encontraran. Lo único que importará es que estuve aquí en este primer día de frío de un invierno por lo demás suave.

Mi cariño y agradecimiento para Marscha, Daniël, Toine, Bregje, Lotte, Saskia, Ellen, Suus, Jeanette, Linde, Mariska, Maartje, Walter, Samuel, mamá, papá, Thomas, Marieke y Ruth.

El deshielo

Lize Spit

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Het smelt*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada, Sally Mundi / Millenium

© Lize Spit, 2016

© de la traducción, Catalina Ginard y Marta Arguilé, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Este libro fue publicado con el apoyo de Flanders Literature (www.flandersliterature.be)



Canciones del interior:

© *The Ketchup Song (Asereje)*, © 2002 Altra Moda Music (www.altramoda.nl), interpretada por Las Ketchup

© *Buddy Holly*, © 1994 Geffen Records, interpretada por Weezer

© *Good Times*, © 1994 Geffen Records, interpretada por Edie Brickell

© *Pump Up the Jam*, © 2009 ARS Entertainment Belgium (A Division Of Universal Music Belgium), interpretada por Technotronic

© *No Limit*, 1992 & 2014 BYTE Records Belgium, interpretada por 2 Unlimited

© *Smooth Criminal*, 2012 Epic/Legacy, interpretada por Michael Jackson

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

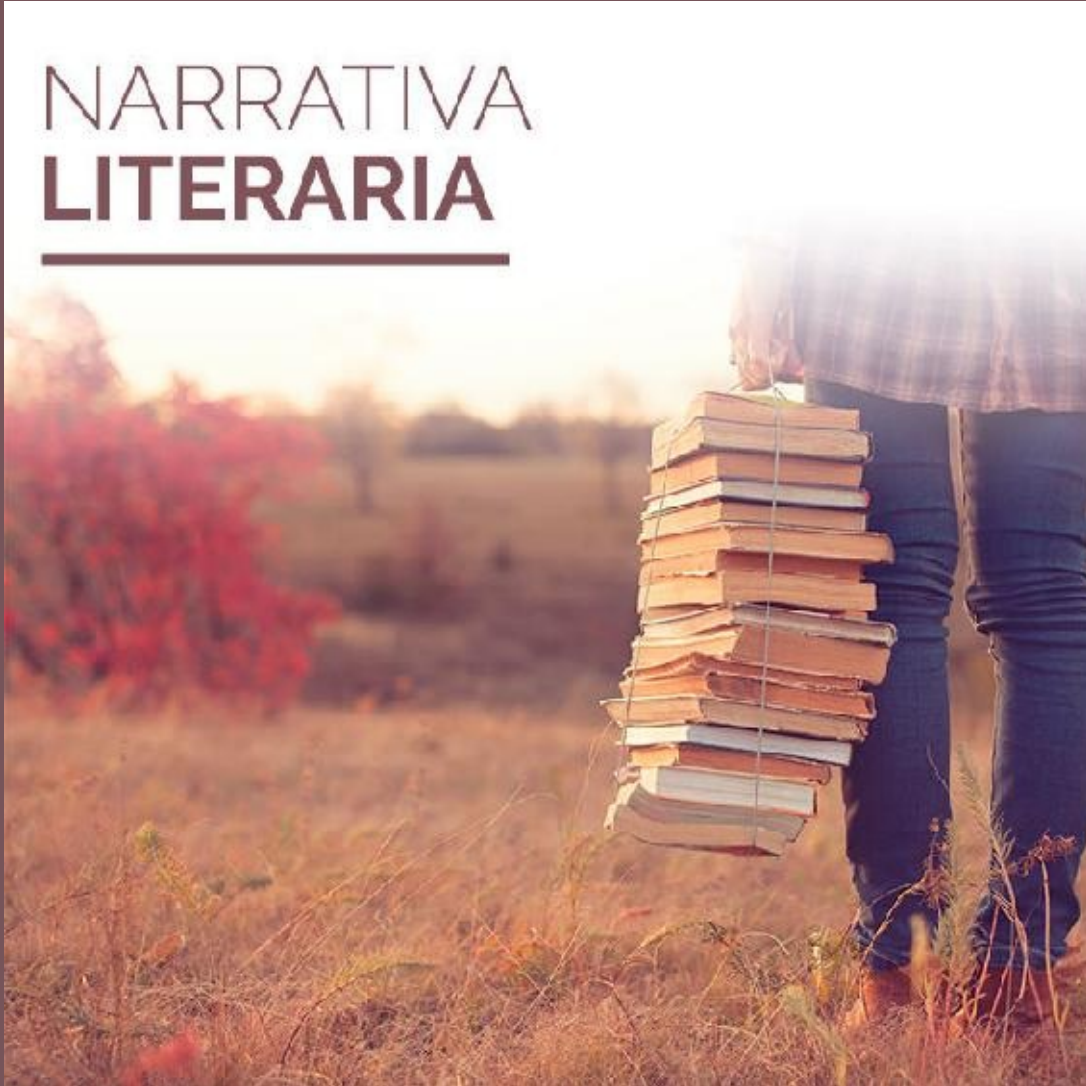
ISBN: 978-84-322-3304-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!

